BIBLIOTECA ECONÓMICA
DE LAS GRANDES OBRAS

Vol. VI

11(683-36)

Fedor Gladkov

CEMENTO

I.er TOMO

EDICIONES ERCILLA

CEMENTO, por Fedor Gladkov

Hijo de la miseria, crecido en un ambiente de pobreza muchas veces rayana en la angustia, Gladkov se hizo hombre debatiéndose en un implacable caos, luchando casi siempre en forma infructuosa por obtener trabajo, trabajando sin descanso cuando lo había obtenido y satisfaciendo a medias y en los ratos que robaba a sus preocupaciones materiales, un afán de estudiar y de instruirse que le trajo inquieto desde la infancia.

Un espíritu semejante, fustigado por el desprecio y la falta de piedad de los hombres; un espíritu que necesariamente hubo de ver cómo germinaba en él una sed de redención y de fraternidad humanas, no pudo menos de enrolarse en las fuerzas renovadoras que sustituyeron el secular poder de los Romanoff por la dictadura del proletariado. Atraído desde joven por la literatura, escribe también desde temprana edad. Sus narraciones sobre la vida de los proletarios, sobre la existencia que llevan en Siberia los desterrados políticos, le captan luego prestigio y estimación como autor de cuentos cortos. Gorki y Korolenko le alientan a seguir.

Sigue, y se hace novelista. Como quien ha vivido rudamente, azotado día a día por una tragedia nueva, deja salir de su pluma páginas saturadas de realismo, plenas de calor humano. Entre ellas, "Cemento", que presentamos ahora al público.

Es ésta, acaso la obra más representativa de su estilo y su carácter, debiéndose a ella el que hoy día se cite a Gladkov entre los principales artífices de la nueva literatura soviética.

EDITORIAL ERCILLA.

"Cemento" se publicará en dos tomos. En seguida daremos "La Vida Heroica y Amorosa de Enrique IV", por Marcelle Vioux.

PRINTED IN CHILE
Prensas de la Editorial Ercilla

BIBLIOTECA ECONOMICA
DE LAS GRANDES OBRAS
VOL. VI

38810

FEDOR GLADKOV

CEMENTO

1.er TOMO

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

EDITORIAL ERCILLA
CASILLA 2787 - SANTIAGO DE CHILE

G. WELTER

Historia de la Rusia Comunista

Colección Nueva Ercilla $ 5.—

RICHARD EVANS

Krishnamurti

Colección Nueva Ercilla $ 5.—

HENRI BARBUSSE

El Infierno

Colección Ercilla $ 4.—

H. G. WELLS

América Nueva, Mundo Nuevo

Colección Ercilla $ 4.—

CEMENTO, POR FEDOR GLADKOV
BIBL. ECON. GRANDES OBRAS.- VOLUMEN 6

$ 3.—

BIBLIOTECA ECONÓMICA
DE LAS GRANDES OBRAS
Vol. VII

11(683-36)

Fedor Gladkov

CEMENTO

2.° TOMO

EDICIONES ERCILLA

por Fedor Gladkov

Todas las ansias puestas en establecer la gigantesca fábrica, en la Rusia de la Revolución, sufren una paralización trágica. No es sólo ya la lucha contra el ambiente, contra la impericia, contra el hambre y el bloqueo; no es sólo ya cuestión de vencer el sabotaje. Ahora es el ataque a mano armada. Los blancos llegan, y "los blancos" son la muerte, la lucha cruenta, el combate tenaz...

Pero, por encima de todos los azares, se levanta la obra ansiada. En páginas buídas, Gladkov refiere cómo se defienden los obreros de la futura fábrica. Y cómo rechazan los ataques de sus adversarios. Y cómo se prosigue tendiendo pacientemente los cables, continuando la obra, con una porfía incomparable. Y, de entre el tumulto, después de horas tensas, surgen la fábrica, el cemento promisor, la seguridad de la edificación de mañana.

Así termina la hermosa y significativa novela "Cemento", de Gladkov, una de las obras representativas del período de las depredaciones, en medio del cruel "comunismo de guerra" y de las feroces acometidas de los "ejércitos blancos".

EDITORIAL ERCILLA.

Terminada en este volumen la publicación de Cemento, iniciaremos en el próximo la de **La vida heroica y amorosa de Enrique IV**, por Marcelle Vioux, que daremos en dos tomos.

BIBLIOTECA ECONOMICA
DE LAS GRANDES OBRAS
Vol. VII

38810

FEDOR GLADKOV

CEMENTO

2.° TOMO

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

Colección Nueva Ercilla

AÑO 1
N.o 1

$ 4.00 EN SANTIAGO — $ 4.40 EN PROVINCIA

11 (691-1)

EL CEMENTO

POR

FEDOR GLADKOV

Edicion Ercilla

EL CEMENTO

14483

Ediciones ERCILLA
significa:
LAS MEJORES EDICIONES ECONOMICAS
de los mejores libros nacionales y extranjeros

Colección NUEVA ERCILLA
Año 1
NÚM. 1

FEDOR GLADKOV

EL CEMENTO

EDICIONES ERCILLA

PROLOGO

De los dos clubs literarios de Moscou, **Kruyok** es el que suele gustar
más al visitante extranjero. Lo frecuenta Lunacharski y en él se reúnen
a menudo las personalidades destacadas de la literatura y el teatro. Per-
sonalmente prefiero la casa Herzen. No sé hasta que punto influye la
fascinación del nombre. Para mi Herzen es una de las figuras más
sugestivas del movimiento revolucionario ruso. Arquetipo y ejemplo
de emigrados eficaces.

Herzen fué, con Tchernychesky y Ogatev, el alma del narodni-
kismo, que florece como corriente popular al impulso de una genera-
ción intelectual estudiantil, cuyo concepto de la dignidad humana la
impide vivir al margen de los dolores del pueblo. Una generación
que por el vigor con que entra en la lucha va a señalar la norma a los
que luego la sucedan. Que desprecia el narcisismo literario y esa gloria
a la vez banal y trágica del escritor condenado por su propia vanidad
a ser objeto de adoración y adorno espiritual de las gentes menos espi-
rituales de su época.

Bajo Nicolás I el poder despótico celebra su orgía máxima de
autoridad entre el deleite de la Corte absolutista. Fiero e inexorable
con los Decabristas que sueñan con dar al país una Constitución libe-
ral, a ser posible de acuerdo con el Zar, sin incurrir en deslealtad hacia el
Trono y cuyo generoso anhelo se paga en el patíbulo, sabe transigir
hasta el deshonor llegada la hora de la paz de Crimea. Es un modelo
de monarquía dotada de instinto de conservación y de talento pedagó-
gico. Como suprema enseñanza patriótica el deber de guardar silen-
cio ante las vergüenzas nacionales. Herzen las siente tan hondamente que
el estigma de antipatriota al tratar de estampárselo resbala sobre su
frente sin dejar marca. Esta frente amplia, noble, que en un retrato
tocado de aroma antiguo preside ahora las veladas interminables en la
pequeña sala donde nos recluimos a la salida del teatro.

La verdad no conoce fronteras. Pasa por encima de las casetas
de aduanas y de los retenes policíacos, segura de encontrar labios que
la recojan. Pero puede ser pronunciada de distintas maneras y Herzen
comprendió que sólo un ruso sabría darle todo su acento cálido. Desde
Londres su **Kolokol**—La Campana, como llama a la revista que funda
en la capital británica, al mismo tiempo que la Imprenta libre—toca a
rebeldía y a rebato. De un extremo a otro de Rusia hay núcleos sim-
patizantes que guardan con atormentada impaciencia cada tañido de

liberación. Y que no se limitan a aguardarlo. Que desafían el peligro y responden. Jamás una tiranía ha caído por sí sola y rara vez se ha visto descender graciosamente de las gradas del Trono a un monarca absoluto en ademán de ceder privilegios, sin que antes soplasen por los alrededores de palacio ráfagas de motín.

Apenas cométese dentro del territorio zarista injusticia o atropello que la **Kolokol** no denuncie; su publicidad reconforta al perseguido, detiene en muchos casos el brazo inquisitorial. A la crítica únese la labor constructiva. Del estudio serio de los problemas nacionales va a salir un programa mínimo que congregará a los distintos sectores oposicionistas en torno del doble lema: **Zemlia y Volia** (Tierra y Libertad). No basta con la emancipación política. El juego decisivo de los intereses económicos la condenaría a pura ficción si no fuese acompañada de la emancipación económica. En ese aspecto Herzen es el precursor del socialismo ruso que ha de encontrar luego en Plejanov, un leader de extraordinaria sagacidad, fino e inteligente como pocos, y en Lenin—idea y acción maravillosamente equilibradas—al ejecutor genial.

Hoy la casa en que Herzen viviera, donada con ocasión de su centenario a los escritores por el Gobierno soviético, sirve de punto de reunión, con sus salas de trabajo, su biblioteca y restaurante. Alguna que otra noche, los sábados desde luego, hasta se baila. Conocido es el talento musical del ruso, así es que ni sorprende ver levantarse de una mesa a cualquier contertulio sumido poco antes en grave controversia, acercarse al piano y hacer la felicidad de las parejas más jóvenes. La vida de relación entre escritores tiene aquí un encanto especial al que contribuye en primer término la mujer.

Se discute apasionadamente, pero la polémica entre las diversas tendencias literarias gira casi siempre en torno de cosas hondas, sin que ello excluya la gracia, la malicia y el humor. Pocas veces he visto reír a un auditorio de tan buena gana como la otra tarde en que Mayakovski dió su anunciada conferencia en el Conservatorio "contra la crítica esteta". En él posee la vanguardia rusa—una vanguardia que no cree en la deshumanización del arte, que viene de las barricadas y marcha con la revolución—un arcabucero temible. Dispara a uno y otro lado, apuntando si se descuidan à los propios vanguardistas y para sentirse más libre en cuanto la sala se caldea, se despoja en un parpadear de ojos de la americana y continúa su disertación en mangas de camisa. Prosa y verso alternados. Grandes tiradas de versos que recita como nadie ha recitado hasta ahora. Al lado de Mayakowski, Marinetti es de una ridiculez insoportable.

A otro poeta de su grupo, Kirsanov, que viene mucho por el club y a quien Mayakovski, que goza en lanzar a la gente joven, presentó el día que estuve en su casa como una esperanza de la lírica rusa, le conocí también una noche de borrasca. Era el momento más agudo de la discusión Gorki-Asiev. No es muy amigo Gorki de los llamados poetas de izquierda, y le molestó que Asiev publicase un libro de impresiones sobre Italia, que él conceptuaba más que insolente, ligero. Chez Herzen las opiniones eran favorables a Asiev. Gozando Gorki de una autoridad única como director, por llamarle así, de la cultura soviética, sobre los escritores más jóvenes no ha influído tanto como su renombre

mundial haría suponer. Cuando uno les pregunta quién les parece el mejor literato ruso de hoy, nombran por lo general a Ivan Bunin. Se duelen de la actitud de Bunin frente a la revolución; le censuran duramente por la labor que hace desde París; su monarquismo facista apenas encuentra en Rusia eco, ni entre los adversarios mismos del régimen soviético, pero le admiran como escritor. Su último libro "La vida de Arseniev", es muy elogiado. De los grandes novelistas anteriores, Tolstoi sigue privando sobre Dostoievski.

En esta lucha por encontrar la nueva forma, que aquí en la mayoría de los casos no responde exclusivamente al prurito individual de distinguirse, sino al febril deseo de colocarse a la altura de los acontecimientos y reflejarlos en toda su intensidad—Mayakovski y Fedin se quedan tan contentos si la crítica les reprocha el hacer "periodismo" en lugar de literatura—ocupa un lugar preeminente Fedor Gladkov.

Es uno de los elementos más importantes del grupo "Kuznitza"—"La Fragua",— a cuyo frente figura con Baimetiev y Nikiforov. Escritores "proletarios" por los temas y asuntos de sus novelas, pero que tienen de la literatura y de la cultura en general una idea mucho más amplia que los proletarizantes a ultranza de la primera época. En el fondo, la cuestión abordada últimamente por la revista francesa "Monde", que dirige Barbusse, ha sido, en parte, discutida ya en Rusia, resultando vencida la extrema izquierda, no obstante contar con dos expositores de tanto ingenio como el dramaturgo Pletniev y el crítico Lelevitsch. Ambos creyeron que la vida cultural era susceptible de una transformación igualmente radical a la operada en el terreno político. Ruptura con el pasado. Nada de lo hecho anteriormente ofrecía otro valor que el simplemente técnico. La cultura soviética debía ajustarse a los métodos marxistas y nacer sobre el campo mismo de la revolución como una cultura exclusivamente comunista. Más fuerza pasional en la exposición que claridad en los conceptos—he ahí lo que caracteriza a la controversia de 1919-1921, llevada adelante con gran vigor propagandista hasta que las reservas de Lenin cortan en seco el movimiento. Frente a las audacias del **Prolet-Kult**, que, gracias a la intervención de un regisseur del talento de Eisenstein obtiene algunos éxitos en el teatro, justamente en la sala de baile de la antigua residencia señorial del millonario Morosov convertida en escenario experimental, pero que en los otros dominios del arte fracasa sin remedio, Lenin, Trotzki y Lunacharski oponen la necesidad de una mayor ponderación al revisar los valores culturales. Aquí es cuando Gorki, enemigo de las extralimitaciones radicales, juega un papel decisivo, imponiéndose. Y de ahí su autoridad como director de la cultura soviética a que antes nos referimos.

Hoy incluso dentro de la **Wapp**—Asociación Panrusa de Escritores Proletarios,— es el llamado "centro" el que domina, con Lebedinski, autor de **La Semana**, traducida al español, y de **Los Comisarios**; Alejandro Fadiev, un prosista muy en boga y el dramaturgo Kirchon, cuya obra **Los raíles** se está dando ahora en Moscú, como sus representantes más caracterizados. La extrema izquierda apenas registra un solo nombre —excluyendo al citado Lelevitsch—de algún valor literario.

Nacido en 1883 de familia pobre, la adolescencia de Gladkov es un documento más para los que quieran orientarse sobre la situación

del campo ruso a fines del siglo XIX. Continuo vagar por las regiones del Caspio y del Volga en busca de trabajo. "Salir de un infierno para entrar en otro". Así hasta los doce años. Como sola nota tierna, el recuerdo de su madre, que anda leguas y leguas a su encuentro cuando la marea contraria lo arroja de nuevo al villorrio natal. "Es duro comenzar a odiar tan joven, pero también es dura la desilusión del niño al caer en las garras del amo." Palizas, noches de insomnio, hambre —su primer obra de teatro "Cuadrilla de pescadores" evoca esta época de su vida.

"Mi idea fija era estudiar. Ya a los doce años, al lado de mi padre que en Kuban se acababa de incorporar al movimiento obrero, leía yo ávidamente a Lermontov y Dostoievski." Escribe versos sentimentales, un "diario que movía a compasión" y que registra su mayor desengaño de entonces: en el Instituto le han negado la entrada por pobre.

Consigue que le admitan de balde en la escuela municipal. El hogar paterno se resiente de un brazo menos. Con ser bien modesto el presupuesto casero—cinco kopecks de gasto por cabeza—la agravación de la crisis de trabajo pone en peligro la única comida diaria. De ese tiempo son sus mejores descripciones del bajo proletariado. Entre los amigos del padre, dos obreros "semi-intelectuales" le han dejado un recuerdo inolvidable. "Fueron los primeros de quienes escuché palabras cuyo encanto todavía no ha muerto en mi alma. Sabios por naturaleza y corazón. Ellos me acostumbraron a mirar conscientemente el mundo y a tener fe en un día mejor para la humanidad."

Al fin una gran alegría. Gorki, por quien Gladkov siente de joven una admiración sin límites, al acusarle recibo del pequeño cuento enviado le anima a continuar. Va a Siberia, describe la vida de los forzados, alcanza rápidamente sólida reputación de cuentista.

La revolución de 1905 interrumpe su carrera literaria. Se entrega por entero a la causa. Tres años de destierro en Verjolensk: Período de autoeducación y de aprendizaje. Cumplida la condena se retira a Novorosisk, en la costa del Mar Negro, donde escribe la novela "Los desterrados", cuyo manuscrito somete a Korolenko, quien se lo devuelve con frases de elogio para el autor, pero de horror hacia el tema: "Siberia, un manicomio suelto".

Hasta 1917 maestro en la región de Kuban. Toma parte activa en la revolución de octubre, para dedicarse luego otra vez de lleno a la literatura. Cemento es la obra que le ha dado a conocer en el extranjero.

Cemento—comienza a decirme el "crítico esteta" a quien atacase Mayakovski, este sutil Abraham Markovitsch Efros con quen hablo de literatura en la tertulia de la casa Herzen, enterado de todo, lo de dentro y lo de fuera, traductor de Cendra, Pirandello y Unamuno.—Cemento ...

Pero en este momento entra en la sala Bulgakov, el autor de "Los días de Turbinitz", la obra de más éxito en las dos últimas temporadas —Teatro del Arte—y me quedo sin saber qué es lo que piensa la crítica rusa de la última novela de Gladkov.

El lector español dirá.

JULIO ALVAREZ DEL VAYO.

Moscú, 1928.

I

LA FABRICA DESIERTA

I.—EN EL UMBRAL

Más allá de los tejados de las casernas y de las arcadas de la fábrica, el mar hervía como tres años antes, salpicado de espuma lechosa, lleno de sol. Entre el mar y la montaña, el aire abrasador, pesado (marzo no hacía aún a los bosques mostrar su verdura). Y las azules chimeneas, las construcciones de hierro y cemento de la fábrica, las pequeñas casas de la "Colonia obrera" y los grandes montones de escorias de cobre, brillaban al sol con transparencias de cristal.

¡Tres años! Todo estaba como antes; nada había cambiado.

Estas montañas oscurecidas por el humo, llenas de desfiladeros, con grandes pendientes, canteras y rocas, eran las mismas que había conocido de pequeño.

Se distinguía a lo lejos todo cuanto le era familiar: los trabajos ejecutados en las pendientes, los funiculares sobre las rocas y las malezas, los puentes y los elevadores en estrechas hendiduras.

Y la fábrica también permanecía igual: todo un pequeño pueblo sembrado de torres, de cúpulas, de tejados cilíndricos, y la "Colonia obrera" en la vertiente de la montaña, un poco más arriba de la fábrica, con sus acacias ahiladas y los jardincillos—dos centiáreas—delante de cada fachada.

Franqueaba la brecha del muro de argamasa que separa el terreno de la fábrica y el poblado (antes había una puerta de madera; ahora sólo queda el hueco), la casa de Glieb está próxima, en el segundo edificio.

Dentro de breves instantes, Dacha, su mujer, y Niurka, su hija, le recibirán. Dacha lanzará un grito, y, llena de alegría, vendrá a caer en sus brazos. No le espera. ¿Cómo ha vivido sin él durante estos tres años? No hay en toda la República un camino ni un sendero en el que no haya corrido sangre humana. La muerte, ¿sólo ha pasado aquí por las calles rozando apenas los muros? Huracán y fuego, ¿no habrá derruido también su hogar?

Glieb marchaba por el estrecho camino, bajo la pesada atmósfera, a través de los espesos matorrales aun sin verdear y los cornejos en flor,

como manchados de pincelad s amarillas. Le parecía que el aire zumbaba, que cantaba: lo sentía lleno de vibraciones de alas nacaradas.

Detrás del muro, unos chiquillos desharrapados jugaban en el baldío terreno; cabras ventrudas, con ojos parecidos a los de las serpientes, mordisqueaban los arbustos y las acacias.

Los gallos, asombrados, levantaron sus rojas crestas al ver al recién llegado. Su canto, colérico, preguntaba:

—¿Quién es éste?

Y Glieb oía, en el ritmo acelerado de su corazón, estremecerse sordamente, bajo la tierra, las montañas, las ruinas de las canteras, las chimeneas, la pequeña ciudad obrera.... La fábrica. Los Diesel. Los Broemsberg (1). Los talleres. Los cilindros giratorios de los hornos.

Por entre las construcciones cenicientas de la fábrica, parecidas a gigantes haches mayúsculas o arcos triunfales, veíanse descender desde la montaña hasta el mar los basamentos de argamasa del camino de los cables. Los cables de acero se tendían de uno a otro como cuerdas vibrantes, y las vagonetas estaban quietas, detenidas en pleno vuelo. Bajo aquellos, el tejido protector de hilo de hierro, enmohecido. A lo lejos, al final de la línea, sobre una torre agujereada, las alas desplegadas de la maquinaria eléctrica.

Está bien. He aquí, otra vez, las máquinas y el trabajo. El trabajo nuevo, el trabajo libre conquistado en gran lucha a precio del fuego y del tiempo. Está bien.

Las cabras, con las cabezas tendidas hacia sus hijos, mezclan sus balidos con los gritos de los chicos. El hedor amoniacal de las cochiqueras, la cizaña, las callejuelas por las que pululan, entre escombros, las gallinas.

—¿Cabras, cerdos, gallinas? Esto estaba antes completamente prohibido por la Dirección.

La argamasa y la piedra. La hulla y el cemento. Las escorias y el hollín. Las torrecillas horadadas de las transmisiones eléctricas. Las chimeneas, más altas que la montaña. Las correas de transmisión, innumerables. Y, allí mismo, los establos de los campesinos, llenos de animales. ¡Malditos muchachos! Han traído el campo hasta aquí, y ahora invade todo como una plaga.

Tres mujeres, con paquetes en los brazos, venían en fila india de la "Colonia obrera". Delante, una vieja con cara de bruja; después, dos jóvenes de aspecto pobre. La una, alta, de pechos grandes, de cara sonriente, con labios que descubrían la dentadura; la otra, con los ojos rojos, los párpados hinchados, tocada con un pañuelo de color, parecía llorosa o enferma.

El hombre las reconoció al instante: la vieja era la mujer del cerrajero Lochak; la última, con su risa constante, la del cerrajero Gromada; entre ambas, una que jamás había visto.

Al llegar junto a ellas, les dejó paso, metiéndose entre los matorrales, y les saludó militarmente:

—¡Salud, camaradas!

---

(1) Funicular. Emplearemos las dos palabras.

como manchados de pinceladas amarillas. Le parecía que el aire zumbaba, que cantaba: lo sentía lleno de vibraciones de alas nacaradas.

Detrás del muro, unos chiquillos desharrapados jugaban en el baldío terreno; cabras ventrudas, con ojos parecidos a los de las serpientes, mordisqueaban los arbustos y las acacias.

Los gallos, asombrados, levantaron sus rojas crestas al ver al recién llegado. Su canto, colérico, preguntaba:

—¿Quién es éste?

Y Glieb oía, en el ritmo acelerado de su corazón, estremecerse sordamente, bajo la tierra, las montañas, las ruinas de las canteras, las chimeneas, la pequeña ciudad obrera... La fábrica. Los Diesel. Los Broemsberg (1). Los talleres. Los cilindros giratorios de los hornos.

Por entre las construcciones cenicientas de la fábrica, parecidas a gigantes haches mayúsculas o arcos triunfales, veíanse descender desde la montaña hasta el mar los basamentos de argamasa del camino de los cables. Los cables de acero se tendían de uno a otro como cuerdas vibrantes, y las vagonetas estaban quietas, detenidas en pleno vuelo. Bajo aquéllos, el tejido protector de hilo de hierro, enmohecido. A lo lejos, al final de la línea, sobre una torre agujereada, las alas desplegadas de la maquinaria eléctrica.

Está bien. He aquí, otra vez, las máquinas y el trabajo. El trabajo nuevo, el trabajo libre conquistado en gran lucha a precio del fuego y del tiempo. Está bien.

Las cabras, con las cabezas tendidas hacia sus hijos, mezclan sus balidos con los gritos de los chicos. El hedor amoniacal de las cochiqueras, la cizaña, las callejuelas por las que pululan, entre escombros, las gallinas.

—¿Cabras, cerdos, gallinas? Esto estaba antes completamente prohibido por la Dirección.

La argamasa y la piedra. La hulla y el cemento. Las escorias y el hollín. Las torrecillas horadadas de las transmisiones eléctricas. Las chimeneas, más altas que la montaña. Las correas de transmisión, innumerables. Y, allí mismo, los establos de los campesinos, llenos de animales. ¡Malditos muchachos! Han traído el campo hasta aquí, y ahora invade todo como una plaga.

Tres mujeres, con paquetes en los brazos, venían en fila india desde la "Colonia obrera". Delante, una vieja con cara de bruja; después, dos jóvenes de aspecto pobre. La una, alta, de pechos grandes, de cara sonriente, con labios que descubrían la dentadura; la otra, con los ojos rojos, los párpados hinchados, tocada con un pañuelo de color, parecía llorosa o enferma.

El hombre las reconoció al instante: la vieja era la mujer del cerrajero Lochak; la última, con su risa constante, la del cerrajero Gromada; entre ambas, una que jamás había visto.

Al llegar junto a ellas, les dejó paso, metiéndose entre los matorrales, y les saludó militarmente:

—¡Salud, camaradas!

---

(1) Funicular. Emplearemos las dos palabras.

Las tres mujeres le miraron como si fuera un vagabundo y se apartaron también, metiéndose entre las hierbas. La última, la del rostro sonriente, le dijo al mirarle como una gallina espantada:

—Sigue adelante. Hay por los caminos demasiados mendigos, errantes como perros, y no hay por qué darles a todos los buenos días.

—¡Decid, pues, zorras! ¿No me conocéis?

La vieja Lochak le miró sombríamente (las viejas brujas miran siempre así) y dijo en voz baja, como respondiéndose a sí misma:

—Seguramente es Glieb. Cae del cielo cuando nadie necesita de él; es bien desgraciado.

Y siguió su marcha, volviendo a su aspecto desolado.

La mujer de Gromada rió, pero no dijo nada. Sólo cuando llegaron cerca del muro se paró y, volviéndose, gritó:

—Apresúrate, mujik. Si has perdido a tu mujer, búscala. Si la encuentras, casaos de nuevo.

Glieb examinó a las mujeres sin reconocer en ellas las amables vecinas de antes. ¡Sin duda, la vida había maltratado a las mujeres de la fábrica!

Mas he aquí la vieja cerca del jardincillo—dos sajes (1) cuadrados—y el mismo mirador. La cerca ostenta la huella del tiempo y de los vientos del noroeste, que soplan en el invierno. La madera, de color azul, carcomida, se deshace. Glieb, al tocar la puerta con la mano, sintió que la cerca azulada se estremecía hasta su base.

Un segundo más, y Dacha se abalanzará a él con un grito. ¿Cómo le acogerá después de tres años de ausencia, a él, que ha luchado con el fuego y con la muerte? ¿Le creerá perdido, o supondrá que él la ha olvidado? Es posible también que le espere todos los días, desde aquel en que la dejó sola con Niurka, en su habitación y se marchó, pasando desapercibido en la noche enemiga.

El hombre dejó caer al suelo, cerca de la valla, el grueso capote de paño gris y luego descargó sobre él el saco que llevaba a la espalda. El gorro de tela, con la estrella roja abierta, cayó junto al saco. Permaneció inmóvil un momento, alzó los hombros bruscamente, hizo con los brazos algunos rápidos molinetes (era necesario tranquilizarse), limpiándose con la manga del uniforme, a cada movimiento, el sudor que le caía por la cara y que no llegaba a enjugar. Miraba las gradas de la puerta, sobre las que ésta, cerrada ante el enigma, parecía chirriar en su marco negruzco.

Apenas había bajado el brazo y volvía a hacer con él un movimiento circular, cuando la puerta se abrió y...

—¿Era Dachka (2), o no?

Una mujer con la frente ceñida por un pañuelo rojo, vestida con una blusa de hombre, apareció en el marco de la puerta y fijó en él una mirada adusta, el entrecejo fruncido. Una inmensa extrañeza se reflejaba en sus pupilas. Y cuando su vista encontró la sonrisa de Glieb, sus cejas parecieron estallar, desgarrarse, y las lágrimas llenaron sus ojos.

¿Era Dachka, o no?

---

(1) Saje: Medida rusa equivalente a 2 m. 1336. (N. del T.)

(2) Diminutivo de Dacha.

Era, en efecto, su rostro (la mancha en la barbilla y la nariz redonda) y su manera de mirar cuando sostenía fija la vista. ¡Dachka! Pero el resto (todo lo que no basta una hora para enumerarlo) era extraño, no era femenino; el resto, él nunca lo había visto antes.

—¡Dachka, mujercita! ¡Tú, mi pequeña!.... ¡Y bien!....

Dió un paso hacia ella. Sus botas se escurrieron en el suelo. Abrió los brazos para estrecharla en ellos. No podía contener su corazón. Temblaban sus mejillas.

Ella había retrocedido temblando ante el paso de él y luego permaneció inmóvil en el umbral, espantada ante su vehemencia contra su debilidad de mujer. La sangre le fluía al rostro. Sólo pudo decir suavemente:

—¿Eres tú? ¡Oh, Glieb!

Y en la profundidad de sus ojos negros, un temor inconsciente brilló como un relámpago.

Glieb la estrechaba ya entre sus fornidos brazos de campesino y de macho, la abrazaba hasta hacer crujir sus huesos. Ella tenía sobre sus labios la barba cosquilleante del hombre, se abandonó a su voluntad, completamente inconsciente.

—Entonces, ¿estás bien, querida mía? ¿Me has esperado, o te creíste viuda? ¡Oh, amada mía!....

Y ella, no pudiendo separarse de él, seguía diciendo, con voz dulce, infantil:

—¡Oh, Glieb!.... ¿Cómo se puede...? Y yo, que no sabía nada.... ¡Oh, Glieb!

Pero todo esto pasó por su corazón con la velocidad de un relámpago. Este tiempo fué suficiente para que Dacha se presintiera de nuevo en poder de Glieb.

El siempre había sido cariñoso (tres años antes), cuando, metida en su casa, y sonriente, ella florecía para él, como los geranios florecían en el alféizar de la ventana, y le era dulce conocer el poder anhelado del marido. La invadía entonces una gran tranquilidad al sentirse privada de voluntad, abandonada en sus manos.

Pero ahora, apenas Glieb la había cogido con todo su cariño para llevarla en brazos, como a un niño, a la habitación, como antes hacía en los primeros días de su matrimonio, Dacha rechazó sus manos con gesto firme, aunque suave, le lanzó una mirada oblicua, súbitamente hostil, en la que relucía una hosca extrañeza.

—¿Qué te pasa, camarada Glieb? Vas muy de prisa, ten calma....

Descendió un escalón y rompió a reír.

—Vas demasiado de prisa. Estamos en tiempo de paz.... La llave está en la cerradura. Caliéntate agua en la estufa, pero no hay té, ni azúcar... ni pan. Ve al Comité de la Fábrica y hazte inscribir para una ración.

Descendió otro escalón. Desde abajo le dirigió una sonrisa. Una inquietud desconocida para él se dibujaba en el rostro de la mujer.

No fué una herida en su amor propio, sino una reacción violenta. ¡Iba en busca de alguien, y su cabeza había tropezado con un muro! Sentía vergüenza y dolor. Sus brazos permanecían abiertos y la sonrisa temblaba en sus labios.

—¡Vete al diablo!... ¿Desde cuándo soy "camarada?..."

Dacha, después de descender todos los escalones, se había detenido a la puerta de la cerca. Continuaba mirándole de reojo, con la misma expresión burlona.

¿Era esta Dacha?

—Almuerzo en la ciudad, en el restaurante comunal. Recibo mi ración de pan en el partido. Ve al Comité de la Fábrica, Glieb, e inscríbete para un bono de pan. Estaré fuera dos días, me envían al campo... Descansa durante mi ausencia.

—Pero, escucha, espera... No comprendo nada... ¿Desde cuándo eres tú mi "camarada"?... Dime, al menos, adónde he llegado.

—Estoy en la Sección de Mujeres. ¿No has comprendido?

—¿Y Niurka..., la pequeña?

—En la Casa de los Niños. Pero vete a descansar... No tengo tiempo, Glieb. Hablaremos más tarde... ¡Descansa!

Y se marchó a grandes pasos, firmes y presurosos, sin volverse. El rojo pañuelo que la cubría la nuca retuvo la mirada del hombre como si fuera una señal, una sonrisa, hasta el instante en que desapareció por detrás del muro.

Dacha, al llegar a la brecha, se volvió e hizo un signo amistoso con la mano.

Glieb, de pie en el umbral, desconcertado, la miraba marchar sin comprender nada.

Regresaba, encontraba a su mujer, Dacha. Tres años sin verse. Tres años vividos entre el huracán de la guerra. Dacha también había vivido estos tres años. ¿Qué camino había seguido? Lo ignoraba. De nuevo sus caminos se encuentran y se cruzan caprichosamente. Antes de su matrimonio marchaban por caminos paralelos, que acabaron por mezclarse y confundirse para no ser más que un solo sendero. Después, los acontecimientos los separaron y los lanzaron fuera de los senderos hollados, sin saber el uno del otro. Dacha, ¿habría ido más lejos que él? ¿Habían llegado a ser extraños uno para otro y no se reconocían en el viejo amor?

Tres años. ¿Qué había sido en tres años de una mujer sin marido? Estos tres años vividos por Glieb bajo las tormentas de acontecimientos formidables, ¿qué habían sido para Dacha?

Hé'e aquí de regreso a su hogar, abandonado entonces en una noche trágica. He aquí la fábrica en la que, desde pequeño, se manchó con aceites, con hollín, con polvo metálico. Pero el nido estaba vacío. Y su mujer, Dacha, que se asía a él desesperadamente en el momento de la despedida, no le ha recibido como esposa: ha pasado junto a él como los espectros hostiles y fríos de las pesadillas.

Glieb se sentó sobre un escalón del umbral y sintió de repente su gran fatiga. No solamente la de los cuatro kilómetros andados una vez terminada la guerra, sino la de esos tres años, la de este encuentro incomprensible y doloroso como una herida.

¿Por qué este silencio desacostumbrado? ¿Por qué estas vibraciones de alas en el aire y este ruido de gallinas en la "Colonia obrera"?

No parecían construcciones, sino moles de hielo en ruinas, y las chimeneas azuladas semejaban cilindros de vidrio. Llenas de hollín sus

cúspides, el viento de las montañas las ha limpiado. Una ha perdido su pararrayos. ¿Arrancado por el huracán? ¿Corroído por la hulla? ¿Quitado por manos humanas?

El olor del estiércol jamás había llegado hasta aquí; pero ahora pastaba el ganado la hierba que bajaba sinuosamente de la montaña.

La construcción situada en la costa es el taller de cerrajería; sus grandes vidrieras reverberaban antes, a esta hora, en sus innumerables cuadros, bajo la luz del sol brillante; ahora, las tinieblas interiores llenan los huecos dejados por los rotos cristales.

Y la ciudad, que se ve al otro lado de la bahía, sobre una elevación, también ha cambiado. Es más gris. Está cubierta por el moho y por el polvo, se ha hundido en la pendiente de la montaña de tal forma, que más parece una cantera abandonada que un poblado.

"Camarada Glieb..." La puerta, que ella dejó completamente abierta, hace la habitación más vacía. La fábrica está apagada, olvidada. El, que fué un obrero de la fábrica, mandó un regimiento y ostenta sobre su pecho la condecoración de la Orden de la Bandera Roja.

Un gallo se aproxima a la cerca, levanta su cresta, examina al hombre con una mirada de extrañeza.

—¿Quién es éste?

Parecidos a los ojos de las serpientes, los ojos de las cabras, que murmuraban su galimatías, le miraban con curiosidad.

—¡Fuera de aquí, sucias bestias!, u os arrojo por encima de la cerca. ¡Qué el diablo os lleve!...

2.—TINIEBLAS

Enfrente, al otro lado de la callejuela, ruido de voces ebrias salían en bocanadas ahogadas por las ventanas de la casucha. La voz de bajo del tonelero Savtchuk tronaba, mezclada con los gritos histéricos de Motia, su mujer.

Glieb abandonó su casa y se dirigió hacia la de Savtchuk.

Una habitación con los muros tapizados de hollín. Taburetes y harapos tirados por el suelo. Una tetera de aluminio volcada. Manchas de harina, resplandores blancos por todas partes.

Cegados los ojos por el sol, Glieb buscó por un instante a las personas. Después vió agitarse, desnudos, convulsos, magullados, los cuerpos.

Su mirada atenta encontró a los dos Savtchuk: él, con la camisa hecha jirones, la espalda en tensión desde los riñones hasta la nuca, las costillas marcadas en la piel como si fueran anillos; Motia, con la ropa subida hasta el vientre, los senos redondos sacudidos por las manos del hombre y por las suyas.

Glieb cogió a Savtchuk por los sobacos y le oprimió las costillas; los huesos crujieron bajo los omoplatos.

—¡Eh, mujik! El esfuerzo te vuelve loco, perro viejo. ¡Respira un momento, ponte en pie!

Savtchuk, con los músculos tensos, braceaba en el aire. Sus articulaciones crujían.

Motia, olvidando sus piernas desnudas hasta los muslos, apoyada

en el suelo sobre una mano, gesticulando con la otra, quería gritar, con
la boca abierta, sin conseguirlo.
—¡En pie, Savtchuk, bandido!... ¡Procura ser hombre!...
La presión de Glieb hizo de nuevo crujir los huesos de Savtchuk,
que puso sus pies callosos en el suelo.
—¡Quita la cabeza, viejo diablo! Levántate, Motia... Procura es-
tar de buen humor; te han sacudido las pulgas. Pero no te avergüen-
ces, puedes seguir como estás.
Y Glieb soltó la carcajada.
Motia dejó escapar una exclamación de niña avergonzada. Se arre-
gló la ropa, se recogió sobre sí misma, se empequeñeció, asustada, atemo-
rizada, y terminó sollozando en su rincón.
Savtchuk, sin reconocerle, lanzó a Glieb una mirada sangrienta.
Se revolvió y dijo sordamente, hipando, con voz irritada:
—Llegas en mala hora... Que el diablo te lleve... ¡Márchate, antes
de que te rompa las muelas! ¡Fuera!
La risa de Glieb estalló de nuevo.
—Savtchuk, viejo pícaro, siempre enfadado. Vengo a verte. Re-
cíbeme, camarada. ¿Cuántos años hemos trabajado juntos en el hor-
no?... ¿Qué perro rabioso te ha mordido, tonelero?
Savtchuk miró nuevamente a Glieb con sus ojos bovinos. Su su-
cio pie golpeó en el suelo y sus manos se elevaron. Sus harapos flota-
ron como si estuvieran en un maniquí. No tenía puesta más que la ca-
misa, pero destrozada. Los músculos vibraban bajo su piel como nudos
y cuerdas tensas.
—¡Ah, mierda!... ¡Glieb Tchumalov, viejo hermano!... ¿Qué
diablo te trae del otro mundo?... ¡Viejo puerco!... ¡Glieb!... Mírame,
mira mi sucia casa, mírame bien y apriétate contra mi sucio esqueleto...
Y estrechó a Glieb en un fuerte abrazo.
—Levántate, Motia. Vuelve en ti. Heme aquí, bueno y débil.
Ya arreglaremos esto otra vez. Me voy a charlar con este puerco de Glieb.
a llorar un poco, a remover las entrañas... Levántate, Motia... Acér-
cate... La Paz... Abraza a Glieb, amigo y camarada. Lo demás, quedará
para otra vez...
Tenía el cabello y la barba rizados, con mechones revueltos.
Motia, replegada en sí misma, continuaba llorando, sin cesar de
pretender, con movimientos convulsivos, bajar la falda hasta sus pies.
Glieb la dijo, riendo amistosamente:
—Motia, Savtchuk no ha sido el más fuerte; eres una mujer libre
y sabes defender tus derechos. Dale un golpe y comenzad de nuevo.
Estas palabras parecieron herir el corazón ingenuo de Motia. Se
arrastró de rodillas hacia Glieb, como los lagartos se arrastran entre
las rocas, y su mirada se elevó hacia él en inflamadas espirales.
—Márchate, no me toques. Estoy hasta la coronilla de tipos co-
mo vosotros. ¡Cuánto me hacéis sufrir!
Llegó hasta las manchas de sol que había en el suelo y pareció ilu-
minarse bajo los rayos azules de la luz y del polvo matizado con los
colores del arco iris. Sus cabellos, revueltos, caían por el escote de la
blusa sobre su espalda desnuda.

—No me iré, Motia: deseo quedarme con vosotros como huésped. Ofréceme verdura, asado, té con azúcar... ¿Vendes eso?

Glieb seguía riendo, y jugaba, cogiendo los brazos de Motia, ofreciéndose, complacido, a sus golpes.

—Acuérdate, Motia, qué mujer eras y cómo luchabas. Hubiera querido casarme contigo, pero cargaste con Savtchuk, el maldito tonelero...

—No es una mujer—gritó Savtchuk,— es un sapo. Si eres mi amigo, dispara sobre ella tu ametralladora... Yo tengo ya poca vida, y ella ha concentrado toda la suya en las lágrimas. ¿Por qué me atormenta con su casa y su jaleo constante, si yo no tengo casa ni el diablo tiene necesidad de que ponga mis manos en sus hocicos? Esto no es vivir, Glieb. Yo no soy yo, camarada, y la fábrica no es ya la fábrica.

Motia, en pie, apareció transformada por completo, abrumada, vencida, enferma.

—Mira, Savtchuk, mis fuerzas se agotan... Estoy agotada, Savtchuk... ¿No he tenido que exponer nuestra casa al pillaje para procurarme un poco de harina, y no estoy desnuda como una mendiga? Pronto hubiera expuesto mi vergüenza al sol... Yo tenía hijos, niños pequeños, era rica, era una madre amorosa... ¿Dónde están mis hijos, Glieb? ¿Por qué ya no soy madre? Querría mi nido, mis polluelos... Pero todo lo he perdido... ¿Por qué estoy aquí? ¡Ah, Glieb! Pueden quemarse mis ojos; no están hechos para la noche; están hechos para el fuego rojo...

Temblaban sus mejillas y sus labios y fijaba en Glieb sus ojos arrasados en lágrimas. Su mano seguía estirando la falda hasta las rodillas y cubriendo con la blusa sus senos hasta hacer crujir la tela...

Sí, era otra Motia, enferma y atormentada... Una nueva fuerza, desconocida para el recién llegado, marcaba su huella ardiente en la comisura de los labios y en sus ojos, quemados por la fiebre. Glieb la recordó rodeada de chiquillos alegres que, colgados de ella, agarrados a su falda, gritando y hablando ruidosamente, la hacían parecer una clueca afanosa y charlatana. La dulce alegría de las madres, creada por ellas mismas, lucía entonces en sus ojos.

Savtchuk cogió del suelo un taburete, que puso brutalmente cerca de la mesa. Se dejó caer en él, mejor que se sentó, como una bestia hundida de un puñetazo.

—¡Está bien, vive Dios, está bonito!... Yo reviento, hermano Glieb... Esto es el desierto, la tumba... Yo estallo por exceso de fuerza, Glieb, viejo compadre; tengo bastante, yo estallo... No tengo miedo. ¿Por qué iba a tener miedo?... No le tengo miedo a la muerte. Estoy ante ella como ciego, no existe para mí. Temo a las tinieblas y a la selva... ¿Para qué me sirve la fuerza en estas tinieblas y en este cementerio?... Aquí lo tienes, míralo. ¿Es esto una fábrica? Más parece una fosa de inmundicias, un nido de cabras... No hay fábrica... Y si no existe, ¿dónde estoy, Glieb?

Motia fijaba en Glieb la mirada oscura y húmeda de su dolor. Glieb leyó en su rostro que aquel amor torturado la ataba a su marido.

—Vamos, vístete, bruja. ¿No te avergüenzas de tu aspecto de mendiga? Tu boca es como un cántaro roto. La mía está mal, pero la tuya la ha dibujado el mismo diablo.

La voz cansada de Motia sólo tenía un dejo de fingida cólera, rota por la ternura...

Glieb rompió a reír.

—Siempre sois los mismos, amigos míos.

—Aquí, Motia, una caricia, mujercita.

Savtchuk levantó a Motia en sus brazos y la colocó junto a él, como si fuera una niña.

Veíanse a lo lejos, más allá del monte, las cimas de las chimeneas apagadas, que parecían transparentes como vasos de cristal vacíos. A lo largo de los lados del macizo montañoso, invadidas por la maleza, las vagonetas estaban, como tortugas muertas, en el funicular enmohecido.

—La fábrica.... ¡Lo que fué y lo que es, Glieb, amigo mío! Recuerda cómo bebíamos en las tonelerías y cómo cantábamos a las muchachas en la primavera. ¡Ah, viejo camarada!.... Yo también he salido aquí del cascarón.... No he visto la vida fuera de este infierno.

Savtchuk sentía la nostalgia del antiguo estruendo de la fábrica. Lloraba sobre la tumba del trabajo acabado, sus ojos se nublaban, y, en su duelo, por el trabajo intenso de las máquinas, parecían un ciego. Estaba erguido y su sonrisa era triste.

Motia, en pie a su lado, parecía, como él, ciega y llorosa. Madre amante al cuidado de su nido, madre arruinada, perdidos sus polluelos

—Pégame, Savtchuk.... Sólo soy buena para la casa, Savtchuk.... Haz que sirva para este cubil.... Pégame

—¿Quieres, Motia, que haga como los demás? ¿Eslabones, o, a escondidas, cubetas para los mujiks? ¿No has ido con tus harapos por las aldeas y ciudades, como perro errante y maltratado?

Sus puños se crisparon. Apretó los dientes.

Motia, de pie, parecía hablar en sueños:

—Teníamos un hermoso nido, Savtchuk.... Y nuestros hijos eran pequeños y hermosos.... Eran tu sangre y mi sangre.... Volvamos a empezar, Savtchuk, a hacer un nido.... ¡Yo no puedo más, no puedo más, Savtchuk! Me iré por los caminos a recoger los niños abandonados por los demás....

Aquí, Motia; allá, Glieb.

Glieb, conmovido, puso su mano en la espalda de Savtchuk.

—Eres mi viejo camarada, Savtchuk. Desde muy pequeños hemos ido juntos a trabajar. Motia era nuestra compañera. Ahora has permanecido aquí como un mochuelo, para gritar desgracias todas las noches, mientras yo me batía cubierto de sangre.... Heme aquí de vuelta.... No tengo hogar y no existe la fábrica.... Motia es una gran mujer. Reunamos nuestras fuerzas, Savtchuk.... Nos han vencido, pero hemos aprendido a batirnos.... ¡Ira de Dios! Lo hemos aprendido bien, Savtchuk.... ¡Dame tu zarpa, estúpido tonelero!

Savtchuk, meneando la cabeza, le miraba, con ojos extraviados. No comprendía. En sus ojos se veía una tremenda confusión.

Motia se apoyó en Glieb y le echó un brazo por el cuello, sin avergonzarse.

—Amigo Glieb, Savtchuk es un valiente. Se ha salido de sus casillas porque tiene demasiada fuerza, Glieb.... Es un valiente.... ¡Ah!

Glieb, nada me faltaría si yo tuviera nada más que a mis pequeñuelos. ¡Qué vida, Glieb!

—Motia, no vale la pena de que le hagas caricias. Todavía no es tu caballero.

Glieb jugaba con las manos de Motia, cariñosamente.

—¡Siempre sois los mismos, amigos míos!

3.—LAS MAQUINAS

Dos caminos conducían al Comité de la Fábrica desde la "Colonia obrera": se podía seguir la calzada, a lo largo de las construcciones de la fábrica, o los senderos confusos de las pendientes, a través de las antiguas canteras.

Se podía abarcar desde aquí la masa compacta de la superestructura de la fábrica: los tejados, los arcos, los viaductos, las grandes construcciones en piedra, en argamasa o en hierro, a veces de una ligereza aérea, como globos enormes; otras, rectangulares, de una arquitectura pesada, sencilla y severa. Las construcciones se hacinaban o emergían de la montaña en bloques monolíticos, en altitudes diferentes, y en los desfiladeros, a lo largo de los funiculares demolidos, llenos de piedras, donde habían quedado abandonadas las vagonetas, invadidas por las plantas y llenas de polvo, bajo las rocas, en las vertientes de las crestas, aparecían súbitamente, aisladas, perdidas, casitas de cemento pintadas de azul. Las carreteras se escalonaban en claras terrazas, descendiendo hacia los desfiladeros y desapareciendo en la pujante frondosidad de un bosque joven. A lo lejos, más allá de la fábrica, el mar, del que los cabos lejanos parecían perderse en la bruma; el mar, copa llena, y el horizonte; el espejo azulado del horizonte cortado por la vista de cabo a cabo, más alto que los tejados y que las torres, por encima de los tejados de la fábrica, entre las elevadas chimeneas, elásticas, que parecían troncos vivientes; y se veían extenderse, uno desde la ciudad, en el otro lado de la bahía, y otro desde la fábrica hasta la bahía, dos malecones semejantes a gruesos cables con los faros en los extremos. Los semicírculos de espuma, rompiendo sobre la costa en níveas olas, afluían indefinidamente hacia la fábrica y los muelles.

Era lo mismo tres años antes. Pero el fuego interior estremecía entonces la fábrica y la montaña. El estrépito subterráneo de las máquinas, el clamor eléctrico de la montaña animaban las vastas construcciones de la fábrica, las chimeneas y las piedras.

Siguiendo el sendero, Glieb miraba la fábrica allá abajo, escuchando con atención en el augusto silencio, apenas turbado por el murmullo del riachuelo, y la veía agobiada, hundida, cubierta por el polvo de las piedras.

¿Era esta la fábrica que conocía desde la infancia, en la que había crecido entre el fuego y el estrépito de las máquinas, donde se había acostumbrado a ir por senderos y caminos siempre trepidantes bajo sus pies? ¿Era él, Glieb Tchumalov, obrero del taller de cerrajería, que vestía blusa azul; él, quien marchaba ahora por un viejo sendero cubierto por la hierba; él, quien pisaba de un modo distinto y que tenía una silueta distinta también, y cuyos ojos demostraban una gran extrañeza mezclada con una triste interrogante? No se afeitaba antes (el bigote ri-

vado) y su cara (que parecía mate) estaba impregnada de hollín y de polvo de hierro; ahora estaba afeitado, su piel era blanca, sus pómulos y su nariz estaban curtidos por el viento del llano. ¿Era él, Tchumalov, que no veía el hollín ni el aceite, a quien el trabajo no hacía doblar la espalda? ¿Era él, el cerrajero Tchumalov, con su uniforme, tocado con un gorro verde adornado con la estrella roja y luciendo sobre su pecho la condecoración de la Orden de la Bandera Roja?

Algo fantástico había sucedido. Cambio extraño como si la montaña, abandonando su base, hubiera desaparecido.

Andaba, examinando la fábrica, los trabajos de la montaña, las chimeneas sobre las cuales reinaba el silencio; se detuvo, pensativo, y murmuró, con la voz entrecortada por los suspiros:

—¡Qué bestias! ¡Lo que han hecho esos puercos! ¡No sería suficiente con colgarlos de un muro! ¡Haber convertido en una inmundicia una fábrica como esta!

No sabía más que una cosa: que aquello era una tumba, un lugar de desolación y de devastación, y que él estaba en esta tumba—él, que había estado en el Ejército—con el corazón destrozado. Aquella tumba le horrorizaba, y, ganado por tanta desolación, no sabía qué hacer.

Bajó hasta la fábrica, hacia una plataforma vacía, negra por el carbón, que ahora invadía la hierba como si fuera moho. Pirámides de antracita se elevaban aquí otras veces, y sus cristales brillaban como si fueran diamantes negros. Dominaba la plataforma un cantil rocoso de estratos amarillos y pardos, que se derrumbaban, haciendo desaparecer así los últimos vestigios del trabajo humano. Al borde, en semicírculo, las ramificaciones de los rieles. Luego, más allá del parapeto, mirando al cielo, a ochenta metros de altura, una chimenea, obelisco azul, y detrás de ella, alto como una montaña, el enorme edificio de los talleres electromecánicos.

El hálito de un mundo extinguido subía de la fábrica en estos días ociosos. Los vientos del noroeste habían pasado por los cristales de las vidrieras; los torrentes de la montaña habían dejado al descubierto el esqueleto de hierro de las construcciones de argamasa; el polvillo producido por el trabajo de otros días se había petrificado en las cornisas.

El guarda Klepka pasó. Llevaba un largo blusón de tela de saco, sin cinturón; los pies, desnudos, metidos en unos viejos zapatos. Y éstos eran de un color oscuro; parecía que hubiera metido los pies entre el cemento. No había envejecido, como si hubiera permanecido en absoluto fuera del tiempo. Se detuvo, miró familiarmente a Glieb y prosiguió andando—reliquia empobrecida del pasado.

—¡Tú, vieja ruina!, ¿dónde vas como un desenterrado? ¡Han pasado tus tiempos de guarda, viejo diablo!

La extrañeza y la inquietud se pintaron en el rostro viejo, hirsuto.

—La entrada está rigurosamente prohibida a los extraños.

—¡Imbécil! ¿Quién tiene las llaves de la fábrica?

—Las llaves no sirven para nada; no hay cerraduras... El orín las ha enmohecido; puedes pasearte como el viento... Hay cabras en la fábrica... y ratas... Nada más que roedores... Ya no hay hombres...

—Tú mismo eres una vieja rata. Todos os metéis en vuestros agujeros, y luego salís de paseo. ¡Qué el diablo os lleve!

Klepka miró a Glieb hurañamente, y la maraña hirsuta de sus cabellos removió las motas de cemento que en ella había.

—¡Gorro puntiagudo!... ¡Cuerno del diablo!... No hay nadie a quien dirigirse aquí... ¡Ya no hay hombres!...

Y se fué, arrastrando sus zapatos.

Un elevado viaducto apoyado en pilares de piedra unía la plataforma con el cuerpo principal de la fábrica. En sus muros de argamasa habían abierto brechas para asomar por ellas los cañones de las ametralladoras. La fábrica había servido a los "blancos" de fortaleza. Más tarde habían habilitado patios y barracones para los prisioneros, barracones que habían sido, en los días de la intervención, tumbas espantosas.

—Veamos lo que queda aún en el vientre de la fábrica.

No había puertas; todas habían sido arrancadas. Las telas de araña, tejidas en polvo de cemento, pendían en jirones color de ceniza. Un hedor de herrumbre y de polvo antiguo emanaba de las tenebrosas profundidades de este enorme vientre.

La semioscuridad vibraba, turbada por el eco sonoro de estos lugares abandonados y olvidados. Las pasarelas, las escaleras, las galerías, las transmisiones, las palancas, las cañerías, las conducciones, formaban montones de cosas mezcladas parecidas a despojos. El enervante olor ácido del cemento. La enorme masa de la chimenea de la tina, cuya tapa había sido arrancada. El viento entra aullando en el embudo, azotado por la polvareda que levanta; luego se arremolina, gira vertiginosamente, atrae y repele a Glieb en la abierta bocaza. En otro tiempo contenía esta fuerza una tapa de hierro fundido que cubría esta boca llena ahora de clamores; el cañón de la chimenea, rugiendo y tronando, aspiraba las escorias incandescentes que llevaban a él los anchos cilindros de los hornos giratorios.

Glieb bajó por una escalera que crujía bajo sus pasos y siguió a lo largo de las ventanas llenas de polvo. Las formidables cisternas de los hornos giratorios le aplastaban, le aniquilaban, le reducían—le parecía a él—a una sombra irrisoria. En otra época, movían, entre un gran estrépito entrecortado por silbidos, con un hálito de fragua, sus troncos incandescentes, mientras que la muchedumbre humana se apiñaba bajo ellas como ínfimo hormiguero. Grandes tuberías laterales y superiores se mezclaban a su alrededor como arcos y cactos de hierro fundido, y, de nuevo, las correas de las transmisiones trepaban a lo largo de los muros, rompiendo el aire con su vuelo.

—¡Ah, canallas, ruines! ¡Lo que han hecho de una fuerza tan hermosa! ¡Lo que han hecho los miserables!

Largos túneles oscuros llevaron a Glieb a la sección de máquinas. Reinaba allí una pesada luz espesa que caía derecha del cielo: era el templo severo de las máquinas. Un suelo de baldosas en cuadros de colores. Los motores Diesel parecen ídolos de mármol negro exornados con oro y plata. Permanecían en pie, pesados y limpios, en largas filas, por secciones, prestos para el trabajo; se creería que no había más que impulsarlos para que echaran a andar, haciendo brillar y refulgir los metales

Los volantes parecían vivir, lanzados en pleno vuelo. Glieb se creyó de repente acogido por la antigua atmósfera cargada de aceite y de azufre. Los Diesel se alinean en filas apretadas, como altares que aguardan su holocausto. Los volantes, inmóviles en su marcha vertiginosa. El hombre toca las máquinas y constata que permanecen seguras, bien adheridas al suelo, potentes cristales dispuestos a estallar.

Como siempre, todo estaba aquí limpio. Cada pieza de las máquinas revelaba el cuidado atento y cariñoso del hombre. El piso estaba encerado, como antes; el polvo no empañaba los cristales—todavía numerosos—de las vidrieras, en los que titilaban las refracciones ambarinas y azuladas de la luz. Un hombre vivía allí, obstinadamente, y gracias a este hombre las máquinas vivían también en una espera momentánea.

Y este hombre, con blusa azul y gorra, surgió de pronto de entre los Diesel. Se limpiaba las manos con borra. Se veía relucir la blancura de sus dientes. La gorra, aplastada sobre la frente; la nariz, aplastada como la gorra; el bigote, rojo, erizado. Tenaz, inquieto, preparado.

—¡Ah! ¡Estás aquí, gran amigo! ¡Pero héte vestido de general, comandante del ejército!.... Algo me decía que aun vivías.... Y que volverías, y que recomenzaríamos contigo la vieja danza.... ¡Salud! ¡Verdaderamente, tu presencia me causa gran alegría!.... ¡Déjame embadurnarte con la grasa de las máquinas!

Era él, Brynza, el mecánico, un antiguo compañero.

Hijo de mecánico, nacido allí, crecido entre las máquinas, los cuerpos de las máquinas eran su universo. Brynza y Glieb habían crecido juntos y habían entrado de muchachos en la fábrica.

—¡Vamos! ¡Déjame mirarte!.... ¡Y te has puesto el uniforme! ¡Sólo han crecido tu nariz y la estrella roja! Reconozco tus manos y tus pies: no son de un imbécil.

Glieb dió un grito de alegría y abrió sus brazos al antiguo compañero.

—¡Brynza, amigo mío! ¿Aun estás aquí? ¿Por qué no has hecho tu morral, como todos los demás de la fábrica? ¿O te has quedado aquí al cuidado de las máquinas para hacerles echar chispas? Verdaderamente, podría creerse que vas a poner en marcha en un instante toda esta mecánica del diablo.

Brynza cogió a Glieb bruscamente de la mano y le condujo al fondo del estrecho paso que dejaban los Diesel.

—Míralos, viejo hermano, a estos pícaros diablejos.... Míralos, están limpios como bellas muchachas. Bastaría decir: "¡Empieza, Brynza!", para que todo este alegre mecanismo empezara a girar y a tamborilear la marcha del hierro.... Las máquinas necesitan una disciplina y una mano enérgica, como el ejército de donde tú vienes.... Si estoy con ellas, es porque yo también soy una máquina.... ¡Vayan al diablo con toda su política, sus palabras y sus razonamientos! Que se batan, que se rompan el alma, que les llegue la sangre hasta la garganta, pero que me dejen en paz; lo demás, no me importa. No conozco más que una cosa: la máquina y yo; los dos formamos un solo ser.

—¡Brynza! Conozco tus manos; son de oro... ¡He aquí unas hermosas manos! ¡Si hay cabras, que el diablo se las lleve! ¡Que se diviertan los imbéciles y los que no hacen nada! Y, en cuanto a chispas, no tendrás que mendigarlas. Pero, amigo mío, te has encerrado con tus máquinas y no comprendes nada de todas nuestras historias... El cañón no te despertaría aquí...

Brynza se paró en seco, y sus ojos se agrandaron.

—¡Basta! ¿Vienes a incitarme y a darme un mitin? Ello no será, querido. No estás en una reunión, estás junto a las máquinas, bien lo sabes, y si lo sabes, cállate. ¿Qué pinto yo en todas esas historias? Aquí había trabajo, y ahora hay vagos por todos los caminos. He visto a menudo venir hasta aquí alguno, y le he dejado en la puerta. El mejor rincón para esos charlatanes es el Comité de la Fábrica. Y es que la gente se hace vaga a fuerza de charlar. Son vagos, porque no tienen nada que hacer, nada más que charlar. Las palabras que suenan como redobles de tambores, no sirven aquí para nada. Aquí, amigo, hay máquinas, y las máquinas no son palabras, sino manos y ojos.

Glieb acariciaba las piezas relucientes de las máquinas; sus ojos húmedos, ligeramente turbios, clavaron en Brynza una mirada penetrante.

—Tienes un temperamento tan vivo, que no dan ganas de marcharse. Y la fábrica me disgusta hasta tal punto... ¡Y cómo me desagradan las gentes!... Pero, ¿qué diablos haces tú aquí, y por qué empleas tus manos en estas máquinas, si la fábrica no es más que un cobertizo lleno de escombros, si los obreros no son más que farsantes, charlatanes y arribistas? Sálvate, ya que no has reventado...

Todo el cuerpo de Brynza tembló. Los músculos de su rostro sufrieron varias contracciones. Fué como si su corazón hubiera estallado, como si toda su sangre hubiera llevado repentinamente a su cuerpo la locura. Su puño golpeó con fuerza la defensa reluciente del Diesel. Se ahogaba.

—La fábrica debe ser puesta en marcha nuevamente, Glieb... La fábrica no puede morir... Debe vivir, o nos ahogará... ¿No sabes cómo viven las máquinas? No, no lo sabes... Puede uno volverse loco cuando ve, cuando siente. ¿Quién lo sabe? Yo, yo solo...

Brynza no se excitaba antes. Viviendo con las máquinas, se había confundido, en su vida, con ellas. Cuando los Diesel se pararon y los hombres se marcharon a la revolución, a la guerra civil, al hambre y al sufrimiento, desfilando en masa ante ellos, él había permanecido en el silencio de las salas de la maquinaria. Y vivía como vivían las máquinas: era como esas mismas máquinas relumbrantes.

—La fábrica debe marchar. Si hay máquinas, amigo, no pueden estar sin trabajar; trabajan, querido, hasta cuando no hacen nada... ¡Si tú pudieras saber!... Pero, que lo comprendas o no, debes hacer lo imposible por encender la primera luz... ¡Piensa en ellos y no lo olvides un instante!

La alegría invadía a Glieb. Estrechó la mano de Brynza.

—¡De acuerdo, amigo mío!... La fábrica debe marchar, si esto es una fábrica. He aquí mi mano: echaremos a andar la fábrica. Moriré, me reventaré si es necesario, pero la echaremos a andar... Está dicho.

¡Que aguarden tus Diesel bajo sus hermosas armaduras!... Vamos a necesitarlos con toda su fuerza...

4.—LOS COMPAÑEROS

En el piso bajo de la Dirección de la fábrica, en el sótano, en un estrecho corredor mal alumbrado, lleno del olor agridulce del cemento húmedo, un grupo de obreros iba y venía. En el ambiente flotaba el olor a aguardiente y a tabaco barato. En esta sucia atmósfera, los hombres estaban sucios también, sucios por el polvo grisáceo de las veredas y los caminos, sucios como las plantas y los edificios que rodeaban la fábrica, con sus caras borrosas, esfumadas, semejantes a las sombras de la tarde. Había un rumor de feria, cortado por grandes risas que hacían temblar los muros, por voces y juramentos que dominaban las conversaciones sobre las raciones, el refectorio, el petróleo, las casas de campo, los mecheros, las cabras, el pobre pueblo obrero a expensas del cual viven todos los canallas...

La puerta del Comité de la Fábrica daba a esta misma habitación sucia y llena de humo en que se hallaba el grupo, que dejaba sentir un hedor agrio de ociosidad forzada.

No reconocieron a Glieb cuando se abrió paso a través de esta multitud heterogénea; pero miradas hostiles y huraños, en las que brillaba el odio, se posaron en la estrella roja de su gorro y en la insignia que llevaba en el pecho. Nadie se volvía hacia él; le olvidaron, indiferentes, apenas había pasado. ¡No veían corrientemente a muchos comisarios engreídos de su importancia y otras muchas gentes con carteras llenas de papelotes burlarse del Comité de la Fábrica?

Un mozallón tocado con un gorro blanco, con un corsé de mujer por encima de la ropa y un sujeta-bigotes sobre sus labios afeitados, danzaba ante la puerta. La muchedumbre le zarandeaba, pero él se abría paso a fuerza de codos, con movimientos afeminados, mientras gritaba con vocecilla de mujer:

—¡Vaya! ¡Dejadme que vaya a presentarme... calzonazos y P. C. R! (1). ¡Dejadme en paz! ¡No toquéis mis atavíos! ¡Soy una honrada proletaria! ¡No me toquéis de ese modo, que me hacéis cosquillas!

Y cantaba:

¡Ay, ay, ay!, manzanita, ¡a dónde vas?
Llegarás al Comité de la Fábrica con los zapatos rotos.

Los juramentos y las risas burlonas de los hombres ahogaban sus exclamaciones y su cántico.

—¡Vaya una figura ridícula!... ¡Mitka!... ¡Fanfarrón del diablo! ¡Tocador de armónica!... ¡Nada le importa; ni el diablo, ni su padre, ni el Soviet!...

Una figura ruin, de rostro arrugado, en el que sólo los ojos brillaban entre los huesos de la frente y de los pómulos, se detuvo, tem-

---

(1) Abreviatura de Partido Comunista Ruso.

bioroso, a la puerta. Glieb se sorprendió al ver el estrago que tres años habían causado en él.

—¡Basta de charlar, camaradas!... Deberíais avergonzaros de presentaros con esas trazas... Pero no sabemos pensar en nosotros concienzudamente...

No pudo terminar, interrumpido por Mitka:

—¡Ah! Camaradas del Comité de Fábrica, mil perdones, excusadnos: haced un nudo con vuestros nervios y sujetáoslos al ombligo con un alfiler... ¡Estoy muerto! ¡Estoy trastornado, conmovido! Voy a tirar el corsé, pondré el gorro sobre la orejera del arado y me ataré a los hocicos la correa de éste, y si me guían, me presentaré con toda elegancia en la manifestación... ¡Arre!

Y volviendo a su actitud femenina, se dirigió, a fuerza de codos, hacia la salida. Los grupos del corredor y de la habitación le siguieron, divertidos con el espectáculo.

Glieb entró en el cuarto y se situó junto a la pared, detrás de los obreros.

Sucio, como siempre, el jorobado Lochak, antiguo cerrajero, embrutecido por la falta de trabajo, estaba sentado a la mesa del Comité de la Fábrica, junto al rechoncho Gromada. El pecho de Lochak y su cabeza, cubierta por una gorra reluciente por el sobajeo de los dedos, reposaban sobre la mesa con la apariencia de un bloque de antracita, dejando ver de su rostro solamente la aplastada nariz y el blanco de sus ojos inyectados en sangre. Estaba inmóvil como un ídolo de piedra, mientras Gromada estaba inquieto, escupía, se levantaba y volvía a sentarse, hacía crujir sus huesos—también la silla gemía bajo esta inquietud—, hablaba a todo el mundo con grandes gritos y gestos violentos.

Una mujer gruesa, ancha de caderas, cuyo cuerpo temblaba al andar como si fuera una masa de gelatina, se agotaba en roncos gritos.

—¡Os han colocado como lazos malditos sobre nuestro cuello!... ¿Que los pobres revienten no importa a vuestra panza! ¡Vaya unos hocicos mal cuidados! El pobre diablo de mi hombre no hace más que rascar los ijares a la cabra y yo tengo que venir a charlar con vosotros, barrigones.

Los obreros le golpeaban la espalda y se retorcían de risa entre juramentos.

—¡Chilla más, Avdotia!... ¡Echa todo lo que tienes en la barriga y tu culo aumentará!

—¡Callaos, ladrones! ¿Por qué os han puesto ahí a vosotros los del Comité de la Fábrica?... ¿Vosotros sois los listos? ¿Vosotros sois los que vais a luchar? ¿Vosotros vais a defender los intereses de los obreros?

Levantó bruscamente una pierna y su pesada bota cayó sobre la mesa; la ropa, levantada hasta las rodillas, dejó al descubierto la carne abotagada, morada casi, de su pierna, hasta el muslo.

Entre la muchedumbre, que comenzó a aplaudir, estalló un torrente de risas.

—¡Bravo, Avdotia!... Eso es un número, no es un ejemplo... ¡Levanta más al telón! ¡Gran representación!... ¡Duro!

Lochak continuaba inmóvil como un ídolo de piedra, con ojos blancos. Gromada manoteó destrozado, corroído por la tisis.

—¡Ciudadana, camarada! ¡Tú también eres la mujer de un obrero! El Comité de la Fábrica hizo su tarea... De una manera o de otra... Debes comprenderlo....

—¡Ea, Avdotia! ¡Contesta por todos!

—¡Que se vaya al diablo la gorda comadre!... Además, ¿qué? El retrato del camarada Lenin está en la pared, y ella se muestra desnuda hasta el ombligo, la sinvergüenza!

—¡Morrazos! ¡Mujerzuelas! Vosotros, los del Comité de la Fábrica, ¿dónde están las botas que me habéis dado en la distribución? He tenido que ir por ellas hasta la villa cosaca; luego, tres veces, al reparto de la sopa para buscar la pitanza para los cerdos... Porquerías como las que dais, os las podéis comer vosotros mismos... ¡Chupaos ésa!

Sacó el pie de la bota, y mientras aquél caía pesadamente al suelo, la abierta bota, girando sobre sí misma, rodó hasta el pecho de Lochak.

Pero Lochak seguía pareciendo un bloque de antracita. Cogió la bota tranquilamente y la colocó ante sí.

—¡Vamos, mujer! Cuenta en adelante con el pope. Se te escuchará.

Gromada no pudo contenerse: dió un salto, agitando la mano. Toda su sangre se acumuló en sus temblorosas mejillas, de una lividez terrosa.

—No puedo tolerar esto, camarada Lochak... Esta ciudadana habla de un modo inconsciente, charla y charla... Es vergonzoso por su parte, debería enrojecer.... El Comité de la Fábrica no es un revoltijo cualquiera.... ¡Vaya una provocación!.... Hay que aprender...

—¡Paciencia, Gromada!.... ¡Un baño de vapor no hace mal! Pero vamos a instruir del asunto al pope... ¡Habla, Orfelina ultrajada, explica algo! ¿Por qué servicio has recibido esas botas?

—¡No me hagas mal de ojo, golfo giboso!... Aunque haya trabajado o no, sé recibir también...

—¡Cállate!.... Haz trabajar sus meninges en vez de la lengua. Te pregunto: "¿Por qué trabajo obligatorio quieres recibir compota, leche y azúcar? ¡Vaya! Traed otra bota. Te las han dado por nada, por equivocación... Y los cerdos te serán requisados a cambio de la sopa que te has comido con tus manos limpias... ¡Explícate! Si te explicas, se te contestará.... ¡Ve a buscar al pope!

La gruesa Avdotia pasó por entre los obreros, sacudiendo todo su corpachón.

—¡Con dulzura, que el diablo te lleve!... ¡Cuidado, muchachos! ¡Atención a la mole!

Sin salir de su habitual calma, Lochak cogió la bota—parecida a una lengua de vaca—y la tendió por encima de la mesa.

—¡Vaya, tómala, buena mujer! Hazla reparar por tu mujik y vuelve otra vez para que se diviertan. Cuando marche la fábrica, te enviaremos a la cantera. Harás saltar las rocas sin dinamita.

La gruesa Avdotia cogió su bota, se sentó en el suelo y comenzó a calzar su gran pie, de venas hinchadas. Proseguía, desorientada, devanando su injurioso galimatías.

—¡Escuchad, alcornoques, oid cómo el poder de los Soviets d
cuenta de todo al pope!... Se han llevado el trigo del mujik para la
la guerra a los burgueses, han quitado las fábricas a los burgueses, l
bricas como la nuestra... No hay trabajo. Han quitado todo su ap
a los burgueses, y dicen: Formad equipos, obreros, para que nadie
pierda. Dejad a las gentes que vayan donde quieran... Y cuando la f
brica marche, será de distinto modo... ¡Volveos a vuestras casas, al
cornoques!

Glieb llegó hasta la mesa, llevó la mano a su gorro y comen
a reír.

—¡Salud, compañeros! Hace mucho tiempo que no nos vemo
Vuelvo a mi banco de taller, pero esto no es una fábrica, es un mu
dero. ¡A qué grado abominable habéis traído la empresa, amigos míos!
¡Sería necesario fusilaros, queridos camaradas!...

La silla en que estaba sentado Gromada crujió y apareció con l
cuatro patas al aire.

—¡Glieb! ¡Viejo camarada! ¿No le ves, Lochak, amigo jorob
do?... Es Glieb Tchumalov, nuestro Glieb!... ¡Estaba muerto y re
ve!... ¡Mírale, Lochak!

Lochak continuaba sentado, como un ídolo negro, fijos en Gli
sus blancos ojos tan cansados, que mientras él miraba a los obrer
la gruesa Avdotía rodeaba la confusión del equipo, atravesando ca
día, de la mañana a la noche, el Comité de la Fábrica.

—Bien. Veo que las cosas se aclaran. Eras un cerrajero; te fui
a la guerra. Esto es un buen augurio para nuestro triunfo. Aquí tamb
vas a la guerra... ¿Has visto en lo que ha venido a parar la gente
la fábrica? El taller de cerrajería está podrido, Glieb. Han hecho m
cheros. Es un rincón maldito.

Sacó con esfuerzo de detrás de la mesa una mano desmesuradame
larga y pesada y la tendió lentamente sobre la mesa, hacia Glieb. P
recía extraño que aquella mano tan grande—mayor que la de Glieb—
fuera de Lochak.

Salieron obreros de diversos talleres. Miraban a Glieb estupef
tos, desorientados, como habrían mirado a un resucitado. Cambiab
guiños de ojos, había murmullos de estupefacción y atropelladamen
mezclando sus manos, estrechaban la de él.

El ruido se había extinguido, no se oían más que profundos s
pitos. El barullo, el galimatías, se habían evaporado con Mitka y
gruesa Avdotía.

—¡Ea, camarada Tchumalov!... Mira y anota; es lo que t
que hacer. Hemos tomado la fábrica con nuestras propias manos. A
tienes lo que es. Se ha echado a todos los patronos... Y mira: m
bien esto en la cabeza... ¡Todo se va!... Uno, destroza la cubierta
una caldera; otro, arrastra los cobres de las máquinas, un ter
corta las correas de las transmisiones... ¡Son los amos!... se cobran

¿Quién era el que se quejaba? Era difícil saberlo; era un conj
de recriminaciones y cada uno creía ser él solo quien se lamentaba.

Glieb miraba de hito en hito al grupo y meneaba alegrement
cabeza, cubierta por el gorro.

—¡Hombre... el tonelero... el herrero, los electricistas... los cerrajeros..., ¡todos los compañeros!

Gromada se abrió paso violentamente por entre el grupo, con una silla en la mano, y aunque era débil, todo huesos, puso brutalmente la silla en el suelo.

—¡Sitio, camaradas!.... ¡Sitio al camarada Tchumalov!... Es nuestro soldado del ejército rojo. ¡Y como es obrero de nuestra hermosa fábrica, debemos darle cuenta de todo!... Si el camarada Tchumalov no hubiera llegado al Ejército rojo a través de las líneas de los verdes y de todo el derrumbamiento, habría habido muchos que no hubieran movido ni un dedo para ingresar en el P. C. R. ¡Esto es para nosotros el camarada Tchumalov!

Varias voces salieron del grupo.

—¿Estás vivo, amigo?.... Está bien... Date una vuelta por aquí... ¿Vas a venir, hermanito?.... Tabaco, es lo que queremos... La fábrica está hecha polvo... muerta y enterrada... está destrozada.

Pero Gromada gesticulaba ya con sus manos sarmentosas y sonaba su voz cansada, fatigosa, cascada:

—Camaradas, luchamos todos, la clase obrera, para conquistar la producción; pero es una vergüenza que seamos tan aficionados a la demagogia... Hemos vencido en el frente, hemos liquidado todo: ¿no nos queda ningún esfuerzo cuando se trata de trabajar?

Glieb callaba. Miraba los rostros de tíficos de los obreros: este endeble Gromada (tan enclenque con su nombre de gigante y diciendo siempre palabras retumbantes); Lochak, como hundido en la mesa, abrumado por el peso de su cabeza, como un bloque de carbón. Y cuando se sentó, sintió dolorosamente, en su silencio y en su fatiga, lo mismo que había sentido a su regreso; como si su vida hubiera dado una vuelta y estuviera dispuesta a seguir un nuevo camino. Todo era claro y sencillo; todo sucedía como de costumbre, y, sin embargo, en el fondo de sí mismo, tenía una sensación como de náuseas, sentía una tristeza infinita.

Dacha, su mujer, que acababa de pasar junto a él, como una extraña, hiriéndole en el corazón.... la casa vacía, la fábrica bajo las telas polvorientas de las arañas..., el ejército, su ejército...

—¡Sí, amigos!.... Vuestra vida es verdaderamente lamentable... ¿Cómo, voto a Dios, habéis podido llegar a este extremo?.... Nosotros nos batíamos allá..., nos hacíamos matar... derramábamos nuestra sangre... Pero, vosotros, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué lucháis?... Es bonita la fábrica, sí.... ¿Y qué hacéis de ella? ¿Sois perros, viejos hermanos?.... ¿Qué habéis dejado perder?

Gromada quiso decir algo, pero no consiguió dar forma a las hermosas palabras que pensaba. Los obreros hubieran querido gritar, cada uno más fuerte que los demás, pero sus gritos se convertían en suspiros. No hubo más que uno, en la última fila, invisible, enronquecido por el polvo aspirado, que rió.

—Si nos hubiéramos quedado en la fábrica por echarla de tunantes—¡lo que nos hubiera traído mala sombra!—hubiéramos reventado todos como moscas... ¿Crees, quizá, que está embrujada la fábrica?...

Glieb apretó los dientes unos con otros y se dió un puñetazo en la rodilla.

—¡Y qué! ¡Habríais reventado, desdichados!... Debíais haber reventado, pero haber cuidado la fábrica... ¡Habríais reventado, pero la fábrica viviría!...

—¡Bah, bah!... Antes que tú nos han dicho eso mismo los batajos de charlatanes propagandistas... Harás mejor en decirles que bien nos han abandonado en los malos instantes ¡por vida de Dios!

La voz de bajo de Lochak parecía salir del fondo de su giba.

—Vuelves a la fábrica, Glieb; eso está bien. Vas a reanudar el trabajo. Hay que contar con el pope, eso es.

Gromada fijó en Glieb sus ojos dilatados por la fiebre, en los que ardía el entusiasmo; hubiera querido decir grandes cosas, demasiado difíciles para él.

Glieb se descubrió y colocó el gorro ante Lochak.

—He regresado a mi casa; mi mujer ha pasado junto a mí sin pararse. No conoce uno a su mujer al primer golpe de vista. La casa está invadida por los insectos y no hay pan en ella. Dame un bono de patatas, amigo Lochak; es preciso comer.

Apenas acabó Glieb de hablar, las risas de los obreros rompieron el silencio y la calma del grupo.

—¡Hola!... Hablas, hablas y tus tripas están vacías... Lo mismo pasa en nuestras casas... ¡Habrías hecho mejor empezando por ahí!... Si te quedas entre nosotros, acógete a la misma enseña... El vientre tiene hambre...

—Pero el camarada Tchumalov es de los nuestros, camaradas, ha trabajado por todos nosotros... Se ha batido en el fragor de la lucha...

—¿Y qué decimos nosotros?... El vientre tiene hambre... Volvamos cada uno a nuestras casas...

Glieb se levantó y con brusco ademán se puso el gorro.

—¡Seguid, muchachos!...

Había dicho estas palabras con todas sus fuerzas, como nunca se había gritado en aquella habitación, como a veces había gritado en el ejército. Los obreros se contuvieron y nuevamente formaron un solo grupo inmóvil.

—¡Seguid, muchachos!... Es verdad, ¡ea!... El vientre tiene hambre... Me he batido allá, lucharé aquí. Lucharemos para la fábrica. Reventaré, estallaré, me volveré loco, pero echaremos a andar la fábrica... Me quemaré vivo, pero las chimeneas humearán, las máquinas funcionarán... ¡Os doy mi palabra!

Los obreros se movían, sorprendidos, desorientados; tenían la mirada fruncida.

—Cuenta con el pope, Glieb. Es mi opinión... ¡Eso es! ¡Adelante, amigo!... ¡Mi joroba te ayudará!... ¡Eso es!

Gromada, abrasado por la fiebre, paseaba alrededor de la mesa. Reía.

Glieb temblaba, con la garganta bruscamente convulsa. A través de la ventana veía pasar por el estrecho camino un gran viejo encorvado, apoyado pesadamente en un bastón, de aspecto severo como un gran señor. Pero no; no era un anciano; era un hombre de gran talla con la barba plateada; era el ingeniero Kleist... Este hombre marchaba, como otras veces, por el camino de Glieb.

Viva!! comunismo

II

EL PAÑUELO ROJO

1.—EL HOGAR APAGADO

Glieb no paraba un instante en la casa: la vivienda abandonada, con su ventana llena de polvo (en la que ni las moscas venían a chocar contra sus cristales), el suelo sucio, las ropas tiradas en montón, le era hostil, extraña, abrumadora; las paredes le oprimían, le faltaba sitio. Daba dos pasos hacia un lado y le detenía una pared; volvía hacia el otro y otra pared se levantaba ante él. En la tarde, esas paredes parecían juntarse aún más, ahogándole; el aire adquiría una opacidad material. Pero lo peor eran los ratones y la basura. Y su mujer, Dacha, seguía ausente.

Glieb descansaba en la fábrica parada, en las canteras invadidas por la maleza y las hierbas silvestres. Erraba, soñaba, pensaba...

Volvía a su casa por la noche y tampoco hallaba a Dacha. No le esperaba en el umbral como tres años antes, cuando él volvía del taller. La casa era entonces íntima y confortadora. Como un tapiz de muselina.

Colocadas en el alféizar de la ventana, las flores le saludaban desde lejos, como llamas pequeñas. El pintado suelo brillaba a la luz eléctrica; el blanco lecho y el níveo mantel tenían reflejos de hielo. El samovar runruneaba, la vajilla tintineaba.... Su Dacha vivía aquí por entero, en todas las cosas, cantando, suspirando, riendo, hablando del próximo día, jugaba con una muñeca viviente, su hijita Niurka. Pero ya entonces sus cejas arqueadas se fruncían a veces; un carácter firme se presentía a través del amor.

Era el pasado, lo antiguo.... El pasado convertido en un sueño tenido poco antes.

Era doloroso pensar que todo había pasado. Un olor nauseabundo había en el nido, abandonado a la invasión de las porquerías.

No hay descanso donde se ensucian los ratones. Las correderas se pasean y dejan su hedor característico donde se ha extinguido la antigua intimidad del hogar.

Dacha llegó por fin cerca de media noche. No temía ya atravesar los desiertos rincones de la fábrica.

La llama humeante de la lámpara aprisionada en un vaso redondo que tenía señales grasientas de los dedos, proyectaba una luz morte-

gina y como desvanecida: la bombilla eléctrica de cristal rosáceo pen-
diente del techo al extremo de un cordón ennegrecido, pálida y fría.

Glieb estaba tumbado en la cama. Sus ojos amodorrados, medio cerrados, dejaban pasar a través de las pestañas una mirada que seguía a Dacha.

No; no era ésta la Dacha de antes, su Dacha. La otra había muer-to. Era ésta otra mujer con el rostro curtido, obscuro, el mentón duro y enérgico. El pañuelo rojo parecía alargar su cabeza, rodeándola de fuego.

Se desnudó cerca de la mesa —tenía los cabellos cortados— mordis-queando una corteza de pan negro, sin mirarle, y él veía su rostro, rí-gido y severo, como si apretase los dientes. ¿Le molestaba? ¿O no que-ría ella turbar su reposo? ¿O no se daba cuenta del cambio ocurrido en su vida por la llegada del marido? Dacha continuaba extraña a él, lejana.

Resolvió probarla.

—Explícame este problema, Dacha. He estado en el ejército. Me he batido; no he tenido un rincón donde reposar la cabeza; no he dis-puesto de una hora. Y heme aquí de regreso, en mi casa, y no encuen-tro nada de ti. Espero, paso noches desvelado como un perro errante. ¡En fin! Hace tres años que no nos hemos visto.

Dacha no se conmovió. Nada cambió en ella; continuó como ha-bía venido. Y cuando habló lo hizo sin mirarle.

—Sí, tres años.

—Cierto, pero tú no tienes aspecto de estar contenta. ¿Qué te su-cede? ... ¿Recuerdas la noche de nuestra separación? ... Yo acababa de ser maltratado, no tenía tiempo de reponerme... ¿Te acuerdas cómo me cui-daste en el granero, como si fuera un niño? Y cuando nos despedimos llorabas. ¿Por qué eres ahora tan impenetrable?

—Es verdad; soy impenetrable. Ya no estoy en casa. Me he vuelto otra.

—Es lo que yo digo...

—Y nuestra vida de antes, la he olvidado. No lo siento. Era tonta entonces.

—Pero ¿dónde haremos nuestro hogar? ¿Será en esta guarida de ratas?

Dacha le lanzó una mirada penetrante y sus cejas se arquearon. Sus dedos acariciaron el pañuelo rojo. Apoyó los dos puños en la mesa (la mesa no tenía mantel, la madera era negra, llena de grasa y mugre).

—¿Quieres, Glieb, flores en las ventanas y un lecho lleno de al-mohadones? No, Glieb; paso el invierno en una habitación fría (hay cri-sis de combustible, como sabes) y almuerzo en el restaurante comunal. Soy una libre ciudadana de los Soviets, ya lo ves.

Evitaba mirarle como antes, cuando parecía una novia; estaba allí vigorosa, erguida, consciente de sí misma.

Glieb se sentó en la cama. Por sus ojos, que habían visto la sangre y la muerte, pasó una inquietud. Insolente mujer, había que portarse con ella de otra forma.

—¿Y Niurka? ¿Será posible también que hayas echado la niña a los cerdos, con las flores? ¡Estaría bien!...

cisa y como desconocida; la bombilla eléctrica de cristal rosáceo pendiente del techo al extremo de un cordón ennegrecido, pálida y fría.

Glieb estaba tumbado en la cama. Sus ojos amadorrados, medio cerrados, dejaban pasar a través de las pestañas una mirada que seguía a Dacha.

No; no era ésta la Dacha de antes, su Dacha. La otra había muerto. Era ésta otra mujer con el rostro curtido, obscuro, el mentón duro y enérgico. El pañuelo rojo parecía alargar su cabeza, rodeándola de fuego.

Se desnudó cerca de la mesa—tenía los cabellos cortados—mordisqueando una corteza de pan negro, sin mirarla, y él veía su rostro, rígido y severo, como si apretase los dientes. ¿La molestaba? ¿O no quería ella turbar su reposo? ¿O no se daba cuenta del cambio ocurrido en su vida por la llegada del marido? Dacha continuaba extraña a él, lejana.

Resolvió probarla.

—Explícame este problema, Dacha. He estado en el ejército. Me he batido; no he tenido un rincón donde reposar la cabeza; no he dispuesto de una hora. Y heme aquí de regreso, en mi casa, y no encuentro nada de ti. Espero, paso noches desvelado como un perro errante. ¡En fin! Hace tres años que no nos hemos visto.

Dacha no se conmovió. Nada cambió en ella; continuó como había venido. Y cuando habló lo hizo sin mirarle.

—Sí, tres años.

—Cierto, pero tú no tienes aspecto de estar contenta. ¿Qué te sucede? ... ¿Recuerdas la noche de nuestra separación? ... Yo acababa de ser maltratado, no tenía tiempo de reponerme... ¿Te acuerdas como me cuidaste en el granero, como si fuera un niño? Y cuando nos despedimos llorabas. ¿Por qué eres ahora tan impenetrable?

—Es verdad: soy impenetrable. Ya no estoy en casa. Me he vuelto otra.

—Es lo que yo digo...

—Y nuestra vida de antes, la he olvidado. No lo siento. Era tonta entonces.

—Pero ¿dónde haremos nuestro hogar? ¿Será en esta guarida de ratas?

Dacha le lanzó una mirada penetrante y sus cejas se arquearon. Sus dedos acariciaron el pañuelo rojo. Apoyó los dos puños en la mesa (la mesa no tenía mantel, la madera era negra, llena de grasa y mugre).

—¿Quieres, Glieb, flores en las ventanas y un lecho lleno de almohadones? No, Glieb; paso el invierno en una habitación fría (hay crisis de combustible, como sabes) y almuerzo en el restaurante comunal. Soy una libre ciudadana de los Soviets, ya lo ves.

Evitaba mirarle como antes, cuando parecía una novia; estaba allí vigorosa, erguida, consciente de sí misma.

Glieb se sentó en la cama. Por sus ojos, que habían visto la sangre y la muerte, pasó una inquietud. Insolente mujer, había que portarse con ella de otra forma.

—¿Y Niurka? ¿Será posible también que hayas echado la niña a los cerdos, con las flores? ¡Estaría bien!...

—¡Qué bestia eres, Glieb!

Se volvió, se apartó de la mesa, pareció olvidarle.

El viento de la noche silbaba en las tinieblas, detrás de las ventanas, en los desfiladeros; parecía el suspiro de un niño abandonado. Bajo el suelo, las ratas afanosas removían la tierra y las virutas.

—Bueno; Niurka está en la casa de los Niños. Iré mañana a buscarla y la traeré a casa.

—Está bien, Glieb. No tengo nada que oponer; eres su padre. Pero yo estoy de trabajo hasta el cuello. Encárgate tú de la muchacha.

—¿Y tú no tendrás ninguna caricia para ella?

—Déjame en paz, Glieb. Acostémonos; no tengo por qué llenarme la cabeza de tonterías.

—¡Vaya! Si es así, abramos el debate. Yo pido la palabra...

—¿De dónde caes, Glieb? Aquí no hay palabras ni debates. ¡Cierra!

Glieb se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Nuevamente sintió que se ahogaba. Las paredes le oprimían, el piso temblaba y crujía bajo sus botas.

Observó a Dacha. Las manos hábiles y ligeras de la mujer preparaban el lecho y recogían la ropa amontonada. Sin mirarle, hizo en un rincón un camastro, de cualquier modo. Y le pareció a Glieb que al tiempo de desnudarse le lanzó una sonrisa burlona.

¿Le amaba como en otro tiempo con su carne de mujer o este amor había muerto y ella lo había hundido por completo con el pasado?

Tenía que resolver este problema. No sabía qué dominaba en ella, si la coquetería o la prudencia hostil. Problema: ¿le llamaba ella como a macho o había destrozado los últimos vínculos entre ambos?

Mujer, había abandonado su hogar, su nido; y el tibio olor de su carne se había evaporado con la intimidad de la casa. ¿Cómo había enfervorizado y acariciado su cuerpo en estos tres años? Una mujer vigorosa y sana de cuerpo, mezclada día y noche con los hombres, no puede vivir como una flor estéril. Ciertamente, no había conservado para él su tristeza amorosa de mujer y de esposa. No; había debido de dilapidarla en encuentros fortuitos. ¿No era esta la causa de su alejamiento y de su sangre fría? A esta idea, el alma de Glieb sintió una dolorosa punzada y una brutal cólera fulguró en sus ojos.

—Sí, ciudadana, así es.... Nos hemos despedido llorando, volvemos a encontrarnos y no tenemos nada que decirnos. Durante tres años he pensado: Mi mujer, Dacha, que está allí, que me espera, etc. Llego y esto es un lugar maldito. Como si hubiera estado casado sólo en sueños. Ella ha tenido maridos, pero otros, no yo. ¿No es verdad esto?

Dacha se volvió a él, estupefacta, y frías gotas brillaron de nuevo en sus ojos.

—¿Y tú? ¿No has tenido otras mujeres que yo? Recuérdalo, Glieb. Y no sé todavía si vuelves sano o traes enferma la sangre. ¡Recuérdalo!

No se extinguía su sonrisa, que la pared parecía devolverle, y su rostro se iluminó, entre los hoyos obscuros de sus órbitas, con un rubor turbado. Había dicho las últimas palabras entre dientes, negligentemente, como cuando se habla de cosas desagradables. Glieb se extremeció, sin violencia, a estas sinceras palabras. Dacha sabía lo que ocultaba en el secreto de sus noches. Sabía de él más que él de ella. Y porque sin ha-

bía tocado, ella veía su fondo interno; porque ella retorcía su fuerz...
como se retuerce un pingajo, desfalleció él, el soldado; vaciló humillado...

Se volvió con el corazón oprimido. Tuvo una sonrisa forzada...
le pareció que al tragar la saliva, se tragaba su manzana de Adán.

—Bueno, sí, lo admito, lo confieso; he tenido ocasiones... el m...
ya lleva la muerte en sus brazos en el frente... Pero la mujer tiene otr...
deberes... la esposa tiene otro destino, otros cuidados...

Dacha se había desnudado, pero no acostado, y estaba junto a l...
pared, sin avergonzarse. Bajo la camisa, sus senos y su vientre se dib...
jaban firmes y suaves; se hinchaban y deshinchaban con la respiración...
Miró de arriba abajo a Glieb, con una mirada penetrante, dolorosa, com...
presiva, y respondió de nuevo hablando entre dientes:

—¡Muy bien! La mujer tiene otras obligaciones; bonito destino...
suyo: ser esclava, no tener voluntad propia, no ser más que un acce...
rio. ¿Qué "a b c" del comunista has estudiado, camarada Glieb?

Apenas había pronunciado estas palabras, la sangre afluyó de gol...
a la cabeza del hombre. Sus sospechas no eran infundadas. Ella—Dacha—
su mujer...

Alguien había iluminado sus noches... Y ella había unido su sang...
a la sangre ardiente de otro...

Se le aproximó con un paso pesado, fatigoso. Miró con mir...
sombría—una mirada de fiera—, fija, el rostro deformado por...
mueca burlona.

—¡De modo que esa palabra no es sólo una palabra, es la v...
dad? ¡Sí!

Un estremecimiento ardiente, que salió de su corazón, desgarró...
músculos.

Ella, su mujer, Dacha...

Fuera, detrás de la ventana, había un silencio opresor, estrella...
lleno de cantos de grillos y de campanillas nocturnas. Más allá de la...
brica, cerca de las rocas, el mar y su vapor fosforescente. Se oía...
canto electrizado y parecía que este gruñido no venía del mar, sino...
aire, de las montañas y de las chimeneas de la fábrica.

—Vamos, dime con quién rompiste los vínculos que te unían a mí...
¿A quién acariciaban tus manos en la noche?

—Yo no te pregunto nada sobre tus mujeres del frente, Gl...
¿Es que importan mis pasiones? Aléjate, vuelve de nuevo con las otr...

—Escucha, Dacha: yo llegaré... sabré llegar hasta tus más ínti...
secretos... Tenlo por dicho.

Ella se separó de la pared, con los ojos brillantes.

—Desvía tus ojos, Glieb. Sé fruncir las cejas tan bien como...
Quédate en tu sitio y no demuestres tu fuerza.

Enemigos. Ella, con los ojos encendidos. El, seguro, valiente, co...
las mandíbulas apretadas, dilatadas las mejillas.

¿Es Dacha esta que le mira con ojos traviesos de mujer invencib...
de la que no conoció nunca su verdadera alma, revelada a sí misma...
estos tres años, y hecha obstinada, indomable?

¿Dónde se había dado cuenta Dacha de esta fuerza?

No ha sido en la guerra; no había sido con el saco a la espal...
no había sido en los trabajos corrientes de las mujeres; esta fuerza de...

bía de haberse revelado y tendido como una cuerda en el equipo de trabajo, en el dolor de los años del incendio, en las duras pruebas, bajo el fatigoso fardo de la libertad femenina. La insolencia de esta voluntad le imponía; y él, comisario del ejército rojo, perdía la cabeza, confuso.

La cosa surgió sin darse cuenta: la cogió en sus brazos y la estrechó en ellos hasta hacer crujir sus huesos.

—Di, ¡La vida o la muerte!

—Baja las manos, Glieb. No me cogerás con esas manos. ¿Tú eres un hombre, Glieb?

Sus músculos se retorcían como serpientes bajo las manos de Glieb y toda ella se distendió, en un esfuerzo desesperado, próxima a saltar.

—Vamos, dice: ¿con quién has arrastrado tu amor antes del regreso de tu marido? ¡Dílo!

—¡Déjame, bruto!... Voy a luchar, Glieb.

La llevó, loco, ebrio por su propia sangre, hasta el lecho, donde cayó con ella, desgarrándola la camisa, estrechando con todos sus miembros como si fuera una araña, este cuerpo que se le escapaba. Ella se revolvía y luchaba sin un grito, los dientes apretados, brillantes; y su carne desnuda, magullada, dolorida, se mostraba sin rubor. Ella terminó por arrojarle al suelo con un enérgico movimiento de los pies y dió hacia la puerta un salto de gata. No le miraba ya: su respiración era agitada. Arreglaba su camisa.

—No me vuelvas a tocar, Glieb; ten cuidado, acabaremos mal. He aprendido a defenderme. Esos procedimientos no sirven conmigo, Glieb. Te has batido, pero no has conquistado mucho cerebro.

Glieb, aturdido, sentía desgarrarse su alma; y este dolor era más fuerte que el ultraje...

No hacía falta pegarla. Es en la guerra donde se lucha, no en el hogar. ¿Dónde se ocultaba en ella el enemigo poderoso, el enemigo inaccesible?

Sentado en el suelo, recostado en la cama, derrotado, esta espina clavada en su cerebro le hacía rechinar los dientes.

Las cejas de Dacha se extremecieron, una sonrisa se dibujó en su rostro y fué desde el ángulo de la habitación hasta su lecho.

—Apaga la luz, Glieb, y acuéstate; tienes necesidad de descansar; es el exceso de trabajo lo que te perturba.

—Pero, Dacha, querida: ¿dónde está nuestro amor? ¿Los cuidados y los trabajos te han endurecido de tal modo que has dejado de ser una mujer?

—Acuéstate, Glieb, y cálmate. Estoy cansada de trabajar. Mañana me envían todavía al campo para la organización de las mujeres, y los bandidos infestan los alrededores. ¿Crees que tengo la vida asegurada? No te ocupes de tonterías, Glieb.

Fué hacia la mesa, apagó la luz y se acostó, arregló las ropas y se calló. Glieb no la oía respirar.

Esperaba, perdido en las tinieblas.

El dolor y el ultraje... Esta quemadura en su alma... Esta Dacha tan extraña y tan próxima...

Esperaba que su voz y su corazón hablaran. Esperaba que viniera a él, que le cogiera dulcemente la cabeza, como otras veces, para estre-

chada contra su pecho, con el dulce murmullo de una madre o de una compañera.

Pero estaba allí como una extraña, con el alma cerrada. Y él estaba solo, con su tristeza y con su dolor.

Fue suavemente hacia ella, se sentó a su lado y le puso una mano en la espalda.

—Vaya, Dacha, sé cariñosa, como antes... Piensa que yo vuelvo del fuego y de la sangre. Hace tiempo que no he recibido ninguna ca- ricia.

Entonces ella cogió sus manos y las puso sobre su pecho.

—¡Qué tonto eres, Glieb!... ¡Tan fuerte y tan tonto!... No pue- de ser, Glieb; no puede ser ahora; no tengo fuerzas para la ternura... Cálmate... Una hora llegará para mí y para ti... Tengo un corazón de piedra para la ternura y tú eres ardiente, pero no sabes hablarme to- davía... Ea, acuéstate, duerme...

Miró por la ventana azul. Las estrellas titilaban en el cielo; la ... gaba su gruñimiento lejano, eco prolongado, sin duda, de las montañ... y de las profundidades de la tierra. Era el canto de los bosques en l... gargantas escarpadas, bajo el soplo de los vientos del Noroeste.

Glieb se levantó con un movimiento enérgico y se dejó caer p... sadamente en su cama.

—Ya lo sabré... o dejaré de ser yo... ¡Ten cuidado!... Nunca ... cedido hasta hoy, acuérdate.

Dacha callaba, fría, extraña y próxima.

2.—LA CASA DE LOS NIÑOS

Glieb sintió por la mañana, en sus sueño, que la habitación no ... una habitación, sino un espacio vacío. Un viento cargado de pri... vera revoloteaba, moviendo invisibles telas, de la ventana a la puerta ... la puerta a la ventana. Glieb abrió los ojos. Era verdad: el sol ... meaba en la ventana. Dacha, de pie junto a la mesa, se anudaba ... rojo pañuelo.

Le miraba, y la risa de sus ojos tenía destellos ambarinos.

—No se duerme tanto en nuestra casa, Glieb. El sol llama ... golpe de tambor. Yo ya he tenido tiempo de preparar mi inform... la sección femenina acerca de la inclusa y el presupuesto de la ropa bl... ca y del mobiliario. He hecho el programa de las compras, pero ... tenemos dinero. Hay que empujar al Comité del partido y que lo ... de la burguesía. Desde hoy voy a coccarlos a cuatro patas. A pr... sito. ¿No has visto todavía a Niurka?; ¿quieres que vayamos ... a la Casa de los Niños? Está aquí al lado.

—Está bien, una, dos; ya estoy listo... Da un paso hacia ... Dacha.

Dacha sonrió de nuevo y se aproximó, con una interrogación de ... en sus ojos.

—Ya estoy... ¿Y ahora?

—Dame la mano. Bien. Esto es todo. Eres la mujer de ... veces y eres una nueva pequeña Dacha. ¿Pero es posible que yo ... el mismo cerrajero de antes? ¿Puede que yo sea un nuevo Glieb ... el trigo nuevo? Ya lo sabremos. El mismo sol trabaja de ... manera.

—Sí, Glieb; el sol y el trigo son otros. Pero te aguardo. Date prisa.

Y hasta la Casa de los Niños, Dacha le precedió a lo largo del sendero, entre la maleza, desapareciendo momentáneamente, para que su pañuelo rojo reapareciera instantes después como una llamarada. Glieb sentía que le evitaba intencionadamente. ¿Por terquedad? ¿O por temor?

Dacha llevaba en sí un enigma. Una mujer es una mujer, y el alma de la mujer camina lentamente.

La Casa de los Niños, bajo el nombre de Kroupskaia, se halla en una garganta de la montaña, entre macizos de árboles. Tejado rojo cortado por chimeneas; muros de gruesos bloques de piedra sin labrar, sólidamente cimentados. Grandes ventanas abiertas, como las puertas. Cánticos discordantes salían del interior. Murmullos y alborotos entre el verde dominaban en los patios. Dos pisos, pisos con balcones; escaleras macizas hechas en la misma roca; barandales; jarrones. Veíanse al sol, como calabazas maduras, las cabecitas de los pequeños, pero los rostros—se distinguen desde lejos—no son más que huecos. ¿Niñas? ¿Muchachos? Todos llevan las mismas largas camisas grises. Las mujeres que los cuidan, de gris también, con pañuelos blancos, estaban también al sol.

A la derecha, detrás de los edificios, por encima de los edificios, el mar, de un intenso azul de cielo, sembrado de fulgores deslumbrantes. Una canoa automóvil cerca de las rocas de la costa, se veía como un insecto nadador, todo negro; y parecía extenderse el hilo de un triángulo entre ella y las costas. La ciudad y los horizontes de las montañas tenían contornos limpios, muy cercanos. Cuerdas de oro brillaban sin cesar en el aire abrasador. Tsss... tsss... tsss... Vuelo estrellado de las abejas y zumbido de las moscas.

Y sin que Glieb se diese cuenta, grandes alas nacieron en él. Estas montañas, este mar, esta fábrica, esta ciudad, esos lugares lejanos, más allá del horizonte, toda Rusia, somos nosotros... Estas cosas prodigiosas, las montañas, la fábrica, la lejanía, cantan desde el fondo de su alma la grandeza del trabajo... ¿No tiemblan nuestras manos ante el presentimiento de una obra tenaz, de una obra de gigantes? ¿No se llenan de sangre nuestros corazones, como si fueran a estallar?... Es la Rusia obrera, somos nosotros, es el nuevo planeta en el que la Humanidad soñó durante siglos. Es el principio. Es el primer suspiro antes del primer golpe. Es. Será. Los truenos retumban.

Al pie de la escalera, cerca de los jarrones, Dacha le esperaba, respirando a plenos pulmones.

—¡Qué hermoso aire, Glieb! Se diría que es el mar... Niurka vive en el segundo piso.

Le precedió nuevamente algunos escalones. Estaba como en su casa.

Desde el barandal, Glieb vió todavía a los niños, abajo, entre los arbustos, entre el follaje de los árboles nuevos, de los que subía el olor de la primavera. Iban y venían como las cabras en la fábrica; había unos que se pegaban, otros que lloraban... Pataleaban por racimos en el suelo que cavaban activamente, ávidamente, mirándose de reojo, desconfiados como ladrones. Ahondaban, ahondaban; luego se lanzaban de golpe unos sobre otros para apoderarse del botín. Veíase al más fuerte y al

más hábil desembarazarse del racimo de cuerpos, tirarse a un lado y ma-
apresuradamente algo, comiendo, atragantarse con su propia saliva, ayu-
dar a su boca con sus manitas. Más lejos, cerca de la empalizada, lo-
más pequeños se revolvían entre el estiércol.

Gleb apretó las mandíbulas y golpeó con el puño la barandilla.

—Todos esos pequeños, Dacha, acabarán por morirse de hambre. ¿Se-
rá necesario fusilaros a todos por vuestra hermosa obra?

Dacha frunció las cejas con extrañeza, le dirigió una mirada s-
severa.

—¿Dados de comer? No es eso lo terrible, hay algo peor. Si
no tuviésemos cuidado, morirían como moscas. Se ha abierto la Ca-
sa de los Niños y no hay qué darles de comer. El personal, si se le deja-
ra, despojaría a los niños. Sin embargo, tienen corazones valientes... La-
hemos formado comunas.

—¿Y Niurka? ¿Está aquí también? —¡Nuestra Niurka está aquí!

Dacha afrontó con tranquilidad la mirada de Gleb.

—¿Es que Niurka vale más que los otros? Ha tenido tamb-
que pasar por malos momentos. Sin las mujeres, los piojos y las e-
demás habrían devorado a los niños, el hambre los hubiera segado.

—¿Vas a decirme que tus discursos y tus actos han salvado a
Niurka?

—Sí, camarada Gleb; precisamente mis actos, y no otros...

Viniendo de la montaña, habían visto a los pequeños en el ba-
dal. Llegados a éste, no vieron a los niños ni a las mujeres. Todos e-
ban ocupados, sin duda, en ir a anunciar la visita.

La habitación estaba llena de sol y de aire, de un aire esp-
cálido, que producía sueño. Las camitas, en dos filas, con las col-
remendadas, blancas y rosadas. Los niños, con camisones grises o s-
plemente con harapos. Caras tristes, con profundo círculos azules b-
los ojos. Las mujeres cruzaban la habitación una detrás de otra. L-
muros, pintarrajeados: labor de los muchachos.

Las mujeres se detenían al pasar, deferentes:

—¡Buenos días, camarada Tchumalova! La directora vendrá
seguida.

Dacha estaba perfectamente tranquila: se sentía en su casa.

—¡Niurka, estoy aquí!

La chiquilla, con un pequeño capote (una niñita, la más pequeñ-
llegaba ya, alborotando a los chicos con sus risas y su grito penetran-
Los niños se empujaban alrededor de ella, gritando y chillando, con l-
piececitos desnudos, las miradas ágiles y luminosas.

—¡Tía Dacha está aquí!

¡Niurka! He aquí a este diablillo desconocido. Niurka, tamb-
como una extraña, aunque tan próxima...

La pequeña se lanzó de un salto hacia su madre, como un p-
rillo batiendo las alas, y gritaba, reía, bailaba, todo a la vez.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamaíta!

Dacha ríe también, coge a la niña en sus brazos, la da vueltas,
abraza y grita como ella:

—¡Mi Niurotchka! ... ¡Hijita mía!

[illegible] de [illegible] de cargos, tirarse a un lado y [illegible] [illegible] con su propia saliva, apo[illegible] [illegible]. Más lejos, cerca de la empalizada, [illegible] [illegible] el [illegible].

Gleb [illegible] y golpeó con el puño la barandilla.

—Todos esos pequeños, Dacha, acabarán por morirse de hambre. ¡Se[illegible] [illegible] a todos por vuestra hermosa obra?

Dacha [illegible] los ojos con extrañeza, le dirigió una mirada [illegible] [illegible].

—¿Darles de comer? ... No es eso lo terrible; hay algo peor. Se ha abierto la Ca[illegible] [illegible] mueren como moscas... El personal, si se le deja[illegible] [illegible] de los Niños y no hay qué darles de comer... Sin embargo, tienen corazones valientes... L[illegible] [illegible] a los niños... [illegible]

—¿Y Niurka? ¿Está aquí también? ... ¡Nuestra Niurka está aqu[illegible]

Dacha [illegible] con tranquilidad la mirada de Gleb.

—¿Es que Niurka vale más que los otros? Ha tenido camb[illegible]

—Es que [illegible] los pinojos y las e[illegible] [illegible]. Sin las mujeres, los piojos y las e[illegible] [illegible] a los niños, el hambre les habría segado.

—¿Vas a decirme que tus discursos y tus actos han salvad[illegible] Niurka?

—Sí, camarada Gleb, precisamente mis actos, y no otros...

Viniendo de la montaña, habían visto a los pequeños en el ba[illegible] [illegible] no vieron a los niños ni a las mujeres. Todos e[illegible] [illegible] ocupados, sin duda, en ir a anunciar la visita.

La habitación estaba llena de sol y de aire, de un aire esp[illegible] [illegible] que producía sueño. Las camitas, en dos filas, con las col[illegible] [illegible] blancas y [illegible]. Los niños, con camisones grises o [illegible] [illegible] con harapos. Caras tristes, con profundos círculos azules b[illegible] los ojos. Las mujeres cruzaban la habitación una detrás de otra. [illegible] [illegible] labor de los muchachos.

Las mujeres se detenían al pasar, deferentes:

—¡Buenos días, camarada Tchumalova! La directora vendrá [illegible] [illegible].

Dacha estaba perfectamente tranquila: se sentía en su casa.

—¡Niurka, estoy aquí!

La chiquilla, con un pequeño capote (una niñita, la más pequeñ[illegible] [illegible] ya, alborotando a los chicos con sus risas y su grito penetran[illegible] Los niños se empujaban alrededor de ella, gritando y chillando, con [illegible] [illegible] las miradas ágiles y luminosas.

—¡Tía Dacha está aquí!

¡Niurka! He aquí a este diablillo desconocido. Niurka, [illegible] como una extraña, aunque tan próxima...

La pequeña se lanzó de un salto hacia su madre, como un p[illegible] [illegible] batiendo las alas, y gritaba, reía, bailaba, todo a la vez.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamaíta!

Dacha ríe también, coge a la niña en sus brazos, la da vuelta[illegible] [illegible] y grita como ella:

—¡Mi Niurotchka! ... ¡Hijita mía!

Y es nuevamente la Dacha de otro tiempo, la que acogía a Glieb en la casa, con Niurka, cuando volvía del taller por la tarde. Y su ternura y sus caricias son los mismos, y son sus mismos ojos humedecidos, y es su misma voz cantarina que tiembla un poco.

—Mira a papá, Niurotchka... Mírale... ¿Te acuerdas de tu papá?

Los párpados de la pequeña se cerraron con sobresalto, palideció. Miró a Glieb con curiosidad temerosa.

Rompió a reír y tendió su mano. Pero le pareció que su garganta se retorcía como una cuerda.

—¡Ea, abrázame, Niurotchka! ¡Qué crecida estás!... ¡Eres tan alta como mamá!

Pero la pequeña se apartaba, estrechándose a su madre, con una mirada penetrante.

—Es papá, Niurotchka.

—No, este no es papá. Es un soldado rojo.

—Pero soy tu papá y soy un soldado rojo.

—No, este papá no se parece a mi papá. Mi papá es un papá, y este es un tío.

Una lágrima reía en los ojos de Dacha. Glieb sintió que su risa le desgarraba la garganta.

—Sea, bueno. Admitamos por la primera vez que yo no soy tu papá. Tú eres lo mismo mi hijita. Seamos camaradas: la próxima vez te traeré azúcar. Lo sacaré de la montaña, pero te la traeré. Pero, ¿mamá vale más que yo? Tú estás aquí y mamá está lejos.

—No, mamá está aquí: mamá está aquí por el día; mamá está aquí cuando no es de día. Y papá no está aquí. No sé dónde está papá. Papá hace la guerra a los burgueses.

—¡Bien contestado! ¡Déjame que te abrace!

Varios chicos de largas piernas bullían alrededor, lanzaban miradas cariñosas hacia Glieb, esperaban con avidez la voz y la mano de Dacha. Las niñas, con el pelo cortado como aquéllos, tendían a Dacha, una después de otra, sus manitas llenas de violetas, y cada una quería ser la primera en entregarle las flores.

—¡Tía Dacha!... ¡Tía Dacha!

Se oía en alguna parte, a lo lejos, en las habitaciones, sonar un piano bajo brutales manos. Voces infantiles, discordantes, se desgañitaban cantando "La Internacional":

"¡Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan!"

Dacha reía, tocaba las cabezas de los niños, acostumbrados a esta caricia, que esperaban—bien se veía—como la comida diaria.

—¡Vamos a ver, pequeños! ¿Qué habéis comido? ¿Qué habéis bebido? ¿Quién tiene la tripa vacía? ¿Cuál la tiene llena? ¿Quién tiene hambre?... ¡Decídme!

Contestaban todos a la vez con un grito unánime. Se rascaban la cabeza y las axilas. Un morenucho que resoplaba con las narices y luego se sorbía los mocos, con los ojos desorbitados, gemía mientras rascaba por debajo de la camisa su pecho mugriento.

Glieb se le acercó y le levantó la camisa. La carne estaba llena

la cuchara sanguinolenta y de comer. Pero el muchacho escapó, es-condió y se metió en un rincón, detrás de las camas. No se volvió a ver pasar su cabeza ni sus ojos desorbitados.

—Ta, ta, ta... ¡He ahí un héroe! ¡Para un héroe, ése es otro en pequeño! ¡Mírale ya detrás de su barricada!

Glieb mismo, y Dacha, y los pequeñuelos rompieron a reír. Y se reía también en las ventanas abiertas, grandes como puertas.

Dacha partió delante, llevando a Niurka de la mano, sin dirigir a Glieb una sola mirada. Glieb sufría. Dacha y Niurka eran una sola persona, y él les era extraño, estaba lejos para ellas. Dacha, con la mano de Niurka en su mano, era madre, y, como madre, lo era más aquí que en casa. Y, como en casa, él se sentía solitario aquí, sin hija.

Sí, la vida había que conquistarla de nuevo.

Recorrieron todos los pisos; pasaron por el refectorio, en donde había niños y estaba la vajilla; por la cocina, llena también de niños, en la que flotaban vapores y olores alimenticios; por el club, desierto, cuyos muros estaban cubiertos de moho y pintarrajeados. Era aquí donde agrupados alrededor de una muchacha con el pelo rapado, varios chicos cantaban a voz en grito, con tonos desacordes, "La Internacional":

"Alcémonos todos al grito
de ¡viva la Internacional!"

Lomakha y Lisbeth, dos vecinas, estaban allí. Y también en ellas vió Glieb algo nuevo que no les había conocido antes. Estaban cómodamente, como en su casa. Lomakha ayudaba en la cocina. Con los brazos remangados, el rostro radiante, trabajaba igual que lo hubiera hecho en su propia cocina. Abrazó a Dacha.

—¡Vaya, he aquí a nuestro atamán! (1). No te olvides decir cuántas son cinco a esas malditas oficinas de la Instrucción pública... trabajar es lo que hace falta, y no sonarse en pañuelos pequeños. Y al Comité de Avituallamiento, ponle entre la espada y la pared. ¿Se ha visto nunca alimentar a los niños con versos y pieles de ratón? Pero es que tu querido y tierno esposo ha vuelto. ¡Envíale a paseo! ¿Qué necesidad tienes de él? El mío no ha vuelto, y estoy bien. ¡Que el diablo le lleve! ¡Garañones como estos se encuentran cuantos se quieran y para elegir! ¡Vaya, vaya, no abras tanto los ojos, que no me intimidas!... ¡No creas que me asustas con tu gorro!... En cuanto al Comité de Avituallamiento, yo misma pasaré por el camino de la Oficina de Instrucción y les patearé los morros...

Dacha le dió un golpe en la espalda y se rió.

—La oca ha empezado a chillar... ¡Vaya!... Estás un poco alta, Lomakha.

—Es preciso romperles los morros a todos. No hacen más que mirarse el ombligo... Les voy a azotar a todos.

Glieb sentía grandes deseos de reír.

—¡Valiente mujer!... ¡Charla sin descansar!

Encontraron a Lisbeth en el economato, junto a la administradora. Ambas eran dos mujeres altas, de buen porte, decentemente vestidas...

---

(1) Atamán: en Ucrania, jefe.

las que se hubiera podido tomar por dos hermanas de la Caridad. La administradora, morena, de tipo armenio, con una sombra de bigote; Lisbeth, de un rubio desabrido, con el rostro entumecido, hinchado (el hambre, la miseria). Pesaban los productos, verificaban, inscribían.

Lisbeth recibió a Dacha con enfado; la sonrisa no iluminó más que sus ojos.

—Ve por casa de la castellana, Dacha. La ropa blanca no es más que pingajos. Los niños no tienen para mudarse. Iremos mañana, en manifestación, a exhibirlos. ¿A quién hace falta sacudir las pulgas? Los pequeños van a buscar leña al monte, pero los obreros se han llevado toda la madera seca y no hay con qué cocer la sopa. ¿A quién hay que sacudir las pulgas?

Dacha tomaba nota de las observaciones de Lomakha y de Lisbeth. Pequeñas arrugas surcaban su entrecejo.

—Estás encargada, camarada Lisbeth, de inspeccionar todas las casas. Después, volverás a la sección femenina. Hace falta cavar la tierra, es cierto; pero también es cierto que hace falta pegar.

La mirada de Lisbeth no se dirigió a Glieb más que una vez; no volvió a hacerle caso.

Vieron después otras mujeres, con pañuelos blancos unas, otras sin pañuelos, y todas dirigían a Dacha sonrisas aduladoras.

Miraban a Glieb rápidamente y con temor. ¿Quién era? Quizá fuera uno de esos inspectores molestos a los que hay que observar bien para conocer sus debilidades.

Glieb procuraba coger la manita de Niurka. No cesaba de decirle:

—Dame la mano, Niurotchka... Se la das a mamá, ¿por qué no me las das a mí?

La muchacha se revolvía, ocultando sus manos. Pero cuando él la hubo abrazado por sorpresa y cogido en sus brazos, se tranquilizó de repente, y, por primera vez, le miró con ojos fijos e inquisitivos.

—Vuestra Niurotchka es una valiente muchacha.

Lo había dicho la directora, una mujercita vivaracha y colorada, con dientes orificados, que parecía deslizarse sobre el suelo.

Dacha miraba junto a ella las ventanas y las paredes; su rostro se endureció, se apagó de nuevo.

—Niurotchka, sin duda... Pero aquí todos los pequeños son parecidos. Y todos deben ser valientes...

—¡Cierto, cierto!... Hacemos todo lo posible por los hijos de los proletarios... Todo nuestro cuidado debe recaer ahora sobre los hijos de los proletarios. El poder de los Soviets está tan atento...

Una sorda irritación invadió a Glieb.

Charlatana, este pequeña mujer. Habría que ver qué elementos sociales se habían instalado aquí.

Después hubo recriminaciones, recriminaciones, recriminaciones...

Dacha respondía, severa (con una voz que Glieb no conocía aún), con palabras que eran como golpes seguros.

—No te lamentes, camarada directora, te lo ruego... Di qué se puede hacer, y no te lamentes. Lamentándose, no se consigue nada.

—Cierto, cierto, camarada Tchumalova. ¡Por otra parte, se trabaja tan a gusto contigo y con tanta alegría!...

Y Glieb volvía a sentir la sorda irritación.

Dacha marchó por todas partes, veía todo, interrogaba. No teniendo ya nada que hacer allí, entró en las habitaciones del personal.

—¡Hola, hola! ¡Hay aquí sillas, butacas, divanes?... Y hay tantos cuadros, mármoles, multitud de cosas... Os lo he dicho siempre: no quitéis nada a los niños, es una vergüenza... ¿Crees que sería malo para los niños arrastrarse por las alfombras y tumbarse en los divanes?... Les gustan los cuadros... ¡No se puede obrar de este modo!...

—Pero, camarada Tchumalova, sería... Tienes razón, naturalmente... Pero la práctica de los educadores... la pedagogía... y, además es insano, favorece la pereza, y, comprende, el polvo, los contagios...

En los ojos de la directora había como alfileres, mientras Dacha con las mejillas ligeramente enrojecidas hablaba con el mismo tono de voz, sin mirarla.

—¡Bastante me importan a mí vuestras prácticas! Nuestros hijos vivían en pocilgas. Dadles cuadros, luz, bellos muebles... Debemos darles todo lo que podamos. Hace falta limpiar, amueblar y adornar el club. Es preciso que coman, que jueguen, que aprendan a amar l[illegible] ¡Nada para nosotros, todo para ellos! Hay que apretarse el vientre, sufrir privaciones, pero darles a ellos lo que haya... Y para que el personal no sea tan tranquilo, habrá que llevarle a los desvanes... No me engañes con falsas apariencias, camarada directora, te lo ruego. Comprendo muy bien otras cosas, además de vuestras prácticas...

Pero la mujercita vivaracha, colorada, de dientes orificados, tenía unos accesos de admiración. Y las puntas de los alfileres continuaban bailando en sus ojos.

—¿Quién lo duda, camarada Tchumalova? Para la intuición y el cuidado no hay otra igual que tú. Bajo tu dirección todo irá bien, todo marchará por el buen camino...

Cuando se marcharon, Dacha acarició de nuevo a Niurka y los pequeñuelos la rodearon con pitidos discordantes de pajarillos en un prado.

Niurka fijó en Glieb una mirada pensativa.

—¿Quieres volver a casa, Niurotchka? ¿Volverás a jugar allí, como en otro tiempo?... Tendrás a tu papá y a tu mamá.

—¿A qué casa? Ahí está mi camita. Esta mañana hemos bebido leche. Luego vamos a hacer música.

Y por primera vez echó tímidamente, dulcemente, los brazos al cuello de Glieb, y había en sus ojitos (los ojitos de su mamá) la chispa de una pregunta indecisa.

Dacha salió silenciosamente de la casa al camino. Una ternura que se extendía lentamente iluminaba su cara. Ya en el camino, dijo, como si hablara consigo misma:

—Tenemos mucho que hacer en la sección femenina. Lo difícil no es educar a los niños... es educar a estas malditas mujeres... Si no tuviéramos ojos ni manos, robarían todo, todo, hasta la última migaja... ¡Con sus rostros, de un servilismo!... ¡Uf! El enemigo por todas partes... ¡Qué de enemigos, qué de enemigos!... Para estas gentes de dientes orificados, todo es natural... ¡Pero los nuestros... los nuestros, Glieb! ¡Y tan serviles! ¿Qué te parece su rastrería, Glieb?

III

EL COMITE

1.—EL CAMARADA JUK. FANFARRON

El Palacio del Trabajo. Una pesada construcción de ladrillo, de dos pisos, situada en el muelle, no lejos del largo dique que corría sobre pilotes hacia la bahía. Un muro de argamasa huía en líneas quebradas a los dos lados de la facha, separando el muelle de la vía férrea. Por las brechas y los agujeros del muro veíanse alargarse, enlazarse, ramificarse los nervios metálicos de los rieles herrumbosos y bruñidos. Los cobertizos de los depósitos se extendían hasta la estación. Semejantes a dos torres antiguas, las cimas del elevador se levantaban a lo lejos, al pie de la montaña. Todo dorado bajo la montaña, el enorme elevador parecía un gran templo inaccesible.

Los carros traqueteaban en el empedrado, a lo largo del muro, con gran estrépito; las masas grises de los muelles, puntuados de anillos gigantescos para el atraque de los vapores trasoceánicos, cortaban, con el ruido sonoro de los rieles tendidos entre restos de vagones, la bahía en trozos de piedra aislados por los cabos desiertos y por los muelles. A lo lejos, entre la bruma primaveral, las aguas ondulantes jugaban con la luz, y las blancas velas de las barcas de pesca se desplegaban deslumbrantes, como gaviotas posadas en el agua. Los lomos de los delfines se revolvían en las olas; las escamas de plata de los peces relucían al sol.

¡Muelle desierto, mar hambrienta! ... ¿En qué aguas, en qué país vagan los barcos cautivos? ...

Cerca del Palacio del Trabajo, ante la puerta, precedida de una alta escalera piramidal, hay un jardín, florido otras veces, plantado de castaños. No hay flores ahora, los castaños son deformes, la cerca arrancada ha servido para el fuego.

En vez de flores, los girasoles ponen manchas sombrías al pie de los árboles. Pero se ve perfectamente lucir muy alto, por encima del tejado, encenderse y extenderse, en los pliegues rojos de la bandera, las mayúsculas blancas R. S. F. S. R. (1).

(1) Rossiskaia Sotsialisticheskaia Federativnaia Sovetskaia Respublica, equivalente en español a U. R. S. S., Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. (N. del T.)

Viva la Rusia

Dos pasillos en cruz; uno conducía en línea recta a la sala de sesiones (las banderas rojas ensangrentaban las puertas abiertas); el otro, a derecha e izquierda, lleva a habitaciones oscuras. El Comité del Partido a la derecha; el Consejo de los Sindicatos, a la izquierda.

El ambiente estaba lleno de humo de tabaco; las paredes, sucias, llenas de barro; los asientos rotos y agujereados; los carteles, en el suelo. Hombres de piel blanca y de piel morena, algunos con carteras, y hombres, simplemente hombres, con harapos, calzados o con los pies desnudos (cuarto comenzaba a descender de la montaña, pero hacía calor). Cerca y lejos, en los pasillos, en las habitaciones, voces que cantaban, pasos pesados de botas, el paso húmedo de pies desnudos y el choque metálico de las culatas de los fusiles del estado mayor del batallón especial.

Gleb siguió el pasillo de la derecha.

Dos hombres estaban de pie ante las puertas vidrieras del Comité del Partido. Las siluetas de los dos se destacaban perfectamente en los [illegible]. El uno, calvo, de nariz turca, el labio superior corto, la boca entreabierta en una sonrisa; el otro, de nariz roma, la frente baja, partida en dos, el mentón grueso como un puño.

—¡Es vergonzoso, camarada!... ¡Es una vergüenza, una verdadera vergüenza, una abominación!...

Era el hombre de nariz roma quien hablaba, pero más bien parecía aullar.

—La burocracia se [illegible], como la lepra... Apenas hemos enterrado a nuestros camaradas... apenas se ha secado su sangre... ¡sí!... henos aquí con despachos y con butacas... con bellos uniformes, como generales, todo lleno de formalidades, numerando paquetes, decorando las puertas con "se prohíbe la entrada"... Llegaremos bien pronto a llamarnos "excelencias"... Hemos tenido compañeros... ¿Dónde están? Volvamos nuevamente a la clase obrera oprimida y miserable...

—Te equivocas, camarada Juk, no es eso... Tu punto de vista es... Hemos tenido muchos enemigos, camarada Juk. No es eso lo importante... Hemos tenido muchos enemigos, camarada Juk... necesitamos un terror sin piedad, en el que la República estará entre la vida y la muerte... En esto es en lo que hay que pensar... Te comprendo, camarada Juk, pero los Soviets deben tener administraciones seguras y claras, un funcionamiento perfecto, aunque todo sea burocrático... pero que se trabaje sin descanso.

—¡Tú también has entrado por ese camino?... Como todo el mundo... ¿Y la clase obrera?... Sergio, querido amigo, todo eso hace daño... y no tiene uno con quien hablar.

—Sólo una cosa importa ahora, camarada Juk: el trabajo entre las masas... Trabajo, trabajo y trabajo... Las masas deben llegar a conocer de un solo golpe todas las administraciones de la República, hasta lo último. Las palabras del camarada Lenin sobre las cocineras debían entrar en las costumbres como un hecho definitivo... Eso es... Vosotros obstruís las puertas abiertas...

—Vete a paseo, Sergio... Eres lo que se llama un comunista convencido, pero ciego. La clase obrera necesita un poco más de corazón; y, en cuanto a los enemigos, ¡que el diablo los lleve! Les hemos retorcido el cuello y continuaremos haciéndolo... ¡Pero qué pensar de los

militantes del partido y de los obreros? Apenas llegados a los puestos influyentes, los amigos, los camaradas de ayer, se convierten en picaros. Esa es la lástima, viejo Sergio. Ese es el enemigo, camarada.

Glieb reconoció en este aullido quejumbroso, en este perfil olvidado, a su antiguo compañero, el tornero Juk, de las Fundiciones de Acero Marítimas. No había cambiado. Chillaba y recriminaba hoy lo mismo que hacía tres años.

Glieb se le aproximó y le dió un fuerte golpe en la espalda.

—¡Buenos días, amigo!... ¿Gritas?... ¿Denuncias?... ¿Cuándo acabarás de denunciar?... Es mandar lo que hace falta, y mover el cuerpo. Pero tú no haces más que gruñir, nariz chata.

Juk, estupefacto, abrió mucho los ojos y su cara desvaída pareció romperse en pedacitos. Aspiró e inspiró en un silbido una bocanada de aire.

—¡Glieb!... ¡Querido amigo!... ¡Viejo compañero!...

Le abrazó, lanzándole al rostro su calor y su sudor.

—¿Eres tú, realmente? ¡Amigo! Vamos juntos, y en seguida, a poner a cada uno en su sitio. ¡Vamos a echarles una pelusa a todos!... ¿Qué te parece? Mira Sergio, éste es mi más antiguo amigo... En las penas y en la sangre.

—Pero es preciso no gritar en balde... Lamentarse no es vencer.

—¿Oyes Sergio? Este es el que los va a desollar... Este es el hombre que nos hace falta, Sergio... Cambiaremos las montadas de sitio, si es necesario.

Glieb y Sergio se estrecharon las manos; sus dedos se enlazaron un instante sin efusión, extraños. Glieb sintió en los dedos de Sergio una blandura, una timidez de niña.

Un intelectual..., un creador de estilos..., un hombre delicado.

Le miró: bucles rubios ambarinos, ojos pardos sonrientes y la misma sonrisa en el ángulo de los labios, una sonrisa que parecía burlona, pero con algo de caricia y de interrogación.

—Ya te conozco, camarada Tchumalov. Te conozco de la última vez cuando viniste a inscribirte en el registro. Se ha hablado de ti en la Oficina del Comité. Vienes a tiempo.

—¿Lo ves, querido amigo? Nuestros generales sienten el enemigo. Trátales militarmente o te harán la vida insoportable. Querían atraparme a mí también y enrolarme, pero yo soy más listo y conozco mi oficio.... Sabré demostrar lo que valen todos...

—Vamos, explícate, Juk... ¿Por qué esta cólera?

—No tengo la menor confianza en ellos. Se llenan la boca hablando de la clase obrera, pero, en el fondo, sólo piensan en su estómago. ¡Aprovechados, vanidosos, fanfarrones!

—Está bien, Juk; se abrirá el ojo ante tus generales. Enseña el camino.

—Pasa a ver al secretario, camarada Tchumalov.

—No, Sergio, acompáñale; es tu obligación. Yo os sigo para ver si pueden atraparle con las manos vacías.

—Estoy listo, camarada Juk. Tengo en seguida una conferencia en la sección de agitación; luego una reunión en el colegio de la

sección de la Oficina regional de Instrucción pública, después de lo q…
tengo que hacer uso de la palabra.

—¡Sergio, viejo mío! Eres un hombre instruido, pero no ve… más que un fraile: todo obediencia y contrición.

Fué Glieb, y no Sergio, el que entró primero en la habitación, … causa de su exigüidad o porque no hubiera en ella más que mujer… Glieb tuvo la impresión de llenarla con su presencia hasta el punto d… sin poder moverse. Y le pareció que su gorro rozaba las molduras d… techo.

La camarada Miekhova, directora de la Sección Femenina del pa… tido, estaba en una mesa cerca de la ventana, frente a él, con bl… azul y un lapicero en la mano. El sol jugueteaba en los mechones lum… nosos de sus cabellos, que se escapaban bajo su pañuelo rojo. Tenía … labio superior velloso como el de un adolescente; una muchedumbre d… pensamientos pasaba por su entrecejo. Sus grandes ojos de largas pe… tados examinaron a Glieb: sus cejas se agitaron como las alas de u… gollo. Sus mejillas eran redondas y coloradas como las de un mucha… cho, y sus carrillos estaban sembrados de hoyuelos.

Dacha estaba de pie junto a la mesa y hablaba con una vigoros… voz gutural. No dirigió a Glieb más que el relámpago de una mirad… pero su rostro permaneció impasible, inaccesible. Había otras mujer… alrededor de ella y junto a las paredes. Todas con pañuelos rojos. Esc… chaban.

La camarada Miekhova miraba alguna cosa lejana y parecía no e… cuchar, mientras se calentaba al sol como una gata.

Juk se rió y tiró a Glieb de la manga.

—Se hace peligroso, amigo, el frente femenino. Araña, pica, gru… Abre los ojos.

En el rostro de Sergio había una risa confusa.

Glieb llevó la mano a su gorro.

Pero las mujeres, en un momento, aturdieron a Juk con sus grit… y no era posible saber si estaban indignadas o si por broma, fingí… estarlo.

—Mira, viejo... este Consejo del diablo. Ninguna de ellas ha… mis hijos. Estas malditas muchachas nos conquistarán por el boicot. ¡Qué tales!

Dacha, con la cabeza levantada, los brazos cruzados sobre el pe… cho, se había callado, esperando que los intrusos se marcharan. La mi… rada rápida de sus ojos pasó de nuevo sobre Glieb. Y Glieb no vió en ella más que un severo alejamiento.

La camarada Miekhova golpeó la mesa con la mano.

—¡Basta!... A vuestros sitios, delegadas. Orden. Vosotros, ca… maradas, pasad, no nos molestéis. Prosigue, Dacha.

Pero apenas Dacha había comenzado a hablar, la interrumpió.

—Camarada Tchumalov, a tu regreso pasa por mi casa. Tengo que hablarte.

—Está bien.

El sol jugueteaba en sus cejas. Tenía los ojos redondos, trasl… cidos, ojos infantiles, en los que temblaba, en el fondo, un dolor in… descifrable.

—No se trata de negocios; quiero conocerte.

—Está bien.

Dacha hablaba de las inclusas de la ciudad.

2.—UNA PROPOSICION CONCRETA

Apenas abierta la puerta de la habitación de Jitki se escapó una bocanada de aire caliente, pesado, lleno de humo.

También el sol penetraba aquí pero no en lumbrádas de otro como en la Sección Femenina, sino en rayos verdosos proyectados desde la ventana, por encima de la mesa. Espirales de fuego se encendían: el polvo jugaba con el humo.

La habitación también era pequeña. Un vapor de humo y de sol bañaba a los hombres que estaban junto a la mesa. Tenían blusas de cuero ampliamente abiertas. Era Jitki y el presidente de la Checka, Tchibis. Afeitados los dos. Tchibis tenía la cara demacrada, cejas blancas, y, bajo ellas, una mirada acerada. Sentado enfrente de Jitki, parecía descansar. Jitki tenía las mejillas surcadas por arrugas verticales y una nariz asiática, de aletas batientes. Cuando levantaba la vista, su mirada parecía apresar y las aletas de su nariz se movían, aspirando aire.

El presidente del Consejo de los Sindicatos, Lukhava, muy joven, de silueta afilada, manchada de tonos negros (negros los cabellos, muy moreno el rostro, con camisa negra), una fiebre domeñada en sus ojos, acurrucado en el antepecho de la ventana, con las piernas cruzadas. Escuchaba en silencio, con la barbilla en las rodillas.

Glieb saludó, levantando lentamente la mano hasta el gorro. Pero Jitki no prestó atención al saludo: tantos camaradas del Partido iban a su habitación, que no tenía tiempo de devolver un saludo. Le dirigió una mirada de asombro, y las aletas de su nariz se movieron.

—Hay aserradores. Hay la Sección de Bosques. Hay leña.

Subrayaba las frases con puñetazos en la mesa.

—¿Y después? La cuestión es traer la madera a la ciudad. El bosque está en la otra vertiente, sobre la costa. La prestación de madera ha fracasado. Es necesario encontrar un medio seguro y rápido de traer leña antes del invierno. Al diablo los expedientes y los paliativos: es preciso arrostrar las dificultades. Es necesario una gran reunión de fuerzas, una concentración de todos las energías. La Sección de Bosques no ha cumplido con su deber: toda ella es una chusma de arribistas y de inútiles, buenos para ser fusilados. Los obreros se amotinarán bien pronto: revientan ya de hambre. Que den la leña, o tendremos que apilar como troncos, los cadáveres de los hijos de los obreros. La sesión del Consejo Económico se celebrará dentro de una semana; es necesario que estemos preparados. Di tu parecer, ...Lukhava. Tú que no tienes costumbre de irritarte, estás ahí como una estatua.

Pero el joven, que estaba acurrucado en la ventana, no oía nada: la fiebre le consumía.

Tchibis no miraba a nadie, y no podía precisarse si su rostro demacrado pensaba, o descansaba, enojado.

Jitki dió un puñetazo en la mesa.

—¡Al diablo!... Deberían colgarnos de un muro, y en seguida... como a idiotas y desorganizados... Estamos abandonados... No hay más que decir, camaradas.

Lukhava oprimió sus rodillas sobre el pecho con sus manos sarmentosas, y este movimiento convulsivo le volvió a la realidad. Estalló en una risa infantil, nerviosa, hiposa.

—¿Pierdes la cabeza, Jitki? ¿No hay salida, dices? Si no hay salida en tu casa, no tienes más que hacerte una golpeando la pared con la cabeza. En otro caso, será necesario fusilarte. Y Tchibis... estrategia de ello un dificultad. No hay ni debe haber atolladero; no hay más que problemas. Yo he resuelto tu problema.

—¿Cuál es tu proposición concreta?

Las aletas de Jitki temblaban y aspiraban el aire, dando a su rostro la expresión risueña de una admiración imposible de contener.

—Es necesario hacer uso de la fuerza mecánica de la fábrica...

Sergio tendió su mano y habló:

—Yo quería precisamente... a propósito de la proposición del camarada Lukhava...

Una sonrisa rompió las arrugas de las mejillas de Jitki, y Glieb vió en esta sonrisa una burla indulgente y cariñosa.

—Sergio va a formular una proposición concreta, camarada... Habla.

—Quería, a propósito de la proposición del camarada Lukhava, llamar vuestra atención sobre el camarada Tchumalov. La discusión de este asunto puede ser abreviada si el camarada Tchumalov, que es un obrero de la fábrica, da su opinión... Por ahora, debo...

Jitki le interrumpió con un gesto.

—¡Calla!...

Sergio habla, como siempre, con entusiasmo, y su calva se colorea.

—Tengo que ir en este momento a la conferencia de la Sección de Agitación; después, a la Oficina regional de Instrucción Pública; luego...

Tchibis sonrió burlonamente y dijo, con voz perezosa, fijando en Sergio sus penetrantes ojos:

—¡Vete, intelectual! Ese "y luego" tiene en tus labios el acento de una plegaria. Y ningún problema le impide dormir toda la noche. Los intelectuales son siempre los asnos del partido: se sienten agobiados y rendidos. Hay razón para sujetarles con fuerte puño al pie del fusil.

Sergio enrojeció, confuso, y lágrimas lejanas brillaron en el rubor húmedo de sus ojos.

—Pero tú también eres un intelectual, camarada Tchibis.

—Sí. Yo también soy intelectual.

Jitki continuaba con su sonrisa irónica y acariciadora.

—Eh, camarada Tchumalov, aproxímate. Tienes que seguir de pie, no hay sillas.

Glieb se acercó a la mesa.

—Desmovilizado en calidad de obrero calificado. Puesto a disposición del Comité del Partido.

Sin dejar de mirarle, Jitki le tendió la mano, y las aletas de su nariz se movieron mientras cambiaban un apretón de manos.

—Te hemos nombrado, camarada Tchumalov, secretario del departamento comunista de la fábrica. Está desorganizada. Los especuladores se han instalado en ella. Les ha dado la manía por las cabras y por los encendedores. Han saqueado la fábrica. Ya estás al corriente; hacemos un departamento fuerte, activo, disciplinado militarmente.

Glieb hizo el saludo militar.

—Está bien, camarada Jitki.

Lukhava, con la barbilla en las rodillas, chupeteaba el cigarrillo que tenía en la comisura de los labios y miraba a Glieb con ojos entornados, bril'antes por la fiebre, en aguda interrogación, que parecía llegar al alma. Cuando Glieb terminó de hablar, dijo con tono frío, negligente, a Jitki:

—Envíale a la Sección de Organización y de Instrucción. No podemos interrumpir la sesión por estas fruslerías.

Continuaba mirando a Glieb con los ojos entornados, a través del humo del cigarrillo. Glieb volvió la cabeza y encontró la mirada de Lukhava, pero nada dijo. Sintió solamente como un golpe sordo en el pecho. Los ojos de Lukhava revelaban un desafío indistinto.

Tchibis le miró a través del espeso enrejado de sus pestañas.

—Eres un obrero calificado... un comisario del Ejército... ¿Por qué has abandonado el Ejército, si la fábrica está parada para algunos años?

Glieb se volvió hacia Tchibis, pero contestó para todos:

—¿Parada la fábrica, decís? ¡Bah! Es un lugar hediondo, de abominación y desolación, un parque de ganado. ¡Y qué fábrica era, qué potente, qué bella!... ¡Unica en el mundo!... Deberías coger a los obreros por la garganta y cazar las cabras... Pero ¿dónde está la producción?... Es preciso hacerlo todo de un solo golpe, reanimar la fábrica. Si no, los obreros no serán obreros, sino pastores.

Encontró de nuevo la mirada de Lukhava, y de nuevo halló en sus ojos una actitud indefinida, semejante a un desafío. Vió también en sus labios una sonrisa burlona, hostil, maligna. Glieb fijó en Lukhava una mirada penetrante, y otra vez sintió como un golpe sordo en el pecho.

—Los héroes condecorados con la Orden de la Bandera Roja deben aprender todavía a ver las cosas como son.

Tchibis estaba sentado, apoyado en el respaldo de la silla, y no se podía distinguir en su rostro demacrado si atendía a la discusión o reposaba, fastidiado.

—No te he concedido la palabra, Lukhava. Está tranquilo. Sigamos hablando de la cuestión del combustible.

Las palabras de Lukhava, tan provocativas como su sonrisa y la mirada de sus ojos entornados, hacían estremecerse a Glieb, cuya sangre bullía.

Una sonrisa llenaba la cara de Jitki, y su puño se preparaba a caer sobre la mesa.

—No te he concedido la palabra, Lukhava. Está tranquilo. Sigamos hablando de la cuestión del combustible.

Las palabras de Lukhava, tan provocativas como su sonrisa y la mirada de sus ojos entornados, hacían estremecerse a Glieb, cuya sangre bullía.

—No nos queda ni un tronco, camarada Tchumalov. Nos morimos… de hambre. Los chiquillos mueren como moscas en las Casas de los N… ños. Los obreros están desesperados. ¿Para qué necesitamos esa fábri… del diablo? ¿Qué historias vienes a contarnos? No es ésa la cuestión. ¿Qu… puedes decirnos acerca del transporte a la ciudad de la madera corta… en los bosques? ¿Cómo puede ayudar la fábrica en ese transporte? Ha… bla de la proposición de Lukhava.

—¿El combustible? ¡Bien! Empecemos por el combustible. Tendre… mos leña dentro de un mes, respondo de ello… sin grandes frases.

—Di cómo se puede hacer eso prácticamente.

—Te contestaré prácticamente.

Glieb hizo una pausa y miró distraídamente por la ventana.

—Puede hacerse así: hasta la cresta de la montaña, el funicular; … vagonetas hasta Fiem; con vagones, hasta la ciudad y la estación. Ha… una prestación personal voluntaria los domingos en todos los Sindica… tos. He dicho.

Iek … sonrió a Glieb desde el fondo de su alm… enseñando alegremente los dientes.

—Están deliberando como pellejos llenos… Mientras, él se estru… por completo… Y él es el que va a cambiarlo todo, a poner todo e… orden… Adelante, camarada, adelante…

No le escuchaban, y, absorto siempre por las pequeñas cosas co… tidianas, era, con sus gritos acostumbrados, un detalle insignificante. E… taba siempre presente, pero no le veían, como ninguno oía los gri… alegres que salían del fondo de su alma.

Jitky, con las mejillas llenas de arrugas, trazaba en un papel … y curvas, que cortaba en seguida con otros trazos. Y como su rostro h… bía adquirido una actitud calmosa y banal, parecía agobiado y envej… do de repente.

—Creo que tú querías hablar de este asunto, Lukhava.

Lukhava bajó de un salto de la ventana, pasó por delante de Gli… volvió a la ventana.

—Yo pensaba aproximadamente como el camarada Tchumalov. H… expresado mi pensamiento como yo no lo hubiera hecho. Adoptemos … proposición sin discutirla y le invitaremos a la reunión del Consejo Ec… rómico en calidad de informador.

Jitki arrojó sobre la mesa el lápiz, que rebotó y fué a caer a l… pies de Glieb. Jitki se levantó con las manos en los bolsillos.

—Utopía, camarada Tchamalov. No gastes tu tiempo en charl… acerca de la fábrica. No se trata de ella, sino del combustible. Ya no … la fábrica, es una cantera abandonada. La fábrica es para nosotros del do… minio del pasado o del porvenir. Hablemos sólo del transporte de la leñ…

—No sé lo que es utópico a tu parecer, camarada Jitki. Si tú … dices primero estas palabras, "la fábrica", las dirán los obreros. ¿Q… me dices? La fábrica es del pasado o del porvenir… ¡cuando los obre… vienen todo los días a darse de cabezadas contra la pared! Hay una f… brica que espera las manos de los obreros. Vaya, camaradas, ¡hoomo… ¿Habéis estado en la fábrica? ¿Habéis visto los Diesel y a los obreros? L… fábrica es todo un pueblo, no espera más que una señal para empezar … andar. ¿Por qué los obreros abandonan la fábrica al pillaje? ¿Por q…

la lluvia y el viento enmohecen el hierro y derrumban la mampostería? ¿Por qué continúa la destrucción? ¿Por qué se acumulan los escombros? ¿Por qué los obreros deben trabajar en todo, con el vientre vacío, sin techo ni razón en todo este desconcierto? El obrero no es una gallina clueca, no se le puede pedir que se acurruque sobre los huevos y que espere los pollos. ¡Y vosotros venís a decirle que la fábrica no es tal fábrica, sino una cantera abandonada! Os escupirán y jurarán como poseídos. ¿Y se os puede tratar de otro modo? Tienen razón en dejar la fábrica al pillaje y en llevarse todo a sus casas, puesto que todo se deshace y se pierde... Vosotros les trastornáis el cerebro; pero ¿qué habéis hecho vosotros para que sea un proletariado consciente y no un [illegible]? Así es como hay que plantear la cuestión, camaradas.

El dolor que oprimía a Glieb en su casa y en los edificios de la fábrica, ese mismo dolor, lo sentía aquí y le impedía callar. La cólera envenenaba su sangre viril.

Jitki se estremeció, sus ojos se agrandaron.

—Has hecho de la fábrica un ídolo, camarada Tchumalov. ¿Para qué necesitamos la fábrica si tenemos el bandidaje, el hambre, y si nuestras instituciones soviéticas están llenas de traidores y de conspiradores? ¿Quién necesita vuestro cemento y vuestros treinta y seis talleres? ¿Para qué hacer eso? ¿Para distribuir ordenadamente las sepulturas? Predicas la conquista de la producción cuando los mujiks empujan hacia la ciudad sus hordas tártaras...

—Lo comprendo, camarada Jitki, y mucho mejor que vosotros. Pero no se puede empezar el trabajo con los pies descalzos, ni batirse lo mismo. ¡Al diablo vuestros métodos usureros! Hay que empezar a trabajar para edificar, hay que empezar por restablecer la producción. Así hay que plantear la cuestión... o no queda más remedio que tirar la soga tras el caldero y esperar a que los mujiks vengan a lincharnos.

Tchibis se levantó y se dirigió a la puerta. No podía distinguirse en su rostro el menor reflejo de su pensamiento. Se paró en el umbral y dijo con voz monótona, acentuando las pausas:

—Nuestro batallón especial está mal organizado. Si se habla de la fábrica, ¿por qué no se habla también de la vida de cuartel y de las fortificaciones? Todo eso son bellas palabras, pero no tengo tiempo de escucharlas. Eso vendrá más tarde.

Salió sin volverse.

Jitki miraba a la puerta. Una sonrisa de inteligencia iluminó sus ojos.

—No discutamos, camarada Tchumalov. No se trata de poner la fábrica en marcha, sino de organizar las masas. Es lo primero.

Jitki reía; las aletas de su nariz temblaban, y estrechó fuertemente la mano de Glieb.

—Vaya, camarada Tchumalov. Llévate también a este viejo Juk, que empieza a parecer una rata hambrienta.

Glieb cogió por el brazo a Juk y le condujo hasta la puerta. Juk trataba, en vano, de abrazarle.

—¡Glieb, querido amigo!... Nosotros haremos andar a las montañas... Pero echaremos a todos los inútiles.

La voz de Jitki les alcanzó.

 4

—Haces bien, camarada Tchumalov, en hablar seriamente con el presidente del Ejecutivo del Soviet, Badin, y de charlar con Lukhava para que lleguéis a ser buenos amigos.

En el quicio de la puerta, Lukhava oprimió el brazo de Glieb. Había fiebre en sus ojos y en sus palabras.

—Dacha me ha hablado de ti. Examinaremos juntos tu plan y hablaremos el objeto esencial de nuestro trabajo. Hay que actuar con hechos y no con palabras. El porvenir está en el cerebro. Después, vienen los músculos.

Los dos hombres se miraron fijamente. Glieb sentía de nuevo que las palabras y las miradas de Lukhava le llegaban, taladradoras, hasta el alma.

Dacha... Lukhava... ¿Sería Lukhava la clave del enigma?

8.—LA MUJER DE LOS BUCLES RUBIOS

Glieb fué a ver a Miekhova. Inadvertidamente se apoyó en la m[esa] y ésta dejó oír un sonido metálico. Miekhova, conteniendo la [...] le miró con extrañeza, sin amabilidad.

—Modera tu fuerza, camarada Tchumalov. Esto no es un cañ[...] Trabajamos aquí en tiempo de paz.

—Perdón, estoy acostumbrado a andar desembarazadamente, y [...] no es un palomar.

—Acostúmbrate a andar de otro modo. Aquí te pondrán bi[en] pronto en tu sitio, en el trabajo de los Soviets, y bien pronto ser[ás] como todos un rechoncho administrador. Olvidarás en seguida el o[lor] de la pólvora y el romanticismo de los combates. Te aplacarás, com[o] da, y perderás tu hermoso color. ¿Te han nombrado, según creo, sec[re]tario del departamento de la fábrica? Veremos cómo das fin a esa b[o]nita obra. No hay medio de abordar a las mujeres. Huelen todas a p[o]cilga, a cabras y a humo. Cada casa es un pequeño comercio y un dep[ó]sito de objetos robados. Seis meses más, y la fábrica se caerá a pe[da]zos. ¡Y qué fábrica!

—¡Vaya, vaya! Y nosotros que soñamos con ponerla en march[a] nosotros que repasamos los Diesel y las dinamos, que llevamos los fu[ni]culares a la montaña para el transporte de combustible...

—Todos decís lo mismo. A creeros, todos sois paladines; pero, [en] realidad, sólo pensáis en situaros un poco más cómodamente y en c[on]vertiros en burgueses soviéticos. La labor cotidiana es fastidiosa. Se e[s]tá mejor en el Ejército. Yo he querido ir a él, y no me han dejado m[ar]char. Unicamente tu esposa no se da cuenta de este traqueteo y sabe e[n]contrar grandes cosas en el menor detalle.

Dacha, de pie junto a la ventana, tenía una sonrisa burlona. Su[s] movimientos demostraban su impaciencia.

—Camaradas, no comprendo el motivo de esta conversación. ¿A qué viene? Márchate, soldado, nos molestas. Vete cuanto antes.

Sonreía, divertida.

—¿Lo ves? ¡Qué mujer tan seria y práctica!

—Exacto. Dacha sabotea sus obligaciones domésticas.

Miekhova rió sacudiendo sus bucles.

—¿No cumple con sus obligaciones conyugales? ¡Qué desgracia! He aquí una mujer ganada por la revolución.

Dacha reía también, pero Glieb no encontraba en esta risa la antigua risa adorable de la esposa.

Las otras mujeres reían también. Habían puesto a Juk a la puerta a grandes empujones y le gritaban en el pasillo:

—¡Vuestro reino ha acabado, chivos afeitados! Tenéis aspecto de mujerucas desde que os han afeitado. Y las mujeres se han tenido que convertir en hombres. ¡No volveréis a ver los buenos tiempos!

Miekhova fijó de nuevo en Glieb una penetrante mirada: le parecía a Glieb que le olfateaba ávidamente.

—Todavía no te has dado cuenta de nuestra vida; estás todavía en la guerra y en el ejército. Realmente, se creería que mañana vuelves al frente. Cuéntame tus hazañas. ¿Cuándo recibiste la condecoración de la Orden de la Bandera Roja? ¡Si supieras cómo me gusta a mí la vida del frente!... Yo me he batido en las trincheras... Fuí a las órdenes de Manytch.

Sonreía, pero su sonrisa no iba dirigida a Glieb, aunque le miraban sus ojos, brillantes por una alegría contenida.

—¡Se estaba bien!... ¡Fueron días inolvidables!... Como los de Moscú, en octubre... Me acordaré toda mi vida... ¿El heroísmo? Es la llama de la revolución.

—De acuerdo, camarada Miekhova... Pero aquí también, en las posiciones conquistadas por la clase obrera, es necesario el heroísmo. Terrible situación: la ruina, el desorden, la confusión, el hambre... La montaña ha estallado, aplastando al hombre como a un sapo. Hay que emplear entonces todas las fuerzas, levantarse, poner la montaña en su sitio. ¿Imposible? Ese es precisamente el heroísmo..., hacer lo imposible.

—Sí, sí... Quiero hablarte, camarada Tchumalov. El heroísmo es eso precisamente, el esfuerzo concertado, unánime... Entonces no hay nada imposible...

Rió de nuevo, y el brillo de sus pupilas aumentó.

—¿Levantarse totalmente? Sí, eso es... Has dicho la palabra exacta. Distender hasta las más débiles fibras del ser... Quiero que hablemos de ello, camarada Tchumalov. Vivo en la Casa de los Soviets.

Dacha, burlona, envolvía a Miekhova y a Glieb en una mirada escrutadora. Se acercó a Glieb, le cogió por detrás, le hizo girar y le encaminó hacia la puerta.

—Fuera de aquí. Nada tienes que hacer.

Glieb se volvió a ella, la cogió por el talle y la condujo. Las mujeres rompieron a reír. Miekhova reía también. Esta caricia, hecha de un modo natural delante de la gente, arrancó un grito a Dacha, que estrechó a Glieb con sus dos brazos. Glieb encontró, aunque sólo duró un instante, el antiguo corazón de Dacha y su querida risa femenina, que ninguna palabra podría definir, porque pasaba del uno al otro.

—¿Sabes, camarada Tchumalov, quién es tu Dacha? ¿No te ha contado sus aventuras?... Han ocurrido aquí tantas cosas como tú no las has vivido, seguramente.

Dacha se estremeció y se separó bruscamente de los brazos de Glieb.

—Camarada Miekhova, no quiero que hables de mí ni para bien ni para mal. Suspende tus bromas y déjame tranquila.

—¡Ah, sí? No sabía que eso estaba prohibido en tu casa.

¿Por qué se había estremecido? ¿Por qué había hecho callar a Miekhova? ¿Por qué no le contaba nada de sus años de viudedad, conocidos por todo el mundo?

Lukhova, de pie en el quicio de la puerta, fijaba en Glieb sus ojos brillantes.

Glieb pasó junto a él, evitando rozarle. Pero los dedos de Lukhova le cogieron de la manga y le detuvieron.

—Camarada Tchumalov, convoca una reunión extraordinaria del Departamento. Irá a ella en calidad de informador. Ve mañana a buscar al Consejo de los Sindicatos, nos encerraremos para discutir. Un proyecto grandioso necesita ante todo detalles precisos. No me refiero solamente al combustible, sino también a la fábrica. He pensado en ello. Pondremos a contribución todos los medios imaginables. No olvides que habrá que luchar, será una lucha que exigirá todas nuestras fuerzas. Y piensas que esta lucha será un poco inoportuna; será una lucha por el porvenir, parecerá también utópica y absurda. Pero ya sabemos que la fuerza y la audacia acercan el porvenir al presente. Empezaremos a trabajar.

Estrechó fuertemente la mano de Glieb y se dirigió rápidamente a la Sección Femenina.

En el pasillo, Glieb fué alcanzado por Miekhova.

—Un momento, camarada Tchumalov... ¿No has dicho nada del compromiso adquirido en el cuarto de Jitki? Quiero saberlo en seguida. Empezamos a enmohecer en estos agujeros, y la labor diaria hace de cada uno una especie de todo. La revolución quiere otra cosa. Si intentáis romper la rutina del Soviet y del Partido, procurad tener buenos dientes. Yo estaré con vosotros, camarada Tchumalov. Estaré contigo, hagas lo que hagas. Estoy segura de que no fracasarás; has estado en el ejército. Una cosa aún, camarada Tchumalov: deja a Dacha tranquila por ahora... Antes he hecho una tontería... Ella misma volverá a tí, ya lo verás... ¿Qué quieres hacer?

—Todo, hasta poner la fábrica en marcha, si no se nos rompen los huesos.

—Está bien, vete, no quiero nada más.

Le sonrió con los destellos de sus ojos y de sus bucles y se volvió a pasos precipitados.

Juk acogió a Glieb en la calle con gran alegría.

—Y bien, ¿cuáles son nuestros éxitos? ¿Qué dices? Voy a descubrir sus intrigas a todos. Iré por todas partes, me meteré en los últimos rincones para desarraigar el mal. Ya me conocen: les hago jugarretas todos los días a esos vanidosos, no les dejo en paz un momento, te lo aseguro... Pero ahora, contigo, vamos a revolver las montañas... ¡Vamos a dar la vuelta a toda la burocracia como si fuera un trapo!

IV

EL CLUB OBRERO "LA INTERNACIONAL"

1.—EL DEPARTAMENTO DEL P. C. R.

El Club Obrero de la Internacional Comunista ocupaba la anti-
gua casa de la Dirección de la Fábrica, sólidamente construida a la ale-
mana, en piedra sin labrar, en tres colores: amarillo, azul y verde. Los
dos pisos del edificio se erguían como un bloque, igual que la roca
invadida por las malezas y los arbustos. La construcción era severa, de
una sobria arquitectura puritana, como una iglesia protestante, pero ri-
ca y pródiga en sus barandales, en sus balcones esculpidos, en sus depen-
dencias (también elegantes y sólidas), en sus parterres y en sus campos
obeliscos de roble y con lámparas de mosaico, cortados por escaleras en
obelismos de roble y con lámparas de mosaico, daba entrada a una por-
ción de habitaciones, todas tapizadas con hermosas telas, adornadas y
decoradas con cuadros de maestros, con grandes espejos y muebles de
estilo.

Un jardín, reservado antes para las flores y los ... abando-
nado ahora y devorado por las cabras, con los pa... de hierba,
seguía delante de la fachada la pendiente de la mo... costumbre verja de
fundición, embutida en un zócalo de piedra, lo ...alov le son ... e iz-
quierda, más allá de las montañas, veíanse ...ico y las toses ... de la
fábrica: y más lejos, en las hendiduras de ...istoria, pero piénsala bien los
funiculares devastados. ...urno a nosotros, camarada.

Un viejo misterioso vivía aquí en ... rincón, negro y corcorva-
los obreros no veían más que de lejos y d...s harapos grises, del color
todopoderosa. Y era extraño que este direct... queño que los demás, pero
jo, pudiera vivir sin ser presa del terror a...gación inexpresiva en sus
bitaciones vacías de su palacio; sin ser at...currentes y parecía que de
la suciedad, la hediondez, la existencia ani...oz negra, como él mismo,
ra recluida en agujeros y tugurios. Había ...el polvo de los metales, y
revolución, el cataclismo... El director ...io el mundo.
huido entre risas. Los ingenieros, los ...dificultad, sacudiendo sus tra-
huido con él. Sólo quedó uno, el ingeniero ...o. Un poco apartada, pero
constructores de la fábrica. Se había e... ...día, estaba Dacha. Su pañue-
bajo, en el gran edificio de la admini... en espera del trabajo. A veces se
zada, frente al palacio, su última obra

Vino un día de primavera de ardiente luz sobre las nubes, el mar y las montañas; un día en que el aire parecía traspasar los ojos con innumerables alfileres de sol. Los obreros de la fábrica se habían reunido en el taller de cerrajería. El cerrajero Gromada propuso entre empujones, gritos y humo de tabaco:

—Hacer del palacio del director, ese bebedor de sangre, un club obrero, y darle el nombre de la Internacional Comunista.

La planta baja fué cedida al club y a los departamentos del partido y de las Juventudes comunistas; el piso superior para la biblioteca, los juegos y el batallón especial.

Y en estos lugares en los que antes reinaba el silencio; estos caminos alfombrados, por los cuales estaba antes severamente prohibido el paso a los obreros, trepidaban ahora por la tarde, cuando las ventanas se encendían con el reflejo del sol poniente, con los ruidos de la banda, la voz de los cobres y la explosión de los tambores. A la biblioteca del director se habían llevado los libros que pertenecían a los ingenieros huídos. Eran bellos libros, bien encuadernados, con cantos dorados, misteriosamente extraños en sus bellos armarios: libros alemanes.

Gromada, elegido director del Club, habló de la biblioteca a la asamblea de obreros:

—Camaradas: Tenemos una hermosa biblioteca de libros confiscados y nacionalizados en las casas de la burguesía y de los capitalistas; pero todos ellos son libros editados en Alemania. Estamos obligados a leerlos en nuestro provecho en virtud de la disciplina proletaria, porque pertenecemos, obreros, a la masa internacional, y debemos conocer todas las lenguas. La biblioteca está abierta a todo el mundo, incluso a los mismos analfabetos... Os invito, camaradas, a conquistar la cultura en vez de sabotearla.

Este era el Club obrero de la "Internacional Comunista". No era la habitación del director, era el departamento comunista.

Los ... ejército ... continuaban viviendo en sus agujeros y en sus rincones ... ahora ... ingenieros continuaban desiertas, pavorosas, con sus largas ... vacías.

—Todo, hasta poner ... obreros en el taller de cerrajería. Por la tarde ... montaña. Las mujeres iban al pueblo ... procurarse víveres y luego venderlos a altos ...

—Está bien, vete, no ...

Le sonrió con los ... vió a pasos precipitados.

Juk acogió a Glieb en ... retemblaba con el mugido de los cobres ...

—Y bien, ¿cuáles son ... amento del P. C. R. se celebraban todos ... cubrir sus intrigas a todos, ... y se ponían en el orden del día asuntos ... timos rincones para desarrai... ... tretas todos los días a esos ... judías en el restaurante comunal. ... to, te lo aseguro... Pero ahora ... del restaurante comunal son echados ... das... ¡Vamos a dar la vuelt... trapo!

... cosas de los miembros del partido ... para especular en los campos ... sión extraordinaria del departamento ... con altos zócalos de abedul de Carelia ...

y muebles sencillos de la misma madera. Se trajeron bancos de madera mala de la sala de fiestas.

Desde la mesa, Glieb veía todos los rostros a la vez; todos se parecían entre sí. Parecía que eran diferentes, pero como fundidos en un mismo molde, unidos como un solo rostro, por no se sabía qué de común. ¿Qué era? Esta semejanza común, difusa, le hacía intensificar la vista, le torturaba el cerebro, que quería hallar lo indefinible. Más tarde Glieb comprendió: era el hambre.

Eran numerosos los que veían a Glieb por primera vez. Pero le saludaban sin efusión, con indiferencia, como si siempre hubiera estado con ellos. Muchos le habían visto por primera vez la tarde en que los oficiales blancos le habían hecho salir, con algunos otros, de entre las filas de obreros alineados a las puertas de la fábrica y le habían maltratado.

Había quienes le estrechaban fuertemente la mano, con una sonrisa, y sin saber qué decirle exclamaban cosas banales:

—¿Qué hay?... ¿Estás bien, viejo?... ¿Cómo va eso?...

Luego iban a su sitio, sin volverse. Pero una vez sentados, no cesaban de mirarle con una sonrisa imposible de contener.

Llegó Gromada — agobiado bajo este gran nombre —, se rió, y sonó su voz ronca de tísico:

—Esto va a ir de otra manera, camarada Tchumalov. ¡Lo digo yo! No dejes discutir. Nosotros, los comunistas, nos hemos dejado desorganizar por las cabras y por los mecheros... ¡Diles lo que hay que hacer y no les des explicaciones!

Se volvió hacia los obreros. El entusiasmo le oprimía la garganta, le ahogaba.

—¡Ah, rebaño de vagos!... He aquí un hombre que ha atravesado por la muerte y por todos los horrores... No hago uso de la palabra en el orden del día, sino en el preámbulo. Ha sido él, Tchumalov, quien ha hecho brotar todo lo que había en mí... El es quien me ha hecho entrar en el P. C. R.

Escuchaban a Gromada bromeando, pues no era costumbre suya hablar así. Y era sólo porque el mismo Tchumalov le sonreía como un niño. Se bromeaba entre el humo del tabaco y las toses.

—¡Habla, Gromada!... Cuéntanos tu historia, pero piénsala bien para que esté bien dicha... Ahora nos toca el turno a nosotros, camarada.

Lochak estaba sentado, al fondo, en un rincón, negro y corcovado. Parecía un bloque de antracita, entre los harapos grises, del color del cemento, de los obreros. Callaba, más pequeño que los demás, pero visible, abrumador, con una sombría interrogación inexpresiva en sus ojos. Lochak miraba por encima de los concurrentes y parecía que de repente iba a comenzar a gritar con una voz negra, como él mismo, como su rostro corroído por el hollín y el polvo de los metales, y que su voz ensordecería y aplastaría a todo el mundo.

Las mujeres ocupaban sus sitios con dificultad, sacudiendo sus trajes harapos, enseñando sus dientes, charlando. Un poco apartada, pero bien a la vista de ellas, como su jefe de fila, estaba Dacha. Su pañuelo rojo brillaba como una llama tranquila en espera del trabajo. A veces se

mandaba a las mujeres y éstas se agrupaban entonces, murmurando todas a la vez.

Se esperaba a que entrase Lukhava para comenzar a hablar de los medios de combatir la ruina y de la crisis del combustible. Pero cuando se abrió la puerta fué Savchuk el que entró, tiznado, desgreñado, con los pies desnudos, los ojos sanguinolentos.

Hinchado, con los músculos rebosantes de una fuerza inútil, fu- rozando la pared con la espalda y se sentó pesadamente cerca de la puerta, haciendo crujir los huesos de sus rodillas, llenas de equimosis y as- listas. La tristeza, terrible veneno, ocupaba en el fondo de sus órbitas la timidez de sus ojos agotados.

Dacha abrió la ventana, pesada como una puerta.

—¡Qué peste la de este departamento! Todos los asuntos se van en humo de tabaco. El tabaco, éste es el trabajo de los cerebros inactivos.

Pero apenas abrió la ventana entró por ella una formidable ba- bola. Los instrumentos de cobre berreaban en el barandal del piso su- perior; los tambores tronaban.

Despertados de sus tugurios, olvidados de la fábrica — estrépi- humo, cloro y ruidos de las máquinas —, cubierto ahora por es- clase de polvo, el que traían los vientos de la montaña, las gentes de la fábrica, los obreros de los equipos de los talleres, marchaban por la montes con el vientre vacío. Iban por los senderos y los caminos de la llanura hacia los pueblos y las ciudades cosacas, como en las épocas de primitivos cambios comerciales, espoleados por el hambre y por su grosera concupiscencia.

Las gentes de la fábrica, despertadas antes, no por el canto de los gallos, sino por el grito estridente y metálico de las sirenas, habían percibido en estos años el encanto de las pocilgas, el acre olor del estiércol y la dulce tibieza de los gallineros. Y las gentes de las máquinas y de los talleres habían aprendido a gritar con los cerdos y las gallinas por los cerdos y las gallinas y las cabras, por la comida del restaurante comunal, devorada por inadvertencia por los lechones de los otros obreros; el polvo asfixiaba las sirenas; el silencio y la ociosidad se llenaban de murmullos y de gruñidos de los animales en idilios campestres. El hombre activo y la mujer económica se encerraban, tristes, en su estrecha habitación.

Pero en el Club de la Internacional Comunista, en el departamento de la fábrica, los comunistas se frotaban los ojos, y sus manos sucias y sus harapos estaban llenos del olor de los gallineros y del hedor amoniacal de las cochiqueras y de los establos de las cabras. Se sentaban por equipos, apretados unos contra otros; y los berridos de las trompetas, las palabras desacostumbradas que oían, evocaban una vida de su pasado, ya olvidada. Glieb mismo se les aparecía como resurgido del pasado (como si no fuera de hoy, sino de ayer), rodeado, podría decirse, de un fuerte olor de aceite, del hierro al rojo blanco y de vapores sulfurosos como los que despide la lava cuando se enfría. Y eran, de nuevo, la fábrica... la producción, los Broemsbergs... los talleres...

Apenas se había separado Dacha de la ventana, entró Serge...

Juan, con su cabeza calva en el centro y el resto lleno de bucles que le caían sobre los hombros. Se acercó a Glieb y le habló en voz baja con aire preocupado.

Glieb se levantó y arrojó rápidamente su gorro al antepecho de la ventana.

—Camaradas: El camarada Ivaguin sustituye a Lukhava. Lukhava está en casa de los descargadores: esos cerdos chillan a causa de las raciones... Se abre la sesión.... ¡Pero callaos, tunantes!.... Debo deciros una cosa: lo he oído vagamente y la radio nos lo anuncia también... El extranjero, la "Entente", reanuda el comercio con nosotros y nos envía barcos. Ya no estaremos tristes.... ¡Pensad! ¡Magnífico!.... Nosotros también servimos para todo.

Y él, el primero, rió con alegría.

Gromada, con los ojos nublados, agitaba los brazos.

—Camaradas: Somos los obreros de una magnífica fábrica. Pero estamos rodeados de cerdos, de cabras.... ¡Salid de vuestras guaridas, camaradas!.... Propongo que sea requisado para la Casa de los Niños todo lo que sobre.... Y como somos la clase obrera....

Trueno de tambores y tumulto entre el humo y el polvo.

—...Nuestros cerdos.... ¡Qué fácil es coger lo de otros!.... Y lo que se ha traído de los pueblos y de las ciudades cosacas... No estás en tu juicio.... No gritarás tú más que los demás.... Tu mujer también recorre las aldeas....

—¡Requisar!.... ¡Que se vayan al diablo! Decide Tchumalov, que decida el Departamento.

—¡Pero decid, compañeros!.... No hay por qué indignarse.... ¡Para qué buscar camorra?.... ¡Compañeros!....

Glieb agitó la campanilla y gritó:

—¡Orden!

—¡Vamos, camaradas, callaos! Nadie coge todavía las cabras y los cerdos. Ocupaos en ello, si os divierte. Cuando llegue el momento, ajustaremos las cuentas a los proletarios, como se les han ajustado a los burgueses.

Y nuevamente su broma y su risa impusieron orden y calma.

—Os propongo, camaradas, que sea elegido un presidente.

Apenas había dicho la última palabra, las mujeres desde sus sitios, Lomakha y Liesbeth las primeras, se levantaron con un gran revuelo de harapos, los brazos extendidos, gritando todas a la vez un solo nombre como si fuera una multitud de ellos:

—Dacha.... ¡Dacha Tchumalova!.... ¡Dacha!....

Los hombres gritaban también, pero sin llegar a cubrir las voces estentóreas de las mujeres:

—¡Gromada!.... ¡Tchumalov!.... ¡Savtchuk!....

El nombre de Savtchuk fué acogido con una gran carcajada.

Gromada dió un salto hacia la mesa, gesticulando de nuevo con sus brazos. Este gesto iba dirigido a las mujeres, mientras gritaba con voz de falsete:

—Camaradas.... Las comadres no me amedrentan.... La igualdad de sexos y todo lo que quieran, está bien.... ¡Y las jóvenes a la cabe-

ya!... Pero que tengan en cuenta la experiencia... Necesitamos una barba en la presidencia.

—¿Tchumalov es barbudo? Y a ti mismo ¿qué gato te ha lamido tu barba de mujik?

Las mujeres alborotaban, indignadas.

—Dacha Tchumalova... ¡Dacha!... No sirves ni para descalzarla, Gromada. La barba de Savtchuk es buena para servir de escoba, y Mo-ca conocer bien sus paños.

—¡Savtchuk!... ¡Tchumalov!... ¡Lochek!

Glieb agitó de nuevo la campanilla.

—Lo pongo a votación, camaradas. Dacha Tchumalova es la primera inscrita. Aunque es mujer, yo no me opongo a que presida. ¿Quién es?

Mas apenas había nombrado a Dacha, las mujeres comenzaron a gritar:

—¡Dacha!... ¡Por qué separáis a las mujeres, bribones?

Glieb levantó el primero la mano. Las mujeres le imitaron y Sergio también. Los obreros levantaron la mano, uno después de otro, como a su pesar, tosiendo y renegando, y su mano no les parecía la suya.

Savtchuk gruñó en su rincón sin levantar la mano:

—Las mujeres a la calle, a su casa las comadres!... ¡Uf!... No puedo oírlas.

Glieb tocó la campanilla e interrumpió otra vez el alboroto.

—Pongo el nombre de Gromada a votación... Hay pocos votos. Lochek a votación. También son pocos votos. Ocupa tu sitio, camarada Tchumalova.

Las mujeres aplaudieron, moviendo las manos como las gallinas baten las alas.

—¡Bien por los compañeros!... ¡Aún los hay!...

—Enséñales, Dacha, a esos idiotas barbudos y afeitados.

Dacha se colocó firmemente al lado de la mesa, junto a Glieb.

—Exijo silencio, camaradas, y espíritu proletario. Dame el orden del día, camarada Tchumalov. Tiene la palabra el compañero Iváguin como informador. Tienes quince minutos, camarada, para tu discurso.

Sergio, asombrado, no pudo por menos de reír con un gesto de descorazonamiento.

—Eres muy severa, camarada Tchumalova.

—No te quejes, camarada Iváguin. Si tienes algo que decir, dilo; si no, pasemos a otros asuntos.

—¡Vaya un tupé!... Ya lo decía yo: no hace falta ninguna mujer.

—¡Echadlas, a las mujeres! ¡Las comadres, a casa!... Yo las cogeré por las ropas y las tiraré por la ventana!... ¡Fuera!...

—Cállate, camarada Savtchuk. Te echaré por provocar la anarquía. ¡Todos vosotros sois comunistas, camaradas!

—Dacha tiene razón. Poco tiempo es suficiente. ¿Qué se puede decir en un informe a los obreros? Sergio tiene demasiadas palabras en la cabeza. Ella sabe mejor que él lo que será necesario en cada caso. Y las frías frases aprendidas en los libros son extrañas, intangibles, lejanas, abstractas, como Sergio mismo es extraño e ininteligible a su auditorio, en su alma y en sus palabras.

—¡Camaradas! Un terrible desastre económico... Las grandes pruebas de la clase obrera... Una formidable crisis... La liquidación de los frentes de guerra... Todas nuestras fuerzas en el frente económico... El X Congreso del partido indica una nueva orientación en la política económica... El proletariado es la única fuerza... El renacimiento de la industria de la República... Las concesiones y el mercado mundial (—¡uf!, esos imbéciles intelectuales...) Velar sobre el país proletario... Dupliquemos nuestros esfuerzos y marchemos en filas inexpugnables... Hemos roto el bloqueo... La clase obrera y el partido comunista... (—Acaba, camarada Ivaguín). El avituallamiento de combustibles... Aprovechar la fuerza mecánica de la fábrica... Pero, sobre este punto, el camarada Tchumalov os informará mejor que yo...

—Camaradas: oído el informe pasamos al orden del día. ¡Está tranquilo, camarada Gromada!...

—Es a propósito del camarada informador. Su señor padre es todavía un elemento social extraño al trabajo... El camarada Lukhava habla más claro. En fin, es un camarada muy simpático. Pero habla mucho para no decir nada. Ha atiborrado de tal manera el cráneo de los obreros, que no pueden más... ¿En qué piensa el P. C. R.?

—Camarada Gromada: no guardas el orden. Tiene la palabra el camarada Tchumalov.

La concurrencia se replegó sobre sí misma en silencio. ¿Qué iba a decir Glieb Tchumalov? La fuerza principal estaba en él. El porvenir dependía de sus palabras.

—No abusemos de las palabras, camaradas. Sin ellas, no hemos hecho más que abusar de los cerdos y de los mecheros. Es suficiente. Estamos pagados. La fábrica no es una fábrica, sino un parque de ganado. Somos imbéciles. ¿Es esta la situación, camaradas? El hombre, ya lo veis, puede hacer dos cosas: tirar al diablo de la cola o meterle el puño en la boca. Eso depende de cada uno. ¿Hasta qué punto se es imbécil? Nuestras manos no están hechas para los cerdos ni para las cabras. Nuestras manos son para otras cosas. Sabemos que son duras como el hierro; y a tales manos, tal alma, tal cerebro. Como ha dicho el camarada Ivaguín, nueva política económica.... ¿Qué es la nueva política económica? Es meter el puño en la boca del diablo. ¿Cómo? Por un gran esfuerzo constructor. El cemento cimenta bien. Nuestro cemento dará una gran base a la República para construir. El cemento somos nosotros, camaradas; la clase obrera. Es necesario decirlo. Ya hemos hecho bastante el imbécil. Es hora de empezar a trabajar seriamente.

El tumulto de interrupciones no permitía comprender lo que el departamento de la fábrica quería decir. La sangre de los rostros congestionados afluía a los ojos. Gromada saltaba y gesticulaba. Savtchuk salía de su rincón, chillando, furioso, y contento al mismo tiempo.

Glieb, con la mano abierta, pedía atención. Los músculos de sus mejillas temblaban. Dacha hacía sonar la campanilla y gritaba, hasta sentir un especie de embriaguez en sus ojos.

—¡Camaradas comunistas: sois todavía un rebaño!... Guardad la disciplina. No he concedido todavía la palabra, Savtchuk.

—¡Está bien, camaradas! Preguntáis ¿qué falta en la fábrica, compañeros? ¡No hay combustible! Los obreros no tienen combustible. To-

...do se ha gastado. Va a llegar el invierno y nos llevará a todos. Hasta un nuevo Broomsberg en la cima de la montaña... Y traeremos la leña a la ciudad. Cojamos por el cuello al Consejo de la Economía... ¿Que nos den petróleo y bencina esos diablos de cerdos?... Que nos entreguen cuentas. ¿Qué se ha hecho de las reservas? Los bonos nos de... ¡Que se ha hecho de las reservas! Y si juegan sucio, iremos a la Checa y al Tribunal revolucionario. Tenemos derecho a ello. El Broomsberg, esto es lo que necesitamos primero. Domingos de trabajo voluntario organizados por el Consejo de los Sindicatos. A nuestros ingenieros les encargaremos la confección de planos y la dirección de los trabajos: ¡las cabras tres veces malditas, que se las lleve el diablo!

Savchak, que se había abierto paso hasta la mesa, dejó caer pesadamente su puño sobre los papeles desparramados.

—¡Prestad atención, porqueros, hato de canallas!

—¡Orden, Savchak!

—¿Por qué no cierras la boca, buena mujer? ¿Por qué no puedo gritar si no hay aquí más que porqueros y fabricantes de machetes?

—Por última vez, camarada Savchak...

—Que me calle, ¿eh, comadre?... Glieb, camarada, da un buen puñetazo a tu mujer... ¡Si fuera la mía!... ¡Y vosotros, inútiles guardadores de cabras! ¿Dónde están vuestras manos y vuestras bocas? ¿Cenaste con el ingeniero Kleist, que te entregó para que te asesinasen?... No puedo escucharlo... ¡Que traigan aquí al ingeniero Kleist!

—¡Muy bien!... El ingeniero Kleist... Que le detengan y que le envíen a la Checa... Se mantiene encerrado en su agujero como una rata... Se le ve pasar sin ruido, como un ladrón. ¿No tenía necesidad de tu sangre el ingeniero Kleist?...

El ingeniero Kleist. Había tenido en sus manos la vida de Glieb y le había entregado a los verdugos, como se tira un pingajo sucio. El ingeniero Kleist... ¿La vida de Glieb no valía tanto como la del ingeniero Kleist? Pero esto era antes, y he aquí que ambas vidas se encontraban de nuevo.

La mirada de Dacha y el resplandor de los ojos blancos del jorobado Lochak se encontraron. Lochak levantó la mano en silencio.

—Tiene la palabra el camarada Lochak.

Todas las miradas se dirigieron al rincón donde estaba el giboso cerrajero. Sus palabras eran siempre duras y pesadas como piedras, y difíciles de comprender.

—Eso se llama chillar todo lo que se pueda. Yo también quiero decir unas palabras. Hemos hecho el estúpido, nos hemos hinchado y hemos reventado. Poned al hombre en su sitio, y el hombre revolverá las montañas. He aquí a dónde volvemos, idiotas... El ingenio Kleist no es un farsante, y una cucaracha no es un yunque. Esto es lo que quiero decir. El ingeniero Kleist hizo apalear a Tchumalov, es verdad. ¿Y cómo trató a Dacha? ¿Cómo trató a Dacha, arrancada de la muerte por...?

Dacha se echó hacia delante bruscamente, e interrumpió al orador:

—Camarada Lochak, yo no estoy en el orden del día... Callaos...

do se ha gastado. Va a llegar el invierno y nos llevará a todos. Hare-
mos un nuevo Bosemberg en la cima de la montaña... Y traeremos
la leña a la ciudad. Cojamos por el cuello al Consejo de la Economía.
¿Qué son dos perdidos y bandidos esos diablos de cerdos?... Que nos en-
treguen cuentas. ¿Qué se ha hecho de las reservas? Los bonos nos dan
derecho a ello. Y si juegan sucio, iremos a la Checa y al Tribunal
revolucionario. El Bosemberg, esto es lo que necesitamos primero. Do-
mingos de trabajo voluntario organizados por el Consejo de los Sin-
dicatos. A nuestros ingenieros les encargaremos la confección de pla-
nos y la dirección de los trabajos. ¡Las cabras, tres veces malditas, que se
las lleve el diablo!

Savchuk, que se había abierto paso hasta la mesa, dejó caer pe-
sadamente su puño sobre los papeles desparramados.

—¡Prestad atención, porqueros, hato de canallas!

—¡Orden, Savchuk!

—¡Por qué no cierras la boca, buena mujer! ¿Por qué no pue-
do gritar si no hay aquí más que porqueros y fabricantes de mecheros?

—Por última vez, camarada Savchuk...

—¿Que me calle, ¿eh, comadre?... Glieb, camarada, da un buen
pellizco a tu mujer... ¡Si fuera la mía!... ¡Y vosotros, inútiles
guardadores de cabras! ¿Dónde están vuestras manos y vuestras bo-
cas?... ¡Cuentas con el ingeniero Kleist, que te entregó para que te ase-
sinaran!... No puedo escucharlo... ¡Que traigan aquí al ingeniero
Kleist!

—¡Muy bien!... El ingeniero Kleist... Que le detengan y que le
envíen a la Checa... Se mantiene encerrado en su agujero como una
rata... Se le ve pasar sin ruido, como un ladrón. ¿No tenía necesidad
de tu sangre el ingeniero Kleist?

...El ingeniero Kleist. Había tenido en sus manos la vida de Glieb
y le había entregado a los verdugos, como se tira un pingajo sucio. El
ingeniero Kleist... ¿La vida de Glieb no valía tanto como la del inge-
niero Kleist? Pero esto era antes, y he aquí que ambas vidas se encon-
traban de nuevo.

La mirada de Dacha y el resplandor de los ojos blancos del joroba-
do Lochak se encontraron. Lochak levantó la mano en silencio.

—Tiene la palabra el camarada Lochak.

Todas las miradas se dirigieron al rincón donde estaba el gibo-
so cerrajero. Sus palabras eran siempre duras y pesadas como piedras, y di-
fíciles de comprender.

—Eso se llama chillar todo lo que se pueda. Yo también quiero
decir unas palabras. Hemos hecho el estúpido, nos hemos hinchado y
hemos reventado. Poned al hombre en su sitio, y el hombre revolverá
las montañas. He aquí a dónde volvemos, idiotas... El ingeniero Kleist
no es un farsante, y una cucaracha no es un yunque. Esto es lo que
quiero decir. El ingeniero Kleist hizo apalear a Tchumalov, es ver-
dad. ¿Y cómo trató a Dacha? ¿Cómo trató a Dacha, arrancada de la
muerte por...?

Dacha se echó hacia delante bruscamente, e interrumpió al orador:

—Camarada Lochak, yo no estoy en el orden del día... Callar...

hablo de lo que se discute. ¡Y si no tienes nada más que decir, siéntate!

Lochak la miró por encima de su joroba, con sus ojos blancos, bajo un gesto de desaliento y se marchó, se fué recogido en sí mismo, como un bloque de antracita.

Nuevamente Dacha... Nuevamente el misterio...

Glieb se contuvo con un esfuerzo violento. Pensaba, en lucha consigo mismo.

—Camaradas—dijo—, si eso es cierto, dejadme saldar mi cuenta con el ingeniero, de hombre a hombre. Y dejemos este asunto...

Los obreros, cansados, enjugaban con las mangas de sus camisas el sudor de su frente.

Dacha alzó a su vista un pequeño papel. Después, dirigió una mirada circular a los concurrentes.

—Camaradas: el asunto del Comité del Partido debe ser estudiado seriamente. Nos piden que enviemos por orden determinado número de miembros del departamento a los distritos agrícolas.

Fué como si hubiera estallado una bomba.

—No, no, ¡nada de envíos ordenados!... Basta de órdenes como esa... Para proporcionar carne a los bandidos. Eso no son envíos ordenados, son envíos al matadero... No somos ganado, no marcharemos.

—¡Pero, camaradas, somos un departamento del partido y no una banda de aprovechados! Yo no soy más que una mujer, y, os lo afirmo, nunca, en ningún momento he temido por mi vida, bien lo sabéis.

—Si lo deseas, vete tú misma... Y puedes llevar contigo a todas tus malditas comadres.

—¡Vaya, aquí tenéis una buena mujer que nos tiene bajo su férula! ¡Que se vayan las mujeres!... ¡Fuera!

Era la voz de Savtchuk. Pero no conseguía dominar el tumulto.

—¡Envía a Gromada!... Está clavado en su Comité de la Fábrica!

—¡Y a Lochak, compañeros!... Los tipos del Comité de la Fábrica.

Glieb pasó de detrás de la mesa al centro de la estancia. Su paso era tranquilo, sereno, y su rostro estaba surcado por arrugas.

—Designadme a mí, camaradas comunistas, y designad a mi mujer. Os ha llamado aprovechados... y tiene razón... He visto algo más que vuestros agujeros de ratones. Durante tres años he visto diariamente la cara a la muerte. Pero esas malditas cabras os han soldado a sus establos.

—Bueno, bueno; al fin y al cabo, no te han matado, Tchumalov. ¿Quién no ha visto la sangre en estos años?

—Eso, eso. ¿Por qué no me han matado? Estoy vivo, por el contrario, como un avaro que cuida de su dinero... He fraternizado con la muerte de igual a igual. Y si habéis visto la sangre, debéis saber que la muerte tiene buenos dientes. Mejores dientes que la trituradora. ¡Ea! ¡Aquí tenéis! ¡Que mire y admire el que quiera!

Se quitó, con gestos violentos que parecía desgarrarlas, su guerrera y su camisa sucia; las arrojó violentamente al suelo, y, a la luz de la lámpara de petróleo, se vieron estremecerse, desde su cintura has-

ta el cuello, sus músculos poderosos, elásticos, bajo la piel, manchada de sombras negras.

—¿Quién quiere tocar? ... Aquí tenéis! ... ¡Aproximaos y tocad!

Se golpeaba con los dedos el pecho, el cuello, los costados, y por dondequiera sus dedos tocaban caras... veíanse empalidecer viejas cicatrices.

—¿Hace falta que me desnude del todo? ¡Decidlo! A mí no me importa. Tengo más abajo iguales condecoraciones. ¿Queréis que otros vayan a trabajar para vosotros, mientras dormís con las cabras en vuestros agujeros? ¡Está bien... yo voy! Designadme a mí para este trabajo.

Nadie se acercó a Glieb. Vió ojos húmedos, gentes que se apretaban unas a otras. Consideraban su cuerpo desnudo, musculoso y lleno de heridas, y, turbados, aturdidos, sudorosos, los hombres se callaban, como clavados en su sitio.

—¡Esto es una abominación y una vergüenza, camaradas! ¡Hasta qué punto, camaradas, hemos degenerado hasta lo más profundo de nosotros mismos?

Gromada resoplaba, gesticulaba, con movimientos convulsivos, y su fuego interior no hallaba palabras para expresarse.

Entonces, uno de los obreros barbudos se levantó de su banco y se dió un fuerte golpe en el pecho. Un temblor sacudía su cabeza; sus ojos salían de las órbitas.

—¡Inscríbeme a mí!... ¡Eso es!... ¡Yo marcho!... No soy un mendigo... Tengo tres cabras, es verdad, y cerdos y lechoncillos... He pasado hambre yo también, en el campo... No tengo nada más que decir. Bien nos hemos podrido en nuestros agujeros, hijos míos...

Manos fuertes se tendieron en silencio hacia él.

Dacha (miraba a Glieb con los ojos entornados) levantó la mano.

—Nuestro departamento va a ser otro, ¿no es verdad? Tenemos buenos obreros... y buenos comunistas.

Fué la primera en aplaudir; viéronse relucir sus dientes.

Cuando todo se hubo calmado y sumergido en una gran tranquilidad, Dacha provocó la estupefacción de las mujeres con una proposición imprevista.

—Camaradas: las casas de los ingenieros que huyeron, están todavía abandonadas. Propongo instalar en ellas comedores. Este maldito estómago, que el diablo se lleve... la libre mujer proletaria...

—¡Hola!... Parece que las mujeres cacarean como gallinas y chillan como gallos... No hay modo de entenderlas...

—¿No hay ninguna objeción?... Aprobado... La "Internacional".

2.—AUGUSTO BEBEL Y MOTIA SAVTCHUK

Del club a la casa había, todo lo más, diez minutos de camino. Glieb y Dacha se rozaban los hombros y las manos. Las lejanías de un violeta oscuro por detrás de la fábrica —el mar y la pequeña ciudad— se oscurecían, inquietantes y desiertas, surcadas por relámpagos fantásticos y por grandes sombras, como de nubes.

Una línea luminosa unía, de repente, al faro con la fábrica; luego

se cerraba, se rompía, y veíase a las estrellas lucir muy lejos, en el mar. Por encima de las cumbres lejanas, el cielo tenía destellos de plumas de pavo real.

Glieb y Dacha caminaban silenciosos, aunque tenían mucho que hablar.

Veían apagarse y encenderse llamas misteriosas en las montañas de detrás de la ciudad, en las cumbres, por encima del mar. Se encendían, se extinguían, volvían a lucir.

Dacha tocó la mano de Glieb.

—¿Ves esos fuegos? Son las señales de los "blancos y verdes." Aun nos darán que hacer. Nos harán daño. Todavía nos harán perder mucha sangre.

Sólo estas palabras. Ella había hablado, y en sus palabras había otra alma, no la que otras veces había buscado el refugio y el cariño de su fuerza masculina. Había hablado pero sus palabras no eran las que deseaba Glieb... ¿Qué vida había hecho Dacha sin él? ¿Qué fuerza la había forjado un alma distinta? Esa fuerza, ¿había destrozado a la antigua Dacha, o la había engrandecido? Entre ella y él, esa fuerza permanecía impenetrable, inexpugnable.

Dacha marchaba con paso firme y seguro. No se distinguía el sendero, pero él veía claro en la noche, como un gato.

—Dime, Dacha, ¿qué has tenido tú que ver con el ingeniero Kleist?

Dacha continuó en silencio un instante. Sus ojos buscaron en la noche el rostro de Glieb.

—¿No lo sabes? ¿Me has dicho algo de tu vida? No importa que la conozcan. Yo sigo siendo tu marido.

Glieb no vió la sonrisa burlona que iluminó el rostro de Dacha.

—Pues bien... Fuí detenida por los blancos, y Motia obtuvo del ingeniero Kleist... que respondiese de mí... Fuí detenida por el asunto de los verdes...

—¡El asunto de los verdes!... Pero podías haber dejado allí la piel, como... Y has conseguido salir indemne de las manos de esos bandidos... Cuéntame.

—Es una larga historia. Te la contaré entera otro día... Ahora tenemos otra cosa que hacer, Glieb. No puedo ahora, de buenas a primeras...

Se separó bruscamente de él y apretó el paso. Glieb adivinó una inquietud en sus movimientos bruscos. Recordó que había hecho lo mismo cuando fueron a la Casa de los Niños.

—Pequeña Dacha, algo te atormenta, lo veo claro... ¿No te han trastornado la cabeza?... No es difícil trastornárosla a todas vosotras...

—Glieb, sé que no eres cobarde... No piensas lo que dices... Ten cuidado con la lengua otra vez...

En el hogar sin intimidad, invadido por el polvo, ella se sentó a la mesa, y de un periódico sacó varios libros. Eligió uno, aproximó la lámpara y se puso a leer con la cabeza apoyada en las manos.

—¿Qué lees, ahora?

Contestó entre dientes, sin levantar la vista:

—Augusto Bebel: "La Mujer y el Socialismo".

—Muy bien. ¿Y esos otros libros?

—Cógelos si quieres. Los comunistas tenemos necesidad de aprender mucho.

Dacha leía con atención: murmuraba, tragaba saliva, se detenía en las frases difíciles, se afanaba por grabarlas en su cerebro. De cuando en cuando, quedaba pensativa, se rascaba las cejas, después volvía a leer.

Los mosquitos entraban por la ventana abierta, jugueteaban, trazaban redes vivientes alrededor de la lámpara, se quemaban en el cristal y caían sobre la mesa como simiente. Las estrellas entraban por la ventana abierta, como los mosquitos. Pitidos inquietantes de los pájaros nocturnos en el monte. Una débil luz brumosa venía también, como una llamada, de la ventana de los Savtchuk.

Glieb se levantó y salió, con la cabeza descubierta.

Los Savtchuk se acostaban ya. Sobre la mesa había restos de comida. No faltaba más que recogerlos, lavar la vajilla, y el día habría terminado. Motia, en camiseta, se afanaba delante de la mesa. Savtchuk, descalzo, con los brazos colgantes, llevaba, como siempre, con esfuerzo su pesada cabeza encima. Había abierto a Glieb y se hallaba ahora cerca del lecho.

—¿Qué diablo te trae, viejo cerdo, a esta hora? Por el día chillas como un perro, y por la noche saltas como una pulga...

Era la voz irritada y al mismo tiempo cariñosa de Savtchuk.

Motia, avergonzada, subía sobre su pecho la camisa y la camiseta. Tenía el busto ancho, bien formado.

—Eres de los nuestros, Glieb... No gasto cumplidos contigo... No eres tú quien inventará historias...

—No te molestes, Motia. Sin eso, sé que eres una hembra. No te quitaré a Savtchuk. Es fuerte: un cañonazo no bastaría para él.

—¿Savtchuk? Es un buen diablo... Le tengo bajo mis talones, ya lo ves.

—No digas majaderías. ¿Te has olvidado de la paliza de ayer?

Motia saltó como una gata, con los ojos brillantes.

—No digas tonterías tú tampoco, estopa hilada. ¿Recuerdas a quién he dado con mi puño en la boca?

Glieb reía. Eran divertidos estos Savtchuk.

—¡Y bien, Savtchuk, camarada! Desde hoy te está severamente prohibido levantar tus puños sobre Motia. Prepáralos para otros trabajos.

Motia lanzó un grito de alegría y corrió hacia Glieb, sin avergonzarse de mostrar sus senos desnudos.

—Sí, sí, Glieb... Es trabajo lo que hace falta, ¡y de qué modo! ¡Ah! Si hubiera trabajo, Glieb, amigo mío... ¿No viviríamos con el alma sana?... Si hubiera trabajo, vivirían los polluelos; terminado el trabajo, muertos los pollos.

Se volvió, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Escucha, Glieb, viejo canalla! Si estas manos sólo encuentran el vacío, ¡buena está tu cuenta!... Iré mañana a la tonelería a ver qué me cantan mis muchachos. Tu mujer es una valiente... metido en un puño al departamento.

Los ojos de Motia brillaban nuevamente. Miró a Glieb hasta el fondo del alma (sólo las mujeres saben mirar así).

—Dacha... yo no sé lo que tiene... Pero ¿cómo ha podido abandonar a Niurka, como si fuera un perro, a manos extrañas? Una mujer sin hijos y sin hogar, es una salvaje. Ella me llamaba a su lado, pero yo no soy tan tonta. Reventaría antes que salir de mi casa.

Savtchuk se dió un puñetazo en la rodilla.

—¡Ah! Pero es valiente tu mujer... ¡Cómo ha sabido contener a la gente!...

Glieb esperaba precisamente estas palabras. ¿Le comprendía Motia? Sabía el rumbo tomado por su vida en estos días vividos con Dacha (sólo las mujeres saben penetrar en el alma de la otra). Una alusión apenas inteligible brillaba a ratos en los ojos de Motia. Glieb fingió no haber entendido las últimas palabras, y contestó a Savtchuk:

—Es verdad. Dacha se ha hecho, separada de mí, una mujer fuerte. Pero cómo ha llegado a serlo, no lo sé. Es muy orgullosa, y no se envanece de haber vencido.

Las pupilas de Motia relampaguearon maliciosamente. Su rostro se puso serio.

—No pierdas el tiempo, Glieb. No enseñes tus tretas. Has abandonado a Dacha al sufrimiento y a la muerte, y no puedes volver a tomarla con las manos limpias. No vale la pena de que te hagas el tonto—y tú no lo sabes hacer, ¿eh?—; yo no me chupo el dedo. Si ella es así, lo es gracias a tí. La has puesto a prueba, pues eres así, todos sois así, y ahora llevas la peor parte, ¿eh? Yo no te diré nada si ella no te lo dice. No se puede llegar al fondo de un alma: no se tienen las manos suficientemente largas.

Glieb, confuso, no supo disimular su derrota más que riendo.

—¡Tienes buen olfato, Motia, es verdad!... Lo que es verdad, es verdad. No he encontrado a la Dacha que antes conocía, y no sé lo que le ha ocurrido en el transcurso de estos años. Hay algo en ella, bien lo sé. ¿Ha faltado como mujer? Pero que lo diga: yo no soy tan terrible...

Motia le miró desde lo más profundo de sus ojos, y Glieb sintió nuevamente que había penetrado en su pensamiento.

—¡Oh, Glieb!... ¿Cómo no te avergüenza someterme a esta prueba?... Vuelve a tu casa, Glieb, y acuéstate. Hablas en vano... Pero ¿por qué Dacha—yo quiero a Dacha tú no sabes cómo—ha metido a Niurka en el asilo? Niurka estaba en mi casa... Bueno, estaba en mi casa... ¿Cómo podrá vivir una mujer sin hijos ni marido?... Pero vosotros— ¡qué bestias sois a veces!— no os dais cuenta.

Y en el estrecho pasillo cuando acompañó a Glieb, estrechó su mano en la sombra con una alegre risa de niña.

—¡Oh, Glieb!... Estás tan cerca de nosotros... No sabes cuánta es mi alegría... No lo sabes. Sería una buena madre, ya lo sabes Glieb, una buena madre.

En el umbral, una gran piedad invadió a Glieb.

—¡Triste suerte la nuestra, Glieb!... No podrás vivir con Dacha... Y te está bien empleado; no se debe abandonar a las mujeres...

Glieb encontró a Dacha lo mismo que la había dejado, leyendo, con la cabeza apoyada en las manos, con su rostro severo, inquieto, de

cabezadas y el murmullo atento de sus labios. Pero cuando él em[...] le dirigió una mirada interrogadora.

—¡Hola! ¿Qué te han dicho en casa de los camaradas Savichuk?

Glieb se acercó a ella hasta tocarla, y el dolor se retrató en [...] rostro. La abrazó, pero no habló como tenía por costumbre. El hom[...] bre que había atravesado por entre los huracanes de la guerra, no e[...] ahora más que un hombre abrumado por el amor y el pensamiento.

—Dacha, querida mía... Sé cariñosa como antes... Esto es m[...] duro para mí, Dacha... Eres para mí como una extraña... Siempre p[...] rece que ocultas un cuchillo...

Dacha no contestó, pero Glieb la sintió rendida, desfallecida en [...] fondo de sí misma. Sintió que su cabeza y su espalda se unían a él [...] que volvía a ser la mujer dulce y querida de otras veces. Co[...] respirar el viejo olor de la mujer. Y ella se apretaba contra él, lucha[...] consigo misma, sin dominarse.

—Si ha pasado alguna cosa, no es eso lo principal... Le pu[...] ocurrir a todas en los malos momentos...

Se separó de él suspirando profundamente. Le miró fijamente [...] los ojos, como Motia, y dijo muy bajo, adolorida, con la voz rota:

—Sí, Glieb; ha ocurrido, Glieb... Y más de una vez...

Fué como si una enorme mano hubiera separado bruscamente [...] Glieb de Dacha. Como si una bomba hubiera reventado en su pecho. U[...] fuerza brutal se convirtió en furor en su rostro y en sus manos.

—¿Es verdad?... ¿Es verdad?... ¿Has gozado con otros machos [...] mo una yegua?... ¡Ah! ¡Perra asquerosa!

Levantó los puños, ciego de furor, y, con los ojos desorbitados, [...] sintiendo más que su enorme corazón en el pecho, se lanzó sobre Da[...] como un bruto, a pasos vacilantes. Pero ella se había levantado br[...] camente, y, firme sobre sus piernas, parecía más firme y más alta. [...] no fué con su voz de mujer, sino con un grito salido de todo su pe[...] como contuvo repentinamente la cólera animal de Glieb.

—¡Detente, Glieb!... ¡Estate quieto!... ¡Hay tiempo aun!...

Calló. Sus cejas y sus ojos se ensombrecieron, negros... Y cua[...] él, contenido por su grito, se detuvo, con los labios temblorosos, ella d[...] tranquilamente, con voz baja, seca, ligeramente enronquecida:

—Te he sometido a prueba... No sabes ser hombre... Aun no pu[...] entenderme como es necesario... Ya lo sabes: he hablado así sólo p[...] probarte. Has ido a espiarme a casa de Motia, lo sé... Sé lo que b[...] en ti... Eres comunista... pero también eres un bruto que nece[...] una mujer sometida a ti como hembra... Eres un buen soldado; pe[...] en la vida, un mal comunista...

Y comenzó a preparar su cama.

V

EL EMIGRADO

I—LA HABITACION OCULTA

La ventana, con los batientes de encina, no se abría nunca. El polvo de las canteras, infiltrándose por las rendijas, se extendía, afelpado, entre los marcos. Por la mañana, cuando las montañas se adornaban con un color malva que ascendía de las profundidades, y los rayos del sol atravesaban oblicuamente los cristales, éstos centelleaban alegremente. El ingeniero Kleist pasaba largo tiempo ante su ventana, considerando, en estos mundos nevados, la refracción de las épocas geológicas pasadas. Un silencio opaco, tangible, le rodeaba.

Y aunque esta habitación esté perdida en el fondo de un pasillo oculto donde el día se calla, adormecido como la noche; donde la noche se llena de un vacío negro y de una sombra hirsuta, este gabinete de trabajo del ingeniero Kleist guarda algo de luminosamente inaccesible, alguna cosa lejana, como la cantera que hay allá abajo, en la montaña invadida por las plantas silvestres.

La fábrica está destruida: los huecos azulados de las puertas arrancadas parecen asombrados; la interrogación insondable de las ventanas rotas mira los ímpetus volcánicos de las montañas; las rocas se desploman sobre las terrazas de las canteras, en que los Broemsberg están demolidos y enmohecidos. La vida se ha detenido y se disgrega en sus elementos primitivos, que son la calma y el caos. ¿Por qué no ser el técnico de la fábrica muerta, si esto no obliga a nada y procura, en el tiempo, el equilibrio interior?

Lo esencial es no abrir los batientes de encina de la ventana y penetrar el profundo sentido del gran trabajo emprendido por las arañas entre los cristales. En los confines indefinidos del presente y del pasado, el ingeniero Kleist percibía la profunda belleza, la alta significación de las arquitecturas complicadas, aéreas, tendidas entre los vidrios por las arañas.

Pasaba largo tiempo ante la ventana, encorvado, largo de piernas, el flequillo plateado caído sobre la frente, considerando los hilos de diamante de las telas de las arañas, la infinidad de sus planos horadados, inclinados y cruzados en diversos sentidos, los radios múltiples de las

cuadros, las ligazones, las reparaciones, que revelaban un prodigi[illegible] poder de atención.

Nadie entraba en su gabinete de trabajo. Nadie tenía necesid[illegible] del técnico, puesto que la fábrica estaba desierta como un cementer[illegible] porque el cemento se había petrificado desde hacía tiempo en los alm[illegible] cenes húmedos en bloques duros como de fundición; porque los Brem[illegible] berg estaban destrozados, los cables rotos, las vagonetas caídas al final [illegible] las pendientes, corroídas por las fiebres entre la maleza y los guijarr[illegible] Nadie tenía necesidad del técnico porque los obreros calificados estab[illegible] desorganizados, a lo largo de la calzada, por los senderos, a travé[illegible] las construcciones y los patios desiertos, robando las duelas de mad[illegible] para calentarse, robando las piezas de cobre de las maquinarias para ha[illegible] cuchillos, robando las correas de transmisión.

Se oye venir de abajo, de los sótanos, de las piezas bajas desha[illegible] tadas, el rumor y las pisadas sordas del Comité de la Fábrica, y al ing[illegible] niero Klaus le parece que hay abajo una taberna, un antro de amo[illegible] nadores y de bandidos. Desde su ventana, a través de los cristales qu[illegible] polvo ha hecho casi opacos, ve a los obreros bajar o subir los escalo[illegible] de argamasa. Ve sus rostros tristes, que el hambre y el sufrimien[illegible] recubren de una demacración gris, y que una obstinación implaca[illegible] llena de arrugas. Persiguen esos hombres su juego espantoso e inin[illegible] ligible, sin cuidarse de él. Todo se reduce, a su juicio, por la fue[illegible] de su precisa sabiduría y por su habilidad, a enunciar un simple prob[illegible] ma matemático. Su desprecio burlón y su rencor inquieto contemp[illegible] de lejos a los obreros. Todos esos hombres, consumidos por el ham[illegible] y la ociosidad; todos esos hombres, han traído, con su rebelión, la an[illegible] lación, esta gran tragedia, este hundimiento. Han roto su porvenir, h[illegible] incendiado al mundo como un puñado de estopa, y han olvidado en [illegible] habitación partículas del pasado.

La pequeña plataforma de argamasa y la escalera arden al sol b[illegible] la ventana. Se las creería calentadas al rojo blanco y a punto de c[illegible] vertirse en llamas. Se creería oír correr el agua sobre su superficie [illegible] candescente, silbar y convertirse en burbujas y vapores ardientes. [illegible] sólo son los pasos de los obreros sobre los guijarros y el cemento [illegible] bajado de la plataforma. Los obreros pasan de una puerta a otra, [illegible] Comité de la Fábrica al Comité de la Fábrica: parecen un hormigue[illegible]

¿Por qué es necesario ahora un Comité de la Fábrica, si no e[illegible] antes, cuando el trabajo de la fábrica conmovía el universo? ¿Qué ne[illegible] cios pueden tener los obreros condenados a la ociosidad entre las ru[illegible] de una labor, antes grandiosa y potentemente organizada? ¿Por qué [illegible] nen tanta prisa e inquietud, si el día de mañana será parecido al de h[illegible] si no habrá más que una consecución de días tan insensatos, tan pa[illegible] dos como los reflejos infinitos de dos espejos?

El ordenanza de la oficina, Jacobo, viene todos los días a la m[illegible] ma hora con una pequeña bandeja de latón. Entra en silencio, [illegible] y grave, encorvado. Las guías de sus largos bigotes y el cepillo [illegible] de su cráneo tienen una transparencia de vidrio. Deja sobre la mes[illegible] vaso de té, minúsculas tabletas de sacarina envueltas en papel y d[illegible] pasos atrás. Se agacha y recoge del suelo, con breves gestos, e[illegible] que pone toda su atención, migajas, que deposita bajo la mesa [illegible]

[illegible] Las paredes tienen una blancura agradable; y, en sus marcos de encina, los dibujos resaltan con la misma nitidez que antes.

—¿Es ya la una, Jacobo?

—La una en punto, Herman Hermanovitch.

—Bien. Puedes retirarte. No dejes entrar a nadie.

—Está bien.

—Tienes que limpiar el polvo de las ventanas, Jacobo, pero sin abrirlas.

—Está bien.

El ingeniero Kleist, de pie ante la ventana, vuelve la espalda a Jacobo. Su tupé plateado, levantado como una cresta, le da un aspecto colérico; los músculos verticales de su cuello tienen movimientos elásticos; el viejo chaqué flota a su alrededor en pliegues rectos y parece terminar en una cola.

En alguna parte, muy lejos, al fondo de los pasillos, voces perdidas se elevan en las habitaciones vacías y se oye el pequeño rechinamiento de los contadores. Había allí otras gentes, enviadas por el Comité de la Economía. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían? El ingeniero Kleist no lo sabía, ni quería saberlo. Permanecía en su gabinete de trabajo, guardado por el viejo Jacobo, donde no dormía más que el pasado superpuesto al presente, pero sin tocarlo.

El presente rodaba por los caminos con los automóviles, los carros y las gentes; se agrupaba en equipos de obreros debilitados, llenos de clamores y de injurias (la Dirección exigía antes un lenguaje correcto).

El ingeniero miraba la masa redondeada de la montaña, cortada por las piedras, cubierta de maleza y de enebros. En la cima, el castillo, construído en piedra bruta, energía, bloque macizo lleno de sol, coronado de torres y de arcos, como una sobria iglesia puritana elegante, severa y dominadora.

—¿Qué tienen ahí abajo ahora, Jacobo? ¿Qué dicen?

—El club obrero y el departamento comunista, Herman Hermanovitch.

—Han traído una lengua nueva, ininteligible. Su lengua tiene algo de mortal, como la revolución... Te ruego que no dejes entrar a nadie y que no abras las ventanas de ningún modo. Puedes marcharte.

El ingeniero miró la habitación del director ("¡departamento comunista!") y contempló la potencia esbelta de esta arquitectura. Este edificio lo ha construído él.

Se ve a la izquierda, cerca de la cima del monte, entre las manchas de verdura y de piedra, sobrepasando en altura a las chimeneas de hierro y de ladrillo de la fábrica (vistas desde la ventana parecían más altas que la montaña misma), el camino de los cables; y bajo las chimeneas, bajo el camino de los cables, las arcadas y las cúpulas de las construcciones de la fábrica. El ingeniero Kleist las ha construído. No podía emigrar sin destruír antes su obra. Las obras de sus manos se alzaban en su camino, más inaccesibles que las montañas, más inexorables que el tiempo; estaba cautivo.

Esta habitación de piso encerado conservaba aún su antigua sencillez de laboratorio. Planos en la pared, planos sobre la maciza mesa de roble, la noble severidad del mobiliario gótico labrado... El curso del tiempo se había detenido aquí: el pasado se concentraba hasta ser tangible.

I.—LOS ENEMIGOS

¿Se había deslizado un error en las construcciones lógicas del ingeniero Kleist, o la vida había dejado, a partir de un instante determinado, de obedecer las leyes de la razón humana? Fuera lo que fuese, el universo de círculo que era el universo del ingeniero Kleist acababa de romperse: acababa de saltar como un enrejado corroído por el orín.

Una hora antes, cuando la llegada cotidiana de Jacobo afirmaba la marcha invariable del tiempo, la noción de la vida del ingeniero Kleist se expresaba aún por un esquema gráfico de una severa nitidez: círculo y tangente. En esos minutos de calma feliz, protegido por diversos muros, el ingeniero se sentaba a su mesa de trabajo, ante los antiguos proyectos de construcciones de la fábrica, y, respetuoso con la severidad tradicional de su gabinete, trazaba con gesto inconsciente sobre su block ingle... de notas una figura, que siempre era la misma: círculo y tangente, axioma verdadero en todas las combinaciones.

Ahora, todo acaba de deshacerse. Repentinamente, el axioma se había revelado absurdo. La tangente, convertida en piedra, había roto el círculo. Y porque estas cosas se habían producido sencillamente, sin ruido, reinaba ahora un terror mortal en el alma del ingeniero Kleist.

Había ido al W. C., en el que había permanecido algo más que de costumbre; una alimentación de calidad defectuosa atormentaba a menudo sus intestinos. Y, al volver por el pasillo, había visto abierta la puerta de su cuarto. Ni él ni Jacobo toleraban nunca que estuviese a...

Pocos instantes después de la salida de Jacobo había visto a los obreros, sobre la plataforma, mirar hacia las canteras; sus miradas pasaban sobre su ventana. Había experimentado entonces, en su fuero interno, la ligera conmoción de una débil descarga eléctrica. Había sido una inquietud, pero fugaz, pronto olvidada. Y ahora la puerta estaba completamente abierta. Fué de nuevo como una descarga eléctrica. Sintió en la garganta una quemazón. La inquietud ascendió como una náusea.

El ingeniero Kleist entró, a pesar de todo, en la habitación, con su paso tan grave y tranquilo como de costumbre. Se detuvo en el umbral, sin comprender de momento lo que había sucedido. Una revolución acababa de producirse súbitamente en su universo. La ventana está abierta, el polvo humeaba sobre el antepecho y la mesa. Se percibían claramente, en el rectángulo aéreo de la ventana, las montañas formidables, manchadas de verdura y sembradas de piedras. Al fondo de todo, en la terraza superior de las canteras, se destacaban los ángulos menudos y las finas cornisas de una casa con dos ventanas. Volutas de humo de tabaco y de jirones de telas de araña se mezclaban, transparentes, en un vuelo único.

Un hombre afeitado, cubierto con una guerrera de uniforme y pantalones azules, fumaba su pipa tranquilamente sentado ante la ventana. Tenía mandíbulas enérgicas y mejillas musculosas y hundidas.

—¡Hola, camarada técnico! Has hecho un establo de tu aposento...

El hombre revolvió con su gorro de paño las telas de araña y ... a éstas, estupefactas.

—Te has hecho una buena barricada, camarada técnico. Verdaderamente, estás muy aislado en el fondo de no se sabe qué callejón. Pero esto es lo último de todo.

El ingeniero Kleist dió algunos pasos vacilantes hacia su mesa. Había habido, hace ya tiempo, un momento en que este hombre, golpeado, torturado, llevado a la muerte, volvía hacia él la mueca sangrienta de su rostro. Y este hombre estaba aquí ahora, súbitamente, con una tranquilidad tan extraña y tan tremenda.

—Sí, no abro nunca la puerta.

—Sí, no abro nunca la puerta.

—Haces bien, camarada técnico; las corrientes de aire son pérfidas en esta casa... Esos bolcheviques, ¡que los lleve el diablo!, han revuelto la tierra hasta las entrañas. ¡Malditos bolcheviques!...

—Pero, ¿por qué Jacobo no me ha avisado tu visita?

—A Jacobo le hemos enviado a cortar madera a la tonelería. Los criados no figuran en nuestras costumbres. Te debes acordar de mí, camarada técnico.

—Sí, me acuerdo... Pero ¿de qué se trata?

—Hélo aquí. Es como tú lo dices: somos la dictadura del proletariado y libramos combates, inermes, con la ruina económica. Los obreros, la fábrica, los transportes están sin combustible; los Broemsberg están destrozados; la fábrica es un terreno inculto, y los técnicos se han metido en sus agujeros, como ratas. ¿Por qué estas telas de araña? ¿Por qué estas telas de araña a tu alrededor y en la fábrica? Así es como hay que plantear el problema, camarada técnico.

—Supongamos que ese problema lo he planteado yo y mucho. ¿Qué esperaría de mí?

—Esto... Me he dado de narices con tu barricada, en el fondo del callejón. Echemos por tierra todo esto, me he dicho... Toda esta endiablada costumbre, camarada técnico.

—Nunca sostengo conversaciones estériles. No comprendo lo que me dices, y no quiero comprenderlo. Ten la bondad de dejarme en paz.

Glieb dió un paso hacia la mesa con una descarada sonrisa burlona en los labios. Se quitó la pipa de la boca y miró fijamente al ingeniero Kleist. ¿Tenía el reflejo de las telas de araña en sus ojos? ¿O danzaban alrededor de Glieb fantasmas diabólicos? El rostro del ingeniero Kleist empalideció repentinamente.

—Camarada técnico, ¿te acuerdas, sin duda, de aquella buena tarde en que me distinguiste y me hiciste un buen servicio, magnífico servicio? Fuí obsequiado con una buena paliza... Pero las lecciones, cuando se obtiene algo de ellas, son útiles... Pues bien, ahora he venido a hablar contigo como en los buenos tiempos viejos... Me gusta volver a encontrar a los viejos amigos, camarada técnico...

Glieb se puso la pipa en el ángulo de la boca, se sacudió para desentumecer los miembros y comenzó a reír.

—Ahora, camarada técnico, déjame plantearte un problema. Un pequeño problema muy interesante. Un día de primavera había cuatro imbéciles. Los blancos los cogieron y los metieron en esta habitación. Tenían las gargantas como zapatos agujereados. ¿Por qué trajeron aquí a aquellos cuatro hombres, y cómo estos cuatro imbéciles se transfor-

manos, de muertos, en uno vivo! Este es el problema. Es verdadero, pérfido, ¿no?

Glieb continuaba riendo, divertido.

—Es por agradarte, camarada técnico, por lo que te digo todo esto; hace mucho tiempo que no se te ve.

Volvió a la ventana, se inclinó hacia fuera y gritó con potente voz:

—¡Eh, compañeros!... Tened paciencia, ya termino; acabo de plantear un problema al camarada técnico... Un bonito problema ciertamente. ¡Y de astucia!

Su fuerte voz, salía de lo más profundo de su ser, haciendo estremecer todo su cuerpo. Las voces de los obreros se confundían, más cercanas al parecer, indistintas, confusas en su vocerío. El agua continuaba silbando sobre las superficies incandescentes, convirtiéndose en burbujas y vapor. Glieb volvió a la mesa, y, burlón, miró de nuevo fijamente al ingeniero Kleist, como si aguardara una contestación. Pero no la esperó más que un instante, y, sin volverse, con paso militar salió de la habitación.

El ingeniero Kleist permaneció largo tiempo sentado, aturdido por aquel encuentro. La ventana permanecía abierta sobre los cráteres apagados de las montañas. La puerta se abría sobre las tinieblas del pasillo. El ingeniero sentía una repugnancia dolorosa acompañada de conmociones internas. Llegó Jacobo, con su aspecto grave, y se detuvo respetuosamente en el centro de la habitación. Estaba completamente desencajado; su rostro espantado parecía un papel arrugado. El ingeniero Kleist volvió hacia él sus ojos febriles y preguntó con voz muy baja, severamente:

—¿Eres tú, Jacobo? ¿Me dirás cómo ha ocurrido esto, Jacobo?

—No es mía la culpa, Herman Hermanovitch... No hay defensa, no hay cerrojos para ellos... En ninguna parte... La fuerza, Herman Hermanovitch, es su ley...

La presencia de Jacobo le hacía bien. Su abnegación serena tenía algo de confortante.

—¿Es ése, sin duda, del departamento de la fábrica?

—Es Tchumalov, el cerrajero... que ha regresado del frente. Es el cabecilla ahora. Hace andar a todo el mundo, Herman Hermanovitch... dirige todo. No se puede oponerles resistencia. Le tiran a uno de un puñetazo en la espalda, Herman Hermanovitch.

—¿Y tú tampoco, Jacobo, has podido resistirles?

—No he podido, Herman Hermanovitch... Es muy lamentable que hayan turbado vuestro régimen...

El ingeniero Kleist hizo una pausa, fingiendo no haber oído las últimas palabras de Jacobo. Tranquilamente, con una negligencia preocupada, encendió un pitillo.

—Debes de acordarte, Jacobo. Eran cuatro... Fué doloroso y cruel... Te acuerdas; fueron fusilados la misma noche... Sé perfectamente que están muertos.

—Los golpearon, Herman Hermanovitch, los golpearon hasta matarlos.

—Sí, Jacobo; fué una cosa terrible, que no se olvida nunca. Pero debo hacer notar una cosa: obré entonces con plena conciencia, sin sabi...

ninguna influencia. No había en mí ni miedo ni deseo de venganza pues no hay más que una fuerza: que es el tiempo, los acontecimientos que todo lo he hecho también con plena conciencia, lo imposible para mí y a la mujer de este obrero.

Su cabeza saltaba. No podía contener su emoción nerviosa. El cigarrillo d[illegible]aba entre sus dedos anular e índice, sin que consiguiera encenderlo.

—Quédate un momento conmigo, Jacobo... No me siento bien...

—Debería usted marcharse, Herman Hermanovitch; necesita usted tranquilidad.

—¡Adónde ir, Jacobo! ¡Al extranjero! ¡No piensas, mi bravo viejo, que estamos quizá tú y yo viviendo nuestras últimas horas!

—¿Cómo puede usted creer eso, Herman Hermanovitch? Nuestros obreros gritan mucho, es verdad. Pero jamás han sido capaces de asesinar; no son malos. Esté usted tranquilo, Herman Hermanovitch...

Pero un temblor convulsivo agitaba la cabeza de Jacobo.

Apenas había dicho Jacobo su última palabra, cuando el ingeniero Kleist se dejó caer en el respaldo de su butaca, con el rostro completamente lívido.

—¿Tú te acuerdas, Jacobo? Yo envié a este hombre a la muerte, y he aquí que la muerte me llega por carambola. Acompáñame, Jacobo.

Se levantó, y, encorvado, con el terror en sus ojos, pasó el primero. Jacobo, recogió con gestos seniles el sombrero y el bastón del ingeniero y le siguió a pequeños pasos por entre las tinieblas del pasillo.

3.—EL CASTIGO

El ingeniero Kleist había subido la montaña siguiendo un sendero cortado por los salientes agudos de las rocas, lleno de escombros, invadido por la maleza, los enebros y los arbustos silvestres. Las tinieblas nocturnas se acumulaban en los valles y salían —parecía— de las gargantas y los desfiladeros. Se estancaban en el fondo, cerca de la calzada, entre los edificios de la fábrica. Los jardines y los muros les cerraban el paso, y entonces quedaban suspensas, formando una espesa niebla negra, un pesado silencio opaco. Los carpes y los fresnos, aún desprovistos de hojas, transparentes todavía, tenían contornos de bruma violeta. Los álamos se elevaban sobre ellos como enormes antorchas humeantes.

Los edificios hacinados de la fábrica estaban bajo él, en la falda de la montaña. El mar extendía más allá, por encima de los tejados y de las torres, su sábana de cristal mate. Un cielo opalino, estrellado, brillaba muy alto. No se veía ya la ciudad, al otro lado de la bahía; pero gotas de luz, grandes y pequeñas parpadeaban en las grandes sombras de la montaña.

Las cosas eran extrañas y lejanas. Para el ingeniero Kleist no había nada íntimo que estuviera próximo más que las gigantes construcciones de hierro y mampostería concebidas hace tiempo por su cerebro. No había en este momento, en todo el universo, más que la potencia firme de esas arquitecturas y de esas máquinas y su creador, él, el ingeniero Kleist. En esta hora terrible en que la fábrica parada se hacía más pesada en las tinieblas de sus huecos abiertos en un silencio trágico,

y se petrificaba: cementerio de máquinas enmohecidas, el ingeniero Kleist vagaba como una sombra a lo largo de los rieles y de las escaleras, a lo largo de los muros, al pie de las torres; y su silencio era el mismo silencio de la fábrica.

Por primera vez veía esta noche, en las ventanas abiertas de la fábrica, la muerte grandiosa del pasado. Su fórmula gráfica se había revelado exacta: la marcha de la vida seguía inexorablemente el camino trazado.

Su extraño encuentro con el obrero Glieb Tchumalov reveló al ingeniero Kleist el término de su viaje, el fin de su vida.

Habría sido preciso, cuando aun era tiempo, hacer saltar la fábrica y perecer con ella. Habría sido una excelente respuesta, de acuerdo con la ley de la reacción. Si ahora le encontraban en este camino, estaba dispuesto, perfectamente preparado. En suma, sólo había que hacer lo más insignificante: agujerearse la sien. La etapa anterior estaba franqueada. Sólo deseaba ya vivir aún algunos momentos entre las construcciones en las que había dejado su vida bajo la forma de una potente y severa arquitectura.

¿Qué nuevo universo tenía el obrero Glieb Tchumalov? Resucitado de su propia sangre, aparecía intrépido, invencible, con los ojos llenos de fuerza y de angustia. Cuando hoy había sonreído durante su encuentro, ¡qué profundidades insondables en aquella sonrisa, que encerraba cosas ignoradas por el ingeniero Kleist! El gorro de Glieb Tchumalov estaba lleno de esas cosas: el rostro y el gorro eran una sola cosa.

Rostro duro, inflexible y tenaz; gorro duro, inflexible y tenaz.

El gorro afirmaba un presente terrible. Y en el rostro de Glieb Tchumalov sólo había lo mismo que en su gorro.

No hay salida, ciertamente. El ingeniero Kleist está dispuesto. Más vale que le maten aquí, entre estas construcciones, que en su casa. Esos gigantes y él son inseparables. Matarle es destruir con él todos los santuarios de su vida.

El cielo se apagaba sobre la ciudad y sobre las montañas lejanas como el hierro rojo que se enfría. Los tejados de la gran fábrica se confundían con las cumbres. El silencio lo abarcaba todo. Manos fatigadas hacían silbar y crujir en algún lado, en las proximidades, un bloque de hierro. Se oían los gritos asustados de los cucos y tintineaba en algún sitio, en la misma dirección, en la lejanía confusa, la sonoridad argentina de los hierros removidos.

* * *

Glieb estaba de pie en una pasarela que dominaba los entronques de las vigas de acero. Las vagonetas traían aquí antes el carbón destinado a la sección de maquinarias. Un montacargas las bajaba hasta la negra garganta del pozo. Los cables las llevaban a lo largo de los rieles hasta las salas de máquinas. Ahora, la pasarela estaba vacía, rota en el centro, detrás de un parapeto, de una gran garganta abierta en las tinieblas...

Glieb oprimió hasta hacerse daño en los dedos los cables metálicos del pretil. Miraba las cúpulas rechonchas, de hierro y cemento, de

construcciones, las altas chimeneas lanzadas hacia las estrellas; los cables aéreos tendidos, portadores de vagonetas inmóviles. Sus mandíbulas cerraban algo que hacía rechinar sus dientes.

¡La fábrica infernal, abrasada, no era más que ruidos! La tierra trepidaba bajo el *fuego* de las máquinas. El aire saltaba por las ventanas empurpuradas, por las explosiones cegadoras de los hornos giratorios, por el revoloteo de innumerables fantasías violetas, por las explosiones de la dinamita en los macizos de rocas, en copos inflamados. Los barcos trasoceánicos se alineaban en la bahía, cerca de los muelles, y sus formidables entrañas se llenaban con millones de toneladas de cemento fresco. De la fábrica a los muelles y de los muelles a la fábrica se deslizaban las vagonetas en una zarabanda continua, con un silbido de sirenas, como tortugas aladas en un vuelo determinado. Millares de obreros—hubiérase dicho una legión de demonios—ardían en estas llamas, demoliendo la montaña; la reducían a guijarros y a polvo, llenando los días de hollín, de polvo de roca y de azufre; llenando las noches de llamas deslumbrantes y de ventanas incendiadas.

Era el pasado. El presente era este cementerio, este silencio. Los Broemsberg, invadidos por la hierba, lo mismo que los caminos alargados de los rieles de acero y los caminos de la fábrica. El orín cubría los metales; los muros de hierro y mampostería estaban llenos de brechas y destrozados por los torrentes de la montaña.

El ingeniero Kleist caminaba lentamente, parándose a menudo para contemplar los altos edificios rectangulares, sarcófagos de una época pasada. Miraba, pensativo. Andaba, se paraba, contemplaba.

Y Glieb, inclinado hacia las tinieblas, seguía con mirada penetrante la silueta confusa del ingeniero Kleist.

Hubiera estrangulado con placer a este hombre, en cualquier momento, y este momento se habría convertido en uno de los más alegres de su vida. Este hombre le había entregado un día, por venganza, a un grupo de oficiales que debían torturarle y matarle. Nunca, jamás olvidaría Glieb ese día...

...Habían alineado a los obreros en la calzada, ante las oficinas. Quedaban pocos; muchos se habían escondido, muchos habían partido con el Ejército Rojo. Glieb y tres camaradas se habían quedado atrás combatiendo en las calles y no habían podido huir. Uno de los oficiales, con el látigo en la mano, leía en alta voz los nombres escritos en una hoja de papel. Golpeaba con su látigo al hombre que salía de la fila y lo entregaba a un grupo que había detrás de él. Otros oficiales acogían a la víctima a latigazos y a culatazos de revólver. Glieb, en un momento de lucidez, oyó confusamente los gritos irritados de los obreros alineados ¿Protestaban, o los golpeaban también? Glieb no pudo saberlo. A través de sus lágrimas de sangre sólo vió a los obreros huir en todos sentidos, perseguidos por los oficiales, con los látigos y los revólveres en las manos. Y cuando condujeron a cuatro con los rostros tumefactos, y ensangrentados al despacho del ingeniero Kleist, éste los miró largamente, pálido, con el rostro tembloroso. Le hablaron los oficiales, unos después de otros, militarmente. Demudado, pero fingiendo tranquilidad, callaba. Miró fijamente, silenciosamente a Glieb, y Glieb leyó en sus ojos una compasión mezclada de desagrado. El ingeniero dijo por fin, con voz ronca:

—Sí, es él. Esto también... Sí, es, está claro.

—¿No tiene usted nada más que decir, señor Kleist? Es usted mismo...

—Lo demás, señores, no depende de mí.

Lo metieron en un almacén vacío, y comenzaron sobresaltándole. Glieb sentía llover los golpes en la noche. Los había ligeros, lejanos, que hasta hora avanzada de la noche... los sentidos. Los instantes en que recobraba los sentidos, que le desgarraban. Pero estos golpes no le hacían daño, y brutales, horribles, extrañamente indoloros, como si le fueran por una de esa extraña impunidad, como si estuviera metido en un túnel al que hubieran comenzado a dar patadas con ritmo el suelo.

Volvió en sí en un silencio negro. Se arrastró, horrorizado, por el suelo. Encontró los cuerpos vivientes de sus camaradas. Estos cuerpos estaban helados, rígidos y mudos a la vez. Las estrellas, esparcidas, y la sangre despedían un olor nauseabundo. Glieb, arrastrándose a lo largo de la pared, acabó por encontrar una gran abertura y salió con grandes esfuerzos. Continuó arrastrándose hasta su casa, empapándose en la noche y en las malezas, y nadie le volvió a ver más.

Jamás, nunca, en los siglos de los siglos, lo olvidaría.

Se había acordado de todo esto durante el día, en casa del ingeniero Kleist. Lo recordaba de nuevo ahora al ver al ingeniero vagar, sombra condenada, por la vacía plataforma.

—Buenas noches, camarada técnico. Famoso comentario el nuestro, ¿eh? La República tiene muchos famosos, pero ninguno que valga lo que éste, ¿no es verdad?

El ingeniero Kleist se detuvo helado, pero se rehízo en seguida y dirigió una atenta mirada, no a Glieb, sino a las negras brechas de las ventanas de los departamentos de máquinas.

Este hombre estaba en todas partes. No perseguía al ingeniero Kleist, pero se levantaba en su camino y le turbaba como un espectro. Las seguras telas de las arañas de su universo estaban desgarradas y no serían tejidas otras. No podía huir del poder y de la fuerza de este hombre. ¿En qué momento este desconocido había adquirido sobre él su terrible poder? Durante los pasados días, este obrero se confundía entre la masa de blusas azules, manchadas de grasa. Carecía de rostro y de voz; realizaba, pasando desapercibido, como todos los demás, la tarea designada: no era más que un ínfimo elemento del proceso formidable y complejo de la producción. ¿Por qué el ingeniero Kleist, otras veces potente y dominador, no podía ahora oponerse a la potencia brutal y bárbara de este hombre? ¿Había comenzado el día en que el ingeniero Kleist había entregado a ese hombre a la muerte, o sólo databa de hoy, del momento en que él lo percibió, resucitado, en su despacho?

La espera en que había vivido el ingeniero terminaba este día: el fin se abría ante él, como un abismo estrecho, pero insondable.

—Sube camarada técnico. Vista desde arriba, la tumba es más profunda... ¿Andas vagabundo?... Yo también... todos los días. Pero ¿para qué?... Ten la bondad de subir, camarada técnico.

La lógica de los hechos no conoce más que el fin cruel y el comienzo inexorable. No existe el azar: el azar no es más que un engaño. Una dolorosa repugnancia oprimió el corazón del ingeniero. Subió lent-

—Sí, es él... Esos también... Sí, sí, son ellos.

—¿No tiene usted nada más que decir, señor Kleist?

—Lo demás, señores, no depende de mí. Es asunto suyo.

Les metieron en un almacén vacío, y continuaron maltratándoles hasta hora avanzada de la noche. Glieb sentía llover los golpes en los instantes en que recobraba los sentidos. Los había ligeros, lejanos, que no hacían daño, y brutales, horribles, que le desgarraban. Pero estos golpes eran de una extraña inutilidad, extrañamente indoloros, como si él estuviera metido en un tonel al que hubieran comenzado a dar patadas sin ritmo ni razón.

Volvió en sí en un silencio negro. Se arrastró, horrorizado, por el suelo. Encontró los cuerpos viscosos de sus camaradas. Estos cuerpos estaban helados, rígidos y mudos a la vez. Las entrañas, esparcidas, y la sangre despedían un olor nauseabundo. Glieb, arrastrándose a lo largo de la pared, acabó por encontrar una gran abertura y salió con grandes esfuerzos. Continuó arrastrándose hasta su casa, amparándose en la noche y en las malezas, y nadie le volvió a ver más.

Jamás, nunca, en los siglos de los siglos, lo olvidaría.

Se había acordado de todo esto durante el día, en casa del ingeniero Kleist. Lo recordaba de nuevo ahora al ver al ingeniero vagar sombrío, condenado, por la ancha plataforma.

—Buenas noches, camarada técnico. Famoso cementerio el nuestro ¿eh? La República tiene muchos famosos, pero ninguno que valga lo que éste, ¿no es verdad?

El ingeniero Kleist se detuvo helado, pero se rehizo en seguida y dirigió una atenta mirada, no a Glieb, sino a las negras brechas de las ventanas de los departamentos de máquinas.

Este hombre estaba en todas partes. No perseguía al ingeniero Kleist, pero se levantaba en su camino y le turbaba como un espantajo. Las seguras telas de las arañas de su universo estaban desgarradas y no serían tejidas otras. No podía huir del gorro y de la fuerza de este hombre. ¿En qué momento este desconocido había adquirido sobre él ese terrible poder? Durante los pasados días, este obrero se confundía entre la masa de blusas azules, manchadas de grasa. Carecía de rostro y de voz; realizaba, pasando desapercibido, como todos los demás, la tarea designada; no era más que un ínfimo elemento del proceso formidable y complejo de la producción. ¿Por qué el ingeniero Kleist, otras veces potente y dominador, no podía ahora oponerse a la potencia brutal y bárbara de este hombre? ¿Cuál era el punto de partida de esta evolución? ¿Había comenzado el día en que el ingeniero Kleist había entregado a este hombre a la muerte, o sólo databa de hoy, del momento en que él le percibió, resucitado, en su despacho?

La espera en que había vivido el ingeniero terminaba este día: el fin se abría ante él, como un abismo estrecho, pero insondable.

—Sube camarada técnico. Vista desde arriba, la tumba es más profunda... ¿Andas vagabundo? Yo también... todos los días... Pero ¿para qué?... Ten la bondad de subir, camarada técnico.

La lógica de los hechos no conoce más que el fin cruel y el comienzo inexorable. No existe el azar; el azar no es más que un engaño. Una dolorosa repugnancia oprimió el corazón del ingeniero. Subió lenta-

mente espantado con paso vacilante (el tiempo danzaba a su alrededor en tinieblas asfixiantes) los peldaños de la escalera metálica; pero en su marcha hacia la fatalidad conservaba su gravedad acostumbrada y su calma silenciosa.

—¡Cuidado, camarada técnico! Hay aquí un agujero sin fondo, que el diablo le lleve... Una caída ahí, y quedarías hecho migajas... —Tú has hecho estos agujeros del diablo... Porque esta es tu obra...

El ingeniero Kleist contestó, frío y severo:

—Nosotros construímos para siglos, sólidamente, racionalmente. Pero vosotros habéis transformado todo en ruinas, en el caos.

—¡Bah! Os habéis engañado de cabo a rabo, camarada técnico; construíais, construíais bloque sobre bloque, y todo para vosotros... ¡Qué inexpugnable fortaleza!... Pero no se ha sostenido, se ha deshecho... Tus cálculos racionales no valían gran cosa... ¿Dónde están tus siglos inalterables?

Glieb, con la pipa en la boca, parecía enorme, vaciado completamente en las tinieblas. Y porque era tan tranquilo y tan sencillo, porque tenía palabras de una significación profunda y primitiva, el ingeniero Kleist sintió que no burlaría a este hombre y que los minutos futuros estaban todos encerrados en un pequeño esfuerzo de sus manos. El ingeniero Kleist, paralizado, se recostó en el parapeto y su cabeza hacía sobresaltarse a su sombrero, dulcemente, convulsivamente.

—Mira, camarada técnico, esta fábrica. ¡Qué potencia y qué belleza!... Renovar la vida en ese cementerio... volver a encender los fuegos y hacer funcionar de nuevo todos los cables, todas las transmisiones... ¡Ese es mayor milagro que la edificación!

Glieb, marcial, con el busto arqueado, con las dos manos en la barandilla metálica, miraba largamente los bloques negros de los edificios, cuya grandeza maciza y su silencio abismal le aplastaban.

¿Crujieron sus huesos bajo su guerrera? ¿Rechinaron sus dientes? El ingeniero Kleist le oyó murmurar en un profundo suspiro, parecido a un estertor:

—¡Fosa!... ¡Fosa común, tres veces maldita!...

¿Qué hacía aquí este ingeniero alto y encorvado cuyo sombrero subía y bajaba rápidamente? ¿Por qué callaba, tan cerrado en sí mismo, con este aspecto de condenado?

Había en él algo de común con la fábrica, algo que le oprimía y le turbaba. Y el pasado, el pasado en el sufrimiento, la tortura y la muerte de los camaradas. ¡Lo inolvidable! ¡Ah! ¡Lanzar a este hombre al abismo, con un solo golpe en la espalda! Dos cables se unían bajo el tejado, camino de los electromotores. Parecían lenguas de serpientes. La boca hambrienta reclamaba su presa.

La mirada de Glieb se posó en el ingeniero, pero aquél no experimentó ningún deseo de venganza.

—¡Es así, camarada técnico!... No has sido muy afortunado en la construcción de tus monumentos. Tu fosa está preparada para el día en que mueras. ¿Ves ese agujero?... Bajaremos a él, en una vagoneta, y te enterraremos bajo la chimenea más alta.

El ingeniero Kleist, perdida toda su conciencia, se volvió y se separó del parapeto. Le parecía que sus vísceras, presas de un dolor

pustante se hundían en una humedad brumosa. Un grito horrible su-
bió a su garganta, que sólo exhaló un gemido ahogado. Sus mandíbulas
se soldaron formando una masa ósea que hacía gritar de dolor a su
cerebro:

—Por amor de Dios... Tchumalov... ¡Hazlo pronto!

Glieb se acercó al ingeniero Kleist hasta tocarle. Una atención ten-
sa, febril, ascendía en él.

—Bastante han hecho los imbéciles, camarada técnico! Tenemos
necesidad de cabezas... necesitamos brazos... ¡Hace falta poner todo en
orden! Hace falta hulla y petróleo... el calor y el pan de los obre-
ros... Es necesario el desarrollo económico de la República... Hay leña en
lo alto de la montaña... No la traerán los caballos, pero sí las máquinas
de la fábrica... Millares, millones de metros cúbicos de leña... Vagones
por todo el territorio... Domingos de trabajo voluntario... Millares de
manos y de espaldas musculosas...

Cogió por los hombros al ingeniero Kleist y le sacudió alegremente.
El ingeniero no era entre sus manos más que un maniquí desarticu-
lado. Cayó de su cabeza el sombrero, y, revoloteando como un ave noc-
turna, descendió en las tinieblas.

—¡Se ha terminado, camarada técnico! Vamos a cogerte por nues-
tra cuenta. Nosotros hemos probado sólidamente nuestra fuerza. Tu
cerebro y tus manos son oro. Un constructor como tú—porque tú eres
uno de los grandes técnicos de la República...

Y el ingeniero Kleist comprendió en su última, en su espantosa lu-
cha por la vida; comprendió en el fondo de su ser, que aquellas manos
terribles portadoras de la muerte, le habían atado a la vida severamente,
fuertemente. En su estupefacción, no pudo concebir el sentido de este
acontecimiento trastornador y permaneció de pie, con la cabeza descu-
bierta, extrañamente vacía, con el corazón trepidando en su pecho.

Glieb golpeó con el puño la balaustrada de hierro y se oyó gru-
gemir, vibrar a los entronques.

—Vaya, camarada técnico, pon el cerebro en las manos, comienza a
trabajar... Construiremos otras cosas mejores que esas... Un mundo
nuevo, camarada técnico.

El ingeniero Kleist, encorvado, se marchó con pasos menudos, y su
mano temblorosa buscaba el aire entre él y Glieb. Luego se debilitó
desfallecido.

Glieb se fué, y el paso pesado de sus botas hizo crujir las planchas
metálicas.

VI

LOS PRESIDENTES

1.—EL PRIMER ESLABON

Un ordenanza barbudo, cubierto con un sombrero gris del tiempo de la guerra imperialista, estaba sentado a la puerta del despacho del presidente del Ejecutivo del Soviet. Acogió a Glieb con una mirada de lobo, lanzada por debajo del cepillo lanudo de sus cejas. Sus dedos velludos descansaban, como de costumbre, sobre el picaporte de latón de la puerta. Guardaba así la entrada al despacho del presidente del Ejecutivo, todos los días, de diez a cinco, sin abandonar su silla aunque el presidente saliera a cualquier asunto. Gentes con carteras voluminosas, repletas de papeles, o perguntones desconocidos que alargaban el cuello, tropezaban siempre con esta mirada de lobo lanzada por debajo del cepillo lanoso, gris, de las cejas de este cancerbero, inquebrantable y mudo, y todos se resignaban a esperar su turno o se dirigían, para no perder el tiempo, al secretario del Ejecutivo.

Gentes de uniforme, con carteras o sin ellas, con papeles o sin ellos resignados o furiosos, guardaban cola, sabiendo que no forzarían la consigna de este viejo diablo de mirada de lobo bajo el cepillo lanoso y gris de sus cejas.

El ruido mecánico de los Remington resonaba por aquella parte, detrás de las puertas. Una voz fuerte, irritada y ronca, gritaba:

—¡Esto es la abominación y la desolación, camaradas!... Estamos de burocracia y de papeles hasta el cuello... Habría que echaros a la calle, malditos, o colgaros de un muro como a...

Glieb se aproximó a la puerta. Glieb y el ordenanza se miraron en silencio, uno por debajo de su gorro, el otro por debajo del cepillo lanoso y gris de las cejas.

—¡Quita la mano!

La gente que esperaba se conmovió. ¿Cómo? ¿Valía éste más que otros? ¿Pretendía entrar el primero? Ellos esperaban, resignados, su turno. ¿Por qué él no se conformaba con la regla general?

Ningún ruido salía del despacho. La puerta estaba completamente cerrada, y en ella había estas palabras escritas en papel: "No entréis sin haberos hecho anunciar." Y un poco más abajo: "El presidente del Ejecutivo del Soviet no recibe más que para despachar asuntos." Y más

[illegible]. En caso excepcional, las audiencias fuera de turno e[illegible] concedidas por el secretario del Ejecutivo."

—¡Maldita maquinaria! Habría que romperla para que funciona[illegible]

Glieb fue a la Secretaría. Se ahogaba. Las gentes estaban en u[illegible] larga fila. Una mecanógrafa escribía y registraba. Empleadas senta[illegible] ante viejas mesas pellizcaban por encima de sus papeluchos el pan ne[illegible] de las raciones. Acostumbradas a este jaleo, agobiador, bromeaban. Una rubia, de cara de porcelana, se miraba, como de costumbre, en un espe[illegible] de bolsillo, y rectificaba su peinado con los dedos.

¿Por qué el secretario Peplo —un rostro de adolescente enmarca[illegible] por bucles grises— tiene esta sonrisa al mirar todos estos rostros conges[illegible] tionados? Sonreía ininterrumpidamente, con un destello en los ojos. Sus dientes están bien colocados y muy blancos. Pequeñas burbujas de sali[illegible] juegan en ellos.

El secretario Peplo conoce a todo el mundo. Presta oídos a [illegible] sonriendo. Sabe todo el secretario Peplo, y fuma sin apresurarse. To[illegible] dos los asuntos se paran, y los negocios no tienen alas.

Tan pronto de un rincón como de otro surge una voz fuerte, in[illegible] [illegible], que domina, sola, el alboroto de esta multitud apretujada y agi[illegible] tada como por los movimientos bruscos de un vagón.

—¡Habría que arrancarles las pulgas a todos, hatajo de holgazan[illegible] Estáis pisando en dique el cuello del obrero... No hacen falta ni que oficinas y pulios para acabar con toda vuestra burocracia... Pe[illegible] os voy a pagar en la misma moneda, os voy a enseñar a perseguir a la clase obrera...

Estas exclamaciones se extinguían sin eco. El secretario Peplo seguía sonriendo largamente. Estaba, sin duda, acostumbrado a esto e[illegible] cenas. La máquina funcionaba a pleno rendimiento, y la protesta [illegible] furor de los ciudadanos no servía más que para engrasar el mecanism[illegible]

Juk, cubierto el rostro de sudor, con los ojos húmedos, deambu[illegible] laba como un desposeído por entre las mesas. La cólera crispaba s[illegible] nervios.

Glieb le cogió la mano y le hundió, con un movimiento, la go[illegible] hasta la nuca.

—¡Un poco de buen humor, Juk! No vale la pena de gritar y [illegible] gesticular así.

Los ojos rojos de Juk miraron a Glieb lentamente de arriba aba[illegible] Se estremeció alegremente, hizo un gesto de indiferencia y pareció [illegible] zarse.

—¡Hola, viejo Glieb, camarada!... ¡Si tú supieras lo que me d[illegible] en el corazón ver lo que han hecho de nuestra clase obrera!... Pero [illegible] los dejaré en paz mientras tengan la desgracia de vivir .... No [illegible] nada que hacer aquí, pero vengo a arrearlos... He estado en el Conse[illegible] Economía, es un desorden.... He estado en el Comité de Avituallamie[illegible] otro desorden... Desorden por todas partes. Y, aquí, desorden... pero [illegible] ¡sabes!, grito...

—¡Juk! ¡Eres tonto, camarada! Hace falta actuar, la lengua [illegible] un arma.

—¿Yo? ¿Que me calle? ¡Ah, no! Yo los denunciaré a todos... los colgaré a todos de un muro.

—Hay falta darte trabajo, Juk, porque tus fuerzas se pierden inútilmente. Ya lo sabes: yo te buscaré uno a propósito para tu talla.

—No, querido amigo, no, Glieb. No me conocen todavía. Yo les enseñaré que el año dieciocho...

Elevó el puño hacia el techo y se alejó a pasos presurosos.

Glieb, atravesando la fila, se abrió camino a codazos hacia el secretario Peplo; a su alrededor se elevaban gritos coléricos y murmuraciones.

—Camarada secretario, te ruego que digas al presidente del Ejecutivo que...

El secretario Peplo miró a Glieb con su larga sonrisa.

—Ponte en esta cola y luego en la otra.

—¡Vete al diablo, camarada secretario! Vengo a tratar un asunto urgente. Informa en seguida...

Peplo, rojo y estupefacto, movió sus cabellos.

—¿Un asunto excepcional? ¿Cuál? ¿Acerca de qué?

Diversas voces se elevaron entre la muchedumbre.

—Yo también vengo por un asunto excepcional. ¡Asunto excepcional!... ¡Eso son historias!...

El secretario miró a Glieb con una sonrisa chispeante. No le escuchaba ya, escuchaba a los otros. Glieb se volvió, se irguió y sus ojos se parecían a los de Juk. Encontró en el pasillo al gran ordenanza peludo y entró derecho en el despacho del presidente. Una fulgurante cortina de sol se irguió en esta habitación. Grandes velos rojos, semejantes a haces de llamas, aparecían en este deslumbramiento casi doloroso. Las blancuras lejanas y brillantes de las paredes se destacaban también vagamente.

—¿Qué sucede, camarada? ¿Por qué irrumpis sin ser anunciado? Estoy ocupado.

Glieb no vió al que así hablaba detrás de la cortina de sol, pero en seguida se dió cuenta de que era alguien importante y que este alguien tenía una voz estentórea. Glieb atravesó la cortina de polvo soleado, y las cosas se le presentaron, de golpe, próximas y familiares: la mesa, parecida a un armario volcado, el hombre, de rostro mate, con el pecho apoyado en la mesa; su color era tan mate, que su rostro tenía tintes de bronce. Otro hombre de apariencia circasiana, con un puñal y un revólver en la cintura, estaba de pie cerca de la mesa, apoyado con una mano en el respaldo de una silla. Los dedos de esta mano apretaban el respaldo con tal fuerza, que palidecían y temblaban; el rostro del hombre acusaba su nerviosidad en la tirantez de las arrugas de los ojos, de la boca y de las mejillas. Tenía los ojos redondos y la nariz circasiana de los valientes caballeros del "Escuadrón Infernal". Estos pillos hacían milagros en la guerra; jamás se secaba su sable ensangrentado.

Glieb saludó militarmente y se sentó frente al presidente del Ejecutivo. Ambos cambiaron una silenciosa mirada, en la que se reflejaba su obstinación. No miraba a su interlocutor de aspecto circasiano. En seguida olvidó a Glieb. Hablaba claramente, sordamente, con su mesa, con sus manos morenas de articulaciones velludas.

—Toma buena nota de ello, Borchtchi: si de aquí a un mes no has conseguido los envíos suplementarios de trigo, y si haces fracasar en septiembre la devolución de las semillas prestadas, te haré fusilar. No lo

[illegible] por decir. Bien lo sabes. Como presidente del distrito, sé [...]
responder de todo. Toma buena nota.
Borchchi quiso responder, pero sus ojos daban vueltas y sus [...]
se le apretaban unos contra otros.
—Camarada Badyn... Yo también soy comunista... Protesto...
La voz, falta de flexibilidad, se cortó, silbante. El presidente del Ejecutivo prosiguió sosegadamente, fríamente, pesadamente:
—Precisamente en calidad de comunista te haré fusilar si no cumples con tu deber. Disputas continuamente en tu distrito de Kurkil [...] y la influencia de los campesinos acaudalados...
—Debes comprender, camarada Badyn... Se trata solamente de [illegible] el cumplimiento de los préstamos... Debes compren[...] [illegible] se hacen por cuarta vez desde [...] la cosecha. Los aparatos de víveres se van a morir de hambre... Con estas medidas [illegible]. Los agricultores se van a morir de hambre... Nos [illegible] nosotros mismos hacemos nacer las bandas de blancos-verdes... Seremos hechos trozos, como carne pa[...] [illegible] a todos hasta el último...
—Que te hagan trozos como si fueras carne para [illegible], pero cumple con tu deber en la fecha indicada.
—Está bien... Que se [illegible]...
—Camarada Badyn... Pido que se ponga en el orden del día [...] Yo denunciaré al Ejecutivo...
Badyn se incorporó; los pliegues de su chaqueta de cuero [...] [illegible].
—¡Borchchi!
Se levantó y volvió lentamente la cabeza hacia el cosaco.
—¡Borchchi, presidente del Ejecutivo del distrito!...
Sonrió y parecía que esta sonrisa iba a romper sus huesos.
Borchchi retrocedió un paso y también se incorporó. Hum[...] gotas de fuego prendieron sus ojos. Su voz se hizo más ronca.
—¡Camarada Badyn!... Se hará... Haré todo... Pero aquello [...] una carnicería, camarada Badyn...
—No llores; se te dará como refuerzo al jefe de la milicia [...] distrito de Saltanov.
Badyn se sentó sin decir una palabra más. Olvidó ya al presi[...] del Ejecutivo del distrito, Borchchi. Y éste, miembro del Escua[...] Infernal, derrotado, le lanzó una última mirada en la que se aca[...] toda su resistencia y salió rápidamente de la habitación, vencido. Bad[...] aplastado de nuevo bajo el peso de su frente, se cogió pesadamente [...] cabeza entre sus manos velludas.
—¿De qué se trata, camarada? Sé breve.
—Camarada presidente del Ejecutivo: es más difícil a un [...] llegar hasta ti que tomar Perekop.
—¿Qué te hace falta? habla en términos concretos.
Las miradas de los dos hombres se encontraron, hostiles, [...] sándose mutuamente su fuerza. La fría inmovilidad de piedra del [...] sidente del Ejecutivo oprimía a Glieb, y éste, testarudo, aporrea[...] silencio y el orden administrativo del despacho con palabras que [...] jaba como si fueran pesadas piedras.
—La próxima vez cogeré a vuestro velludo cancerbero por [...]

pies y le tiraré por la ventana. Estas costumbres de general no son para usadas entre nosotros.

Badyn, muy tranquilo, pero con una irresistible amenaza autoritaria en los ojos, dijo, no a Glieb, sino como si hablara consigo mismo:

—Camarada: te voy a hacer arrestar inmediatamente por amenazas y violencias. ¿Quién eres?

Y se levantó. Se apoyó con las manos en la mesa y ésta crujió doblándose bajo el peso. Pero apenas había dicho las últimas palabras el presidente del Ejecutivo, cuando Glieb, con el rostro repentinamente transformado, echó hacia atrás bruscamente la silla, se levantó, e inclinándose completamente hacia Badyn le puso las manos en los hombros y le gritó hasta hacer temblar las paredes:

—¡Camarada presidente del Ejecutivo! Es un obrero de la fábrica el que te habla. ¡Ten la bondad de sentarte! No tienes derecho a arrojar a los obreros de tu despacho.

Las mejillas de Badyn temblaron; una sonrisa descubrió sus blancos dientes. Se sentó, sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, encendió uno y ofreció a Glieb.

—Te escucho. Sé concreto. Di en seguida todo lo que quieras. ¿Cuál es tu nombre?

Glieb se sentó también. Desdeñó los cigarrillos, pero sacó su pipa de soldado.

—El departamento de la asamblea de los obreros ha decidido traer desde la cima del monte la madera cortada por medio de la tracción mecánica, a lo largo de los funiculares. El técnico de la fábrica señalará el plan de los trabajos. Movilizando todos los sindicatos de dos en dos, en tres domingos de trabajo voluntario, traeremos vagones de madera en gran cantidad. Echa la cuenta de la madera que podemos traer desde ahora hasta el otoño. La prestación voluntaria de leña no sirve para nada; los mujiks huyen y se convierten en bandidos. Las chalanas de la costa no pueden utilizarse ya para el transporte de la madera; están podridas y medio deshechas. Me llamo Tchumalov, cerrajero de la fábrica, comandante de un regimiento.

Badyn le tendió la mano. Sus mejillas temblaban, sus dientes brillaban detrás de una sonrisa.

—Serio asunto—dijo,— hace falta pensarlo. Dime: ¿Dacha Tchumalova, no es tu mujer?

Glieb, atareado con su pipa, miró de reojo al rostro de Badyn y luego a su mano. Y con un movimiento que hizo crujir las costuras de su guerrera tendió a su vez la mano.

—No se trata de eso, camarada presidente. Tengo otras cosas que hacer. ¿Qué piensas de volver a poner la fábrica en marcha si el asunto se pone en el orden del día?

Badyn miraba a Glieb con los ojos inmóviles, en los que las pupilas no se movían, pero se iluminaban con destellos dorados. Se había retrepado en su butaca. Un ligero temblor sacudía sus mejillas.

Glieb Tchumalov, el marido desaparecido. Dacha, tan diferente de otras mujeres. Dacha, hacia la cual había tendido sus manos una vez. No había mujer que se resistiera a sus manos y a sus ojos; pero ésta se le había resistido con una firmeza de acero, y el fracaso le había

[illegible] profundamente. Y porque esta mujer conducía a las obreras de la ciudad formando todos los días contingentes batalladores de mujeres, [illegible] ella misma su puesto entre los hombres el presidente del Ejecutivo del Soviet, Badyn, no sabía abordarla como abordaba a otros. Y todos los días se preguntaba cómo acercarse a Dacha, cómo romper de una vez su resistencia.

Y he aquí que de repente se encontraba frente a un hombre que se interponía entre él y esa mujer.

—Dejemos por ahora la fábrica, camarada Tchumalov. No depende de nosotros ponerla en marcha. En cuanto al asunto de la instalación de un Broemsberg, lo propondré en la próxima sesión de la Conferencia económica.

Gleb, [illegible] bajó su pipa hasta las rodillas. Luego la volvió a colocar entre los dientes y encontró la mirada del presidente del Ejecutivo. ¿Qué había en el fondo de esos ojos? No pudo darse cuenta de ello, una ola turbulenta y negra se había extendido por ellos.

—¿Cómo? ¿No depende eso de nosotros? Es una vergüenza; la fábrica, lejos de iluminar las casas de los obreros, ni siquiera ilumina sus propios edificios. Todo se deshace. No hay puertas, ni ventanas; en las puertas que quedan, las cerraduras han sido sustituidas por alambres y cordeles. ¿Y vosotros queríais que la fábrica no fuera abandonada al pillaje, desmantelada pieza por pieza? Pero ¿quién es responsable de esto, vosotros o los obreros? La fábrica recibe bonos de petróleo. ¿Dónde están? Los obreros desean saber qué boca se traga su petróleo. Ya ves, qué historia... qué riqueza, el antiguo trabajo de las primeras materias... Pero los almacenes están vacíos... Las duelas se amontonan... Organizad los trabajos preparatorios... Os quejáis de los ociosos y de los desocupados y vosotros mismos os rodeáis de parásitos y de vagos. Vuestro Consejo de Economía merecería ser colgado de un muro—y con él todos vuestros colaboradores responsables y toda vuestra banda de técnicos—por incuria, en calidad de enemigos incorregibles del poder de los Soviets. Así, camarada presidente, es como hay que plantear la cuestión.

—Tan bien como tú, sabemos nosotros, camarada Tchumalov, cómo hay que plantear la cuestión. El punto de partida hay que tomarlo de la situación real. Los asuntos de importancia general no pueden ser resueltos sin hablar con la Comisión del Plan del Estado.

—Ya comprendo lo que llamáis importancia general de un asunto, camarada presidente. Y de ello hablo, precisamente. Pero tú, que hablas en la Conferencia Económica, ¿por qué no has enfocado la cuestión desde este punto?

—Lo haremos cuando llegue el momento, camarada Tchumalov. Todo depende de las perspectivas de la nueva política económica. Y ese momento no está lejos.

—Telefonea, pues, camarada presidente, al Consejo de Economía.

—¿Para qué telefonear, si es inútil?

—Telefonea, camarada presidente. Hablaremos en serio. Quiero ver claramente lo que guarda en su vientre ese Consejo Económico.

—Bueno, hablaremos del Broemsberg.

Badyn hizo girar la manivela del aparato. Había en sus ojos [illegible]

camente, una ola turbulenta y negra que ocultaba una sonrisa irónica, helada. Pero Glieb no le miraba, entretenido en sacar de su pipa grandes bocanadas de humo azul y en quitar la ceniza con la punta de la uña.

Dos fuerzas se encontraron—él, el presidente del Ejecutivo y el obrero Tchumalov—y el choque producía un relámpago. ¿Qué había en el fondo de los ojos del recién llegado? ¿El alma de un bruto, de un héroe o de un macho celoso?

—Todo administrador, camarada Tchumalov, vale tanto más cuanto mejor lleva su esfuerzo hacia aquello que le desagrada. Regla: no hay conjunción, sólo hay partes; no hay bellos cuentos, sólo hay cortezas de pan. ¿Tú sabes cómo nos amenazan los bandidos? Nos han rodeado de cuevas. La lucha contra el bandidaje nos resta fuerzas que serían indispensables para el desenvolvimiento económico. Este es el momento de concebir nuevos métodos de lucha, nuevas disposiciones. Tu proyecto de poner la fábrica en marcha es absurdo; no tienes en cuenta la coyuntura económica. Si ahora tienes éxito en tu idea de realizar el avituallamiento de leña para la ciudad, verdaderamente habrás hecho una bella obra.

Glieb se quitó la pipa de la boca y miró fijamente a su interlocutor. ¿Por qué diablos este hombre moreno no comprendía las cosas más sencillas?

—Estáis comidos por las pulgas, camarada presidente, y os armáis con un martillo de fragua para cazarlas. Hay que remontarse a las causas del mal. El Ejército Rojo ha recorrido millares de kilómetros, ha derrotado por completo a "Ententes" enteras, mientras que vuestros partidos de no sé qué, no hacen más que multiplicar los vagos. ¿Qué habéis hecho para rehacer la producción? Nada. Esta es la cuestión que hay que prestar sin ambaje, pronto, en seguida, sin la menor dilación.

Glieb, con un gesto cansado, diseñó en el aire una cúpula que pareció colocar ante sí.

—Sé todo tan bien como tú, camarada Tchumalov. Sólo hablamos de eso en todos los Congresos de los Soviets y de los Sindicatos, en todas las Conferencias del partido; fuerzas productoras, resurgimiento económico de la República, electrificación, explotación de la tierra, etc. ¿Pero dónde están vuestras posibilidades reales?

—Las hay.

—Muéstralas.

—Las hay. ¿Sabes lo que hace ahora el obrero? ¿Sabes de qué vive el mujik? Hemos pisoteado demasiado los campos de los mujiks; ha llegado la hora de labrarlos. Mientras las chimeneas no comiencen a humear, el mujik seguirá siendo un bandido.

El presidente del Ejecutivo sonrió; la curiosidad se apagaba en sus ojos.

—Tampoco eso es nuevo, camarada Tchumalov. Precisamente de eso se va a tratar en el X Congreso del partido.

—¡Vaya! Eso no es nuevo para vosotros. Pero, al mismo tiempo os molesta, ¿no?

¡Qué terco, ingenuo y miope era este obrero! Uno de esos demagogos que entorpecen el funcionamiento normal de la administración, tan difícil y complicada, de la comarca. Uno de esos soñadores a los

que la mirada del porvenir calienta la imaginación romántica, mientras que el presente sólo es ruina y desastre.

Entró el presidente del Consejo Económico, vestido de cuero amarillo de la cabeza a los pies. Tenía cara gorda de eunuco, lentes de oro sobre la nariz. Llevaba una voluminosa cartera. Entró sin saludar y se sentó a la mesa enfrente de Glieb, inmóvil, con una atención que no parecía humana. Enteramente inmóvil, con los ojos vidriosos —como los de las figuras de cera—, parecía un maniquí que imitaba la vida a la perfección.

—Escucha, Shramm: ¿qué puede hacer el Consejo Económico si se plantea seriamente la cuestión de poner en marcha parcialmente la fábrica de cemento?

Shramm no pareció haber oído al presidente del Ejecutivo. No se movió ningún músculo de su rostro, y cuando habló lo hizo casi sin mover los labios. No contestó a la pregunta de Badyn, pero dijo lentamente, sin pausas, con voz de gramófono que recita un informe oficial:

—El Consejo de Economía está agobiado de trabajo. Ha inventariado y conservado los bienes del Estado desde las máquinas potentes hasta las herraduras de los caballos. No nos permitimos coger un solo clavo en los almacenes, ni tocar a las máquinas, a despecho de los innumerables proyectos y proposiciones que nos hacen empresas y particulares.

—Está bien. Pero tu Consejo de Economía va a tener que abandonar su papel de hombre avaro para convertirse en un patrono emprendedor. Tu administración tendrá que ponerse a trabajar con toda energía.

El rostro del presidente del Consejo de Economía permaneció rígido, tirante y blando a la vez, como la cara de un castrado.

—El Consejo de Economía no recibe trabajos y planes más que de la Oficina de Industria.

En los ojos del presidente del Ejecutivo hubo una mirada negra y dura. Se inclinó pesadamente sobre la mesa.

—Te parapetas detrás de la oficina de Industria para dejar a un lado al Consejo Económico. ¿Pero sabes lo que pasa en estos dos pisos? Tus informes escritos demuestran que te ocupas en inventariar y en verificar los inventarios. Tienes secciones y subsecciones en cantidad, un personal de doscientos infelices, y todo eso no produce el menor trabajo creador. ¿Qué piensa hacer el Consejo de Economía de los talleres, de las fábricas y de las empresas?

—El Consejo de Economía piensa que importa, ante todo, conservar el patrimonio de la nación, sin tolerar ninguna iniciativa dudosa.

—¿Cómo trabaja el Servicio Regional de Bosques?

—Eso no me atañe, o, mejor dicho, me atañe muy poco. Ese servicio tiene un mecanismo propio sobre el que no ejerzo más que una revisión.

—¿Qué sabes de su trabajo?

—Las cortas de leña se efectúen en los bosques de acuerdo con los planes aprobados.

—¿Y cómo será transportada esa madera?

—Eso no es asunto del Consejo Económico. Es asunto del servicio regional de Combustibles.

—Pues bien, Shramm, escucha. La ciudad, las barriadas y los transportes deben recibir combustible antes del invierno. Es necesario poner en actividad, sin dilación, la estación eléctrica de la fábrica e instalar un Bronmberg en la cima del monte. El Consejo de Economía debe realizar este trabajo sin el menor retraso, poniendo en movimiento la tracción mecánica de la fábrica.

—Eso no es asunto mío; es asunto de la Oficina de Industria. Si la oficina nos lo ordena, lo haremos.

—No es asunto de la Oficina de Industria y nos pasaremos sin su sanción.

Por primera vez, un estremecimiento doloroso pasó, como una ligera sombra, por el rostro de Shramm. Pero sus ojos permanecieron inmóviles y vidriosos.

—¿Qué bonos de mazut recibe la fábrica?

—El mazut llega mal. Hay, según los informes, hasta un treinta por ciento de desperdicio. Tenemos que hacer uso de las cantidades reservadas a la fábrica y almacenadas en los receptáculos de los suplementos de avituallamiento de los molinos de vapor, cosa que hacemos con autorización de la Oficina de Industria. Por lo que se refiere a la electrificación de la fábrica y a la instalación de un Broumberg, no son iniciativas previstas en el plan de trabajo para el año, aprobado por la Oficina de Industria. Este asunto debe ser enviado para su examen al Servicio de Construcciones del Estado y a la Sección Industrial, que estudiarán los detalles y harán el presupuesto. Yo me opondré entonces enérgicamente a estos proyectos, la adopción de los cuales ocasionará el despilfarro del dinero del Estado y de una parte del patrimonio de la nación.

Algo se iluminó en el fondo de los ojos del presidente del Ejecutivo.

—No hará ninguna objeción. Sabe que sabremos impedirlo. Tú lo llevarás a la próxima sesión de la Conferencia económica. Pero, una pregunta: ¿sabes que los bienes de la nación, la guarda de los cuales tienes, son robados a pleno día?

Un vivo rubor subió al rostro de Shramm; sus ojos se empañaron.

—No sé nada. La verificación de los inventarios ha demostrado que todo estaba en su sitio.

Badyn se sonrió lo mismo que delante de Borchtchi, el presidente del distrito.

—Sin duda tienes razón, puesto que el Consejo de Economía se coloca en el punto de vista de la conservación formal del patrimonio de la nación.

Shramm, aterrado, miraba a Badyn sin llegar a comprender lo que acababa de oír. Glieb vació en el cenicero la ceniza de su pipa. ¿Se acababa de forjar un eslabón, el primer eslabón? Faltaban otros. Glieb se levantó y tendió la mano a Badyn. En sus ojos encontró una sonrisa que no se reflejaba en su rostro.

Camarada presidente del Ejecutivo: perderemos las entrañas y las tuercas pero el trabajo se concluirá.

—Adiós, camarada Tchumalov. El asunto de la puesta en marcha de la fábrica será discutido en tiempo oportuno.

Gleb se plantó en guardia delante de Shramm.

—Yo envío al diablo de un puntapié tu Oficina de Industria. Sabemos hacer las cosas. Enviaremos a limpiar el follaje al Consejo de Economía entero y a él con él. La papelería y el moho prosperan en los pantanos, pero nosotros sabemos desecarlos.

El presidente del Consejo de Economía le miró con estupor. La sangre afluyó a su rostro; la niebla que había en sus ojos se desvaneció. Su cara volvió a ser blanda, tranquila, estirada.

—Nada de amenazas, camarada, te lo ruego. No aceptamos proyectos de particulares. Los proyectos que nos envían los conservamos para la posteridad, sin examinarlos. Somos enemigos de toda iniciativa individual y de todos los proyectos aventurados. Hace falta curar a nuestros camaradas de su inclinación a las aventuras para prevenirnos contra las pasiones ocasionales que sólo conducen a la desorganización.

Gleb rompió a reír. Con la pipa entre los dientes miró a Badyn, en los ojos del cual encontró una sonrisa oculta.

—Nuestras botas pisan el polvo de los caminos y están claveteadas, camarada presidente del Consejo de Economía. Nuestras manos sólo han servido de tenazas y de martillos. Debes comprenderlo, comunista. Sois comunistas y no sabéis nada de política obrera. No habéis olido todavía ni la pólvora ni el sudor del obrero... Me ensucio en vuestras máquinas... Tenéis regimientos de empleados públicos que se han acostumbrado en seguida a comer, ociosos, el pan de los Soviets. Todo marcha en vuestras oficinas a la hora y al minuto con planes y combinaciones, bajo un disfraz perfecto. Pero nosotros, nosotros tenemos olfato y dientes de perro.

Los ojos de Shramm se nublaron de nuevo y se incorporó en su asiento.

—Camarada Badyn, exijo...

Pero Gleb, no esperando respuesta, se encaminaba hacia la puerta a través de las olas de luz.

¡A ver a Tchibis! Nadie era más necesario en este momento que Tchibis.

I.—LOS OJOS QUE VEN EN LA NOCHE

Tchibis y Gleb estaban sentados en una habitación exigua delante de una pesada mesa. La ventana estaba abierta (la luz abundante no podían contenerla las paredes de la habitación). Tchibis parecía sonreír y no sonreír al mismo tiempo bajo su máscara acostumbrada. Parecía abierto, franco, las cejas reidoras, próximo a romper a reír. Y también oculto, siempre encerrado en sí mismo. La alegría acudía a él, dibujando alrededor de sus ojos círculos de pequeñas arrugas, prontamente desvanecidas.

—Puedes hablar, camarada Tchumalov, si se trata de un asunto urgente, pero puedes también esperar un momento. Tengo exactamente

minuto libre. Cuenta lo que quieras. ¿Te trae a mal traer lo de la fábrica?

—No hago más que pensar en ello por ahora: aun estoy lejos de la realidad!

Tchibis no escuchaba. Entornaba sus ojos al encontrarse con la cálida luz.

—Yo miro el mar. Parece desde aquí una pompa de jabón; se adorna con colores y más colores. Mira un poco. No es ni sueño ni realidad. Dan ganas de bañarse y de tenderse un poco sobre la playa. Así, pasar de un salto a la cuarta dimensión, y ponerse dulcemente, pasando inadvertido a tirar piedras al agua. También hace bueno en el bosque. Mira un poco el mar cómo vibra, cómo florece. Yo estoy aquí y el mar allí. Siempre será así. Puedes hacerte una idea de lo que esto es: siempre así... Esto tiene un cierto aspecto psicológico. ¿Qué piensas tú de la psicología?

—Que se vaya al diablo... Prepárate y ve a bañarte. ¿Quién te lo impide?

No; Tchibis no sonreía. Una especie de palidez cubría su rostro. Sus cejas se arquearon y esta palidez desapareció. Fué como si muy próximos, los ojos en los ojos, mirara a Glieb con una clara mirada infantil, desde el fondo del alma. ¿Fué sólo una suposición o Tchibis se había olvidado un momento de sí mismo? Una lágrima brillaba en sus pupilas, una lágrima infantil, tras la cual se veía un indescifrable punto negro. Este punto negro se movía, brincaba, jugaba, desaparecía como si hubiera sido engullido, reaparecía. Y Glieb no comprendía por qué este punto negro le llegaba tan dolorosamente al corazón. Pero se daba cuenta de que el demonio interior de este hombre estaba allí, solamente allí. Tchibis, ¿no disimularía su mirada bajo la red tupida de sus pestañas para que nadie pudiese verlo?

Glieb arqueó las cejas y oyó que Tchibis hablaba.

Pequeñas gotas de lágrimas infantiles, y, detrás de ellas, ese demonio frenético. Estos ojos no debían de dormir por las noches; estos ojos debían de ver a través de los muros; este hombre no debía de tener más que sus propias palabras que no diría jamás; imagen nocturna oculta en las neuronas del cerebro. Empleaba al hablar palabras extrañas a su alma, palabras ininteligibles y que se fundían en su sonrisa pueril.

—Camarada Tchibis, no sé lo que dices; pero esa canalla del Consejo de Economía no merece más que una bala.

—Eso es. Y la del Servicio de Bosques. Y la del Comercio exterior también. Y así sucesivamente....

—Pero dime, ¿no se podría colgar de un muro a todo el Ejecutivo del Soviet entero?

—Eso es. Pero el Consejo de Economía no se va a dejar coger con las manos limpias. Quedarás mal, como un imbécil, con todas tus fábricas y tus Broemsberg. Habrá que pegar fuerte y sobre seguro.

—¿Qué piensas tú del presidente del Consejo de Economía, camarada Tchibis? Vengo precisamente de decirle todo lo que haría falta en el despacho del presidente del Ejecutivo, pero me he excedido y he hablado de la Oficina de Industria.

Tchibis miró largamente el mar, las montañas, las nubes flotantes en el cielo en jirones blancos; y la misma sonrisa pueril se reflejó dulcemente en su rostro.

—Tchumalov, ¿has visto fusilar a alguien?

—Sí, en la guerra. Me trastornaba al principio; veo aún sus miradas enloquecidas, los oigo gritar como perros aplastados...

Eso es. Los ojos están enloquecidos, y la carne, la carne está muerta y sucia. Hay quienes mueren en silencio, durante su vida. ¿A quién propones la tarea en el Consejo de Economía y en el Servicio de Bosques? Recuerda que los imbéciles alimentan a los mejores y a los más puntuales empleados. Sabes ver y coger....

La guerrera se cruzaba sobre el pecho de Glieb, molestando su respiración. Se levantó, riendo ahogadamente. Se volvió a sentar y puso un puño sobre la mesa delante de Tchibis.

—Tchibis, eres un hombre precioso...

Pero Tchibis le dirigió nuevamente una mirada velada por las pestañas y volvió a estar distante, reconcentrado.

—Shramm es un comunista firme y que sabría morir por su administración como un muñeco de madera se deja derribar. Es un comunista vaciado del que has hecho un espantajo que ya no asusta a los gorriones. Es un espantajo tenaz y puro en todos los errores. Un espantajo, como ese, es un ideal, pero ¡qué de granujadas se ocultan en sus pingajos! Los imbéciles valen más porque saben revolver el agua clara... ¿Sabe lo que es necesidad, Tchumalov? Sentirla es una cosa, conocerla es otra. No la dejes convertirse en un fetiche, o te encontrarás solo en el mundo y el universo caerá sobre tus espaldas. Lo que hay de incómodo en la tierra es que la noche se arrastra en ella constantemente. Si sabes hacer de la necesidad tu próximo pensamiento, los fantasmas de la noche no te espantarán más.

Glieb, vagamente inquieto, examinaba a Tchibis, la cabeza del cual parecía agrandarse, sus huesos crujir bajo la presión del cerebro, y sus manos retorcerse como serpientes sobre la mesa.

—¿Qué objetarías contra Juk, camarada Tchibis? ¿Crees que no sirve para el asunto?

—Eso es. Nos hemos comprendido perfectamente. Envíame mañana a tu hombre. Le enviaremos al Consejo de Economía y al Servicio de Bosques a hacer diligencias. Ea, vete.... Pide un permiso permanente de circulación.

Tchibis se volvió sin darle la mano. Oprimió un botón eléctrico. Ya en la puerta, Glieb se volvió y vió en él nuevamente su rostro extraño. Hubiera querido decirle algo importante, pero no recordó exactamente qué era.

—¿Has visto a Lenin, camarada Tchibis?

—Que le haya visto o no, carece de importancia.

Glieb sonrió y, desconfiado, se colocó bien el gorro.

—Mientes, camarada Tchibis; tú has visto a Lenin

VII

LA CASA PATERNA

I.—UN RATON DE BIBLIOTECA

En el cornisamento gris, sobre tres vetustas columnas, se leía escrito en gruesas letras de piedra: Casa del Pueblo. Detrás de las columnas, al fondo, en un vestíbulo, un pequeño rectángulo de papel se destacaba en una gran puerta de roble resquebrajada. Sergio subió los escalones desgastados y, miope, fué a dar con su rostro en este rectángulo de papel. ¡Letra de su padre! Algo de senil y de muy joven a la vez le sonreía en esta escritura. Singular impresión. Un recuerdo de la infancia, nostálgico y profundo, como un ritornelo triste, le atravesó el corazón. Almendros en flor en los jardines, bajo la ventana; la mamá pálida y silenciosa que le prueba una blusa y después le abraza... ¡Qué lejos estaba esto! Era como las imágenes confusas de los sueños. Hacía muchos años que no veía a su padre: desde que había abandonado a su familia para siempre.

La bibliotecaria, Verotchka, su antigua alumna, siempre asombrada, siempre desamparada, le había encontrado en la ciudad (sólo ella sabía encontrarle). Nunca había sabido hablar con él, pero sus ojos y su estremecimiento nervioso parecían siempre esperar que él hablara. Como siempre, no pudo hacer más que murmurar:

—¿Eres tú?... Sergio Ivanitch. Yo buscaba...

El rectángulo de papel temblaba en su mano como un pájaro.

—¿Vienes de parte de mi padre, Verotchka?

—De casa de Iván Arsenitch... Sí, sí... ¡Si tú supieras!...

Sonreía. Sus ojos redondos, que reflejaban un asombro alegre, no dejaban de mirarle.

—¿Sigues en la biblioteca, Verotchka? ¿No te has cansado todavía de las conversaciones de mi padre sobre las cosas hondas y profundas?

Pero ella no podía contestarle y sólo lanzaba hacia él su sonrisa que el asombro iluminaba.

Descifró la letra infantil de su padre:

"Cuando se piensa, hijo mío, que la conciencia está determinada por las condiciones de la existencia, se comprende la gran victoria del pensamiento inmortal sobre los caprichos del porvenir. Pero cuando

ción se da cuenta de la primitividad de la existencia sobre la concien-cia, se ve que el hombre es ínfimo, cualquiera que sea su orgullo. Tú lo sólo lo sabrás cuando tengas el valor de penetrar en mi santua-rio del libro. Tengo necesidad de verte por razones fútiles y, por con-siguiente, confusas (lo fútil es siempre confuso). Me encontrarás en mi templo, entre mis libros (que bullen como cucarachas), sonriendo y le-yendo a Marco Aurelio. Ratón de biblioteca y tu padre por el azar".

Sergio, al leer este billete, tenía una dulce sonrisa. Inquieto por un presentimiento indefinido, se encaminó a la biblioteca. Evocaba la ca-beza de su padre, calva como la suya, pero circundada por cabellos g... violentos, echados en aureola; y la barba puntiaguda, echada hacia delante, bajo el ángulo recto del mentón. Esta cabeza tenía algo de pu... él; su sabiduría inesperada contenía no se sabía qué de débil y de inquieto.

Sergio atravesó, en la frescura de un vestíbulo gris que olía a ... y entró, a través de una puerta entreabierta, una vasta sala bañada en una media luz débil en la que, a lo lejos, se alineaban los libros en los es-tantes, en los cuales había ruido de páginas restregadas.

Esta sala había sido antes la de un cinematógrafo. El piso esta-ba ligeramente inclinado. No había más que dos ventanas estrechas y la ... gris tenue, como en un templo o en un "han-gar". La luz también era gris tenue ... También el silencio era como el de un templo, un silencio anti-guo, estancado. No había paredes, sino libros desde el suelo hasta el te-cho, libros en líneas paralelas. ¿Para qué tantos libros? ¿Puede un hombre leer tanto en su corta vida consciente? ¿No estarían tan fuer-temente apretados en líneas paralelas porque el hombre, aterrorizado de su gran número, sentía que amenazaban su vida, sedienta de ... y se defendía así contra ellos?

Verotchka sonreía radiante y estupefacta detrás de una pila de libros.

—Sergio Ivanitch ... ¿Es posible? ... Iván Arsenitch ... Un mo-mento ...

El centro de la habitación estaba ocupado por una vasta librería de estantes numerosos, imponente como un iconostasio; y allí estaba su padre, aureolado de cabellos grises, envuelto en un capote de ... El padre le miraba moviendo las cejas. Sergio, al aproximarse a él con paso corto y prudente, a causa de la inclinación del piso, vió que su pa-dre tenía los pies descalzos, estropeados, pálidos, cubiertos de arañazos y de costras.

—Me quieres ya lo veo ... Acércate a mí junto al altar y siéntate ... Desde pequeño tenías los ojos como ahora, ojos dominadores.

El padre hablaba y reía. Su voz no era más que un confuso mu-mullo. Su mirada era penetrante, aguda, inquieta, interrogante.

—¿Sabes lo que es el dominio de sí mismo, pequeño Sergio? Es el estoicismo; una curiosidad invencible ante la vida. Los hombres que lo poseen sufren porque existe en el mundo una triste necesidad: el ...

Su lenguaje amistoso hacia sonreír a Sergio, quien, como siempre en presencia de su padre, se sentía invadido por un jovial entusiasmo. Su padre era para él un gigante misteriosamente cercano.

El padre sonreía y su mirada interrogante, avivada por la inqu...

cual estaba fija en Sergio con la curiosidad de un espíritu que verifica la solución de un problema. Sus nerviosos dedos tiraban de su barba. Todo su rostro era acariciador y burlón. Sergio comprendió que tenía que decirle algo grave y doloroso.

—¿No te sientes oprimido en esta cueva, padre?

—El destino de todos los libros, Sergio, es el de ser prisiones para el pensamiento. Todos los libros rompen la libertad humana. ¿No es verdad que todas esas líneas parecen barrotes de hierro? El espíritu humano, aspirando a la inmortalidad, creó el libro, losa de su tumba. Es lo inexorable, pequeño Sergio: el hombre es una rebelión permanente, y la rebelión no es más que el paso, de un salto, de una prisión a otra. Se pasa de las entrañas maternales a los arcanos de la sociedad, a las cadenas de los reglamentos obligatorios; y de aquí, a la tumba. Marco Aurelio no era tonto: sabía sentirse libre moviendo sus cadenas y tenía la sabiduría de ver más allá de los muros de su prisión.

—Padre: yo pienso que la verdadera libertad no está más que en la adhesión creadora de nuestra voluntad a la dialéctica de la necesidad. El hombre es inmortal en el dinamismo de la creación colectiva.

El padre le miró fijamente, con una sonrisa de viejo escéptico.

—¿Y por qué no me preguntas por tu madre? ¿Qué experimentarías si se muriese hoy?

Sergio, con el rostro crispado, miró a su padre a los ojos.

—¿Tan enferma está? Querría verla aunque sólo fuera un instante.

—Muere por el amor doloroso de sus pequeños... Se muere, querido Sergio...

La sonrisa mantenía aún rectas las cejas del padre, pero estaba impregnada de una gran tristeza.

—Yo no moriré, está tranquilo. La verdadera vida, hijo mío, está en la libertad, en la independencia, a despecho de los poderosos. El mundo no es más que una simple relatividad, mientras que la felicidad está en el aniquilamiento instantáneo. Marco Aurelio, y también Lucrecia, habrían hecho de mí su amigo.

Sergio se sentía bien, con el alma apacible y tranquila. Hubiera necesitado esta calma en el intervalo de sus días, violentos y fatigosos que envenenaban sus noches de insomnio; hubiera necesitado abandonarse al silencio de estos libros, dispersar su alma sin pensar más, o permanecer, auque sólo fuera una hora, inaccesiblemente solo, con su pensamiento. Sus noches, en la habitación exigua de la Casa de los Soviets, eran torturantes, llenas de jaquecas y de pesadillas, porque no tenía sueño en la Casa de los Soviets, en la que las veinticuatro horas del ciclo cotidiano estaban llenas de humo de tabaco, rasgadas por los timbres de los teléfonos; en la que cada célula de un cerebro humano pertenecía a la red eléctrica de la República. En la Casa de los Soviets no había, ni de día ni de noche, más que una habitación exigua, donde el exceso de trabajo, la austeridad de la hazaña, del sacrificio, eran dolorosos.

—Sergio, querido mío; tu madre está muy enferma. Sí, sí, ve a verla... Si no tienes nada que decirla, mírala como la mirabas en tu infancia y la proporcionarás una gran dicha.

Sergio se turbó. Las palabras confusas de su padre expresaban una intolerable angustia y esta angustia las daba un sentido misterioso.

Ni en su infancia, ni en su adolescencia, había penetrado Sergio en el alma de su padre, que parecía evaporarse toda entera en miradas. El padre siempre había parecido un niño, llevando con él sus días en el alba gris de la biblioteca; examinando confuso, con ojos asombrados, el dinero que recibía por su trabajo; extraño en su casa, no teniendo sitio en ella, siempre presuroso, siempre sonriente, con una sonrisa confusa cuando le hablaba la madre. La madre llenaba toda la casa, desde la cocina hasta la alcoba, y hasta en sueños se veía pasar su rostro surcado de arrugas, de pupilas fatigadas y húmedas.

—Está bien, padre. Voy a verla en seguida.

—Sí, sí, mi pequeño Sergio... Me has dado una gran alegría... muy grande... pero ¿cuáles serán tus ojos y tus gestos si eres acogido por tu hermano Demetrio? ¡Tu hermano, tu hermano? No me preguntes por él, le tengo más miedo que tú... Por otra parte, no tengo miedo a nada, ni a nadie, porque, querido hijo, soy presa de la curiosidad; la curiosidad, tú lo sabes, es la sabiduría. Lo que hay de horrible, Sergio, no está en la profundidad de las cosas, sino en los sencillos elementos del movimiento, en una mirada, en un gesto, en un grito... Y esto es, amigo mío, la crucifixión del hombre... La maldición que sobre él pesa.

1.—JUNTO A LA MADRE

El huerto, rodeado de una cerca, estaba bañado por una neblina obscura. Las ramas desnudas se entrecruzaban formando lazos transparentes y tensos. Sólo lucían los almendros, llenos de innumerables flores blancas. Sergio y su padre habían plantado este huerto con sus propias manos, cuando Sergio era aún un niño. Sergio recorría ahora la cerca, mirando oblicuamente las grietas, y reconocía los árboles familiares, los caminos abandonados; el emparrado de maderas delgadas, enrojecidas por las vides silvestres, el cual había construido cuando era colegial. Y la casa de piedra, de un solo piso, está próxima y lejana como un recuerdo de la infancia.

—¿Hace mucho tiempo, mi pequeño Sergio, que vivías y crecías aquí?... ¿Reconoces tu cuarto?

El anciano cogía y dejaba riendo la mano de Sergio. Sus pies, agitados, multiplicaban los pasos menudos. Sergio veía que el padre estaba contento, emocionado con su presencia, confuso con su propia alegría. Y Sergio se apercibió de pronto, por primera vez, que su padre se había abandonado y que había en sus ojos un vacío claro y profundo.

—Vuestra revolución es una de las revoluciones más alegres de la Historia, pequeño Sergio.

El huerto brillaba al sol como una tela de araña; embriagaban las emanaciones dulzonas de la tierra primaveral, llena de brotes; la alegría ostentosa de los almendros en flor. Esta ventana baja era en la que Sergio había pasado su infancia y sus años escolares.

Un hombre alto, afeitado, que no tenía más que un brazo, esperaba al final de un sendero cubierto aún por las muertas hojas del pa-

[illegible] años, sobre las cuales caía la dulce nieve de los almendros (de lejos parecía irisada). El hombre tenía una blusa blanca, escotada, y un pantalón de cosaco. Sus órbitas se profundizaban en anchas manchas; tenía la nariz muy larga, como un pico inclinado sobre el estrecho labio superior.

—Padre, sospecho que nuestro encuentro con Demetrio no nos traerá nada bueno. Nos separamos siendo amigos; temo qué ahora nos encontremos como enemigos.

El manco le examinó de lejos con una mirada aguda de pájaro, y su largo rostro huesudo sonrió como sonríen las calaveras. Elevó amistosamente su única mano y gritó con fuerte voz cantarina:

—¡Con toda el alma y todo el corazón, sea bienvenido el caballero de la estrella roja bajo el techo paterno! ... ¡Hola, mi pequeño Sergio! ... ¡Hola, mi viejo amigo! ...

Su risa se rompía alegremente en los almendros en flor. Sus palabras tenían algo de falso. Firmemente plantado en la tierra con sus polainas amarillas, no acudió al encuentro de Sergio.

Sergio le saludó con su mano libre y subió con un temblor nervioso, con la mirada turbada, los escalones de la gradería.

La pequeña habitación que ocupaba la madre estaba, como otras veces, ensombrecida, por los estores bajados, llena de ropa, de cómodas, de baúles; invadida, como en otro tiempo, por el asfixiante olor de largos años de intimidad. Y cada vez que Sergio pensaba en su madre, le acudía este olor en una profunda impresión alucinante.

Era necesario este olor en el silencio condensado que dominaba entre estas viejas paredes penetradas de la historia de su vida. Los muebles y otros muchos objetos se habían acumulado en los rincones; habían obligado paulatinamente a todos los habitantes a refugiarse en algunas piezas de la casa.

Un rostro apergaminado, echado en la muelle blancura de los almohadones, con trenzas negras recogidas sobre las mejillas, miraba a Sergio. Este se acercó al lecho andando sobre las puntas de los pies, y miró largamente, en estas semitinieblas mortuorias, el rostro materno, que parecía tan extraño, tan desconocido. Cogió la mano de la enferma; una especie de vibración sacudió sus músculos y sus huesos.

Esta mano que estrechaba con una caricia palpitante, este rostro rodeado por estrechas trenzas negras, le eran a la vez extraños y próximos hasta hacer subir los sollozos a su garganta. Sergio aspiraba el olor del antiguo hogar y nó sabía qué hacer de la mano que tenía en su mano y que aflojaba.

La madre callaba, fijando en él la turbia profundidad de sus ojos moribundos.

Y Sergio callaba también, esperando con un temblor interno que su madre murmurara algunas palabras. No que hablara, no que gritase, sino que murmurase algunas palabras. Pero nò oyó este murmullo; no había más que aquellos ojos bajo los párpados que se cerraban.

Demetrio estaba de pie cerca de Sergio. Una llamita burlona danzaba en sus pupilas. Estaba lleno de vida, delgado, ancho de espaldas; parecía que su pecho era demasiado estrecho para recubrir bien sus

anchos huesos; y la línea de sus cejas y la curva de su nariz en forma de pico de ave rapaz, acentuaban su expresión salvaje.

La vibración de los músculos interiores cesó y la mano de la madre cayó sobre la cama.

El padre sonreía, sin que se extinguiera su clara mirada.

—Qué raro me parece—dijo—que seáis mis hijos. Y qué raro que los dos seáis extraños el uno para el otro y para mí...

Demetrio, irónico y distante, conservaba en sus pupilas la misma llama burlona.

—Ya lo ves, Sergio. Nuestro padre sigue imitando a Diógenes en su tonel. Se alimenta de moscas y de sus propias palabras. Es inocente como los pajarillos. Le quiero mucho...

Sergio, a quien molestaba la mirada de su hermano, le preguntó fríamente:

—¿Qué has hecho durante todos estos años? No se ha oído hablar de ti.

—No te lo diré. Si te lo dijera, o te mentiría o no te diría todo. He sido coronel en el frente alemán, luego inválido, y ahora heme aquí "ciudadano sin profesión definida".

Demetrio, con un gesto rápido, llevó a sus labios la mano de la madre. El beso sacudió a la madre, como si hubiera recibido un golpe. Sus ojos, llenos de un horror mudo, no podían separarse del rostro de su hijo.

La llamita danzaba siempre en las pupilas de Demetrio, cuya mano tocó la espalda de Sergio.

—Hace mucho tiempo que no te he visto, Sergio... Desde nuestra adolescencia... Abracémonos...

Pero Sergio, en quien aumentaba una confusa ansiedad, se separó de él y se acercó a su padre.

Demetrio sonrió levemente, dió militarmente una media vuelta hacia la izquierda y salió.

Se vió relucir su nuca azulada, bien afeitada.

Dos arrugas profundas se cruzaban, de la nariz a las sienes, en la ancha frente del padre. Su mano temblorosa acariciaba su barba, la punta de la cual hubiera querido coger con los dientes; pero siempre se escapaba al llegar a los labios. Se arrimó a la pared, muy pálido, con una lastimosa sonrisa aturdida.

—¿Qué te sucede, padre?

—Sé estoicamente firme, mi pequeño Sergio, y no cedas a las tentaciones. Pero aun el estoico llega a ser esclavo de sus sentimientos. Estudia a los hombres desde detrás de tu escudo, Sergio, desde detrás de tu escudo...

La madre se levantó, apoyándose en el codo, con un temblor de moribunda, y volvió a caer, pareciendo desvanecerse y desaparecer entre las almohadas. En sus ojos no había más que silencio, sumisión y terror.

Sergio, conmovido, salió lentamente de la habitación, descendió la gradería y se dirigió con rápido paso hacia la puerta del huerto.

En la calle encontró a Demetrio. Su hermano, con la mano en el bolsillo de su ancho pantalón cosaco, le miraba de un modo penetrante, bajo los párpados entornados.

—¡Hasta la vista, pequeño Sergio! Ya nos volveremos a ver ¿no es verdad? Nos volveremos a ver pronto, en otras circunstancias, Sergio... Y hablaremos largamente... Hasta la vista...

Saludó con afectación, enseñando sus dientes relucientes. Pero sus ojos no reían: penetrantes, entornados, herían.

VIII

DIAS ARDIENTES

1.—LA SANGRE OBRERA

No quemaba el sol en estos días: el cielo estaba blanco, pero la[...] taba aún a las palmeras; y la ciudad, las montañas, las gentes, la[...] mañas, eran azotados por el viento, cubiertos por los torbellinos de polvo. No quemaban estos días más que los corazones; pero los corazones ardían como los estambres rojos de las flores.

Glieb, con el gorro echado sobre la nuca, corría al Consejo de los Sindicatos: al Comité del Partido (¡hay que reunir inmediatamente una asamblea general de la organización de la ciudad!); a la Oficina del Sindicato de Transportes (¡camaradas, apresurad el envío de vagones cisternas a la destilería de nafta!) a la Dirección de la Fábrica; al cuerpo de máquinas, donde le esperaban Brynza y los Diesel preparados para trabajar.

Jitki daba a Glieb fuertes golpes en la espalda... Ardía de entusiasmo.

—¡Maldito Tchumalov, demonio entre los demonios!... Unes la fábrica y la harás marchar toda entera. ¡No hacen falta máquinas! ¡Habrá que enviarte a Europa para que hagas danzar bien a aquéllos!

—¡Es una idea! ¡Hagamos entrar a Europa en la danza!

—Pero, sobre todo, diablo de Tchumalov, no olvides que, por encima de todo, eres comunista... Toda nuestra reconstrucción no servirá para nada si no ponemos debajo un buen fuego, rojo como una fragua. No pierdas esto de vista y llévalo adelante decididamente.

—Mi viejo Jitki, no hay medio de llevarlo con más decisión... Nos hemos habituado a ir de prisa... ¡Ojalá que no vayamos demasiado de prisa!... Este es el peligro.

—¡Eres un hombre, Tchumalov! ¡Un hombre de verdad!

Glieb estaba febril, y las aletas de su nariz palpitaban.

Corrió a ver a Lukhava. Pero, como de costumbre, Lukhava no estaba en el Consejo de los Sindicatos: no podía permanecer entre las paredes de su despacho. Pasaba los días enteros, de la mañana a la noche, en paseos, de un Sindicato a otro, de una empresa a otra, examinando todos los detalles del trabajo y de la existencia de los obreros, resolviendo conflictos, chillando a los vagos, felicitando a los héroes

trabajo. Recorrió las oficinas, las fábricas, los talleres, las administraciones, los servicios económicos, los de avituallamiento, removiendo los papeles, ordenando, exigiendo, empujando, sembrando el entusiasmo y el terror. No llegaba nunca al fin de sus fuerzas, jamás se cansaba. Sus ojos brillaban siempre con la misma fiebre.

Y era así como llegaba al alma de los obreros.

Glieb le dejaba escritos:

"Empujar a la oficina del Sindicato de Transportes".

"Apretar los tornillos al Consejo de Economía. Sabotaje." "Formalismo".

"Sacudir las pulgas al Comité de fabricación de la destilería de nafta".

Delgado, bronceado, con los ojos ardientes, Lukhava aparecía cuando hacía falta, desgreñado, con la cabeza rodeada, se diría, de llamas negras.

Los montadores eléctricos comenzaban las reparaciones en la fábrica. Las bombillas eléctricas—cogidas de los almacenes de la fábrica—habían reaparecido en las casas de los obreros: se las veía sonreír por las ventanas y hacían sonreír a las mujeres y a los niños. La demacración producida por el hambre se desvanecía en los rostros de los obreros en presentimientos felices.

Ya no se hacían mecheros en el taller de cerrajería. Se realizaba otra clase de trabajo: piezas para las máquinas resucitaban entre crujidos, silbidos, rumores y sonidos del hierro. Obreros con blusas azules de reflejos cobrizos se cruzaban en los patios, iban de un taller a otro. Pero ni Lochak ni Gromada estaban allí. Tenían otro trabajo, en el Comité de la Fábrica. La gente se apresuraba en sus oficinas, en el piso inferior, debajo de la dirección de la fábrica, entre el olor a tabaco fuerte—un tabaco que haría huir al diablo—y a cemento. La gente se apresuraba en todas partes, y los muros, los cristales, eran sacudidos por gritos y risas.

...El Comité de la Fábrica. Las dobles raciones, el reparto de fuerzas, los Broemsberg. Las máquinas turbulentas del taller de cerrajería. El combustible líquido. Las dínamos comienzan a marchar mañana, el trabajo se despierta esta noche.

Glieb—delegado de los obreros cerca de la dirección de la fábrica—estaba en todas partes, sudoroso, riendo fuerte, poniendo mano en los instrumentos, cortando, aserrando, trabajando sin llegar a dominar su corazón estremecido.

Entraba a menudo en el departamento de Brynza, que le acogía con grandes gritos en la vasta sala de máquinas:

—¡Salud, comandante!... Esto marcha... Hace mucho tiempo que las máquinas están preparadas... ¡Combustible, comandante, hace falta combustible!... Eso y nada más que eso. Puesto que has vuelto de los infiernos, esto va a arder, no me cabe duda... Tu cabeza es una máquina, como mis Diesel. Combustible, petróleo, bencina... Nada más que eso. Si no lo traes dentro de dos días, estallo con mis Diesel... Y en el momento del salto, te agarro por los pies...

Sus ayudantes trabajaban entre las máquinas, entre ruidos metá-

Iosca Bereza guiñaba un ojo al designarlos por debajo de la visera de su gorra, con una alegre sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes.

—Ya lo ves... Se han puesto a trabajar. ¡Y de qué manera! Se han acabado la calma, las conversaciones... He aquí lo que es la fuerza de las máquinas. Mientras viven, nada se sustrae a ellas. La nostalgia de las máquinas es más fuerte que la del amor.

Y su voz, repentinamente furiosa, tronaba en la sala:

—Combustible, combustible... ¡Diez cisternas!... Basta de mezquindades. Diez cisternas... ¡O te costará los huesos, comandante!

Glieb y el ingeniero Kleist, seguidos de los técnicos y los obreros de las canteras, recorrían la montaña y las canteras invadidas por la hierba. Como siempre, silencioso, con los ojos hundidos, el ingeniero Kleist examinaba los viejos Bremsberg. Dos técnicos de entre los antiguos empleados le seguían a dos pasos de distancia, según las viejas tradiciones, adelantándose con complacencia servil al primer movimiento de su cabeza. El ingeniero no miraba a Glieb, fingiendo ignorar su presencia junto a él. Pero Glieb sabía muy bien que el ingeniero estaba lleno de él y que no tenía más fuerza que la suya. Y cuando el ingeniero hablaba con los técnicos, Glieb sabía bien que, en realidad, no hablaba sino con él, y que sólo de él esperaba las objeciones irrefutables.

Decidieron reparar la red férrea de la fábrica y elevar la línea de los Bremsberg desde el taller de cantería más elevado hasta la cima del monte, a seiscientos metros.

El ingeniero Kleist llegó a decir en su despacho —cuya ventana estaba ahora completamente abierta— después de haber trabajado en el presupuesto:

—Si tuviésemos la seguridad de que estas cuentas fueran aprobadas íntegramente y que nos fuese facilitada la mano de obra, los trabajos podrían estar terminados en este mes.

Glieb se inclinó hacia el ingeniero y puso pesadamente su mano sobre los papeles.

—Camarada técnico, los trabajos deben estar terminados dentro de cuatro días. Cinco mil obreros están a tu disposición. Los materiales serán enviados a la primera petición por la dirección de la fábrica. Si hay casos de sabotaje, yo pondré orden; otras fortalezas hemos tomado. No tienes un mes, camarada técnico, sino sólo cuatro días. Ten en cuenta y revisa el plan.

El ingeniero Kleist miró un momento fijamente a Glieb. Una débil sonrisa iluminó su rostro por primera vez.

El taller de tonelería no era más que un cobertizo inútil. La techumbre de cristal estaba agujereada: los chiquillos se habían divertido en arrojar piedras sobre ella. Palos, restos de flejes, despojos de [illegible] clase habían quedado sobre los cristales respetados y sobre las vigas. Los bancos, las transmisiones, los discos relucientes de las sierras: todo está lleno de polvo. El polvo de las montañas y del camino, empujado por el viento, buen enterrador, llevaba a cabo su obra. Una luz [illegible] reada, brumosa, reinaba sobre todo. ¿No se transparentaba a través de los bancos, las sierras, los toneles sin terminar hace tres años, que [illegible] cían azulados, de una transparencia de cristal?

Glieb llegó a él también y se detuvo en el umbral. Las sierras

de oro brillaban aquí otras veces en espirales inflamadas; los toneleros, cubiertos también de virutas, rodeados de un continuo saltar de chispas, estaban alegres, ebrios por el olor a vino de la madera y por la canción de las sierras.

Glieb no dió un paso más: había bastante para desfallecer. Al día siguiente le tocaría el turno a este taller; las virutas brillarían de nuevo, los trozos de madera saltarían otra vez, y las sierras recomenzarían su canto juvenil.

Quiso marchar, llamado por el trabajo, el trabajo incesante... Pero permaneció quieto, con las mejillas bruscamente tirantes por la risa. Savtchuk estaba allí, sentado, dándole la espalda. Savtchuk estaba ante su viejo banco de trabajo, que tocaba con el pie y con la mano, que golpeaba con el puño, haciéndole crujir y toser como un débil viejo.

—¡Ah! ¿Gruñes, viejo puerco?... Estira un poco tus huesos, abre tu boca desdentada!... No me has olvidado todavía, ¿eh?

Savtchub fué, con los pies descalzos, hacia las sierras, y acarició con su gran mano velluda los discos helados: creía oírlos tintinear lejanamente, como en un sueño.

—¡Ah, ah! ¡Pequeñas zorras!... ¡Estáis frías, no os cortejan ya! ¡Ea, qué vais a cantarme! Pero aguardad un poco, bien pronto os volverán a cortejar y juntos comenzaremos a hacer toneles. Pero no serán toneles para que las mujeres pongan en sal las coles, no, sino toneles para enviar por el mar al otro lado del mundo... Y no serán coles lo que lleven, sino cemento, cemento para las construcciones...

¡Diablo de Savtchuk, oso como no había otro, en el que nada prende, en el que no muerden ni la cólera ni la desgracia! ¿No estaba aquí, en este taller maldito, murmurando como un enamorado? ¿No lo parece este diablo de Savtchuk, tiznado, desgreñado, con sus pesadas patas y sus macizos puños?

Pero Glieb contuvo su risa para no molestar al tonelero. Cuando se revelan las fuerzas sanas, cuando la sangre asciende, no hay que tocar. Es el momento más grave y más profundo de la vida humana...

Glieb salió suavemente del taller. Fuera, cuando el sol le calentó, se dió un fuerte golpe sobre el gorro y rió con todas fuerzas...

—¡Este diablo de Savtchuk, este buen hombre... es para reventar!

...Durante el día, a la hora en que las piedras y los rieles parecían fundirse bajo el sol, mientras la fábrica vacía vibraba bajo la cálida luz, una locomotora encendida que lanzaba hacia el cielo copos de humo, empujaba hacia la fábrica negros vagones-cisternas llenos de bencina y de nafta. Los obreros, con sus largas blusas, salieron a su encuentro con grandes gestos y gritos.

2.—EL SALTO A TRAVES DE LA MUERTE

El Comité Ejecutivo del Soviet cababa de saber, por una conferencia telefónica, que el presidente del Ejecutivo del distrito, Borchtchi, había dado de latigazos al jefe de la policía del distrito, Saltanov, que había sido enviado para ayudarle en las requisiciones de trigo, y que Saltanov había disparado sobre Borchtchi. Saltanov, al frente de un destacamento de soldados rojos, había atacado a los cosacos y a los habi-

vestre de las aldeas, desenterrado las semillas, sacado de los establos e[...] último pasado. Después, cuando los carros, conducidos por los solda[dos], llevaban el botín hacia el edificio del Ejecutivo del distrito, la orquesta tocó "La Internacional", mientras los campesinos se lamentaban detrás de las carretas, se tiraban de los pelos, mezclaban sus gritos con los mugidos de las vacas y los balidos de las ovejas. La riña entre Borchchi y Saltanov se había producido, en el Ejecutivo del distrito, a los sones de la banda.

Badyn leía la comunicación telefónica con su rostro permanentemente tranquilo y petrificado; el secretario Pepio, que esperaba sus ó[rdenes] de pie, junto a la mesa, tenía su eterna sonrisa.

—¡Valientes imbéciles! Uno cae sobre el otro. Haz enganchar, camarada Pepio. Iré allí yo mismo y arreglaré este asunto.

—Entendido.

—Telefonea esto al Comité del Partido, a la camarada Tchumalova, para que venga aquí en seguida. Había pedido un coche para ir allá abajo; yo la llevaré.

—Entendido. ¿Debo comunicar a la camarada Tchumalova que se irá con ella?

El secretario Pepio miraba a Badyn con una sonrisa maliciosa, moviendo los párpados.

El presidente del Ejecutivo elevó sus ojos hasta el rostro de Pepio. Éste dió un paso hacia atrás, sin que su sonrisa se modificara ni desapareciera.

—Entendido.

Badyn estaba sentado, macizo, hubiérase dicho fundido, apoyado el pecho en el borde de la mesa, la cabeza hundida hacia atrás, como si fuera toda ella más pesada que la frente.

Pero apenas salió el secretario, se levantó, extendió sus brazos y comenzó a pasear a lo largo de la habitación. Toda la pesadez metálica de sus hombros y de su cabeza había desaparecido. Estaba ahora esbelto, con los huesos alargados, los músculos distendidos, la cabeza firmemente levantada.

En la sección femenina del Partido, Miekhova se acercó a Dacha en el pasillo, y, pasando un brazo por debajo del de ella, la acompañó hasta la salida.

—Oye, Dacha. ¿No te parece que sería mejor que enviáramos una delegada en tu lugar? Sales con misiones todas las semanas, mientras ellas permanecen en su casa. Cada vez hay menos seguridad en los caminos. Debemos velar por ti: tú no eres fácil de sustituir. Tiemblo cada vez que sales.

—Deberías avergonzarte, camarada Miekhova, de hablar así. No soy una chicuela; sé resolver yo misma mis asuntos. ¿Qué sección femenina tendríamos si tuviéramos miedo?

Polia la miró con inquietud y se detuvo. Dacha la golpeó suavemente la mano y salió con paso rápido. Llevaba bajo el brazo una cartera, hecha por ella, que contenía de todo: papeles y pan.

Un deslumbrante faetón de laca negra esperaba en el umbral del Ejecutivo. El barbudo cochero se sonaba por pasatiempo y se enjugaba el rostro con el vuelo de su capote.

Dos chicos se revolcaban sobre el polvo y las basuras de la calle: dos muchachos con la ropa hecha jirones, de rostros violáceos, hinchados. El polvo revoloteaba a su alrededor como una humareda y se disipaba en volutas entre las obscuras ramas de las acacias.

Dacha se paró ante el coche, examinó la calzada, lanzó una mirada a la abierta ventana del despacho del presidente del Ejecutivo. Luego su mirada fué de nuevo a la calzada.

¿Quiénes eran estos muchachos? ¿Qué hacían aquí, abandonados? ¿Qué hacía la milicia? La Comisión de Protección a la Infancia, ¿era ciega e impotente, o también estaba abandonada, como estos miserables muchachos? Dacha cruzó el paseo y miró largamente cómo se revolcaban los dos pequeños.

—¡Eh, pilluelos! ¿Quién quiere pan? Bien sé que tenéis el vientre vacío. ¡Por aquí!

Los dos muchachos abrieron el oído, asustados como pequeños perros a los que se amenaza con un látigo. La mujer les sonreía, dulcemente, familiarmente; nada intimidaba en ella. Pero tenía en la frente un pañuelo rojo y en la mano un pedazo de pan. El pañuelo rojo les intimidaba (sabían desde hacía tiempo lo que este signo suponía de fuerza), pero el pan fresco era apetecible. A distancia percibían su dulce olor soso.

—Sí, sí... Se te conoce... Tú nos llamas así... después, nos metes en el asilo.

Uno de los dos muchachos se levantó entre sus harapos, dispuesto a poner pies en polvorosa. Dacha comenzó a reír y partió en dos el trozo de pan.

—Pero venid aquí, cerditos... No os llevaré al asilo... Tomad, un pedazo para cada uno... ¡Pero qué miedosos son estos tunantes!...

Tenía aspecto cariñoso y una amable sonrisa esta transeúnte (¡ah, si no hubiera tenido el pañuelo rojo!), y el dorado pan debía estar tan bueno como la miel.

Los dos muchachos cambiaron una mirada, se aproximaron poco a poco, temerosos, y desde lo más lejos que pudieron extendieron sus manos. Dacha les dió el pan. Hubiera querido pasar su mano por los cabellos en bucles del segundo. Pero él comenzó a gritar y escapó, aterrado.

¿Era Niurka más dichosa en la Casa de los Niños que estos dos pequeños seres en libertad? Dacha la había visto un día atareada entre una bulliciosa chiquillería en el patio del restaurante comunal. En aquel momento le había parecido que la chiquilla estaba muerta, que ella no era su madre, que la pequeña conocía los sufrimientos y el hambre por su culpa, por culpa de su madre, y que las caricias ocasionales de la Casa de los Niños no eran las caricias de una madre, sino pobres imitaciones. Y, con el corazón destrozado, había llevado a su hija en sus brazos hasta la Casa de los Niños.

Badyn estaba ahora de pie cerca del coche, vestido de cuero oscuro. La miraba atentamente.

—Siéntate camarada Tchumalova, y partamos.

Se sentó él primero, sin esperarla. Todo el coche crujió bajo su

pero. Dacha se sentó a su lado, y sintió contra su costado la presión del costado del hombre.

Badyn no la miraba ya, reconcentrado, frío, mohino como de costumbre.

—No se puede pasar en automóvil —dijo—. Y aun en este coche no iremos por la montaña más que a paso de tortuga. ¿No temes a los bandidos? Yo no llevo más que mi revólver. Debiera haber hecho que nos acompañaran algunos jinetes.

Dacha le lanzó una mirada rápida. ¿Tendría él miedo? No podía darse cuenta. Este rostro de bronce estaba, como antes, inmóvil y ...

—Como quieras, camarada Badyn. Pide una escolta si tienes miedo. Yo estoy acostumbrada a viajar sin ella.

—¡En marcha, camarada Iegorov!

Iegorov se volvió dos veces, rápidamente, hacia el presidente del Ejecutivo, como si hubiera querido decirle algo, pero no se atrevió. Se ... se animó, sacudió las riendas.

Mientras el coche rodó por el empedrado de las calles, Dacha se sintió dichosa de estar instalada en el coche, que parecía una muelle mecedora. Ella vió a Sergio en la calle. Él la saludó con su calva rosada y sus barbas en pequeños mechones rojos. Juk los encontró también y se paró estupefacto.

Los gruesos labios de Badyn se torcieron con una sonrisa despreciativa.

—No puedo soportar a ese tipo.

—¡Juk! El camarada Juk es un buen tornero y un comunista consciente. El camarada Juk no quiere a nuestros generales ni a nuestra burocracia. Es incluso muy desconfiado.

—El camarada Juk es simplemente un vago y un camorrista. Hay que expulsar del Partido a esta clase de gentes.

—No, camarada Badyn; el camarada Juk es un buen hombre y dice la verdad. Pero todos vosotros montáis en cólera cuando la oís. ¿Es eso responderle? ¿Y no es verdad que, militantes responsables, no veis todos a la clase obrera más que desde las ventanas de vuestros despachos?

—Te engañas. El despacho de los militantes responsables está más cerca de la clase obrera que lo están los golfantes como tu excelente camarada Juk. Todo pasa a través de esos despachos, desde las cuestiones gubernamentales más complejas hasta los más pequeños detalles de la vida ordinaria. En un despacho es precisamente donde me he puesto de acuerdo con tu marido.

Rompió a reír, pero su risa era insólita. Esta risa se identificaba con sus palabras. Y esta risa de Badyn suscitaba siempre a Dacha una sorda inquietud.

La ciudad estaba ya lejos. Seguían el valle, entre las colinas de suave pendiente, cubiertas de viñedos a la izquierda; y, a la derecha, un bosque todavía desnudo, azul, brumoso, en el que estallaban los brotes nuevos, en el que los troncos se sucedían y se perdían en la profundidad de las tinieblas.

Unos parecían seres vivientes; sus primeras líneas retrocedían, ...

que las últimas parecían avanzar con Dacha, y ello daba la impresión de un remolino, de una actividad excitada, como si el bosque hubiera sometido un enorme trabajo sustraído a los ojos del hombre.

—Y bien, ¿qué piensas ahora de la vida familiar? De una parte, las obligaciones conyugales, lecho común y ropa sucia. De otra, el trabajo del Partido. ¿Y tenéis, según creo, una criatura? Deberás escoger entre la sección femenina y las tareas de la casa. Tu marido debe pedir garantías. Tiene la mano firme.

Dacha se recostó en su rincón. Una inquietud la atravesaba desde el corazón al cerebro.

—Mi marido vive su vida y yo la mía, camarada Badyn. Somos comunistas.

La gran risa de Badyn resonó de nuevo. Badyn puso su mano en las rodillas de Dacha.

—Hablas como todas las comunistas. Pero un lecho siempre es un lecho. Eres, sin embargo, más sincera que otras: viene de ti misma. Yo sé ya cuán difícil es entenderse contigo.

Dacha separó la mano colocada sobre sus rodillas y se acurrucó cuanto pudo.

—Los comunistas deben saber entenderse siempre en la acción común, camarada Badyn...

Badyn volvió a reconcentrarse, pesado, con una pesadez de hierro. Se separó de Dacha, y ella percibió en el fondo de sus ojos llamas que la quemaron.

—Ponte más cómoda. No te voy a comer.

Sus labios se torcieron en una sonrisa ultrajante.

—No temo tus dientes, camarada Badyn; nos conocemos bien.

Entraron silenciosos en el desfiladero, donde reinaba una débil luz matinal, tamizada por los arbustos y las rocas, donde murmuraban los arroyuelos, en el que se acumulaban piedras de diferentes coloraciones. Sus miradas seguían direcciones divergentes. Pero Dacha sentía sobresaltarse a Badyn, cuya sangre bullía, y que contenía su corazón con una tos seca. Ella sabía que él luchaba consigo mismo porque no tenía la fortaleza de lanzarse sobre ella. Sabía que no estaba domeñado; veía de cerca, en sus ojos, la irritación de la fiera embriagada por su deseo. Si él no se abalanzara sobre ella en este instante, era porque hallaría otro momento, o porque era más fuerte que ella. Sentía, en la espera, hincharse sus venas, y no podía dominar su temor, porque dudaba de sus fuerzas. Si ello ocurría en seguida, no podría resistir a esos músculos de toro encelado; el balanceo del coche sobre el camino lleno de baches le impedía todo punto de apoyo, por poco seguro que hubiera sido.

El desfiladero duró tres kilómetros; luego se abrió un ancho camino a través del valle. La ciudad cosaca estaba al final, en el umbral de las colinas, perdida entre los huertos.

Las montañas se elevaban en rocas escarpadas y en cantiles oscuros rozando el cielo. Peñas y cuestas relucían al sol, con pliegues sinuosos y guijarros brillantes. Las aristas de las montañas tenían el color del metal fundido. Abajo del todo, la niebla flotaba sobre el bosque y la salvaje vegetación. El cielo estaba sobre la montaña y el bosque, como

el cielo tan profundo tan azul, en el que flotaban las nubes, tempestuosas blancas. Abajo, el bosque subía por las pendientes infranqueables y la noche surgía por ellas por las hendiduras y la maleza llena de su aliento de sauces, llena de zarpazos de murmullos, de continuo desdoblamiento.

No veían la carretera delante de ellos: se ocultaba entre las rocas y las piedras a derecha y izquierda, en alto, en bajo. Parecía que llevaba hacia el bosque, hacia lo intrincado de sus lianas, de sus yedras, de sus matorrales, de sus bloques de piedra, hacia algún lugar salvaje. Llegaban las rocas mojadas por las aguas, las piedras verdosas, se esfumaban en la altura, y el bosque se separaban a derecha e izquierda, rocosas. ¡Terribles alturas trepaban por las pendientes! Dacha no veía su cima, entornaba los ojos, se encogía como una diminuta criatura. Los desfiladeros se abrían a lo lejos, plenos de un silencio tranquilo, en el que se ocultaban los secretos, donde se disimulaban las guaridas de los bandidos.

El camarada Iegorov se volvió, poniendo la barba en su espalda. Sus ojos, perdidos entre la maleza lanuda de las cejas y de la barba, estaban mojados.

—Has hecho mal, camarada presidente, en no hacernos escoltar... Vamos a hacer que nos ahorquen. Los especuladores se hacen todos ancos aquí... Has hecho mal, camarada presidente.

Dacha recordó haber visto otros ojos húmedos como éstos, que se arrastraban en las cuevas del servicio de contraespionaje.

Grande, silencioso, sanguíneo, con el cuerpo de una dureza de piedra, sobresaltándose al contacto animal de la mujer, Badyn estaba cómodamente sentado sobre los cojines del coche, intrépido y tranquilo. Pero bajo su frente, su inquietud aumentaba con la afluencia de la sangre en el fondo de sus pupilas de nácar negro. ¿Le emborrachaba el peligro, o la proximidad de Dacha? ¿Cómo podía el camarada Iegorov temer a no sabía qué bandidos errantes, cuando él, Badyn, estaba allí tan fuerte y tan bravo, invencible? La pesadez de piedra de Badyn oprimía dolorosamente (Dacha permanecía inmóvil): era agradable, a pesar de todo, sentir en este hombre de acero un apoyo seguro en los malos momentos.

Badyn sonrió y fijó sus ojos en la barba de Iegorov.

—El miedo es más temible que los bandidos, camarada Iegorov. Haz lo que debes hacer: ten firmes las riendas y la fusta. El camino no está mal.

Iegorov se volvió, intimidado, como si hubiera recibido un golpe. Ya no hacía chasquear su lengua para excitar a los caballos; tiraba apenas de las riendas, miraba a derecha e izquierda, tragando con dificultad abundante saliva.

Recorrieron aún un kilómetro. Dacha sentía que todos los músculos de Badyn se estremecían. Vió claramente que el hombre luchaba con todas sus fuerzas con su emoción, con sus secretos impulsos. Suspiró profundamente y la empujó con todo su peso a un rincón del coche mientras con una mano la cogía por un hombro y por la cintura con la otra.

—Camarada Badyn... tú no osarás, camarada Badyn... Baja las manos... Esto es abominable...

La boca del hombre se entreabrió con una sonrisa ebria y las aletas de su nariz palpitaban en su oscuro rostro, de labios gruesos, encendido por fulgores lívidos.

—Deseo, por el contrario, y mucho... No veo en ello ningún mal... Somos un par de caracteres fuertes, y no nos sienta bien fingir y devanar palabras hipócritas... ¡No te opongas!... Sabes bien que no cedo en la lucha... Y que lo que deseo hacer, lo hago... Y que empleo para luchar todos los medios...

Dacha, convulsa, se retorcía para escapar de sus manos; pero Badyn la oprimía desde el primer momento hasta ahogarla, hasta hacerla gritar, y la atraía hacia sí; ella vió en la duración de un relámpago, su enorme cabeza negra, su rostro musculoso lleno de furor. Luego este rostro la asfixiaba con sus besos ávidos como succiones y su fuerte olor a sudor masculino.

Sintió de repente que la sangre del hombre se derramaba sobre ella a través de sus manos, de sus labios, de sus narices, a borbotones; un languidecimiento, un desfallecimiento, una voluptuosidad confusa mezclados con el miedo, respondieron en ella al choque repetido de este afluir de sangre. No tenía más que un corazón, y este corazón, angustiado, iba a estallar en su pecho. Y tenía también un deseo loco de luchar, de pegar, de golpear, de romper estas manos, de apretar al macho en la garganta y estrangularle para escapar a la presión de estos brazos inhumanos, de estos brazos metálicos...

Un bache los lanzó hacia delante y los hizo caer de nuevo sobre los cojines del coche. El bosque pareció tronar, desplegando bruscamente hacia el cielo: un estrépito de avalancha hizo rodar las piedras.

Dacha vió a Iegorov bambolearse inclinarse un instante a derecha e izquierda, luego caer de costado como un saco hacia la rueda anterior. Badyn, en el mismo instante, se separó violentamente de ella, lanzóse hacia adelante sacudiendo las riendas. Los caballos se encabritaron.

—¡Alto!... ¡Arriba las manos!... Os tenemos cogidos, malditos perros!

Dacha no vió más que los gorros y los ojos que cubrían. Vió los saltos rapaces de estas miradas hechas ascua. Vió también cerca, muy cerca de ella, a un cosaco rubio, con la cabeza descubierta, los labios espumeantes, sacudido por una gran risa aulladora, lanzarse hacia los caballos. Su labio superior temblaba, y bajo él no había encías, sino pliegues rojos, hinchados, con dientes pequeños y finos como clavos.

Dacha sólo tuvo tiempo de gritar brevemente, convulsivamente:

—¡Al galope!...

Y saltó del coche sobre el cosaco, rodando con él sobre las piedras del camino.

En seguida la oprimió un peso terrible, como si una muchedumbre se hubiera abalanzado sobre ella, golpeándola, empujándola en un sitio estrecho. No tuvo más que una sensación: el agrio olor de la lana húmeda.

Más tarde, no recordaba si la habían pegado, si la habían arrojado del coche, si habían perseguido a éste. No comprendía nada. Era

como si la hubieran arrojado al agua, en un embudo agitado; no tuvo más sensación que la de profundidades ruidosas, y de un gran peso.

Cuando volvió en sí, estaba en pie, apoyada en una roca, frente a un compacto grupo de hombres apretados unos contra otros en una sola masa de carne, que arrojaba sobre ella un olor asfixiante de lana mojada. Se acercaban a ella, le retorcían los brazos, la cogían por los cabellos.

—¡Zorra!... ¡Hija de puta!... ¡Perra asquerosa!... ¡Ábrela el vientre!

El coche no estaba allí. Solamente se oía a lo lejos, en el desfiladero, el galope de los caballos; ruido semejante al de la caída de piedras a lo largo de las pendientes, en las canteras. Fué suficiente para Dacha oír este lejano ruido para recobrar por entero sus sentidos, para que su corazón y su cabeza se despejasen: el camarada Badyn estaba lejos, seguía su camino. Badyn estaba indemne.

Ispanov yacía atravesado en la carretera, frente a Dacha, con un pie levantado sobre una roca (un pie desnudo, destrozado); su capote estaba amontonado sobre él. Su sombrero había rodado a sus pies. Sus cabellos, una oreja y parte de su barba no eran más que un manchón de sangre.

Un caballo relinchó y resopló, haciendo sonar el bocado, detrás de la roca. Los cosacos se lanzaron hacia allá, después volvieron de uno en uno con sus rostros cubiertos de sudor.

—¡Tenedla por aquí!... ¡Qué hacéis aún ahí, maldición!

Un gran gorro de piel y unos grandes bigotes surgieron de repente ante la roca. El hombre saludaba militarmente.

—Es una mujer, mi coronel... Una zorra que ha derribado a Limarenko. Permita usted, mi coronel, que la colguemos de ese fresno...

—¡Ya has hablado bastante; tráela, que el diablo te lleve!... A vosotros os voy a hacer colgar en su lugar, con vuestras propias manos de bandidos... No servís más que para arrojaros sobre mujeres, canallas...

El grupo, temeroso, embarazado por las escopetas, condujo a Dacha como si fuera un maniquí (ella no andaba, la empujaban, la llevaban), a través de las piedras, de los agujeros, de la hierba, y la colocaron ante el caballo, que relinchó fuertemente.

Dacha percibió el olor húmedo y cálido del caballo, sintió que manos huesudas corrían ávidas entre sus piernas, en los muslos. Las voces se mezclaban con el ruido de los fusiles.

—¡No es más que una mujer, mi coronel! Dejad que le arreglemos las cuentas...

Dacha permanecía completamente erguida, mirando bien de frente al coronel. Él la miraba también, bamboleándose suavemente sobre el caballo, recogido en sí mismo, como un toro. Llevaba un capote circasiano, un cinturón de plata adornado con colgantes, espuelas de plata, una gorra plana del Kuban. Tenía el rostro sucio, no afeitado hacía tiempo; largos bigotes que caían sobre sus labios y la barbilla; la nariz achatada, reluciente; los ojos, grandes, entre reidores e insultantes.

—¡Dejadla!... ¡Dos pasos atrás!...

Y al sentirse más ligera, libre, al desvanecerse el olor a la lana, comprendió que estaba sola entre este oficial a caballo y su banda. Miró fija

[illegible] al coronel; su pañuelo rojo había sido arrancado y pisoteado durante la lucha. Luchando con todas sus fuerzas contra el temblor nervioso que la invadía hasta las rodillas, se afirmó con todo su peso sobre el suelo.

—Rapada... ¿Comunista?

—Sí, obrera.

—¿Quién iba contigo?

—El camarada Badyn, presidente del Ejecutivo del Soviet.

—¿Presidente del Ejecutivo? ¿Qué jerga es esa?

—Hablo ruso. ¿A qué jerga te refieres?

—Mientes. Eso no es ruso. Es vuestro argot de pillos o de ladrones.

—Los ladrones no pululan entre nosotros, en la Rusia de los Soviets; los exterminamos sin piedad.

Una risa parecida a un relincho estalló detrás de ellos.

—¡Maldita zorra!... ¡Charlas como una cotorra!...

—Aguarda un poco; cuando la hayamos colgado de esta rama, le oirás cantar en otro tono...

Dacha y el coronel no dejaban de mirarse.

—¿Sois todos los comunistas como vuestro gobernador? ¿Está admitido entre vosotros abandonar a los camaradas en peligro?

—Eso no sucede nunca. He obrado por mi cuenta.

El coronel se tiraba del bigote. Sus mejillas temblaron y se hincharon. Sonrió.

—Tú misma... ¿Creíais que somos idiotas?...

—Piensa lo que quieras... He hecho lo que he creído conveniente.

El coronel, jugando con su látigo, la miraba sonriendo, con una sonrisa de ídolo oriental.

Dacha se sintió extraordinariamente confortada. Su respiración era igual, tranquila; su cabeza estaba vacía, como sin pensamiento. ¿Había sido alguna vez tan libre, sin piedad para sí misma, sin temor, tan joven como en este instante? Se turbó. ¿Por qué aquel abeto, allá en la roca, en la misma cima de la montaña (¡tan alto!, ¡tan alto!), le parecía tan atractivo? ¿Por qué veía por primera vez la atmósfera tan condensada sobre las pendientes de la montaña, y por qué esta atmósfera tenía tonos violetas? Pero lo importante no era ni el abeto ni la atmósfera: era alguna otra cosa próxima, profunda, alada, a lo que no hubiera sabido dar nombre.

—Hablas con franqueza y sin temor, rapada. Te portas bien. Es la primera vez que veo esto. Tus comunistas, cuando caen entre mis garras, se retuercen como anguilas. Puede que pienses que te voy a soltar porque eres mujer. Estás equivocada: te voy a hacer colgar ahora mismo. Oye bien: voy a hacer colgarte, no fusilarte.

—Me es perfectamente igual... Acepto el peligro...

Las mejillas del coronel se hincharon y temblaban; sus bigotes se movían como patas de araña.

—Soy vuestro enemigo mortal: comunista que cojo le mato sin piedad. Pero reconozco que te portas bien por ahora. Vamos a ver cómo lo haces en el nudo corredizo...

Y, sin separar de ella su vista, levantó el látigo.

—¡Baistriuk!

Un cosaco barbado se destacó del grupo, a grandes zancadas. Tenía un gran gorro pelado, barba que dejaba al descubierto los labios rojos, sin verla. No era más que pesadez, mutismo, docilidad.

Cogió a Dacha por el brazo; su brazo era al mismo tiempo pesado a inconscientemente. No era este brazo el que la llevaba; era ella quien llevaba este brazo, este brazo monstruoso; ella iba a caer dentro de un instante bajo la presión de este brazo.

Aquel abeto allá arriba en el cielo opaco y abrasador (¡tan alto!, ¡tan alto!); este embriagador olor de primavera; estas hojas jóvenes, reluciente por la luz nacarada, que se abren en los árboles; este arroyo que canta jugando por entre las plantas, nacarado también... Y esta pesada mano tirando implacablemente hacia abajo, hacia abajo. Dacha tenía la cabeza muy despejada, pero vacía de pensamientos; pasaban por ella oleadas de aire en lugar de ideas. ¡Y todo era tan claro, tan transparente, tan ligero! Y porque la mano que la conducía pesaba sobre ella como un cuerpo muerto, porque el abeto tan alto la atraía, Dacha había querido acordarse de algo, pero no pudo. Debía acordarse de esto tan importante, de una significación tan profunda, de esta cosa urgente... ¡Qué agradable era el aire primaveral!... El abeto parecía, en su altura, desplegar las alas sobre el abismo (¡tan alto!, ¡tan alto!)... Sí, sí, era lo esencial... El camarada Badyn estaba vivo; el camarada Badyn era un militante de valor, realmente... En cuanto a ella, Dacha, era bien poca cosa: había sido, ya no sería...

El hombre hirsuto resoplaba y se sonaba, junto a ella. Dacha no le veía, no veía más que el aire, las intensas profundidades malvas...

La cuerda rozó alguna parte, no en su cuello, sino alguna parte lejana, sin despertar su conciencia. No sintió dolor.

Sí, Glieb... Sí, sí... hacía mucho tiempo... El querido Glieb. ¡Tan grande, tan próximo, tan torpe! Pasó ante sus ojos sin despertar pena. ¡Qué lejos estaba esto!... Las profundidades malvas y los abetos, y la lluvia de fuego en los árboles primaverales... La cuerda rozó nuevamente a través de su conciencia y de nuevo una pesada mano como un cuerpo muerto empujó sus hombros.

Y bien, sí. Volvió a la conciencia bajo el cielo. Tenía ante sí una roca maciza, oscura, plana, húmeda; y, más lejos, el bosque brumoso y más lejos aún, en las profundidades aéreas, elevándose hasta el cielo, la montaña verde.

El coronel la examinó de nuevo, recogido en sí mismo, como un toro. Sus bigotes pendían, como colgajos húmedos, sobre los labios y la barbilla.

Estaba sola, ante este hombre a caballo.

—¡Te portas bien rapada!... Eso te ha salvado... Lo más fuerte es que eres una mujer... Puedes marcharte... Nadie te molestará...

Fustigó enérgicamente a su caballo. El bruto se estremeció y desapareció en dos botes entre la maleza.

3.—EL POLLUELO ENTUMECIDO

Dacha no recordaba haber sido sacada del desfiladero. ¿Se encontró con alguien, se encontró sola en la carretera, fué con miedo o ...

viendo sus últimas fuerzas? No lo recordaba. No recordaba más que una cosa, pero con fuerza, con alegría. Pajarillos grises, moñudos. Ella andaba. Los pájaros aparecían, volaban, reaparecían. Los pajarillos rozaban su frente, piaban, volaban más lejos. Es posible que esto no sucediera en el desfiladero; es posib'e que no hiciera más que percibirlos, a estos pajarillos grises, moñudos.

Y cuando el valle se abrió extensamente ante ella, con sus colinas y sus pendientes suaves y sus cañadas, Dacha se sintió sola entre estas montuosidades lejanas; Dacha vió que las lejanías brumosas, cruzadas por la carretera de polvo abrasador, estaban atormentadas por una angustia primitiva y ascendían hacia ella, inmensidad desierta, ciega, en la que ella no era más que una partícula invisib'e.

Las montañas se acumulaban detrás de ella en frontones, en rocas levantadas, en pendientes verdes; los desfiladeros abrían en ellas negras brechas, en las que dormitaban los bosques.

El desfiladero estaba desierto. Ella era ahora, en este lugar perdido, en este mutismo de las colinas cortadas por labores cuadrangulares y cultivos verdes, atravesadas por un camino de polvo, rasgadas por los cerros de las alturas, era ahora como un niño impotente, abandonado sobre la tierra completamente desierta.

El desfiladero... aquel brazo intolerablemente pesado... Sí, sí, y aquel abeto levantado en la altura lejana...

Dacha corría, cegada por el miedo, con la garganta seca, los pulmones violentados, el corazón oprimido, asfixiándose.

Los huertos de la ciudad cosaca veíanse abajo, a lo lejos, más allá de las ondulaciones de las colinas en la altura; el campanario blanco, con su negro ojo en lo alto, se elevaba sobre el amontonamiento de los huertos. Y más lejos aún, más lejanas que la cima del monte, las cumbres rocosas se perdían en la niebla.

Dacha se dispuso a subir a la colina. El poblado aparecía a lo lejos envuelto en una especie de niebla. Era oscuro, hostil, extraño; ciego, veía con ojos fieros, como los de los lobos. Veía a Dacha por este camino, la había visto en el desfiladero. La había cogido, barbudo; había puesto sobre ella su mano muerta. La había arrojado en este campo perdido, insondable. Y ella también estaba ciega, hirsuta, aterrada, con los ojos inyectados en sangre, como los de las fieras.

Una piedra hizo tropezar a Dacha, que cayó de frente, en el polvo del camino. Sintió en la rodilla un agudo dolor. Cojeando, llegó hasta el borde y se sentó en la hierba, cerca del suelo labrado.

Cielo azul. Muy arriba, muy arriba, la escarcha adornada de las nubes, a través de la cual el cielo reaparecía azul. Las lejanías, movedizas, brumosas; y el silencio, más profundo, mayor que las lejanías. Parece incluso que se oye respirar a la tierra en este silencio.

A derecha e izquierda, la hierba joven de las laderas, transparente, cubierta de polvo dorado, entre la que llamean por todas partes las florecillas jóvenes de los dientes de león, florecillas de todas clases, que hacían pensar en los polluelos recién nacidos. Estos pajarillos se mueven, corren hacia Dacha desde lejos, tan bellos, tan hermosos...

Apenas había Dacha reparado en las florecillas, la invadió la ternura. Estaba sofocada, jadeaba, con el pecho convulso. Se le escapó un

grito y las lágrimas brillaron en sus ojos. Instantáneamente le volvió la calma. Se calló, pero no pudo levantarse; sus fuerzas estaban agotadas. Continuaba mirando los dientes de lobo; escuchaba, sin pensar, el silencio del bosque.

No acertaba a descifrar si este silencio vibraba en sus oídos como un hilo tenso, o cantaba una alondra. Miraba las blancas plumas de las nubes; también allí vibraban cuerdas lejanas. Tal vez fuera la canción de las nubes; tal vez fuera la risa de las doradas florecillas...

Y, de repente, surgieron al galope, de detrás de la colina, con el estrépito de hierros que golpeaban el suelo, varios jinetes con fusiles a la espalda. Un hombre, de rostro negro y vestido de cuero negro, los precedía a rienda suelta. Dacha se estremeció y se levantó.

¡Era el camarada Badyn!

Los jinetes avanzaban hacia ella, en tromba, con un tumulto de gritos y gestos.

Dacha, gritando también, corrió al encuentro de Badyn.

El presidente del Ejecutivo detuvo bruscamente su caballo y saltó a tierra sin aguardar a que el animal se parara.

—¡Dacha!

Riendo y llorando a un tiempo, cogió con sus dos manos la mano de Badyn.

Los jinetes les rodearon, gritando todos a la vez palabras indistintas.

Uno de ellos la miró largamente, sin decir palabra (tenía un rostro musculoso, boca grande, ojos profundamente hundidos bajos los arcos de las cejas); se apeó silenciosamente del caballo y puso su mano en el hombro de Dacha.

—Aquí tienes montura, camarada. Déjame que te suba...

Dacha reía. Estrechó la mano de este soldado, como había estrechado la de Badyn.

—Gracias, camarada... Eres muy amable... Haber venido en mi socorro con todo un regimiento... El camarada Badyn es tan impulsivo...

Los jinetes les rodeaban estrechamente; los flancos de los animales se tocaban. Sus miradas asombradas estaban sobre ella. Reían. El hombre de la boca grande la colocó en el caballo, descubriendo sus dientes relucientes en una larga sonrisa; quitó en silencio los estribos a otro camarada y subió diestramente a la grupa.

Badyn se colocó al lado de Dacha. Hizo el recorrido del camino atento a sus menores gestos, sosteniéndola cuando había que franquear malos pasos o recodos, cogiendo al caballo del bocado o de las riendas. Dacha observaba sus atenciones y le sonreía dulcemente.

—¿Qué ha sucedido?—la preguntó—. Cuéntame algo...

—Nada, camarada Badyn... Me han molestado un poco, y luego me han dejado... No les interesan las mujeres...

Rió de nuevo.

Badyn la miraba, sagaz, con ojos comprensivos y una clase sonrisa (sonrisa que nadie había visto aún al presidente del Ejecutivo). Continuó al lado de ella hasta el poblado, tentando de vez en cuando la silla, que quería asegurar.

En la plaza del pueblo, delante de la iglesia y de la casa del Ejecutivo del distrito, los carros y los caballos sueltos formaban una especie de vivac; los cuernos y los rabos de las vacas se movían lentamente. También había carneros.

Los cosacos se agrupaban ruidosamente; se oían gritos penetrantes y las llamadas de las mujeres. Cabezas al aire o cubiertas con grandes gorros, muchachos que se perseguían, jugando, entre la multitud. Una voz ebria, irritada, lamentable, cantaba en algún sitio, quizá entre la muchedumbre o en el patio del Ejecutivo del distrito.

> Pajarillo entumecido.
> Miserable y desnudo

La voz no tendía a elevarse. Sollozaba, se ahogaba, pero seguía cantando, repitiendo indefinidamente las mismas palabras, como las repiten los poseídos.

Borchtchi, con su capote circasiano, el puñal en la cintura, con sus grandes ojos inquietos de asiático, estaba sentado ante una mesa, haciendo correr laboriosamente una pluma sobre el papel. Levantó la cabeza, dirigió una mirada a Dacha, sin que su rostro de caballero del Escuadrón Infernal delatara la menor emoción. Se limitó a murmurar:

—Has tenido suerte con que la muerte se haya satisfecho con tan poco por esta vez.

Badyn, con su paso pesado, como en su despacho, fué hacia la mesa. Había vuelto a ser frío y reconcentrado.

—Camarada Borchtchi, haz que llamen a Saltanov.

Borchtchi, levantándose con un movimiento afeminado, fué a la puerta.

Luego volvió a su sitio con el mismo ademán en sus movimientos. Apenas hubo entrado Saltanov, y, aproximándose a la mesa, Badyn le dijo con un tono frío, entre dientes, y mirándole fijamente:

—Camarada Saltanov, quedas relevado de tus funciones y arrestado. Mañana volverás a la ciudad con Borchtchi. A su tiempo pondré el asunto en conocimiento del Tribunal Revolucionario.

Saltanov saludó militarmente, se irgió en toda su estatura, y, mirando fijamente a Badyn con ojos que reían, abiertos, dió dos pasos atrás.

—He cumplido puntual y rigurosamente las instrucciones que había recibido del Ejecutivo de la provincia.

Badyn se volvió y miró en silencio el sombrero de Borchtchi.

—Camarada Borchtchi, tú arreglarás este asunto de modo que sea ventajoso para nosotros. La hostilidad del vecindario debe ser vencida. A tu regreso de la ciudad trataremos de todo. Salgamos a la plaza.

Y mientras iban los tres—Badyn, Borchtchi y Dacha—hacia los carros, los cosacos de grandes gorros de piel, los mujiks y las mujeres les seguían con sus ojos mudos, atormentados, hundidos en el fondo de sus órbitas. Los carros estaban allí desde hacía veinticuatro horas, y desde hacía veinticuatro horas los mujiks se agrupaban a su alrededor y por la noche se reunían en torno de los fuegos del vivac, como si fueran bohemios.

Badyn subió de un salto a un carricoche y miró a la multitud. Sus ojos tenían una fría claridad.

—¡Ciudadanos, cosacos y campesinos!

Las mujeres se agitaron entre los carricoches, cubriendo su voz con sus gritos. Los mujiks comenzaron a gritar también, como si la voz aguda de las mujeres hubiese excitado en ellos cóleras terribles. Gesticulaban, frenéticos, y sus redondos rostros parecían inflarse y próximos a estallar en las arrugas de los ojos y de la boca.

Borchtchi saltó también al carricoche, levantó la mano y gritó con voz de mando, retumbante y salvaje:

—¡Silencio, hijos del diablo!... Escuchad lo que va a deciros el presidente del Ejecutivo Superior... Pero no alborotéis así, ciudadanos... ¿O es necesario hacer tocar los tambores?...

Sus dientes rechinaron. Su voz (al fin Borchtchi era un cosaco de la ciudad, "uno de los nuestros") pasó sobre la multitud como una ola e hizo cesar el tumulto. Se vió relucir en primera fila, entre las barbas, los dientes blancos.

—Ciudadanos cosacos, acabo de arrestar al jefe de la milicia del distrito, que había cometido actos arbitrarios. Enganchad los caballos y volved tranquilos a vuestras casas. Estaréis libres de las requisas suplementarias de trigo que el Gobierno había acordado para auxiliar a vuestros propios hijos, combatientes del ejército rojo, que luchan contra los señores y los generales. Os lo digo sin rodeos. No pensamos en la guerra en este momento... No queremos más sangre que la ya derramada en los campos... Pensamos en mandar el trabajo... No es culpa nuestra, sino por desgracia para nosotros, si los señores y los generales no nos dejan una hora de reposo... No pensamos en la guerra, pensamos en la tierra. No queremos guerreros; queremos trabajadores para los campos. Necesitamos trabajo tranquilo, abonos y pastos... Las requisas... se han acabado las requisas, no volveréis a oír hablar de ellas. Llenad de trigo vuestros graneros, labrad todas vuestras tierras... El reparto de tierra... Las mercancías para las aldeas y las ciudades...

Badyn habló del impuesto sobre los productos de la naturaleza, de la cooperación, de la desmovilización del ejército rojo, del [illegible] de los artículos manufacturados, de la especiería. Y también del camarada Lenin, que había consagrado su vida a la causa del mujik y del obrero.

La muchedumbre se movía en la plaza, se empujaba, resoplaba, formando un denso rebaño a los pies de los dos presidentes. Badyn se interrumpió, adelantó la mano, quiso decir algo más, pero un clamor entrecortado por los gritos subió de la muchedumbre, en la que los mujiks y las mujeres se agitaban confusamente como en un tumulto. Racimos de manos se tendían, hombres con los rostros congestionados bruscamente iluminados por la alegría, aparecían sobre los carros.

Y cuando volvió la calma, cuando estos rostros sudorosos volvieron a su sitio, mientras rechinaban los ejes de las ruedas, Borchtchi dijo, enseñando sus blancos dientes:

—Yo te ruego, camarada Badyn, que dejes en libertad al camarada Saltanov. Se ha acalorado. Esto es todo. Tendrá más cuidado en lo sucesivo.

Badyn volvió a parecer extraño, frío y reconcentrado.

—Las querellas y las faltas de los militantes responsables deben no solamente servirles de lección, camarada Borchtchi, sino también servir a los demás... Se hará lo que he dicho. Encarga a un camarada de confianza que continúe tu trabajo. Tú me acompañarás mañana a la ciudad.

Un cosaco embriagado se balanceaba cerca de ellos sobre sus piernas torcidas. Tenía la barbilla puntiaguda, los ojos rojos y húmedos. Zarandeaba su gorro mientras cantaba con voz cascada, cansada:

Pajarillo entumecido,
Miserable y desnudo,
Has ido a pasearte
Te han atrapado,
Te han encerrado.

Borchtchi se puso delante de él en silencio y fijó en sus ojos, bien de frente, los suyos de miembro del Escuadrón Infernal.

El campesino se confundió en balbuceos incomprensibles, oscilo, titubeó y terminó por caer. Una o dos veces, sus negros dedos, contraídos, agarraron el vacío, mientras murmuraba aterrorizado:

—Vaya, vaya... Jefe... Ejecutivo... Sois nuestros padres, nosotros somos los muertos... Hijos de puercos... Vaya, vaya.

Y se tumbó a lo largo, resignado a lo peor.

Dacha pasó el día y la tarde en las casas de las mujeres. La acompañó Badyn. Los dos hablaron con las mujeres. Eran numerosas en este día de alegría. Dacha cumplió su misión. ¡Uf! Nada es más difícil que tratar asuntos con las mujeres del pueblo cosaco.

Dacha no había conocido nunca a Badyn bajo el aspecto de esta tarde. Cada vez que sus miradas se encontraban, ella se acordaba de las florecillas doradas del borde del camino. Veía en sus ojos una admiración muda, el fuego de un amor inextinguible. El no la abandonó hasta la hora de acostarse. Su atención cariñosa tenía algo de sagaz.

Dacha pasó con él la noche en la habitación del Ejecutivo, reservada a los huéspedes. (Ella no supo cómo sucedió). Compartieron la misma cama, y la fogosa sangre del hombre la reveló por la primera vez en estos años, en las horas nocturnas, el inolvidable deseo femenino.

IX

EL BROEMSBERG

1.—LAS MASAS

Glieb no veía la acción directa de cada uno; pero tenía el se-timiento profundo de un movimiento de masas musculosas rodando en avalancha delante de él, detrás de él. Removía brutalmente con la pa[la] cubierto de nudos, el esquisto y el espato que más tarde serían el c[e]mento. Y no era su conciencia, era su ser profundo el que se la[n]zaba en esta fuerza animal; no surgía en él, reventaba sobre él en gra[n]des olas a través del estrépito de la tierra, a través de las piedras y de los rieles, llegada de esta muchedumbre numerosa, hormiguero desplega-do en hileras, que gimiendo y gritando, llevando palas y martill[os] subía a las chimeneas y a los edificios de la fábrica, a las hendidura[s] de las rocas, hacia los obeliscos de la transmisión eléctrica, en lo alto.

Blancas nubes en jirones ruedan en el azul del cielo: las prime[ras] flores primaverales brillan y revolotean en enjambres entre el verdor [de] las montañas. Las zarzas se posan en movientes humaredas opalinas en[tre] las piedras y las grietas. Aquí caen—a derecha e izquierda—las mo[n]tañas, formidables cráteres circulares; allá abajo se extiende el mar [a]lado, como el cielo, ilimitado, volando más alto que las montañas, h[a]ciendo horizontes de espejismo. Las profundidas aéreas se acumul[an] entre las montañas y el mar, con la palpitación del sol.

No es esto lo importante. Lo importante son esas ráfagas de [a]bajo del hormiguero humano, subiendo como la marea. He aquí [la] masa: no se puede distinguir, ni contar, ni percibir los individuos. [Se] puede desfigurar a cada uno. Y estas muchedumbres innumerables [pa]recen, de lejos, a las adormideras de las montañas. Las blusas blan[cas] también piedras vivientes. Flotan los pañuelos rojos: las mujeres [...] azules y obscuras, juegan con la luz.

Esto era en lo que Glieb pensaba, no hacía mucho todavía: [...] que su nostalgia del trabajo quería creer.

El ingeniero Kleist, seco y nudoso, dirige personalmente, apoya[do] en un grueso bastón, el trabajo de las masas; sus auxiliares y los con[t]ramaestres se relevan sin cesar cerca de él, agotados, poniendo en [ac]ción sus últimas fuerzas, pidiendo instrucciones. Grave y encorvado a[...]

y por encima de ellos, calmosamente, fríamente, sus órdenes, apenas murmuradas.

El ingeniero Kleist es un técnico entregado a la República de los Soviets... El obrero Glieb Tchumalov se cree ahora capaz de sentir amistad hacia el ingeniero Kleist.

El ingeniero se ha detenido, con expresión concentrada, a alguna distancia de Glieb. Su atenta mirada ha recorrido varias veces el conjunto de los trabajos de la montaña. Glieb ve en sus ojos una firmeza y una emoción vibrantes.

Glieb echa su gorro hacia atrás, quita de su frente algunas gotas de sudor y descubre alegremente los dientes.

—¿Qué hay, camarada técnico? Decías ¿lo recuerdas? que sería necesario un mes de trabajo para poner en marcha esta máquina... Ya ves, es el tercer día que estamos aquí... Tienen empleo estos hombres.

El ingeniero Kleist sonrió y dijo secamente, sin abandonar su gravedad habitual, pero con cierta blandura:

—Sí, sí. Con este entusiasmo en el trabajo se pueden hacer milagros. Pero este gasto de fuerzas no es racional; el cálculo reflexivo y la división organizada del trabajo son necesarios. El entusiasmo es parecido a un chubasco: dura poco y perjudica.

—Es, sin embargo, un hecho memorable, camarada técnico... Abatimos las montañas a golpes de entusiasmo. En el desastre y la ruina hay que comenzar así. Cuando hayamos reanimado todo esto, comenzaremos a estudiar el proceso racional de la producción.

El ingeniero Kleist sorprendió en los ojos de Glieb una sonrisa retozona y tuvo un escalofrío. Se marchó, apoyado en su bastón, hacia la montaña, hacia los obeliscos llameantes de la transmisión eléctrica.

Aplanaba todo un intolerable olor de sol. Olor de piedra recalentada y de hierba calcinada. El polvo quemaba en los ojos y en la garganta.

En la montaña sonaban campanas.

Hacía bueno. Todo era vasto, iluminado. El sol estaba vivo como un ser humano. El sol cercano llenaba de sangre fogosa cada célula del cuerpo humano; y esta sangre vivía, cantaba, llena de sol.

Millares de manos sacudidas por millares de impulsos, en el clamor de las palas y de los martillos, millares de cuerpos distendidos en un movimiento unánime, como las escamas de un solo cuerpo: la masa humana... La máquina humana viviente revolviendo la profundidad de las rocas...

He aquí, más elevado, el camino de hierro, hacia las cumbres bañadas de sol. Las líneas claras de los rieles relucen sobre las traviesas hacia el abismo, hacia el fondo de las canteras; suben también muy alto, hacia la mandíbulas metálicas de las transmisiones eléctricas, hacia las ruedas que hay en los obeliscos azules. Una hora más y los cables de acero se tenderán, hilos incandescentes alargados bajo el sol; y el camino de las vagonetas—en alto, en bajo, en alto, en bajo—será sonoro como el ruido de un órgano.

Polia Mekhova, con los ojos muy grandes, la cabeza ceñida por bucles revueltos, subía penosamente la montaña, apoyada en su pala. Tropezó; él la lanzó un grito; ella se rompió en dos, ínfima, y rió.

Lokhov estaba de pie sobre la hilada de piedras, entre los c[illegible]
lones de la estación eléctrica, vestido con una blusa negra sin cinturón
el pecho descubierto, la cabeza rodeada por la llamada azulada de su
cabellos. Puesto a punto de extender sus dos brazos en un gesto de
llamada, y de gritar.

Polia, extenuada, abrumada por el sol, reía, con la pala entre las
manos y jugaba con los guijarros.

—¡No puedo más, Tchumalov!... Sostenme, soy una débil
mujer.

La asió el brazo por la espalda, apoyó su pecho en el de él. Su
respiración fatigosa se escapaba en gemidos. Se ahogaba, pero la risa le
arrancaba exclamaciones.

Gleb se apoyó en su pala, ella se apoyó en su pecho, y los dos
reían juntos a través, sin palabras, con la risa de una misma sangre. Él
sentía a través de la exuberancia del pecho femenino, el corazón de
Polia empujado y estrechado; veía en la movediza embriaguez de sus
ojos, en el fulgor único de sus dientes, que estaba dispuesta a aban-
donarse a su fuerza. Y a cada pulsación de este corazón femenino, de
este seno palpitante, a cada fulgor de estos ojos y estos dientes, oía en
el fondo de sí mismo una voz burlona:

—¡Y bien!... ¡Y bien!

Dacha pasó cerca de ellos, marchando a grandes zancadas, vigo-
rosa, con el pico a la espalda, seguida de un numeroso grupo de mu-
jeres con pañuelos rojos. El grupo no era más que gritos y risas (mu-
jeres agrupadas, vuelos de pájaros). Iban a repasar los caminos de la
transmisión eléctrica.

—Mira, ahí va mi pequeña Dacha... ¡De jefe de fila!... ¡De-
que hubo un tiempo en que no era más que una valiente mujercita!

Él la abrazó al pasar y la estrechó contra sí. Ella se soltó d[el]
abrazo y se marchó riendo.

—Ten cuidado — dijo—, camarada Mickhova; te romperé co[n]
un solo gesto... Le conozco... Defiéndete, llámame si te hace falta [...]
buen paño...

Los ojos de Dacha no eran los mismos; no tenían ya el fulg[or]
frío de ayer. Un dulce fulgor acariciador, de asombro y de alegría, p[al]-
pitaba en ellos. Pasó sin volverse, con el pico a la espalda, en su b[...]
floreciente y reidor de voces femeninas.

—Es valiente mi Dacha...

—Te ama y está celosa de ti, Tchumalov; Dacha es una verda-
dera bolchevique. Siento por ella un gran afecto. Vale lo que pesa, hay que reconocer[lo].

Arroyuelos claros jugaban en los ojos de Mickhova.

* * *

...Nunca huirá esto de su memoria. Miraba aún a Dacha, con-
movido, con una oleada de ternura que ascendía en su pecho. Es[a]
noche había hablado de distinto modo que una decena de días antes.
Ella le había relatado torpemente, avara de detalles, la aventura del
desfiladero. Mientras hablaba, le observaba; y su rostro y sus ojos
expresaban, en la claridad de la bombilla, una gran interrogación [...]

[illegible] y llena de exaltación. Y desde que Dacha dijo cómo había salido fuera del coche y cómo el soldado barbudo la había conducido a la muerte (lo dijo sencillamente, con un ligero tono irónico), Glieb había penetrado por la viva luz de estos ojos de mujer y estas palabras corrientes, sencillas, un poco torpes. No fué temor por lo que ella había pasado, ni cólera contra Badyn, ni celos; fué un dolor confuso, un sentimiento de culpabilidad ante ella, de turbación ante la sacrificada. Se turbó. Sintió profundamente, definitivamente, una cosa: que nunca, a partir de este momento, tendría para ella una palabra de reproche, que nunca la hablaría con tono de marido ofendido, ni levantaría sobre ella su mano, ni la importunaría con su cariño. Sintió que no podría hacerlo jamás. Los días vividos con ella desde su encuentro y hasta este mismo minuto, estarían en adelante envenenados por la vergüenza y el sentimiento de su propia impotencia ante ella. Esto se le ocurrió de repente, sin reflexionar, por una sola de sus torpes palabras en la que no había ningún horror ante las cosas vividas, ni gritos, ni ninguna satisfacción de sí misma. La escuchaba silencioso, temblaba sin apartar los ojos del rostro de ella. Luego se le acercó (con las manos en los bolsillos), se aproximó mucho a ella, pero sin tocarla.

—¡Dacha mía!... No somos más que granujas e imbéciles... No es a ti, sino a nosotros, a quienes hará falta ahorcar. ¡Tú eres valiente!... No se puede querer a un cerdo como yo...

Y, apartándose de ella, se tumbó en su lecho.

Y como estaban acostados, uno lejos del otro, ella en la cama y él en el suelo, Dacha removió sus ropas y preguntó dulcemente:

—Glieb, ¿duermes?

—¡Dacha, te admiro!... ¡Pero de verdad, de verdad! Cuando pienso en esa cuerda puesta en tu cuello, me estremezco, mi corazón estalla.

Ella rió bajo las ropas. Quiso decir algo, pero sus palabras se perdieron. No dijo nada y siguió riendo.

—¿Y si te dijera, Glieb, que esa noche me acosté con Badyn? Debes insultarme. Has querido varias veces darme una buena lección.

Glieb no se conmovió; esta chanza en la que descubría una inquietud y un turbado acento de verdad, no le hizo daño. La palabra le había golpeado, pero no había dejado ningún dolor. ¿Se habían quemado sus celos en estos días ardientes? ¿O Dacha había llegado a ser para él más querida y más próxima que una compañera? No tenía más que cariño para ella, para la nueva amiga que nunca había conocido antes.

—Dacha, mi cabeza parece un horno... Pienso en esa cuerda puesta en tu cuello, en toda esa trágica aventura, que tengo metida hasta en los huesos... Si esto ha llegado a ocurrir, bueno, ha sucedido. Somos brutos y tendrás derecho a injuriarme... Al ser humano es preciso tomarle ahora de otro modo. Sea... Vendrá un día en que aprenderemos a penetrar hasta el fondo del sér humano... Ahora, pequeña Dacha, me duele lo ocurrido hasta en lo más íntimo; esto es todo.

Dacha reía aún bajo las sábanas.

—¡Pues bien! Duerme... Yo, no sé... Me parece que la vida me devolverá mis días juveniles, pero por otros caminos.

Se calló un momento, se revolvió, luego elevó de nuevo la voz:

—Glieb, ¿duermes?

Glieb no tuvo tiempo de contestarla; ella saltó de su cama, sus pies desnudos corrieron sobre el suelo, se deslizó en un impulso suave junto a él.

* * *

Savchuk, al frente de los constructores, fijaba, con clavijas, los rieles a las traviesas. Su martillo, frenéticamente lanzado por la fuerza de un hombre deseoso de trabajar, caía con gran estrépito. Tenía el rostro congestionado, los ojos sanguinosos, las venas hinchadas en las manos y en el cuello, tensa la piel, apelotonada alrededor de los músculos relucientes de sudor como cuerdas de nudos tensas por el esfuerzo.

Glieb se echó el pico a la espalda y, separándose de Miekhova, subió las primeras filas.

—¡Mañana, Savchuk, sonlero del diablo!... ¡Dale fuerte!

—¡Te van... me cago en...! Ponte a la cabeza, traidor, puesto que nos haces trabajar a los demás... ¡Se encontrará fuego para la fábrica!

—¡Ah, ah, camarada! Zarandeemos a la montaña para hacerla gritar: ¡Hurra!

Tomó su pico y el grito hinchó las venas de su cuello. Y la masa humana estalló con los picos, las palas y los martillos en alto, en un clamor cortado por gemidos; la masa humana vibrante, erguida como un ejército blandiendo sus armas:

—...eah... ea-ah!

Glieb veía desde lo alto este potente clamor y este estrépito rodar como una ola viviente hacia el valle. Los hombres estaban abajo, pequeños como hormigas. Blandían también sus herramientas y sin duda lanzaban los mismos gritos.

Miekhova miraba a Glieb, extasiada.

Sujetaban, remachaban en las traviesas los últimos rieles. Los cables estaban sobre las rocas, parecidos a serpientes. Tenían vibraciones sonoras de metal tenso. Las ruedas, parecidas a alas, devoraban el vuelo eléctrico.

Soldados rojos, apoyados en sus fusiles, montaban la guardia en la garganta de la montaña. Por encima de ellos, junto a ellos, los torrentes descendían en oleadas de espuma verde. Los cascos y los fusiles vigorosos y sagaces, vigilaban allá abajo, en la otra vertiente de la montaña, las rocas y las torrenteras adormecidas.

Derrengado, congestionado, con las extremidades temblorosas, Sergio salió de la fila. Se acercó Miekhova y se dejó caer sobre las piedras.

—Y bien, querido intelectual... ¿No dirás que los frutos del trabajo comunista carecen a veces de dulzura?

Miekhova, sonriente y cariñosa, le tiraba de la manga.

El la contestó con una clara sonrisa infantil. El sudor brillante goteaba de su nariz y de su barbilla sobre las manos. Cogió la mano de Polia y la estrechó fuertemente, amistosamente.

2.—SOBRE LA SANGRE

El trabajo se acaba siempre en una tensión enervante; los últimos golpes se dan siempre con una precisión de agobio y un vigor espaciado. Y cuando el grito de alarma de Lukhava, lanzado desde la cima de la transmisión eléctrica, llegó a la masa humana, las primeras filas se confundieron bajo un estupor mezclado de terror.

El aire, desgarrado en algún sitio lejano, detrás de las alturas, parecía caer en trozos sobre el suelo. Pero el rumor del trabajo ahogaba en primer término el ruido del tiroteo. Los soldados se afanaban en la cima del monte; se les veía saltar uno después de otro, ocultarse detrás de las piedras y tirar precipitadamente, en desorden, sin ser dirigidos.

Lukhava, con las manos en alto, gritaba, agotando su voz:

—¡Tranquilidad, camaradas!... ¡Cada uno a su puesto!... Los bandidos nos atacan por detrás de la cumbre... ¡No interrumpáis el trabajo! ¡No tengáis miedo!...

El tiroteo hacía estallar la atmósfera, que caía, parecía, en trozos sobre el suelo.

Los trabajos se detuvieron repentinamente. Millares de hombres descendieron la montaña en avalancha. El pánico cundió en el centro. Algo se rompía, la muchedumbre se abalanzaba, torrente irresistible que rodaba hacia el valle con caídas, volteretas, y grupos densos. Corrían a derecha y a izquierda, aislados o en grupos, se agachaban, rodaban por racimos, se levantaban, se paraban, volvían a correr.

Glieb subió a una roca elevada y blandió su pico.

—¡Alto!... ¡Estaos en vuestro sitio! ¡Hatajo de canallas!... ¡A mí, camaradas comunistas!... ¡Tumbad a los sordos y a los poltrones a golpes de azadón!

El grupo que iba a la cabeza de los sindicatos del edificio se lanzó hacia Glieb entre las traviesas y las piedras. Otros grupos y obreros aislados le siguieron. Voces dispersas primero y luego concordantes, resonaron abajo:

—¡Alto!... ¡Alto!...

Pero a derecha y a izquierda, la muchedumbre rodaba en caídas, en volteretas, a través de las plantas y de las rocas.

Las detonaciones crepitaban. Se hubiera dicho que estallaban las piedras de la montaña.

Glieb soltó el pico y saltó de la roca.

—Savtchuk, Gromada, y tú, Dacha, bajad corriendo, poneos al frente de ellos, contened esta desbandada de rebaño asustado.

Savtchuk, Gromada, Dacha, y otros más, corrieron, como caen y descienden las piedras a lo largo de las pendientes.

—¡A mí, camaradas comunistas!... Coged fusiles, camaradas... A la transmisión eléctrica... ¡De prisa!... ¡Vamos a enviarles unas almendras!

Él fué el primero en coger el fusil. Los comunistas le siguieron agrupados, luego fueron otros obreros.

Los metalúrgicos y los electricistas continuaban en lo alto, tranquilamente, silenciosamente, su trabajo, pero fulgores de inquietud cruzaban por sus ojos.

Se pasaban unos a otros los fusiles y los cartuchos, hacían chasquear los gatillos, se empujaban con cólera, gritaban, relucían sus dientes. Las camisas chorreaban en las espaldas. El sudor que inundaba los rostros era recogido y sacudido con los dedos, enjugado con las mangas. Los no afiliados al partido se arrojaban sobre los fusiles, pero eran rechazados. Mirka, el bachero, el tocador de armónica, con el cráneo rapado, afeitado, gritaba con voz furiosa, sofocado:

—¡No vale la pena que te revuelvas tanto!... ¡No hay que poner tantos obstáculos!... Yo he esperado esta ocasión cuarenta veces, quizá. ¡Eh, pelo!

Se abrió paso con muchos esfuerzos. Se abalanzó con las dos manos hacia un fusil, enseñaba los dientes, guiñó un ojo.

—¡He aquí la herramienta!... ¡Y tiro al bulto, camarada Tchumalov!... ¡Tiro al bulto, maldito sea el diablo!...

Los obreros pasaban corriendo de un lado a otro, desplegados en guerrillas, haciendo chasquear los gatillos de los fusiles, agrupándose precipitadamente, separando otras veces.

El aire ardiente, que reverberaba en las piedras, secaba la garganta. Flotaba un olor de sol y de hierba agostada. Polia subió penosamente por las rocas hasta el lado de Glieb. El sentía muy próximos la suavidad de su espalda y el fuerte olor de su carne femenina.

—¿Por qué has venido?—le preguntó—. Hay que pensar en este juego.

—¿Por qué no había de venir? ¿Por qué puedes tú hacerlo y yo no?

—Esto ya me conoce. Pero tú tienes las piernas enfaldadas.

Polia rió con fuerza.

Soldados y obreros corrían aquí y allá delante de ellos; corrían, se paraban, se arrodillaban, disparaban. Se oía a lo lejos, muy lejos, en el mar quizá, quizá más allá de las montañas, sonar las sirenas.

—Esto son balas, Glieb... Hace mucho tiempo que no las había oído.

Glieb avanzaba, con la mano en el gatillo del fusil. Polia marchaba a su lado, también con el fusil en la mano. En su rostro no había más que los ojos, inmensos. Sus largos bucles llameaban al sol, como virutas de madera.

Glieb no era ya un obrero; había vuelto a ser, con el arma en la mano, el comandante rojo de los campos de batalla. Daba brevemente, en términos claros, sus instrucciones al destacamento: rodear a los bandidos por la izquierda, cogerles de través y arrojarlos del bosquecillo que ocupaban sobre la desnuda pendiente, de frente, bajo el fuego de los tiradores de la montaña. El mismo, al frente de dos destacamentos dirigía el combate que se desarrollaba en la altura.

—¿Oyes, Glieb? Están a nuestro lado; tiran de lo alto. Querían sembrar el pánico y destruir el Broemsberg.

Glieb no respondió. Subía osadamente por la abrupta costa, volviéndose a menudo para examinar el Broemsberg. Miekhova no le abandonaba. Había levantado su ropa por encima de las rodillas.

—Mira un poco: he aquí a nuestro mundo bien cerca... Hace mucho tiempo que se hubiera necesitado un jaleo como éste para hacer

salir de sus agujeros a todos los ratones... Esto no es nada, aun habrá que tomarse mucho trabajo para remover este mundo.

En el rostro de Polia no había más que sus ojos, inmensos.

La altura redonda llameaba. Un trípode de hierro, signo geodésico, brillaba en la cumbre con su moho esplendente.

Llegaron arrastrándose a esta cumbre, desde la que se veía desplegarse en largas cuestas, en torrenteras arboladas, en bosques, en montículos, en hendiduras, las lejanías aéreas, flotando como humareda hacia otras crestas de un azul violáceo, hacia las nubes y hacia los ventisqueros helados del horizonte.

Se tendieron al pie del trípode.

Cuando estuvieron echados, la altura desapareció. No hubo ni alturas ni límites. Pero bajo sus manos había losas y piedras. Flotaba un olor sulfuroso de hierba agostada y de cemento recalentado.

—No veo nada, Glieb. ¿Dónde están?

Polia se levantó sobre sus rodillas y se inclinó sobre el trípode. Una cuerda tensa vibró bruscamente, metálicamente.

Glieb tiró vivamente a la mujer de la ropa. Un corchete flojo cedió en un desgarramiento mudo. Polia se sentó junto a Glieb riendo.

—Has arrancado el corchete, torpe...

—¡Y tú, estáte quieta!... Recibirías una bala de la que no dudarías. No puedo oír a los peleles.

Volvió hacia ella sus ojos desmesuradamente abiertos. Luego trepó hacia el trípode.

A la derecha de la cima se levantaban, en bloques amarillos y azules, las ruinas de un muro. Restos de paredes antiguas y de mampostería desparramada. Las matas y los rosales silvestres formaban por todas partes ramos obscuros.

Glieb alargó el cuello y se aplastó sobre el vientre.

Un cosaco muy moreno, con la cabeza al aire y la mano en el gatillo del fusil, subía con paso cauteloso por entre las piedras, escurriéndose por las hendiduras de las ruinas. Cuando se agachaba y se adosaba a la piedras, parecía desaparecer, desvanecerse, hacerse invisible.

—Voy a tirarle, Glieb... No puedo esperarle.

Las manos de Polia temblaban. En su rostro no había más que los ojos, inmensos.

—¡Tira sólo o te clavo en el sitio! ¡No te muevas!

Los dientes de Polia relucieron.

Glieb se arrastró por las piedras, hacia las ruinas, disimulándose con las plantas. Polia le vió en seguida correr agachado, por entre las brechas. Se había vuelto silencioso y gris. Las piedras le hacían invisible a él también.

El cosaco se paró, se estremeció, levantó el fusil, se agachó y disparó.

¿Era el corazón de Polia el que palpitaba así? ¿Eran detonaciones lejanas, en el bosque, que agitaban así la montaña, desgarrándola en sus profundidades?

¿Habría huído o permanecía en acecho, atento? ¿Dejaría aproximarse a Glieb? ¿Le mataría?

Polia oía el castañetear de sus dientes. Apretaba sus mandíbulas has-

hacerse daño, pero sus dientes seguían castañeteando y los músculos se quejaban bajo sus orejas. Saltar. Correr. ¡Gritar con todas sus fuerzas y disparar, golpear o cargar bajo el fuego y el humo!

No oyó la detonación, pero un silbido sordo y cálido pasó sobre ella, rodando desde la montaña al abismo. Hubo ruido de piedras, como si una roca cayera hecha pedazos. Una voz irritada, una voz salvaje chilló y el grito quedó ahogado por este ruido estrepitoso de las piedras. No era la voz de Glieb: Glieb no podía gritar de ese modo. Las fieras hipaban, ahogándose, y las piedras sonaban como cristales rotos.

Polia, con el fusil en la mano, se precipitó hacia las rocas a grandes zancadas. La mancha de Glieb no había dejado huellas, pero la impresión de sus pasos quemaba bajo los pies de la mujer. La roca estalla delante de ella en menudos trozos, entre una polvareda. Trozos de piedra la dieron en el rostro, quemándole la frente y las mejillas.

Cerca de una roca el cosaco y Glieb se abrazaban, destrozándose mutuamente en un cuerpo a cuerpo de lobos furiosos. Un fusil arrojado chocó bajo los pies de Polia. Glieb, levantando la espalda, con los omoplatos distendidos y el rostro hinchado por la tensión nerviosa, arrancó el fusil de las manos del cosaco.

Este, con ojos de loco, aplastados, el rostro lleno de baba y de saliva, hacía girar el arma como hubiera hecho un oso, y veíanse sus músculos encogerse y distenderse bajo su traje. Respiraba anhelosamente, gruñía, jadeaba desesperadamente, arrastrando con él a Glieb hacia la pendiente, hacia el abismo pétreo cortado por escalones y bloques de roca. Las balas estallaban detrás de ellos en las rocas y en los guijarros, haciendo surgir humaredas y trozos.

En el instante en que Miskhova apuntaba con la culata del fusil a la cabeza del cosaco, Glieb consiguió rodearle el cuello con el brazo derecho y apretarle el rostro contra la madera del fusil, mientras con la otra mano cogió la del cosaco por el revés, por la muñeca y se la rompía. El cosaco, cuyos dientes rechinaban de dolor y de furor, gritaba y se debatía en un supremo esfuerzo. Glieb, con la carne enteramente distendida, vibrante, estrechó el abrazo. Y Polia se dió inmediatamente cuenta: un segundo más, Glieb desfallecería y los dos hombres rodarían al abismo. Perdiendo la conciencia, asestó con todas sus fuerzas un culatazo en uno de los costados del cosaco. Desfalleció y rugió como un animal castigado.

—¡No puedo más!... ¡Me habéis vencido!... Me rindo... Me habéis...

La mano de Glieb abandonó el cuello del hombre y cogió su mano válida. El cosaco miraba a Glieb con ojos apagados e inyectados de sangre, como una fiera cogida en el cepo. Sus ojos expresaban un odio mortal. Una espesa espuma sanguinolenta mezclada con saliva se escapaba de su boca y de su nariz... Gritó con los ojos desorbitados, levantó con bruscos movimientos su cabeza quemada; con la boca llena de saliva y de sangre, gritó con voz ronca, en un jadear de fiera batida:

—¡Déjame ya!... ¡No puedo más!...

Polia cogió vigorosamente a Glieb por la espalda y tiró de él hacia atrás.

—¡Suelta, Glieb!... Sirves de blanco, ¿no lo ves?

Glieb la miró, sin comprender, por encima del hombro y soltó la muñeca del cosaco. Su pecho jadeante hacía crujir la chaqueta y elevar sus hombros hasta las orejas. Llevó su mano a la funda del revólver. Fué un gesto instintivo, porque no llevaba revólver.

El cosaco, fatigado, escupió en un ronco suspiro espesa saliva sanguinolenta. Temblaba; sus labios abiertos descubrían su dientes enrojecidos; y repentinamente, encogido como una serpiente, saltó hacia la torrentera.

—¡Perros malditos, sucios; ¿creéis que se puede coger a un cosaco como si fuera un tronco de col?.... Cogedle al vuelo!....

Silbó, como en las fantasías, y de un salto se hundió en el abismo.

Glieb se abalanzó al borde de la roca y vió, durante el espacio de un segundo, rebotar el cuerpo del enemigo en las piedras, caer sobre los escalones de la roca, saltar, volver a caer, rodar de pico en pico.

La mano de Polia tiró de Glieb hacia atrás.

Inmediatamente oyó golpear las balas en las rocas, con surgimientos de polvo y piedras.

Corrió arrastrándose por el suelo hasta colocarse detrás de un montón de piedras, mientras Polia marchaba tranquilamente, silenciosa, como ciega.

Glieb, con una especie de locura en sus ojos, fué a ella de un salto, con el puño levantado:

—¡Ten cuidado!.... ¡Te voy a aplastar de un golpe, como si fueras un sapo, diablo de mujer!

Polia le miró en silencio, como una ciega, se estremeció y el cañón del fusil golpeó ligeramente su mano levantada.

—¡Baja las patas, imbécil!.... Recoge tus armas que has perdido en el camino.

Y volvió a su sitio, cerca del trípode, en la cumbre.

...Del pequeño bosque salían oleadas de tiradores, tropezaban, caían, se levantaban.... El ruido de las detonaciones, el humo, el fuego, un clamor retumbante, llegaban de allá abajo, de detrás de la cumbre, donde se disimulaba la línea de los soldados rojos.

Polia, echada de bruces, disparaba también. La culata del fusil martirizaba su hombro. El entusiasmo se desencadenaba en ella, mientras volvía a colocar la culata del arma, mientras miraba las pequeñas figuras humanas que saltaban a lo lejos, como liebres.

Recordaba confusamente que Glieb había pasado a su lado corriendo. Oía resonar sordamente en la montaña sus voces de mando.

3.—LA PRIMERA VAGONETA

Las ruedas de la transmisión eléctrica cantaban como cuerdas vibrantes; sus radios fundidos batían el aire como alas negras en las inclinaciones y en los cruces de las vías. Los cables de acero, semejante a hilos de araña, se enrollaban y se desenrollaban en los canales de las bobinas macizas. Los montadores eléctricos, los obreros, los jóvenes comunistas, Lukhava y el ingeniero Kleist a la cabeza, seguían con admiración el vue-

lo eléctrico de las ruedas. Y la música resucitada de las máquinas les encantaba.

La avalancha de las masas humanas efervescentes marchaba hacia el valle, a un kilómetro de profundidad, sobre el espato y la pizarra, desgarrados por los vientos y los aguaceros, sobre los picos de las rocas, a través de las hendiduras; bullía, lanzaba un clamor único, multiplicado en millares de voces. Oscilaba en las contracciones, de las musculaturas enmarañadas, en el esfuerzo muscular, parecido a un espasmo que sacudía el cuerpo de la muchedumbre como el de un gigantesco ciempiés. Desde lo alto de la transmisión eléctrica hasta el fondo donde se acumulaban las pirámides de piedras quebradas, la muchedumbre descendía en dos cataratas, entre las cuales se tendían, caminos de polvo y de fuego, cuatro cables sonoros, cuatro cables brillantes, tensos, de vibraciones infinitas.

Y entre estas olas humanas, abajo de todo, una tortuga de caparazón cúbico, cavada por la parte inferior, marchaba hacia lo alto, sujeta a los cables por ruedecillas que dejaban escapar un silbido aflautado:

— ... zra-aah! ... zra-aah!...

Habríase creído que se oía, no el clamor de una muchedumbre, sino una sonería de clarines en los desfiladeros de las montañas.

Una multitud desordenada de obreros que llevaban fusiles, bajaba ya los escalones pétreos de la cumbre. Los soldados habían vuelto a sus puestos, allá arriba. Estaban atentos, parecidos a pájaros vigilantes.

Glieb y Mekhova precedían al destacamento que bajaba. Llevaban tras ellos, extendiendo sobre unos fusiles el cuerpo de un camarada.

El destacamento bajó hacia las máquinas y dejó los fusiles. Los obreros tenían el rostro congestionado y manchado por el sudor. Depositaron el cuerpo del camarada, la cabeza del cual sólo era una masa sangrienta, sobre la plataforma de mampostería, a los pies de la multitud. Ésta se apretó con un concierto de gritos, alrededor del destacamento, en cálida corona. En una explosión de clamores y de risas, la muchedumbre empujó a los obreros y cogió y levantó a Glieb. Con los brazos y las piernas colgando, el gran cuerpo de Glieb fué lanzado sobre ella como un maniquí, volvió a caer sobre la multitud, cuyos clamores y risas le cogieron de nuevo y le hicieron volver a subir por encima de las cabezas una y otra vez... Otra multitud silenciosa y severa, con los rostros contraídos por el sufrimiento, se apretaba alrededor del cadáver. No se podía reconocer, en esta cabeza destrozada, que sólo era una masa de carne ensangrentada, a Mitka, al tocador de armónica de cara afeitada, que se había apoderado por la fuerza de un fusil y que luego se había unido al destacamento comunista.

Aquí mismo, entre la multitud, las muchachas de las Juventudes comunistas curaban las heridas de los camaradas.

—Han querido bailar, van bien servidos... Ahora tienen que cavar fosas, los cerdos...

—¡Ah, ah... los labradores!... ¡Les romperemos los hocicos a todos!... Las montañas mugirán como vacas.

Una voz ahogada por la alegría gritó:

—¡Los vamos a desollar!... ¡Mandadme una traílla de generales

que yo los arreglaré! Hermanitos, canallitas con zapatos y sin zapatos ¡"La Internacional"! ¡Los hemos zurrado!... ¡Eh, comadres, las mocitas auténticas, la organización de las mujeres... Traedme aquí toda la Sección Femenina para que la abrace, para que la bese, para que la...

Nuevas oleadas de gente se aproximaban lanzando vivas. Glieb fué nuevamente felicitado, levantado, proyectado por manos vigorosas, entusiastas. En seguida acudían alrededor del cadáver, con lamentos de dolor.

Miekhova se abría paso a codazos y gritaba a pleno pulmón:

—¡Camaradas, camaradas!...

No había en su rostro más que los ojos, inmensos.

El ingeniero Kleist llegó hasta Glieb y con la cara contraída por un esguince, pero conservando su gravedad acostumbrada, le estrechó la mano en silencio.

Dacha, al pasar cerca de Glieb, le puso una mano en la espalda y le miró un instante con húmedos ojos, en los que brillaba una alegría nueva, de asombro.

—¡Glieb!

—¡Dacha!

Pero ella no se detuvo, fué arrastrada por la muchedumbre.

He aquí lo esencial, las masas humanas... El estrépito del trabajo... El aéreo vuelo de las ruedas... La fábrica abría los ojos de sus focos eléctricos en la noche, y las bombillas frías de las habitaciones de los proletarios los alumbraban nuevamente. ¡La fábrica! Vibraba ya con un murmullo subterráneo por su fuerza oculta y sus ventanas miraban con melancolía, humanamente. Y las masas, que habían revertido la montaña muerta en su salvajez bajo el abandono. El Bromsberg, en el que tronaba la vida de hierro. Allá abajo, en la boca de las chimeneas, volvían a verse humaredas negras; y las tortugas aéreas volarían desde lo alto hasta el fondo, devorando la pizarra de las canteras. Las cabras... los mecheros... el rechinamiento de las pequeñas sierras en los dientes de ratón... Esto se acabaría.

Lukhava, gesticulando cerca de las máquinas, gritaba algo a los que estaban abajo.

Hubo un gran ruido de hierro: las ruedas se estremecieron y quedaron inmóviles.

Glieb bajó los escalones corriendo bajo las máquinas. Una gran vagoneta plana, cubierta de polvo plateado y sintiendo aún la herrumbre de las profundidades estaba a la altura de la plataforma.

Glieb subió corriendo, y, acostumbrado al mando, gritó a la muchedumbre:

—Llevad a la vagoneta el cadáver del camarada. Le bajaremos con todos los honores... Que vean todo... los que están abajo... Que vean todo, hasta el final...

Numerosas manos se apresuraron hacia el cadáver. Le bajaron en silencio, cuidadosamente, a lo largo de los escalones, y le colocaron en la vagoneta.

—¡Camaradas!... ¡Hijos míos!... ¡Su azadón!... ¡Y su fusil! ¡A sus lados, camaradas!... ¡A los dos lados!

Glieb, elevado sobre el basamento entre los obeliscos azules, hizo un gran gesto...

—¡Bajad!... ¡Venga!...

Y la vagoneta descendió entre el ruido de las ruedas, a lo largo de los rieles, como un pájaro desciende en vuelo planeado, en el aire.

—Oíd, camaradas!... Sacrificado en el trabajo.... en un esfuerzo unánime... Ni llantos, ni lamentos... Victoria de las manos obreras, en la fábrica... La obra es nuestra... Las máquinas y los fuegos van a volver... La gran obra de edificación de la República obrera... Nosotros mismos... Con nuestras carnes y nuestros cerebros... Nuestra sangre, nuestros sufrimientos y nuestras luchas—Estas son nuestras armas para vencer al universo... ¡Adelante, compañeros!

Comenzó el primero, con lo brazos extendidos, el canto unánime. Lo siguieron más lejos, sin concierto, en clamor.... Después más abajo, en las profundidades de las torrenteras... Y este clamor parecía desgarrar la montaña, revolcarse, extenderse en los aires.... Las montañas, agitadas, se estremecían. Y la vagoneta aérea descendía suavemente, en vuelo planeado, como un pajarillo a través de la tempestad y de los truenos retumbantes

X

EL SER PROFUNDO

I.—MOMENTOS DE CLARIDAD

Dacha y Glieb, fatigados, atravesando la muchedumbre cansada, salieron del refectorio de la fábrica a la calzada, se metieron por el bosque y atravesaron los matorrales invadidos por las vides salvajes y la hiedra asesina. Pero apenas habían pasado por entre los jóvenes robles y los chopos aún azulados, todavía ciegos, transparentes, agitados por un tumulto interior, los alcanzó Polia Mickhova.

—Tengo deseos de ir con vosotros, camaradas. Quiero estar un momento cerca de vosotros, en la tranquilidad.

Dacha y Glieb cambiaron una mirada. Algo demostraron sus ojos. ¿Pregunta? ¿Asombro? ¿Despecho? Ni gestos ni palabras. Nada lo expresó.

Dacha tendió la mano y cogió a Polia por un brazo.

—No has estado aún en nuestra casa, camarada Mickhova. Pasamos la vida juntas trabajando sin saber cómo vivimos en nuestras propias casas...

Sacudió sus bucles que se engancharon en una ramita. Lanzó un grito, se paró, rompió a reír. Cogió con sus dedos la ramita desnuda, cubierta de liquen, la examinó y la olió con una alegría curiosa.

—¡Qué hermoso es aquí! Hacía mucho tiempo que no había visto el bosque. Huele a tierra fresca y a humus. Este olor amargo y dulce es el de los brotes y de la savia. ¡Cuánto tiempo hacía que no había venido por aquí! Es como si estuviera en la infancia... Es como si en este bosque, en lugar de sentir lo interno, se viera lo exterior... Hace un poco de daño, de tristeza. En el trabajo, en la montaña, no sentía ninguna tristeza; pero aquí, estos robles jóvenes y este olor a primavera me trastornan... Sin duda no debo abandonar el trabajo por la naturaleza... Déjame dar el brazo a tu marido Dacha; es bastante fuerte para nosotras dos... Somos débiles mujeres...

Charlaba como una chiquilla, jugando con las ramas, riendo, estremeciéndose nerviosamente, conmovida, oprimida, queriendo decir algo grande, serio; quizá con deseo de llorar, de quejarse, de abandonarse por entero a la turbación de su emoción. Corrió hacia Glieb, le cogió del brazo e inclinándose hacia él miró a Dacha.

—Dacha, ¿no eres celosa?

Dacha, sonriendo, la miró amistosamente.

—¿Querrías, camarada Mickhova, que te arrancase el moño? Si lo pellizcas, no tendrás necesidad de dudar de su fuerza.

—¡Oh, ya lo conozco!... Sólo su cuerpo a cuerpo con el cosaco de la montaña.

Gleb sintió que el brazo de Polia oprimía el suyo contra el pecho firme, suave y cálido de la joven. Su pequeña Dacha y Polia, la de los bucles rubios. Las dos mujeres se atravesaban en su corazón como dos... que se encontraban, como grandes vaharadas calientes. Dacha tan alta y tan próxima, tan difícil de comprender y de dominar. Y Polia, débil muchacha llama que la inquietud y la veleidad hacían temblar. Apretó contra sí los brazos de las dos mujeres y rompió a reír.

—Veamos... Subíos las dos a mis brazos... Os llevaré bien hasta casa.

Dacha le dió un codazo y levantó la cabeza, diciendo en alta voz:

—¡No te envanezcas!

—¡Al diablo!... Sentíos... Convertidas en militantes, ¿os imagináis quizá que no hay más que mujeres? Sentaos.

Llamas alegres iluminaron los ojos de Polia; una clara risa hacía temblar sus cejas.

—Siéntate, Dacha... Impídele andar... Ha llevado hoy un buen día, no irá lejos.

—Vaya, sentaos.

Extendió los brazos, se inclinó y cogió a las dos mujeres por debajo de las caderas.

Las dos, con un solo gesto, le pasaron los brazos alrededor del cuello, gritando y riendo, y sus codos y sus dedos se estrecharon. Gleb sintió crujir sus rótulas, la sangre ascendió a su cuello y a su rostro, pero siguió andando con su firme paso regular, haciendo crujir los guijarros bajo sus botas y llevando a las dos mujeres como dos juguetonas chiquillas.

Dacha saltó la primera. La risa la hacía jadear. Polia, más len... se apretó a hurtadillas contra él, con su pecho y sus bucles.

—¡Qué! ¿Tenía razón para envanecerme? ¡Sois tercas!

Las dos tenían los senos llenos y suaves. Pero Dacha, tan pró... ma, era distinta; y Polia, extraña, era distinta también.

El sol se ponía ya: se extinguía tras las lejanas cumbres; y por en... cima de sus cabezas el cielo era espeso, grueso, azul. Aparecía, por encima del sol, de una obscuridad opalescente. Las montañas, m... próximas, parecían descender desde las cumbres, en torrentes fríos de hierro y de cobre hacia las rompientes y las terrazas de las canteras. A la derecha, del otro lado de las cuestas, a lo largo de la abrupta cresta, el Broemsberg trazaba una línea amarilla, parecida al surco de un arado.

Las sombras violetas de la tarde, cubiertas de polvo, flotaban en el desfiladero a lo largo de los despeñaderos, que hubiérase creído ser los de un cráter. Franjas y manchas llameantes se encendían aún, suavemente sonoras por la caída de las piedras, en las crestas y en las vertientes de las alturas. Pero aquí, en las azuladas telas de araña de los mato... rrales, en este lugar desierto, en este sendero borrado por la hierba...

silencio crepuscular era espeso como el agua. Se desplomaba sobre la tierra, sobre la frondosidad adormecida sobre el bosque y sobre la torrentera, en la que tintineaban los cascabeles de un arroyuelo. Las piedras estaban allá, al fondo, vivas como tortugas, y el agua jugaba, negra, con reflejos azules. Estas tinieblas del valle, cargadas de los agrios olores de la tierra primaveral, de las hojas en la víspera de la eclosión y de los hinchados brotes, exhalaban el aliento de las profundidades del suelo, de las raíces y de las profundidades aéreas. Y sólo se veía brillar, como antorchas anaranjadas, entre el follaje transparente del ramaje, las cimas de las chimeneas de mampostería. La "Colonia Obrera" cegaba los ojos con el reflejo de incendio de sus cristales. Esto era en lo alto; abajo, al pie de la montaña, las casuchas humeaban y desaparecían en el claroscuro crepuscular.

Estas dos mujeres (Dacha, la suya, distinta; y Polia, extraña y distinta también) estaban igualmente próximas, cruzándose en el corazón del hombre como olas que se encontraban, como grandes vaharadas calientes.

¿Cuál de estas dos sería la primera en refluir de su corazón? ¿O, entrecruzándose, se irían una y otra para siempre en direcciones opuestas?

—Sí.... Lo que he vivido hoy, no lo olvidaré nunca.

Glieb vió en las amplias pupilas de Polia la significación oculta de estas palabras. Comprendió que un vínculo profundo, un nuevo vínculo perturbador, se había anudado en la sangre entre él y Polia, a pesar de ellos, allá, sobre la cumbre, al borde del abismo, bajo las balas.

Glieb guardó silencio como si no hubiera entendido las palabras de Polia. Dacha le precedía algunos pasos, quebrando las ramas negras.

—¡Qué aire tan hermoso, camaradas! ¡Es de una suavidad de miel! Esto no será pronto más que verdura y flores.

¿Por qué Dacha se había separado de ellos? ¿Lo había hecho expresamente? ¿Se había dado cuenta de su vínculo secreto? ¿Quería hallarse sola en esta suavidad crepuscular, ebria de primavera?

—Has dicho bien, Dacha; no estamos cercanos unos y otros más que en el trabajo; vivimos como extraños, humanamente, en el fondo de nosotros mismos. Es una de nuestras penosas contradicciones. No somos más que militantes. Pero apenas nos rozamos sencillamente humanamente, enceguecemos, nos replegamos en nosotros mismos. A nada tememos como a nuestros sentimientos. Basta mirar los ojos de cualquiera; son fríos, apagados, metálicos. Estamos encerrados bajo llave; durante el día cerramos nuestro ser interior, y por las noches, nuestras casa.

—Hablas como una señorita sentimental, camarada Miekhova. Ciertamente, no tenemos tiempo de ocuparnos de las cosas del alma. Las gentes pueden esperar, camarada Miekhova; pero el trabajo, si uno se hace el remolón, pasa por delante de nosotros y ya no se le alcanza.

—Así es... es lo que se dice siempre.... La mayor parte de entre nosotros sufre en el desamparo, pero temen decirlo porque tienen miedo de las burlas, de las miradas despreciativas y del reproche de falta de firmeza en sus convicciones. Pero ¿qué significa aquí la firmeza en sus convicciones? Se sufre, y esto es todo....

Dacha seguía separada de ellos, rompiendo las ramas, que dejaban

[illegible] un pequeño nudo, como el grito de un pájaro. Glieb, con una [illegible] por su rostro por los rubios bucles de Polia.

—Tus [illegible] Dacha, camarada Mekhkova. ¡Qué no le [illegible] Dacha! La ha atacado de frente y de costado [illegible] con los dos hombros.

[illegible] a esta pequeña [illegible] el suelo con los dientes [illegible] de lejos aflacia sus dientes [illegible] Mekhkova; es tan tierno como [illegible]

Dacha cumplió [illegible] camarada Mekhkova.

—Glieb se va pronto a pagar a los desposados [illegible] tiempo [illegible] por el sendero hacia la callejuela. El sol era purpúreo

Ascendió por el sendero hacia la callejuela. El sol era purpúreo y [illegible] sobre las cimas lejanas, que, negras y agudas, parecían como sangre. [illegible] un incendio de fuego. La ciudad se dibujaba [illegible] como si fuera un incendio en estas calles, obscuras, yendo desde los [illegible] bajo las montañas en estas calles sobre las cuestas y cayendo en los [illegible] hacia los abismos, extendida sobre las cuestas y cayendo en los muelles hacia los abismos. Entre los muelles y los más bloques de piedra y en los desfiladeros: las velas negras y rojas [illegible] el mar sucedía ascendía en [illegible] Los edificios y las torres de la fábrica [illegible] destacaban [illegible] como glaciares inatacables, cerrados en un pesado silencio, como glaciares inatacables.

[illegible] en este instante muchas preguntas dolorosas [illegible]

—¡Me [illegible] en este instante... Entramos en una fase de [illegible] mundos! La nueva política económica... Entramos en una fase de [illegible] sus contradicciones y todo el mundo pone cara de no apercibirse de ello. Estoy siempre inquieta y espero que suceda algo terrible.

—¿Por qué, camarada Mekhkova? Necesitas reponerte; eso no va contigo: el jardín está usado. Ven a tomar un poco de agua hirviendo con nosotras y luego te acompañará Glieb a tu casa.

Polia dirigió a Dacha una mirada asustada, de loca, y se dirigió con rápido paso hacia la brecha del muro.

Dacha la siguió largo tiempo con la vista. Una sonrisa irónica [illegible] acariciadora brillaba en su rostro.

—Buena muchacha... e inteligente... ¿Pero qué mosca le ha picado? Si quieres, Glieb, ve a acompañarla; la has llegado profundamente al corazón...

—¡Dacha! No tengo ganas de entrar en la ciudad ¡y que el diablo la lleve! Vamos a la montaña a sentarnos y a respirar un poco.

—¡Buena idea...! Vamos a la fuente.

Glieb se extrañó: por primera vez Dacha le cogió del brazo y, juntas las manos, le acompañaba; gentil compañía. Iba silenciosa, y Glieb la sentía turbada. Ella hubiera querido decirle alguna palabra, pero ¿cuál? Puede que fuera de las que sólo se habían dicho en los primeros días de amor; quizá fuese de las que aun no se habían dicho nunca. Y Glieb callaba, esperando de Dacha esta palabra.

Subieron a lo largo de los cercados y de las cabañas, por los [illegible] jarros y los resaltos de las rocas. La fuente estaba muy en alto, encima de la "Colonia Obrera". Unas conducciones llevaban el agua hasta la ciudad obrera, donde era repartida por tuberías al laboratorio, a los [illegible] libres, a los edificios.

Rodearon montones de piedra y una galería abierta en la montaña, cerrada por una puerta herrumbrosa, que tenía un candado; esta puerta herrumbrosa, y esta entrada a las profundidades de la montaña, obstruida por un montón de piedras, espantaba como un antiguo santuario lleno de secretos.

Llegaron a una ancha y larga plataforma de mampostería, sonora bajo las pisadas, de una sonoridad de campana, en la que cantaban ciertos ecos en alguna parte de su interior.

A sus pies, los rojos tejados de las casas se agrupaban alrededor de la chimenea; después se veían los edificios y las cimas de la fábrica, y más lejos, más abajo aun, la bahía violeta, fruncida, a lo largo de la costa, por espirales de espuma. Más allá de los muelles, el mar se elevaba, globo inmenso, y el horizonte dominaba las chimeneas y las cumbres lejanas; y este horizonte lejano no se diferenciaba del cielo.

Agrupados o aislados, los obreros seguían los caminos entre la fábrica y la "Colonia Obrera". Se veía más allá del muro de la fábrica correr una muchacha, agitando sus bracitos por el camino claro que cortaba el declive obscuro de la montaña.

Dacha se sentó en la plataforma y con sus manos callosas, causadas por el trabajo cogióse las rodillas.

—La Camarada Miekhova se pasea... Es graciosa la camarada Miekhova; hay días que no se la doblaría con unas tenazas, y en cambio, otros tiembla toda como un rosal. Tengo miedo de que le suceda algo. ¿No has observado cómo se acerca a ti? ¿La rechazarás si se acoge a tu corazón?

Glieb, estupefacto, se tendió cerca de Dacha y sólo vió en su rostro una sonrisa. ¿Qué tenía? ¿Quería probarle? ¿Tenían sus palabras un sentido oculto? No supo responder; no supo si debía o no enfadarse. Ella había adivinado su emoción, había percibido en sus miradas furtivas, en sus sonrisas y en sus movimientos, el reflejo de Polia, el reflejo de las chispas que jugaban sin jamás extinguirse en las pupilas y en las cejas de la joven. Dos grandes oleadas se habían encontrado y se entrecruzaban en las palpitaciones de su corazón.

—Veamos, Dacha... ¿Qué buscas en los pequeños rincones? Tiras lejos el anzuelo, en las aguas profundas...

Dacha levantó la cabeza y sonrió (¡tenía una sonrisa femenina!) sin mirarle.

—¿He hablado con palabras obscuras? Digo las cosas como son; lo demás es cuenta tuya. ¿No has sido libre con respecto a las mujeres? ¿No somos nosotras, Miekhova y yo, mujeres una y otra, iguales?

—¡Vete al diablo!... Realmente, no sé que contestarte.

—¡Ah, Glieb! Verdaderamente no eres malicioso... Cazurro, pero no malicioso. Débil y falto de rectitud. ¿Te he reprochado tus amoríos? ¿Y te imaginas que te pediría permiso para seguir mis deseos de mujer si tuviera algún deseo?

Estas palabras llegaban dolorosamente al corazón del hombre, y no tenía nada que contestar. Dacha era tan nueva, tan fuerte en su verdad, que no podía ya imponerla su capricho, que no encontraba palabras que oponer a las suyas. Y ahora, por primera vez (¡maldito desfiladero de la montaña!) sentía que él también estaba transformado, que no era ya el hombre del día anterior; como si toda su sangre hubiera ardido, como si un trastorno se hubiera producido en su cerebro. Entonces, con un dolor inexpresable que superaba a su abatimiento, su alma iba hacia Dacha conducida por un amor sin límites, no a la mujer, sino al ser humano cercano a todos. ¿Qué hubiera sido de él si ella hubiera

pensado en este día en que, no pensando en ella, él no vivía, él no sentía más que en la fábrica, en las máquinas, en los talleres?

Ella estaba allí toda entera, y toda entera salida de la mujer de otro tiempo... Pero si la mujer de hoy había estado en ella antes, para los ojos del hombre estaban ciegos: él no era más que un macho.

¡Y qué juventud tumultuosa en ellos, la otra noche! Él no la había llevado a su lecho, haciéndola daño, venciendo sus manos; había venido ella misma, desnuda, a abrazarle fuertemente...

El agua jugaba bajo la plataforma de argamasa, cantando como los grillos, haciendo vibrar cuerdas lejanas, y era la respiración viviente de algo grande en el vacío, debajo de ellos. Estos suspiros y las vibraciones de estas cuerdas parecían crecer, flotar en el bosque, por encima del bosque, antes de huir dulcemente hacia el crepúsculo violeta del valle.

Todo era ahora profundo, inmenso. Las montañas no tenían ya sus crestas de piedras y rocas, no eran más que espesas humaredas, y el mar, escalonándose hasta el infinito, no era el mar, sino un abismo azulado; en esa altura por sobre la fábrica, con la fábrica, el hombre y la mujer eran llevados sobre el fragmento de planeta por encima de los abismos, por debajo de los abismos, en un vuelo insensible a través del infinito.

Glieb posó su cabeza sobre las rodillas de Dacha y levantó la vista hacia su rostro y el cielo malva. Este rostro, de mejillas de una piel aterciopelada, era también malva y los ojos expresaban una sorpresa y un pensamiento maduro aún no determinado.

Un dolor asaltaba, sin embargo, al hombre... Ella, su Dacha, su mujer... Y en este dolor había una idea: no podía matarla, había llegado a ser más fuerte que su mano: inaccesible para siempre.

—Aquí, sobre estas cumbres, bajo este cielo, da gusto tener la cabeza sobre tus rodillas, Dacha. Nunca habíamos sido tú y yo tan viejos amigos como en este instante. Cuéntame, pues, cómo has guardado sin mí tu cuerpo y tu cerebro y lo que te ha sucedido...

Una claridad rasgó la atmósfera, las tinieblas violetas se iluminaron encendidas hasta el cielo.

Glieb se apoyó en el codo y miró largamente los edificios, las montañas, las pendientes llenas de huertos; por todas partes había luces que volaban y caían en constelaciones, como grandes y pequeñas estrellas. Una ola de entusiasmo reventó en el pecho del hombre, en ríos de sangre. La emoción profunda le oprimía... ¿Qué era aquello? ¿Qué era esta angustia en su garganta: lágrimas o alegría?

—Mira, Dacha... Esas son nuestras manos y nuestro cerebro. Golpearnos, luchar y edificar nuestros destinos... ¡Ah, pequeña Dacha, todo esto es nuestro... nuestro! Sea... Deja mi cabeza sobre tus rodillas y habla... Aunque para mí nada es tan terrible y tus historias tan espantosas, escucharé el relato como si fuera un cuento.

Dacha llevó de nuevo la mano a su pecho. Estaba turbada. Glieb oía palpitar su corazón con grandes golpes sordos.

—Bien, sea... Ahora se te puede golpear también con las palabras. Antes no se te podía decir nada... ¡Eras tan violento, Glieb! ¡Eras tonto!

2.—NACIMIENTO A LA FUERZA

He aquí lo que ella contó de sí en esta tarde malva:

—Habiéndose repuesto Glieb de los golpes en el granero, entre las arañas y los ratones, partió una noche hacia la montaña; en ella, en la malezas y en los desfiladeros, se atrincheraban los verdes.

Comprendía que Glieb se separaba de ella quizá para siempre y que ella se separaba a sí misma de él, como de un muerto. No fué con él hasta el umbral, no le acompañó más que en las tinieblas de la habitación. Sollozaba sin ruido, sin gritos, no pudiendo separarse de él, del hombre amado al que había entregado su alma. Y cuando desapareció en la noche invisible, a paso de lobo, ella no encendió la luz; quedó también invisible en las tinieblas, con su hijita Niurka, indeciblemente atormentada hasta la hora en que el alba puso en las ventanas sus primeras nieves fundidas. Entonces se metió en el lecho con lágrimas de dolor, desolada, con su hijita apretada contra su corazón, y los días y las noches pasaron, atormentados, brumosos, ante las cortinas de la ventana.

Fué arrancada de esta existencia que no era vida, en la que no habia días ni noches, tan repentinamente como había entrado en ella.

Con un gran ruido de pasos, de soldadesca excitada, de culatas de fusiles que golpeaban el suelo, de revólveres prontos a disparar, varios oficiales entraron en la casa, la rodearon y varias voces gritaron:

—¿Dónde está tu marido?

Se estremeció por primera vez porque temblaban las paredes, porque el sol se ocultaba bajo sus pies. La pequeña Niurka, asustada, comenzó a llorar y se retorcía en sus brazos.

—Dí, ¿dónde está tú marido? Sabemos que ha estado aquí. No pongas cara de inocencia. No te hagas la tonta.

—¿Sé yo dónde está mi marido? Vosotros lo sabéis mejor que yo... Os le habéis llevado, y lo que habéis hecho con él no me lo habéis dicho. ¿Qué venís a buscar ahora en mi casa?

No lloraba. Pero estaba morada, con los ojos transparentes como bolas de cristal. Niurka lloraba y se apretaba fuertemente contra su corazón.

Un oficial joven, casi un muchacho, anguloso, inquieto, se sentaba y se levantaba, fumaba y arrojaba sus cigarrillos, sin quitar la vista de la mujer, sin cesar de repetir las mismas palabras:

—No mientas así.... con ese aplomo.... Tú lo sabes, lo sabes... lo sabes muy bien; no te me escaparás.

Se interrumpió y dió un puñetazo en la mesa.

—Vas a ser detenida ahora mismo y te fusilaremos en lugar de tu marido. Habla, y no pretendas engañarnos.

Ella permanecía inmóvil, inquebrantable, y respondió:

—¿Qué es lo que yo sé? Podéis matarme. Vosotros debéis decirme dónde está. ¿No véis que estoy completamente sola? ¿Por qué me atormentáis?

El oficial permaneció callado un instante y miró de nuevo fijamente a Dacha. ¡Vió el sufrimiento en sus ojos febriles, traspasados de

parte a parte! ¿Creyó oír en los gritos de la niña un reproche oculto? Se levantó bruscamente.

—Registrad con atención toda la casa. No dejéis de observar el menor detalle.

La anduvieron entre dos soldados barbudos y estuvieron hasta la madrugada registrando la casa, todos los rincones, los escondrijos, los agujeros, entre las ropas.

—¡Se ha escapado a tiempo el bribón!

Luego, al alba, los soldados, cansados, sudando, agotados por un trabajo inútil, la condujeron con Niurka a la fábrica. Permaneció en una cueva, entre gentes enloquecidas, invadida por la fiebre que produce la espera de la muerte, sola consigo misma, hasta el mediodía. ¿Quién de entre esta gente le habló y de qué? No se acordó después de nada, por[illegible] A mediodía la sacaron de la cueva y el mismo oficial [illegible] una mueca [illegible] la miró de nuevo fijamente:

—¡Vaya!... ¿dónde está tu marido? ¡No seas terca! No te dejaremos en paz hasta que lo hayas dicho... Si está en lugar seguro ¿por qué [illegible] ocultarlo? No seas terca, que el diablo te lleve. Es inútil.

Repitió sin lágrimas, desfallecida, agotada moralmente:

—¿Qué puedo saber yo si vosotros os le llevasteis? Decidme vosotros cómo le habéis torturado y asesinado.

Alguien gritó detrás de ella:

—¡Que la lleve el diablo! Déjala, coronel... ¿No ves que está loca de miedo?

Pero los ojos del coronel brillaron. Dijo maliciosamente, con voz silbante:

—¿Sabes, pícara, que tu obstinación hará que te fusilemos en el lugar de tu marido? No insistirás en llevar hasta el final tu papel de hacerte la tonta.

—Pues bien, disparad... ¡Y después, qué!... ¡Y después, qué!...

Le pareció a él que no era ella quien hablaba, sino alguna otra persona que temblaba en ella como una cuerda vibrante.

—Le habéis martirizado y no está aquí.... Martirizadme a mí también... A mí y a mi hija... A mí y a mi hija...

Cuando recobró su conciencia—fué como si el sol hubiera arrojado sobre ella un raudal de luz—se encontró en la calle incendiada de sol. La fábrica estaba ante ella, más lejos, más alta que la ciudad obrera; divisaba el rojo tejado de la casa en que su habitación estaba vacía desde la noche.

Vivió sola. Se unió a Motia Savtchuk, y pasaba con ella los días en su casa. Los días y las noches no eran turbados ya: los días florecían de sol, y las noches de estrellas. Y cuando se sentaba en el umbral de su casa a contemplar las estrellas, a escuchar el murmullo de los arroyos entre las rocas, pensaba en Glieb. ¿Dónde estaba? ¿Vivía? ¿No volvería nunca de lo ignorado?

Por el día, cuando las montañas se fundían hasta sus cumbres en la luz deslumbrante, Dacha se sentaba, como siempre, en el umbral de la casa y repasaba la ropa. Niurka jugaba a sus pies, con un gatito, en el piso de cemento del patio. A lo lejos, por encima del mar, detrás de las arcadas de la fábrica, las gaviotas desplegaban sus blancas alas

Un soldado bigotudo que llevaba bandas en las piernas pasó (pasaba a menudo por delante del cercado). Se aproximó a la cerca, apoyó en ella su pecho (se aproximaba así, mucho, cuando lanzaba sobre cualquier mujer sus ávidas miradas) y la llamó a hurtadillas con una voz severa, desacostumbrada.

—Dacha, no saltes como si fueras una gata. Estate quieta. Hay noticias de Glieb; he dejado caer un trozo de papel. Volveré a la noche, no tengas miedo.

Marchó. Ella se fijó solamente en que tenía los bigotes y las cejas como de estopa.

Su primer movimiento fué el de lanzarse desde el escalón hasta la cerca, pero el soldado había vuelto la cabeza; las cejas de hilo de estopa le caían sobre los ojos. Ella comprendió que debía esperar a que él hubiera descendido la colina a grandes zancadas, y con el corazón a punto de estallar por el aflujo de sangre, y los ojos bordeados por un círculo rojo, hizo un supremo esfuerzo de voluntad para llamar dulcemente a Niurka.

—Ven en seguida adonde está mamá, hija mía... ¡Más de prisa, más de prisa!... Coge ese papel, ahí, y dáselo a mamá... Así... Ven a los brazos de mamá con el papel... ¡Más de prisa!... ¡Más de prisa!...

Y la niña—como un polluelo que picotease—cogió el papel y—como un polluelo saltarín—corrió hacia Dacha.

—¡Toma, mamá, toma!...

La niña se echó sobre las rodillas de la madre, jugueteando con las piernas.

Nubes rojas se acumularon en los ojos de Dacha. Su corazón estallaba.

Leía en el papel palabras sorprendentes, palabras con la letra de Glieb. (¿De quién podía ser esta letra, sino de Glieb?).

"Dacha, estoy sano y salvo. Guárdate bien, guarda a la pequeña Niurka. Rompe en seguida este papel. Iefim el bigotudo, te contará todo."

¡Glieb, querido Glieb amado! Puesto que estás vivo, sano, en salvo y valiente, Dacha también será fuerte y cuidará de su vida.

Iefim el Bigotudo vino por la noche, llevando con él el olor de los bosques y de las montañas, y pareció a Dacha que este olor no era el del bosque, sino el de Glieb. Dacha estaba sentada cerca del mensajero, en las tinieblas de la habitación, no lejos de la ventana (las estrellas goteaban en el cielo), vibrante de alegría y de amor por Glieb. Y el Bigotudo habló con una voz ronca, como un murmullo, que olía a tabaco fuerte. Sus manos jugaban con un revólver, y tales palabras venían del fondo de él, que Dacha le comprendía apenas.

—Procura comprender, Dacha, el primer golpe. Primer golpe: Glieb ha llevado sus piernas a través de las líneas de los blancos hasta el ejército rojo. Si tiene buen estómago, le irá bien. ¡Si se hace descubrir, buenas tardes! Pero no se trata de él.

Dacha, temblando, balbuceó:

—Entonces puede... puede..., di... díme, camarada Iefim... ¿Puede perecer en esa vida errante? Entonces está solo entre los hombres, como entre los lobos, solo.

—Segundo golpe: no se tratá de él. El segundo golpe es una palabra para ti, una palabra de Glieb. Escucha, despabílate. Los tiempos son duros. No me perderás de vista. Serás nuestra compañera, una verde. Somos los verdes. Aquí, soy yo quien habla, y Glieb también con una sola alma. Procura comprender. No es a Glieb a quien debes, sino a toda la comunidad de los verdes. Yo estaré en todas partes a la vez. Tú albergas a los verdes, que son todos viudos y todos buenos diablos. Entra en la cooperativa de la fábrica para servir en el avituallamiento. Nosotros arreglaremos eso, no será difícil. Esto es todo. ¡Amén! No me acompañes hasta la puerta, quita solamente el picaporte.

—¿Y mi hija, mi pequeña Niurka?...

—Confíala a una buena mujer. No se separará de ti, como si fuera un gorrión. Di en seguida lo que tengas que decir.

Dacha seguía temblando y no sabía decir con firmeza, con toda su alma, la palabra que hubiera querido. Solamente dijo:

—Quizás, camarada Iefim, Glieb camina ahora solo en la noche... Quizá le acecha la muerte... Si esto le ocurre, que me suceda a mí también... Seguiré el camino que sigue mi Glieb...

Iefim sonrió en las tinieblas y su mano acariciadora golpeó suavemente las rodillas de la joven.

Se marchó sin ruido, como si no hubiera venido, como si sólo una sombra hubiera pasado, una sombra, un sueño.

Dacha se estremeció de nuevo, pero fué algún tiempo después, en el curso de sus largos días de trabajo incesante.

Había confiado a Niurka a Motia, a la que entregaba una parte de sus raciones. Era una buena mujer Motia, una buena compañera, que cuidaba bien a la niña.

Comenzó a trabajar en la cooperativa, distribuyendo el pan en los hornos. En determinados días llegaban desconocidos con papeles y cogían sacos de pan "para los obreros de las canteras."

Las mujeres, "las viudas de los verdes", eran una media docena. La mitad vivían de pequeñas especulaciones, gritaban contra sus maridos y se unieron bien pronto a otros hombres, olvidando a los desaparecidos. Las otras tres, sin trabajo, lavaban, para poder vivir las ropas de los oficiales; y por la noche recibían a soldados y a ingleses, que les daban algunos víveres. Dacha hizo con ellas un pequeño grupo y les dió trabajo: ir a la ciudad, a la montaña, a llevar a los verdes, trajes, calzados y toda clase de papeles.

Eran: Fimka (una recién casada, cuyo hermano, Pedro, estaba con los verdes), que tenía un delicado aspecto de señorita; Domakha una gran mujer huesuda y roja, que tenía tres revoltosos chicos, y Lisaveta, una gran mujer sin hijos, de senos altos y mejillas rojas (esto era en los tiempos de hambre). Fimka, sometida a su suerte, no se rehusaba nunca a un hombre, y jamás rehusada partir su pan con una mujer; Domakha sólo era ruín, dispuesta siempre a vengar su infortunio en los demás. Lisaveta, reconcentrada, inaccesible por el día ante las gentes. Dacha reunía a las tres. No pasaba con ellas más que sus ratos de ocio.

Iefim el Bigotudo venía por las noches y la golpeaba suavemente las rodillas con la culata de su revólver.

—Recibe esto, camarada con faldas, es un buen golpe; calla, y buenas noches. Guarda bien la lengua entre los dientes... Es lo más maldito de la carne humana.» Si te cogen, por ejemplo, y si te tientan, muérdete la lengua y pártela, y que ni los mismos ojos designen a nadie. Enciérralos en ti... ¿Comprendido? La lengua no levanta las montañas pero puede hundirlas...

Fué su primer maestro, su maestro verdadero.

Esto duró un año. Y este año enriqueció a Dacha con una gran experiencia de artimañas y de vigor. ¡Tenía buena escuela! Las mujeres compartían su fuerza, ella era su guía.

Pero al finalizar el tercer año, Dacha sufrió una tercera conmoción. Fué a partir de estos días cuando sus cejas se unieron sobre su nariz y sus ojos adquirieron un borde como de cristal.

Cuando una mañana estaba en el despacho, cerca del pan, ante la gente que guardaba cola—era una hermosa mañana tónica y azul, inflamada y perfumada por el otoño—entraron unos oficiales armados con fusiles, apartaron a la gente a empujones y se la llevaron. Las gentes, espantadas, huyeron a sus casas. La sentaron en un camión automóvil entre oficiales, y la condujeron a la ciudad, donde ya había estado encerrada con su hijita. La encerraron en la misma cueva. Había allí hombres acurrucados y tumbados en grupos, como entonces; y, como entonces, fueron extraños para ella, sumido cada uno en su propia desgracia.

Pero Dacha era otra. Había corrido muchos peligros y estaba preparada. Había pensado mucho en sí misma, en defenderse contra todo desfallecimiento. Se sentía capaz de pasar por todo—el sufrimiento y hasta la muerte,— pero un pensamiento le era intolerable: Niurka. Era necesario que no se dejara dominar por ella.

Su mirada recorrió las tinieblas húmedas de la cueva de paredes de cemento y encontró los bigotes y las cejas de estopa. El hombre no la reconoció, su mirada errante iba de unos a otros. Ella comprendió que no era necesario reconocerse. Vió también a Fimka echada en el suelo, desesperada, sacudida por los sollozos, y su hermano Pedro también estaba junto a ella, la carne infantil de sus mejillas manchada de gris por el polvo. Acariciaba los cabellos de Fimka, le acariciaba la espalda, murmurando dulcemente a su oído palabras de consuelo. Su rostro era el de un hombre apenas desilusionado.

Y fué aquí donde Dacha conoció por primera vez lo espantoso del sufrimiento humano.

Vinieron a buscar al Bigotudo; luego la llevaron a ella. La hicieron entrar en una habitación. El Bigotudo no estaba allí. El joven coronel inquieto de la otra vez la reconoció inmediatamente.

—¡Hola! ¿Has vuelto entre nosotros?... Esta vez no te irás. Cuenta un poco cómo avituallabais a los verdes. ¿Mentías, pues, al decir que no sabías dónde estaba tu marido?

Dacha, haciéndose la tonta, agrandó los ojos y contestó:

—¿Cómo he de saber yo dónde está mi marido? Vosotros le cogisteis. ¡Y ahora venís con historias de los verdes!

—Ahora nos convenceremos de tu sinceridad. Llevadla a la cocina y dadla una buena ración.

La metieron en otra cueva exigua, en la que el sol desaparecía bajo

un lazo pegajoso y olía a muerte. Vió entre el barro pedazos de cero. Había allí tendido un hombre, desnudo, entre la inmundicia, metiendo la cabeza, lleno de sangre. Dos vigorosos cosacos, con la respiración fatigosa, hacían silbar sobre él sus correas de cuero.

Uno de los dos—¿cuál?, no lo recordó luego—hizo caer sobre sus espaldas la quemadura del látigo. La quemadura estalló en un grito salvaje.

—¡Uno, dos! ... ¡Toma, puta! ... Puedes mirar, estarás ahí dentro en un minuto... Enseña ese guapo mozo a esta zorra ... ¿Reconoces a ese inmundo bestia?

No sentía ya nada; sentía el corazón trastornado por las náuseas. Tuvo que reunir todas sus fuerzas para no caer.

—¿Por qué nos maltratáis así? ... ¡Por qué? ... ¿Cómo puedo yo conocer a este hombre?

—Volved a calentar a ese pillo...

Comenzaron de nuevo a descargar latigazos sobre Iefim, tendido en el suelo bajo ellos, que movía la cabeza en silencio. Dacha comprendió la magnitud del sacrificio y el horror del silencio del Bigotudo, y comprendió también que sólo una cosa era necesaria en este instante: contraer todos sus músculos en torno a su corazón hasta hacerlo [illegible] pedazos.

—¡Eh, habla, maldito muchacho! ¿Cuáles han sido tus enredos con esta canalla? Habla. No te volveremos a tocar, y tú te podrás ir a tu casa.

—Os digo que no conozco ningún enredo... Me he quedado sin marido, con mi hijita. ¡Por qué me maltratáis?

De nuevo una quemazón intolerable la sacudió de arriba abajo. Su corazón estalló, lanzó un penetrante grito.

—¿Qué os he hecho yo? ¿Por qué me pegáis?

—Habla. Una sola palabra, y quedarás en libertad.

Al oír estas palabras, Dacha comprendió que no sabían nada. La habían detenido por haber sido detenida otra vez. No habían detenido a las otras mujeres. ¿Y Fimka? Fimka estaba allí por causa de su hermano, al que debían de haber sorprendido en su choza. Dacha lo comprendió y la sangre volvió a correr por sus venas.

—Dejadme, no me maltratéis ... Yo trabajo, no hago mal a nadie.

—Dadle otra ración a ese granuja ... ¡Más fuerte! ... ¡Más fuerte! Hacedle rugir y comerse su inmundicia...

El cuerpo del Bigotudo, ya sin vida, tendido en el limo pegajoso, era sacudido por las últimas convulsiones. Y los cosacos, cansados, sudorosos, seguían flagelando esa carne ensangrentada. Sus látigos hacían saltar trozos de carne y de sangre.

El hermanito de Fimka fué empujado cerca de Dacha, en el cieno sangriento, con un estertor de espanto. Lleno de inmundicia, con un terror animal en sus ojos, Pedro se puso en pie de un salto, se escurrió, cayó, volvió a levantarse y comenzó a correr por los sucios charcos. Los cosacos corrían detrás de él, agitando sus látigos. Pedro aulló, no con la garganta, sino con todo su cuerpo. Escapó de ellos y corrió, ciego, perdido, en sentido inverso. Uno de los cosacos le cerró el camino y

con su rápido movimiento de la espalda, le pegó furiosamente en las rodillas. Pedro aulló como un perro y cayó de bruces sobre el suelo.

Dacha miraba con los ojos muertos, el suplicio de sus camaradas; muda, con el alma embotada, no podía separar de ellos la vista. No veía más que sangre, sangre hirviente, corriente, sangre que saltaba como las olas del mar picado. La sangre flotaba a su alrededor, la sangre estaba en su cerebro, la sangre extendía un velo sobre los agujeros polvorientos de las ventanas.

Se volvió a sentar en la habitación clara, donde el joven coronel, con las facciones tensas por la maldad, fumaba, sentado.

—Y bien, hija mía, ¿es de tu gusto nuestra cocina? Di ahora lo que sabes.

—No sé nada... No sé nada...

—¿No conoces a estas mujeres y a esta muchacha?

—Conozco a Fimka y a Pedro... Los conozco desde niños...

Dos oficiales, también jóvenes, hablaron al comandante al oído. Frunció las cejas, luego sus mejillas temblaron.

—Entréguenosla, coronel; nosotros la desinfectaremos.

Y palabras espantosas acompañadas de gestos, la abofetearon, más dolorosas que los látigos de cuero.

Se separó hacia el fondo de la habitación, con los brazos extendidos.

—¡No! ¡No!... Resistiré hasta la muerte... pero eso, no...

—Sea... Nada te harán si dices la verdad.

—Acércate y habla.

—Pero ¿qué voy a deciros, si nada sé?... ¿Qué queréis de mí?... ¿Cómo no os da vergüenza?... Sois jóvenes...

El coronel se echó sobre el respaldo de la silla y guiñó maliciosamente los ojos.

Los dos oficiales la cogieron por las axilas y la empujaron a otra habitación. La tiraron al suelo, la desnudaron, la violaron...

...Permaneció extendida en el suelo, medio muerta, tal como la habían dejado, con los senos y las piernas desnudas hasta la media noche. Fimka, gimiendo, se acercaba a ella arrastrándose, apretaba su cabeza contra su pecho y se separaba de nuevo, arrastrándose por el suelo.

Dos veces creyó Dacha ver a su hija Niurka: la niña golpeaba con los pies, se aproximaba, danzaba en una especie de embriaguez. Y Dacha tendía sus brazos hacia ella, gritando con terror y asco:

—¡Basta!... ¡Basta, Niurka!... ¡Basta!...

Se arrastraba hacia la niña, como Fimka; la suplicaba, desesperada. Sin saber por qué. Luego hasta última hora, no reapareció Niurka. Como si no hubiera estado, como si no hubiera sido más que el oscuro espectro de un sueño extinguido.

Después de media noche—lo recordaba también como un sueño—el ruido de un camión automóvil la hizo volver en sí. Estaba sentada al fondo del camión, entre gentes acurrucadas y echadas, a las que no reconoció de momento: Fimka y su hermanito Pedro, Iefim el Bigotudo... Oficiales y cosacos en pie los rodeaban, con el fusil en la mano. Todos estaban silenciosos, ateridos, cadavéricos.

En su memoria sólo restaban claramente los brillos multicolores de

las estrellas, de las estrellas, tan próximas, que para tocarlas hubiera bastado extender el brazo.

No tenía miedo. Iban a la muerte, lo sabía. La máquina se detendría, los bajarían de este gran féretro común, los llevarían por una lengua de tierra hasta el borde del mar, y dejaría de existir. Lo sabía, y su corazón no era más que un pedazo de hielo. No tenía miedo, no sentía más que este frío intolerable en el corazón. Y el alma estaba tan tranquila, tan inmóvil que esto podía no ser la realidad, sino un sueño habitual, un sueño debilitado en el que no se cree, del que no se sabe que los fantasmas se desvanecerán bien pronto. Olvidaba poco a poco a Niurka, como si la chiquilla no se la hubiera aparecido; luego, su imagen la invadía, con las manos tendidas y un grito breve: "¡Ay!"... Dacha se estremecía entonces como bajo los golpes de los látigos; en la cerca, la esperaba; pero la imagen desaparecía, olvidada, como un sueño habido hace largo tiempo.

Los camaradas tendidos en el suelo del vehículo saltaban como si fueran cadáveres; eran Iefim el Bigotudo (al que habían arrojado como un muerto), Fimka y Pedro. Dacha no sentía piedad por nada; su corazón no era más que un pedazo de hielo infusible.

Cuando el camión se detuvo, Dacha no era un ser vivo; su vida pareció haber cesado con el movimiento del motor. La sacaron del camión, la pusieron de pie y quedó tan inmóvil como si estuviera acorralada. Fimka se puso junto a ella, temblando, agitado todo su cuerpo por estremecimientos, acurrucándose en su traje, apretándose contra ella como si fuera una niña. El Bigotudo yacía a sus pies, como muerto. Pedro, gimiendo y escupiendo, pataleaba tontamente, deformado por los golpes, moviendo la cabeza a uno y otro lado, con el rostro negro por la sangre coagulada.

Dacha susurró anhelosamente, firmemente, al oído de Fimka (pero le pareció que no era ella, sino otra persona la que hablaba en ella):

—Cállate... no digas nada... Sé ciega, muda... y cállate.

Creyó ver surgir una muchedumbre. Las separaron.

Cuatro cosacos empujaban a Fimka y a Pedro con los fusiles.

Marchaban a pasos cortos, sumisos, silenciosos, sin volverse. Pero cuando estuvieron a alguna distancia, Fimka comenzó a debatirse como un pajarillo cogido en el cepo e intentó volver sobre sus pasos con desesperados gestos, mientras gritaba:

—¡Dacha, Dacha, querida amiga!... ¿Qué van a hacer conmigo, Dacha?

La empujaron entre juramentos; lanzó un agudo grito, tropezó y cayó en tierra. La cogieron por los brazos, la pusieron en pie. Dió algunos pasos silenciosa, y luego se volvió para gritar con voz intranquila:

—Dacha... ¿Qué he hecho?... He olvidado mi mantón en el automóvil.

Los juramentos estallaron de nuevo a su alrededor y fué empujada hacia adelante.

Y allá, sobre la estrecha franja de tierra que se confundía con el mar, donde el mar se movía sin ruido como grandes labores murmurando en las tinieblas, Dacha vió sombras confusas, danzantes, ebrias pataleando.

La aguda voz de Fimka llegó de nuevo hasta ella:

—No veo, no veo... Quiero ver mi muerte juvenil con mis propios ojos...

Continuó gritando hasta el instante de disparar:

—Idos, marchaos, lo quiero... ¡Quiero verla!

Y cuando sonaron las detonaciones, le pareció a Dacha que la muerte clamaba y cantaba en los gritos de Fimka.

Una sombra silenciosa se acercó a Dacha, hasta rozarla.

—Por última vez, dinos quién trabaja con los verdes. Te doy mi palabra de dejarte libre inmediatamente... ¡Has visto? Lo mismo te sucederá a ti dentro de un momento.

Dacha respondió, como siempre, haciéndose la ignorante:

—No soy más que una mujer; no puedo saber quién es verde y quién no lo es. Tengo a mi hijita, a Niurka, y trabajo... Hace falta vivir...

Comenzó a llorar. En realidad, no fué ella, fué su hijita Niurka que se debatía en su corazón como un pajarillo.

—¡Ea, llevaos ese fardo! Agarradle por las manos y los pies y echadle junto a los otros.

Se llevaron a Iefím el Bigotudo, y Dacha sólo oyó ahora, en vez de una descarga simultánea, una detonación aislada. La sombra silenciosa del oficial se le aproximó nuevamente.

—Te concedo medio minuto...

—Pero ¿qué podré deciros? Disparad... ¡Pero disparad en seguida!

Un minuto aun, pensó, y caería convulsa al suelo, como Fimka, con el roto corazón fundido y gritaría hasta hacer temblar el universo.

Luego se sintió repentinamente levantada, arrojada, y su cabeza chocó contra hierro. El motor del automóvil gruñía y zumbaba de nuevo; las estrellas volvían a brillar, como gotitas de oro a las que se hubiera tocado con sólo extender el brazo; el cielo desaparecía confusamente por encima de las montañas. No la llevaron al sótano; la hicieron entrar en la habitación que ya conocía. Y el joven oficial dijo claramente, con voz desganada, sin mirarla:

—El ingeniero Kleist ha respondido de tí. En él es en quien tenemos confianza, y no en tí...

—...Buena mujer, como Motia y buena camarada (pero la peste diezmaba sus polluelos)...

—Puedes marcharte, pero entiéndelo: si vuelves a caer en nuestras manos, no volverás a tu casa. Y sabe también que nada te ha sucedido aquí y que tus ojos no han visto nada. Si tienes la lengua demasiado larga, tendrás la misma suerte que esos otros perros. ¡Ea, márchate, fuera!

Dacha no se conmovió. Sus cejas estaban más fruncidas que nunca.

No dijo nada a nadie, pero aprendió a pesar sus palabras, a no hablar más que cuando era preciso. No se fué a su casa hasta la noche. El polvo invadió la vivienda, las telas de araña y el polvo aparecieron en los rincones. Las flores se agostaron y se secaron en el alféizar; el rostro de la joven empalideció, sus ojos eran transparentes y fríos. Pasaba largas horas en casa de Motia, la buena camarada, simpática mujer de su casa. Hizo amistad con Savtchuk, con Gromada; pasaba largos ratos en el patio de la fábrica con el jorobado Lochak. Se preparaba en

la sombra para recibir al ejército rojo. Había hecho participar a Lu-
chuk, a Gremado, a Savtchuk de su obra secreta. Antes dormían por las
noches y pasaban los días mirando a la montaña. Ahora, el sueño hu-
de sus ojos por las noches pero por el día parecían ciegos.

Llegaban soldados con una muda interrogación en los ojos. Ve-
nían a echar una ojeada a las cosas, a divertirse un rato, a hacer la cor-
te a la joven viuda. Venían una o dos veces y desaparecían; otros los
reemplazaban. ¿Dónde habían ido los anteriores? Las pupilas rodeadas
de cristal de Dacha no podían decir nada a nadie.

Y así fué como Dacha, libre, sin traicionar a Glieb con el alma,
conoció de grado a otros hombres... Cuando lo recordaba, no sentía
ningún remordimiento. Como si hubiera sido parte de su trabajo peli-
groso bajo los ojos y las balas del contraespionaje. Sucedió que un sol-
dado con los ojos llameantes, se acercó a ella, tardando en volver a to-
mar el camino de la montaña y diciéndola al fin, desde el fondo de su
corazón:

—No puedo marcharme así, Dacha... No quiero ser una fiera
salvaje en los bosques... Oye después no tendré miedo a nada.

Hubo, es verdad, momentos en que ella también se embriagaba, pe-
ro esto era un sacrificio. ¿En qué instante era más grande su vida? Y
este instante llenaba a un hombre de pujanza y de intrepidez.

En el puerto estaban anclados algunos barcos ingleses. Numerosas
gentes importantes y ricas que huían del Norte se embarcaban allí.

En algún sitio, muy lejos, detrás de las montañas, truenos sub-
terráneos conmovían la tierra; inmensos resplandores hacían, en la no-
che, huir a las estrellas.

...Y en una mañana brillante, tejida de sol, en la que no se hu-
biera podido distinguir el cielo del mar, ni los árboles en flor del aire,
Dacha, con la frente ceñida por el pañuelo rojo, pasando por enci-
de los escombros y de los cadáveres de hombres y de caballos, atra-
sando por el hedor producido por la muerte desastrosa de las hordas blan-
cas, fué a la ciudad en busca de los comunistas. Iba sola cuando los
vecinos y los obreros, todavía aterrorizados, no osaban salir de sus agu-
jeros. Caminaba, y sus ojos, y su pañuelo ardían en el sol, en el azul
del mar, en el azul del cielo; los ojos, en su interior, como de ámbar; el
pañuelo, como hermosa sangre fresca.

Encontró jinetes con brazales rojos, brillantes como adormideras. Le
miró riendo. Ellos hacían grandes gestos, reían también, gritaban:

—¡Viva, pañuelo rojo! ... ¡Viva la mujer roja! ...

* * *

Glieb, abrumado, permaneció inmóvil largo tiempo con la cabeza so-
bre las rodillas de Dacha, sin poder hablar. He aquí a su Dacha... La mu-
jer amada estaba sentada junto a él; tenía la misma voz, el mismo rostro,
las mismas manos, el mismo corazón palpitante de otras veces. Pero la
Dacha que él había conocido tres años antes no estaba allí, había parti-
do para siempre.

Una ternura inexpresable le invadió dolorosamente. La estrechó con

sus dedos temblorosos y suspiró, conteniendo sus lágrimas, gimiendo de pena, de impotencia y de ternura.

—¡Dacha, mi paloma!... ¡Ah, si yo hubiera estado allí en aquellos momentos!... Pero tú debías sufrir sola... ¡Si yo hubiera sabido!... Y ahora mi corazón estalla... Te has acostado con otros... ¡Dacha!... Debería golpearte, hacerte daño... ¿Por qué me lo has dicho?... Pero no puedo levantar mi mano sobre tí... Mi mano se ha debilitado. ¡maldita sea!... Pero tú misma, tú misma... con esos soldados... ¡Cómo podía sospecharlo!... ¡Dacha!... ¡Y bien, sea!... Yo no puedo imponerte ninguna ley... y no tengo a nadie más que a tí... Tú vives... Te has vencido a tí misma, has seguido tu propio camino, luchando... ¡Dacha, paloma, querida mía!

—Glieb... eres bueno... eres tonto, pero eres bueno...

Permanecieron así, enlazados, hasta la noche, como no lo habían hecho desde los primeros días de su matrimonio.

XI

RIGORES

I.—LAS MANOS DE LOS JEFES

Glieb, dirigiendo personalmente el trabajo del grupo, recorrió la veranda hasta el alba. Veíase en las calles, sobre el pavimento, leva tarse, con el fusil al hombro, las siluetas vigilantes y silenciosas de la obreros. Los pesados pasos martilleantes se habían espesado en la noch inquietantes en las calles perdidas en sí mismas y en las tinieblas. E alba azul coloreaba el cielo; las estrellas brillaban, pálidas, próximas primaverales. Juk estaba de guardia. No era ya el Juk de los bruz colgantes, el vago expansivo, propenso a las recriminaciones, el etern vado descontento; era, ante Glieb, un rudo soldado lleno de amenaza Cuando Glieb se le acercó, no prorrumpió, como de costumbre, en e clamaciones; tenía firmemente cogido el fusil, con la culata bien pue da ante las puntas de sus pies. Gritos histéricos de mujer salían de un pequeña quinta de recreo con grandes ventanas vidrieras, cuyas hoj estaban abiertas.

—¿Quién trabaja aquí, Juk?

—¡Buscan, buscan, viejo!... Escucha a esa que grita... Esta Savtchuk, tu mujer, Sergio y dos "chequistas"... Pasa a cirios dem ler la burguesía, en veintidós golpes...

—Juk, ¿cómo va tu trabajo en el Consejo de Economía? ¿Ha matado muchas pulgas?

—¡Ah, ah, amigo mío!... Es mejor que vayas a ver a Tchib ¡No puedes imaginarte qué canallas son!... Y a Shramm, le colgar de un muro o perdería yo mi nombre. Figúrate que dejan que se mu ran de hambre los obreros que trabajan en las cortas de madera, mie tras ellos se ceban como ratones en queso. Me duele el corazón ver a la clase obrera arrollada de ese modo... Pero aguarda un poco, amigo vamos a darles un buen golpe, los calentaremos y toda la chusma que dará servida.

Un soldado rojo armado con un fusil estaba de centinela en la p numbra del pasillo. Veíase por la puerta abierta, entre grandes som bras, una mujer con los cabellos revueltos, echada en un diván, que s retorcía los brazos entre grandes suspiros.

El penoso trabajo continuaba allí: los muebles, removidos con

sus faldas voluminosos caían suavemente al suelo. las botas martilleaban el entarimado y le hacían crujir.

Gleb, habituado a la vida de soldado, entró audazmente, acabando de deshacer bajo sus botas la intimidad de un hombre ilustrado. No tuvo una mirada para la mujer tendida sobre el diván, y que, medio desnuda, con el rostro demudado por el terror, miraba a los hombres que tenían fusiles y a otros hombres que vaciaban las cómodas, los armarios, los baúles. No se daba cuenta, quizás, de la presencia junto a ella de una niña de piernas delgadas que miraba con curiosidad esta avalancha de desconocidos que tan repentina y ruidosamente habían surgido en la noche.

Un hombre en zapatillas, con pantalones y en mangas de camisa— con lentes de oro y larga barba enmarañada—, estaba en pie cerca de un gran "bureau", solo, desatendido, pero sereno y alzando los hombros a causa de una risa convulsa.

Dacha escogía con mano perita de mujer casera todo lo que hallaba de más sencillo, de mayor utilidad entre la ropa blanca, los vestidos y los objetos de menaje, y lo iba colocando en trapos extendidos o en maletas.

—Esto será para la Casa de los Niños... para los muchachos, para las Casas de la Madre Joven... ¡Mira, mira, telas!... Aquí hay telas... Habrá para vestir menos mal a los chiquillos...

Pesado como un buey, Savtchuk movía los armarios y las cómodas. Veíase la planta de sus desnudos pies palidecer bajo el esfuerzo, mientras su rostro se congestionaba.

—¡Ah, los puercos! ¡Cuántas cosas han acumulado en sus agujeros! Mientras nuestros porqueros hacían mecheros y tenían hambre en la montaña, estos canallas engordaban en sus rincones. ¡Vaya un instrumento! Esto no es una balalaica, es una chalana (empujaba el piano por la cola). ¿Será necesario traer bueyes para mover esto?

Sergio, de pie, con el fusil en las manos, no sabía qué hacer. Había venido varias veces a esta casa durante su juventud. Tchirski era un abogado muy conocido. Había sido amigo de su padre. Era socialista. Diputado en todos los Congresos. Miembro de la Asamblea Constituyente, elegido por la lista número siete.

Sergio no le miraba, luchando con su turbación; temía que Tchirski no se acercara a él, que no le tendiera la mano y no le hablara familiarmente. Hacía como que no le conocía, y, apretando sus dientes hasta sentir dolor, se esforzaba por permanecer tan firme como sus camaradas. El presentimiento de un incidente lamentable hacía temblar sus piernas.

Lo terrible y lo irreparable sucedió sencillamente, sin que nadie lo provocara. Tchirski miró fijamente a Sergio, con los labios fruncidos en una sonrisa despreciativa, esperando el momento de acogerse a él.

—¿De modo, Sergio Ivanovitch, que tú te ocupas también de cosas tan incongruentes como esta agresión? En el idioma que nos era común en otro tiempo llamábamos a esto latrocinio. Al salir de aquí irás, probablemente, a casa de tu padre, Iván Arsenievitch, en cuya casa os entregaréis a una operación análoga. Tratarás a tu padre, sin duda, con un poco más de miramiento. Os lleváis de aquí hasta los últimos calzon-

ellos. ¿No guardarán la inviolabilidad de la herencia? ¿No conmoverá... en razón de una vieja amistad, en mostrarte indulgente en este caso?

La suplicante mujer tendió las manos hacia Sergio. Lágrimas [illegible] corrían por sus mejillas y temblaban sobre su barbilla grasa y [illegible]

—Sergio Ivanovich... ¡Amigo mío!... Tú, que has sido tan buen amigo nuestro, ¡qué bueno! ¡Eres tú realmente Sergio Ivanovich?

Sergio, [illegible] por permanecer inquebrantable y duro, apo[illegible] sus manos en el fusil, que crujieron sus articulacio[illegible] tan fuertemente [illegible] como un repique de campanas. Dijo brusca[illegible], sin mirar a Tchiorki:

—Sí, mi padre seguirá la misma suerte que vosotros. Como vo[illegible] será arrojado de su casa y no volverá a ella.

Después de pronunciar estas palabras, Sergio se sintió como des[illegible] de un peso; el hombre que estaba de pie ante su "buenas" le pa[illegible] repentinamente ridículo en su seriedad y su suficiencia pasada.

—Bien, bien... Has aprendido a ser feroz, como conviene. Te felicito.

Dacha había encontrado una gran muñeca gorda, con los ojos [illegible] dondos y la peluca amarilla. Sonrió, y, con su hallazgo en la mano, dió un paso hacia la niña.

—He aquí una hermosa muñeca... Tómala, pequeñina; estaba m[illegible] triste sin ti, creía haberse perdido... ¡Hacéis una pareja muy m[illegible] las dos juntas!

La niña saltó del diván y estrechó en sus brazos la muñeca. Dacha, sonriente, le acarició los cabellos.

La mujer, horrorizada, se lanzó hacia la niña y la cogió de la mano:

—Niña... ¡Te prohibo!... Ven aquí... ¿No ves que no tiene vergüenza de quitarte tu última camiseta?... ¡Tírales eso!... ¡Ven aquí!...

La niña se lanzó sobre el diván, estrechando a la muñeca contra su pecho y cubriéndola con su cuerpo.

—¡Es mi muñeca, mi muñeca!... ¡Mamaíta!

Las cejas de Dacha se fruncieron.

—¡Cómo no le da a usted vergüenza, señora!

Savtchuk jadeaba y gruñía. De la alcoba sacaba ropa de cama, trajes, que arrojaba en montón al suelo. Enjugaba el sudor de su fren[illegible]te y echaba sobre las gentes y las cosas miradas de lobo.

—¡Ah! los puercos, tenían "stock"... Esto es un lío mayor que el de la tonelería... ¡Que el diablo lo lleve! Preferiría trabajar en el Bromsberg...

Dacha se aproximó a Glieb y dijo brevemente su informe:

—Todo está inventariado, Glieb... Hemos cogido todo lo que hacía falta... Se les han dejado vestidos y ropa de recambio... He decidido coger los cuadros y los objetos de valor: relojes, vajilla, juguetes, libros (¡libros hay muchos!). A los libros les pondremos esta mañana los sellos de Instrucción pública. Todo será enviado, y el piano también, a las Casas de los Niños y al Club.

Glieb permanecía frío, reconcentrado, como en su puesto de mando...

—Bueno. Todo lo demás queda en su patio, excepto la ropa blanca. Dos hombres de guardia. Acabad.

—Eso pensaba yo exactamente. Esperaremos los coches.

Dacha se separó, preocupada.

Glieb fué hacia Sergio y lo llevó aparte.

—¿Dónde vive tu viejo? Voy a hacerle una visita.

Sergio no comprendió si las palabras de Glieb habían sido dichas en tono amistoso o irónicamente. Contuvo su turbación y su inquietud, y dijo, echándose el fusil a la espalda:

—Puedo acompañarte, camarada Tchumalov, no está lejos.

—No, harías mal. Causaría pena a los viejos. No vamos a hacerle daño, sino a arreglar un asunto.

* * *

Sergio estrechó fuertemente la mano de Glieb y se volvió.

El alba estrellada ponía un tono azul en los edificios. La niebla rodaba en avalancha al pie de las montañas; una neblina de color malva flotaba sobre la bahía. Los gorjeos matinales de los pájaros sonaban en notas frías. Antorchas misteriosas vagaban, se extinguían y volvían a encenderse, próximas unas veces, muy lejanas otras en la opacidad metálica de las montañas.

La calle en cuesta estaba cortada, ante Glieb, por la masa compacta, erizada de bayonetas, de un destacamento en marcha, con sonoro y rítmico paso. Estas tropas marchaban sin duda en columnas innumerables; el bordoneo infinito de su marcha inundaba la ciudad, las calles, el piso. El rodar de los carros sobre las piedras tenía sonoridades cristalinas.

El ejército rojo, las marchas, las tareas de la guerra.... Pero esto era de ayer. El casco de Glieb conservaba aún el calor del fuego y de las marchas. ¡Cuán queridos le eran estos hombres!.... Marchaba, entre un ruido de roce de armas producido por las bayonetas, confundidos en un solo movimiento de avance. Marchaban, y Glieb se quedaba. ¿Por qué estaba allí, cuando su puesto debía estar en estas filas? Al frente de un regimiento. El casco, aun caliente, le quemaba la frente como el fuego de los combates....

Glieb, a grandes zancadas, jadeante por la emoción, quiso alcanzar estas líneas erizadas de bayonetas para gozar un instante con el contacto de su dócil fuerza y saludarlos como un soldado rojo. Pero las filas se cortaron y fundieron de golpe en un rincón de la calle, y sólo vió a dos soldados, que uno detrás del otro, sacudiendo en silencio sus morrales y balanceando sus fusiles, alcanzaban a sus camaradas.

2.—EL HOMBRE ENVIADO AL CAMPO

Glieb franqueó la puerta del huerto y vió lo mismo que había visto en otras muchas casas. Miekhova, de pie ante un montón de ropas y de trajes, sonreía. Gromada y Lochak salían uno detrás de otro, con brazadas de libros y objetos. Se oía venir, por las puertas abiertas, los gritos y las risas alegres de un anciano:

—Todo, todo... Y esto también, y esto... Tomad. Todo este baratillo lo adquiere un hombre para conducir su vida a un solo punto. La concentración de la vida en un solo punto se persigue continuamente, amigos míos, hasta el momento en que sobreviene la muerte, es decir un estado que es la negación de las tres dimensiones. Es precisamente el estado definido por una norma absoluta: la nada. ¿No es cierto que es muy curioso, muy divertido, muy alegre?

Mikhbova miraba de lejos a Glieb, con los ojos muy abiertos, y él vió en ellos como en una sonrisa, un brillo mezclado de embriaguez.

—Mira este hombre original, Glieb. Es el padre de nuestro Sergio. Un hombre que puede decir más que las gentes ordinarias. ¡Si hubieras visto con qué entusiasmo nos ha recibido y con qué alegría devasta su hogar!

La frescura de la mañana le hacía estremecer; sus ojos acariciaban a Glieb.

Un hombre que sólo tenía un brazo, la nariz en forma de pico de águila, el labio superior extrañamente pequeño, pasó cerca de Glieb con paso militar. Su mirada penetrante se detuvo un instante en el rostro de Glieb. Se dirigió con paso tranquilo hacia la puerta del huerto.

Un escalofrío sacudió a Glieb.

—Ciudadano, te ruego que vuelvas atrás.

El manco dió media vuelta lentamente, y con el mismo paso tranquilo, con la misma mirada aguda, fué hacia Glieb.

—¿Quién eres?—preguntó éste—. ¿Cuál es tu situación social?

Nada sufrió alteración ni en la expresión ni el aspecto militar del manco.

—Demetrio Ivaguin, antiguo coronel, ahora ciudadano de la República de los Soviets. Hijo mayor de este alegre anciano y hermano único del miembro del P. C. R. Sergio Ivaguin. ¿Quieres mis documentos?

—No, guárdalos. Entraremos en tu habitación. Te ruego que te quedes.

—Mi rincón está en la habitación del padre. Ya no queda nada allí. Pero no han tocado a mis bolsillos. ¿Querrías verlos?

Una burla incomprensible retozaba en sus frías pupilas. La turbada mirada de Glieb sostuvo la penetrante de Demetrio Ivaguin. Glieb apretó las mandíbulas.

—No necesito nada de tus bolsillos. Puedes marcharte.

Ivaguin hizo sonar sus tacones y dió media vuelta.

En la habitación, un anciano cuya puntiaguda barba formaba un ángulo recto con el mentón, andaba con paso ligero, afanoso, entusiasta, prorrumpiendo en exclamaciones:

—La verdadera libertad, amigos míos, reside en la negación completa de las imágenes geométricas y de sus encarnaciones materiales. Los comunistas son sabios y fuertes porque han trastornado toda la geometría de Euclides. Los apruebo y los amo por su alegre revolución llevada a cabo contra la perpetuidad y contra todas las formas de fetichismo. No dejéis nada, amigos míos, seríais inconsecuentes, y eso me haría daño. Estar sujeto aunque sólo sea por un pedazo de hilo podrido

...mo de un cubo, de un pijama, de un triángulo, es más espantoso que ...ar asfixiado bajo estos montones de cosas.

Los ojos de Lochak giraban —como sólo saben girar los ojos de los jorobados— en su rostro demacrado. Trabajaba sin descanso. Cogió una brazada de ropas, miró al viejo, reflexionó y gritó con entusiasmo:

—Vete libremente, padrecito. Te enviaremos al campo, y seguramente encontrarás algún agujero. No te lamentes de ser pobre: no hay miseria a tu lado.

El anciano rió con grandes gestos de entusiasmo.

—Eso es, eso es... Vuestros rigores, amigos míos, son hechos de humanidad inconsciente. Enviar al hombre al campo: ¿puede haber algo más perfecto? La tierra, el cielo, el infinito... Eso es, eso es. Pero ¿por qué, amigos míos, no ha venido con vosotros mi hijo Sergio? Hubiera querido verle en el papel de lictor triunfante.

Gromada, meneando la cabeza, removía en los armarios, los baúles y los rincones: telas, libros, alfombras. La fanfarronería del anciano le enojaba.

—No charles así, viejo... Te propongo utilizar tus fuerzas en el frente del trabajo, porque verdaderamente hay demasiadas cosas en tu casa que tengo que resolver solo con Lochak.

Así era Gromada: pequeño, con un nombre de gigante, y diciendo grandes cosas.

Glieb se aproximó al anciano y le tendió la mano:

—Qué, viejo, ¿te han limpiado bastante? Tu hijo Sergio también está trabajando.

—¡Ah!... Muy bien, muy bien... Ha hecho mal en no venir, ha hecho mal... Hubiera querido verle, lo hubiera deseado...

—Queda en tu casa: esta vivienda es tuya. No tengas inquietud. Eres uno de los artífices de nuestra cultura. Te dejaremos todo lo que tienes.

El anciano miró a Glieb espantado. Sus dedos tiraban nerviosamente de la barba.

—¡No, no!... ¡Llevaos todo, todo!... Esto está muy bien, esto es magnífico...

Gromada movía la cabeza y miraba con una compasión despreciativa al viejo sabio, entusiasta e inquieto.

—Esa maldita ideología, camarada Tchumalov, le ha hecho perder la cabeza.

Lochak hacía girar sus ojos y dejaba oír gruñidos inarticulados.

Glieb miraba al anciano y una gran risa interior palpitaba en su pecho.

—Muy bien, viejo, vive como gustes. Pero yo no sabía que Sergio tenía un viejo tan interesante...

Le estrechó nuevamente la mano y se alejó con rápido paso.

3.—A LOS CAMPOS

Del otro lado de la bahía, por encima de la fábrica, se elevaban las montañas oscuras, cortadas por las negras hendiduras de los des-

fúlgidos. El cielo era de un azul profundo en el cenit y de fuego sobre las montañas cuyas dentelladas cumbres se destacaban en una línea deslumbrante que habríase dicho de metal fundido. Pero en las gargantas, nubes gruesas, llenas de fuego interior, descendían en avalancha, fundiendo los abismos en olas níveas.

La fábrica estaba callada abajo, sobre la bahía, como un antiguo palacio de hadas. Las calladas chimeneas eran azules, lanzadas de golpe al encuentro de las nubes flotantes.

El mar se extendía bajo las montañas semejantes al cielo, y pliegues blancos y negros se agitaban en su superficie.

Del otro lado de la ciudad, las montañas iluminadas, brillantes, tenían reflejos malvas, brumosos abajo por las sombras matinales. La ciudad descendía en un amontonamiento de piedras, entre las manchas azuladas de los huertos, como erosión formidable deslizándose hacia el mar y empujándose en reflejos rasgados.

En la gran calle, la muchedumbre bulliciosa, como en un mercado, se apretujaba en toda la longitud del piso. Los gritos y los llantos histéricos de las mujeres llenaban los rostros de piedra de la calle. Los clamores y los gemidos unían por momentos a la multitud en un rebaño febril, para dispersarla luego en hileras y en remolinos, presa de pánico. El corazón aterrado y abrumado de esta multitud se movía convulsivamente. Los hombres estaban de pie, estúpidos, resignados, en abigarrados grupos, con los ojos parpadeantes, y sonreían a veces con una palidez de desorden. Las mujeres, cargadas con paquetes y cajas, llevando o conduciendo niños agarrados de la mano, se acurrucaban sobre los restos de su hogar, lanzaban gritos insólitos, lloraban o se inmovilizaban, silenciosas, tan pronto echadas, tan pronto en pie, con los ojos enloquecidos. Las débiles se sacudían aquí y allí, acometidas por crisis nerviosas; la multitud, espantada, las rodeaba.

Tchirski estaba bien a la vista, un poco separado de la multitud, en mangas de camisa, pantalones y zapatillas, la cabeza al aire. Una sonrisa muerta se había fijado en su rostro; sus ojos, distraídos, examinaban las casas y la muchedumbre intolerable, como si las viera por primera vez. Su mujer estaba sentada en un fardo, medio vestida, con los cabellos en desorden, fijos los ojos, el rostro manchado a trozos. La niña danzaba entre el padre y la madre, con gritos rítmicos, estrechando fuertemente contra ella la gran muñeca.

Los carros, cargados con voluminosos líos blancos, en montón, iban lentamente unos tras otros. Se les veía subir por la montaña, en larga fila entre las cabezas de los caballos.

Sobre el segundo carro, a partir de la multitud, iba un joven comunista, desabrochado, mostrando el pecho, con los cabellos enmarañados, tocando una polka en una guitarra y moviendo las piernas. Un poco más adelante un ronco acordeón resoplaba y gemía, mezclando su voz con los gemidos de la multitud.

El destacamento especial de comunistas estaba formado a lo largo de la calle, con el arma apoyada en el suelo, dejando un metro de distancia entre cada hombre. Cansados, abrumados por una noche sin dormir, los comunistas miraban a la multitud sin verla. Otros grandes

grupos se movían y gritaban en las calles vecinas, eran las gentes llegadas para presenciar un espectáculo desacostumbrado.

Los pequeños burgueses no buscan la risa de los demás; tienen el corazón sensible, experimentan el atractivo de los funerales y de las lágrimas; y, en las mismas bodas, no son los bailes, sino la tristeza y los llantos de la novia, lo que les seduce. Tal es su existencia, que comprenden mejor y desean más las lágrimas de los otros que su sonrisa.

Habían previsto aquí abundantes lágrimas y habían acudido desde sus chozas—propiedades privadas—, de sus viviendas, de las casas nacionalizadas, a fin de saborear un sufrimiento deseable entre los gemidos y los clamores de las mujeres: notables y respetables malquistas. Sus ojos entenebrecidos buscaban ávidamente, dolorosamente, las mujeres sollozantes y se acercaban a ellas con miradas brillantes; grandes lágrimas corrían por sus rostros fofos.

Una voz clara dió una orden a lo lejos. Otras voces respondieron desde lo último del cortejo. La escolta puso los fusiles en los hombros. La muchedumbre se estremeció y conmovió con un profundo suspiro, atareada entre los bultos. Los sollozos, los gritos histéricos, las exclamaciones y el clamor de la gente alocada por el miedo la reunía en grandes grupos, en movimientos de pánico. Faltaba el aire, no había ya ni calles ni casas. No había más que una mortal orgía, la exasperación, un desespero loco.

Se oía, hacia adelante, el ruidoso rodar de los carros, en oleadas.

Sergio seguía a Dacha, seguía también a Jak. Del otro lado de la calle los entreveía a través de la multitud, marchaban el pequeño Gromada, el jorobado Lochak y Miekhova.

Una turbación dolorosa invadía el pecho de Sergio. Lo que se hacía era monstruoso, revolucionario. El partido no podía consentirlo. ¿Por qué esta muchedumbre? ¿Por qué estas mujeres convulsas y llorosas? ¿Por qué estos niños en los brazos de las madres? El partido no podía consentirlo; y para él, para Sergio, era demasiado, era intolerable.

Una niña caminaba, agarrada a la mano de su madre y arrastrando su muñeca.

Tchirski, con la cabeza erguida, marchaba tranquilamente, con una serenidad de sacrificio, las manos en los bolsillos. Los tirantes se movían en su espalda.

Una viejecita, muy vieja, con toquilla y sombrero, muy encorvada, caminaba, apoyándose en un bastón, como en una procesión, sostenida por una muchacha vestida de blanco. No lloraban; tenían rostros de monjas.

Sergio percibió a poca distancia a su padre. El anciano iba solo, volviéndose a veces hacia la multitud, las cejas tirantes por una sonrisa. Con los pies desnudos, el pantalón desgarrado, caminaba con paso singular, menudo y rápido a veces, alcanzando a los que iban delante; a veces parándose o marchando con paso lento, profundamente absorto en sus pensamientos.

Vió a Sergio y llevó alegremente la mano a su barba. Después, levantando las dos manos, esperó a que su hijo se aproximara.

—Me escoltas, querido Sergio, a mí, viejo sabio que parte para el destierro. ¿Es curioso, eh? No debes hablarme puesto que soy un pri-

momento confiado a tu guarda. Quiero decirte solamente que tus armas, defendiendo la fortaleza de vuestra dictadura revolucionaria, son absurdas y ridículas; el fusil tiene aspecto de flauta pastoril sobre tus hombros de bolchevique implacable. Pero no puedes envidiarme: el mundo no parece ahora tan ilimitado como nunca lo fué para Spinoza aunque Marco Aurelio lo presintiera así durante sus noches...

Desde que Sergio le había visto la última vez, su padre se había abandonado más aún, porque la muerte de su madre le había dado el último golpe. Sus harapos parecían los de un mendigo. Estaba sucio, hirsuto, con los pies llenos de heridas que supuraban. Una piedad mezclada de repugnancia laceró dolorosamente el corazón de Sergio.

—Padre ¿no sabes dónde ir? Ven a mi casa, te lo ruego. No hace falta que te marches, padre. ¿Dónde vas a ir? Perecerás, padre.

El anciano arqueó las cejas con extrañeza, luego rompió a reír puerilmente.

—¡Oh, no, hijo mío!... Conozco muy bien el precio de mi libertad. Soy un hombre, y el hombre no tiene sitio determinado sobre la tierra, porque carece de guarida donde pueda haber un cerebro humano. Los hechos son nuestro mejor maestro; mira cómo la libertad abruma a los esclavos y qué maldición es para las gallinas tener alas...

Verotchka alcanzó silenciosamente a Sergio. Sin duda seguía el camino con los cautivos. Sus ojos conservaban su acostumbrada expresión de asombro. Temblaba de la cabeza a los pies; murmuró al oído de Sergio un chaparrón de palabras indistintas. No se distinguía en su voz más que lágrimas y ruegos.

El padre reía fuertemente. Hizo con las manos unos gestos alegres; en sus pupilas había una claridad alegre.

—Ah, Verotchka, manantial de amor inextinguible!... ¿Qué has experimentado ante mi calvario, muchacha?... Vamos, ven aquí, ven aquí...

—¡Iván Arsenievitch, Iván Arsenievitch!... ¡Qué feliz soy... ¡Sergio Ivanovitch!... ¡Qué dichosa soy!...

Voló hacia el anciano, pasó su brazo bajo el de él y le acompañó con el radiante rostro mojado por las lágrimas.

—¡Padre!...

Sergio quiso hablar aún a su padre (olvidó al momento lo que tenía que decirle) y le tendió la mano. Pero su mano, no encontrando a nadie, volvió a caer. El padre y Verotchka se alejaban de él entre la multitud.

El anciano se volvió una vez todavía, y con la frente surcada por una arruga miró a Sergio como a un extraño.

—Mira, pequeño Sergio, qué vieja es la historia: soy un viejo Edipo ciego y aquí tengo a mi Antígona.

Rió, extraño, lejano; marchó hacia otro mundo que Sergio no podía comprender. Sergio se colocó el fusil en el hombro y apretó dolorosamente los dientes. La última cuerda interior acababa de romperse convulsamente en él.

* * *

La muchedumbre se detuvo en un lugar desierto, sembrado de montones grises, no lejos del muelle. La gente se instaló sobre los montones y en la hierba. Los carros no estaban ya allí. Habían sido enviados a los almacenes del Comité Ejecutivo.

Una muchedumbre multicolor se empujaba a lo largo del muelle: los pequeños burgueses que acudían a la ciudad.

Ya no se oían gritos histéricos, ni sollozos, ni clamores. Se acostaban, se tumbaban, se empujaban débilmente, como si fueran enfermos. ¿Qué importa el mañana? Sólo los niños gritaban, saltaban, jugaban. ¡Es tan hermoso correr por la hierba cuando el sol se eleva por detrás de las montañas de contornos netamente destacados, y brilla en la niebla matinal; cuando el cercano mar azulea, se dora hasta el horizonte y se cubre de una niebla inflamada!... Pero hay apetito. Comer... Los niños juegan y lloran: ¡comer, comer!

El muelle no está lejos, pero se halla invadido por la hierba. No hay barcos. La angustia de la multitud agotada parece tener esperanza: la humareda de los vapores va a ascender sobre esta sábana deslumbrante del mar; los cabrestantes van a funcionar; gentes afanosas se agitarán sobre el muelle, embriagadas por los olores de la partida.

Glieb miraba fijamente el mar y la costa por donde debía venir Lukhava y su destacamento acompañando a los carricoches cargados con mujeres de obreros y sus mobiliarios.

* * *

...Las montañas eran en la noche como coronas de altas estalactitas llenas de piedras tenebrosas entre las cuales danzaban fuegos, como pájaros en llamas; estos pájaros se arrojaban en los desfiladeros de las montañas, fuera de sus aires secretos, dejando caer plumas brillantes y lanzando gritos de mal augurio. Un regimiento rojo rasgaba, en orden de combate, las profundidades nocturnas. Los hombres, de rostro petrificado, marchaban, con un paso pesado—petrificado también—a través de las turbias tinieblas, hacia la funesta llamada de los pájaros en llamas.

La multitud, abrumada por la noche, llena de crispaduras de desesperación, se hundía, agobiada, impotente y sumisa como un rebaño de corderos. Rebaño inútil, rebaño sin inteligencia. Noche de insomnio. Esta masa flácida, estancada como agua corrompida... ¿Valía la pena de gastar todavía por ella energía, de aterrorizarla una vez más para arrojarla como se arroja el estiércol en los alrededores, fuera de la ciudad? ¿Por qué estos superfluos gritos de niños y todo este pánico insensato de muertos vivientes? Esta muchedumbre huele al sudor de las habitaciones cerradas; su aspecto de corderos llevados al matadero, aullando de sufrimiento y de locura, acaba por repugnar. Hubiera sido necesario conducirse de otro modo para limpiar los nidos de esta ralea. Su terror, su angustia, los llevarán estos niños a través del porvenir porque los niños no olvidan jamás el terror ni la angustia.

El regimiento rojo, desfilando en orden de combate, llevaba las inquietudes de Glieb. Pero está noche llena de confusión en la que sal-

taban los calzones y las ropas, esta noche llena de camal que hedían memoria en él un fondo de ultraje y de cólera.

No, no se trataba de esto. Se trataba de otra cosa. La fábrica entre estas llamas pajizas... Las piedras se elevaban fuera del mar. Millares de obreros entre el rumor de las máquinas. La tierra cubierta por el oro de los trigales. ¡Qué lejos estaba eso! Allá abajo, en las montañas, más allá de las montañas, tronaban los cañones, y los rojos, en sus trincheras, cargaban los fusiles; las tierras baldías invadían los campos, los grupos de bandidos pululaban, mientras las gentes hambrientas, desnudas como salvajes, se morían sobre las tierras estériles....

¡Empujar esta multitud ciega de ociosos, arrojarlos a golpes de silbato, pegándoles con el pie, y prepararse para las noches de la montaña, sobre las que se ciernen las funestas señales de los fuegos!....

Miekhova, con el fusil colgado del hombro, se acercó a Sergio. Había pasado la noche sin dormir. Una llama matinal brillaba en sus ojos.

—¡Hace mucho tiempo, Sergio, que no había vivido horas como éstas!... Como si hubiera estado en la guerra o hubieran vuelto los días de octubre... ¡Está bien!.... ¿Y tú? ¿Por qué estás tan sombrío?

Había en sus palabras una excitación alegre. Pero a Sergio le pareció que la mujer venía de muy lejos. No sabía si había oído hablar, pero le parecía que había estado gritando mucho tiempo antes. Respondió indiferente, como en sueños, y no fué a ella, fué a este grito lejano; y no fué él quien contestó, sino otro que había en él...

—Me duele la cabeza...

—¿Qué tienes? ¿Qué dolor de cabeza puede haber ahora que la sangre corre como entonces?.... No se puede tener dolor de cabeza en estos momentos... ¿La nueva política económica?.... ¡Que se vaya al diablo!.... ¿Dónde está? No la hay.... Desde mañana veremos a toda esta ralea en los trabajos obligatorios. ¿Comprendes, Sergio?

—No lo sé.

—¿Cómo "no lo sé"? ¿Qué dices?

No lo sé...

Estaba de pie, con el fusil entre las manos, mirando a la multitud, firme, extraño.

Miekhova marchó por entre los matorrales, tropezando, presurosa. No supo adónde. ¿Era ésta la realidad? ¿Era ésta Miekhova o era alguna otra? ¿No sería nadie? ¿Era una alucinación?

Los carros marchaban ruidosamente por la calzada llena de piedras. Habían sido cargados con familias obreras y niños. Los obreros y las mujeres los acompañaban. Lukhava marchaba a grandes pasos por las hierbas. Sus cabellos rizados rodeaban su cabeza de llamas negras.

Polia, con el rostro ardiente, se precipitó hacia Glieb. Sacó el pecho y levantó la mano.

—¡Camaradas!.... ¡En fila!

El círculo de los comunistas se rompió. Corrieron hacia Glieb. Este se dirigió a la muchedumbre.

—Ciudadanos, recoged vuestras ropas... En marcha hacia vuestros nuevos albergues... Ya que habéis vivido en palacios, vivid ahora en chozas... Os enseñarán allá las puertas abiertas... Os han preparado

hermosas salas y magníficos gabinetes... Dormiréis sobre muelles lechos y reposaréis en divanes... ¡Reposo!...

Abrumadas, agotadas, las gentes acurrucadas en la hierba sobre sus líos permanecían agobiadas, ciegas y sordas. Iván Arseniévitch se destacó de la muchedumbre y partió el primero, marchando por la hierba con Verotchka. Caminaban dulcemente, cariñosamente unidos, como si fueran a un acostumbrado paseo matinal. El anciano sonreía, hablaba a la joven con una animación entusiasta. Algunas personas se levantaron tras él, cargadas con paquetes y cestas, y se pusieron en marcha. Después otras, y otras... Y la multitud se puso en movimiento, apresuradamente, rastreando, activa; iban en sentidos diversos, por la calzada, por las hierbas holladas y hacia la ciudad.

Lukhava, con el aliento cortado por la fatiga, corrió hacia Glieb y le tiró de la manga.

—Ve inmediatamente con el destacamento al Comité del Partido... Desde esta noche dormimos en las casernas... Se baten en la montaña... Se han unido las fuerzas de los blancos y de los verdes... La ciudad corre peligro de ser asaltada... El Broemsberg está estropeado... Los últimos obreros acaban de abandonar la corta de madera... Los hombres de guardia en el Broemsberg han sufrido pérdidas...

—¿Qué me dices, me ca...? ¡El Broemsberg!... ¿El nuestro?... ¿Qué me dices?...

—Sí, sí, el nuestro... ¡Corre!... ¡Se ha reunido el Comité.

Glieb, apretando las mandíbulas, contuvo en su pecho un grito salvaje.

XII

LAS SEÑALES DE FUEGO

1.—DE GUARDIA

El destacamento de Glieb ocupaba un sector al pie de la montaña, fuera de la ciudad, en los viñedos y en los huertos de los alrededores.

Se aguardaba la llegada del día, en el local, durante los ejercicios. Mientras, pasaba sobre la ciudad el ruido lejano de los cañones que tronaban en la montaña: se batían detrás de las crestas brumosas. El destacamento especial se preparaba para reforzar las tropas alistadas. Por la noche guardaba la ciudad.

Durante el día, el poblado se perdía, con sus calles desiertas, en el silencio y el viento; por la noche moría en las tinieblas.

La electricidad no iluminaba ya la fábrica. Los postigos de las ventanas y los estores cerraban herméticamente las ventanas de las viviendas burguesas.

En las oficinas, donde se empujaban entre la humareda producida por el tabaco, y en las calles, los vecinos y algunos grupos de sindicados se encontraban con misteriosos alzamientos de cejas. Los murmullos y el susurro de voces perversas rodaban por la ciudad con los torbellinos de polvo, y el viento de las montañas los dispersaba por todas partes, hasta llegar a los alrededores, hasta la falda de la montaña, hasta los desfiladeros donde el enemigo invisible estaba oculto, bajo cada piedra, bajo cada mata.

Una parte de la organización femenina del partido, conducida por Dacha, había ido al combate con un destacamento sanitario; otra parte, dirigida por Polia, servía al destacamento comunista en las campañas y preparaba activamente la evacuación de las familias obreras.

Glieb encontró a Polia varias veces en el día: recorría, incansable, los Sindicatos, el Consejo sindical, el Comité del Partido, el Comité ejecutivo, enviando por todas partes a sus mujeres en calidad de agentes de enlace, con el fin de sostener en todas partes la misma intensa actividad y estar preparados, si la orden llegaba, para proceder, conjuntamente, en algunas horas, a la evacuación de varios millares de mujeres y de niños.

Los trenes, con sus máquinas a presión, esperaban cerca de la

sea, en los muelles, preparados para el embarque. El jadeo de las locomotoras se unía al ruido lejano de los cañones.

Hacía ya cuarenta y ocho horas que Polia no había dormido. Un poco de fiebre iluminaba sus ojos; su rostro tenía el tono marmóreo de los tíficos.

Durante este día encontró un minuto de libertad y corrió junto a Glieb, en la caserna; con los labios secos, habló riendo, sin notar que un poco de sangre perlaba sus labios agrietados, coloreando sus dientes y mezclándose con su saliva.

—Esta es, Glieb, la verdadera actividad... Vivíamos y aprendíamos de memoria las tesis sobre los Sindicatos y sobre la nueva política económica... El carrusel del trabajo cotidiano nos hacía dar vueltas... Nos embrutecíamos deliberando, hasta la sordera, hasta cegar. No había más que burocracia. Las fuerzas vivas se perdían, nos convertíamos en burócratas sindicales. La nueva política económica... Oí decir una vez a un trabajador de las aguas, un buzo: "Es un hallazgo esta nueva política: restaurantes, vinos y cervezas, en vaso y en botella. Lo apruebo, voto por ello, con las dos manos..." No, Glieb, eso no será. El décimo Congreso del Partido no entrará por este camino... ¡No!

Glieb dejó tocar en el suelo la culata de su fusil y contestó riendo también:

—No cacarees como una gallina, camarada Miekhova. Espera que hayamos arreglado las cuentas a esos bandidos, y verás el final de tu actividad verdadera. El Congreso terminará y empezaremos esta famosa nueva política económica. Y a tu buzo le meteremos en la administración comunal: que multiplique los restaurantes y que deje en ellos su dinero.

Polia se estremeció. La cólera alargaba sus cejas.

—Nunca, nunca... El Partido no puede pensar como todos vosotros. No podemos traicionar a la revolución; sería peor que la muerte. Esto es imposible. La intervención está rota, el bloqueo sería un juego insensato. Nuestra revolución abarca todo el mundo. El proletariado de todos los países está con nosotros. La reacción es impotente. Pero la nueva política económica, ¿no es en sí misma la reacción, la restauración del capitalismo? No, Glieb, esto es un galimatías.

—¡Vaya!... ¿Qué reacción quieres que sea, si es la lógica y la producción?

—¡Cómo! Entonces, ¿habrá que abrir nuevamente los mercados? Volver a ver a la burguesía... ¿Quieres, pues, que vuestra fábrica sea entregada a los capitalistas? Hoy han hablado de ello en el Ejecutivo. Parece que Shramm ha dirigido un informe al Centro del Cemento. ¿Te agradará, eh? ¿Te parece bien esta reacción?

Manchas rojizas aparecieron en su rostro pálido, alrededor de los pómulos; gotas de sudor perlaban su frente y su labio superior.

Una palidez gris cubrió el rostro de Glieb. Se inclinó, asombrado, sobre los ojos de Polia.

—¿Cómo, cómo, camarada Miekhova? ¿Una concesión? ¿Qué concesión? ¿Qué me cuentas? ¿Que los obreros devolverán su fábrica a los burgueses? ¡Maldito sea!... ¡Ya les daré yo concesiones a esos canallas!

—Qué, ¿te ha hecho daño?... Vamos a poner en marcha esta famosa nueva política económica, como tú decías... ¡Intenta ponerla en marcha!... Concesiones, restaurantes, mercados... gordos campesinos, forjadores de proyectos, especuladores... ¿Puedes decirme algo consolador sobre las cooperativas?... El impuesto sobre la naturaleza, la cooperación... quizá esto sea necesario..., pero nada de retiradas, Glieb, nada de eso... ¡Todo menos eso!... ¡Proyectos mortales para la revolución inmortal, ¡eso es lo que haría falta!... Extender, alumbrar el incendio mundial, no abandonar las posiciones conquistadas, sino tomar al asalto otras nuevas!... ¡Esto es!

Se marchó, con las mejillas rojas, dejando a Glieb inmóvil, pensativo y turbado.

Glieb se encontró por la noche en el valle, fuera de la ciudad, de guardia cerca del arrabal y del camino. Sus hombres se espaciaban en centinela desde la calzada, siguiendo una línea curva, hasta las pendientes de la montaña. Tres camaradas patrullaban, alarmando a los perros cobardes, y los ladridos permitían seguir su marcha.

Glieb y Sergio estaban a la orilla del bosque, vigilando las antorchas que se movían en la montaña.

Un pájaro de fuego desplegó de pronto sus alas en la oscuridad y subió, rayando las tinieblas, como un cohete. Podía distinguirse por momentos el brazo extendido y los hombros del hombre que tenía la antorcha.

Muy lejos, en algún sitio del desfiladero, otra antorcha agitada por un movimiento parecido subió y rayó la noche como una estrella fugaz. Luego, una tercera tembló y giró, más alta. Después, otras y otras más... Las antorchas se encendían, se extinguían, se llamaban una a otra, se retorcían como serpientes...

El bosque se extendía detrás de los dos hombres. Ellos no lo veían. Sólo percibían los árboles cercanos; en el borde del camino levantaban sus sombras espesas. Sus ramas aladas se desplegaban, llenas de tinieblas insondables y de serpientes grises. Esta noche, lo mismo que ayer, el habitante de la ciudad se moría de miedo en la proximidad de la muerte que descendía de las montañas. El silencio angustioso llenaba la villa con su sonoridad. La ciudad, temiendo en la noche sus propios rumores, se refugiaba en una existencia subterránea. Silencio también en el bosque. El silencio asciende a cortos intervalos de las profundidades del bosque: trae el olor fermentado de las marismas. Las hojas nacientes tiemblan como mariposas. Por doquier bordonean misteriosas, lejanas y sonoras, gotas que caen.

Todo era espectral, pérfido, ilimitado a los ojos de Sergio. Estas tinieblas primitivas aspiraban el sér en su espanto de secretos dormidos. El hombre civilizado que llevaba en sí conocía la noche vencida por la electricidad: las montañas y el cielo estrellado le parecían inteligibles y cercanos, como las casas, como los paseos, como las plazas. Por el día no sentía el peso de su fusil; ahora estaba en el suelo.

Un pájaro de fuego cayó repentinamente cerca de ellos y batió las alas entre los matorrales. Las chispas se desplegaron en abanico a su alrededor y se extinguieron. Las macizas tinieblas se espesaron entonces, temblorosas, vibrantes. Las estrellas rojas y los pájaros de fuego con-

cruzaban volando en la montaña y en los desfiladeros, tan pronto pió
ximos como lejanos.

Glieb puso la mano en el hombro de Sergio.

—¡Es preciso atraparlo! Está pidiendo un balazo.

—Sí, está cerca. Es él quien quema la pólvora. ¡Le ves? Sabe, sin
duda, que estamos aquí, y no tiene un balazo. Además, es ya muy tar-
de, camarada Tchumalov, ya ha hecho su asunto. Mira, todo se ha apa-
gado. No se va a exponer ahora...

Glieb encendió tranquilamente su pipa y observó las constelacio-
nes errantes en la montaña.

—Si él no pensara que tú y yo somos un par de imbéciles y de
cobardes, no danzaría ante nuestras narices. Ya verás cómo se pasea por
aquí todavía mucho tiempo. Ya lo verás.

Sergio dirigió una ojeada al camino. Subía polvoriento y oscuro
hasta perderse en la montaña. Un árbol enorme, negro, derribado en tro-
zos, se amontonaba, como las nubes en la montaña, en donde ya deja-
ba de verse el camino. Le pareció a Sergio que frotaban en sus ramas
una cerilla y que no se encendía.

—El enemigo está por todas partes, Glieb. ¿Qué tiene de extraño
que esté aquí con nosotros?

Más lejos, detrás del bosque, está la estación. También allí la no-
che está silenciosa, pero jadeante como un animal dormido que rumia.

Se oía por alguna parte, no muy lejos, rodar un carricoche.

Cosas sin importancia. Lo importante es que un huracán ha des-
truido todo el trabajo comenzado con tanto esfuerzo y entusiasmo. El
Broemsberg está destruido, las vagonetas yacen de nuevo entre las pie-
dras y los matorrales, como cuando Glieb vagaba, como un alma en
pena, entre los montones de cosas enmohecidas. Los Diesel volvían a la
inmovilidad, los talleres están nuevamente fríos y desiertos. Vuelven
otra vez la ociosidad y las tinieblas. Evacuación de los cobardes, penu-
ria, privaciones, combates. El fusil nuevamente entre las manos. Quizá
también las trincheras, las marchas, el hollín y la grasa de las humaredas
vaporosas, pero no producidas por el trabajo. ¿Serían suficientes sus
fuerzas en el combate para organizar el trabajo cuando todo, empezan-
do por las máquinas para acabar en los clavos, estaba destruido, roba-
do, enmohecido; cuando ya no había combustible, ni trigo, ni trans-
porte; cuando las vagonetas obstruían las vías como cementerios; cuan-
do los vapores no se mostrarían durante mucho tiempo todavía al bor-
de de los muelles? El presidente del Comité Ejecutivo, Badyn, ¿no tu-
vo razón cuando había visto en él un imbécil que ignoraba la tarea que
abordaba? ¡Mal obrero, cabeza llena de pájaros, embustero! No es tiem-
po aun de procurar conservar la piel cuando las noches amenazan toda-
vía la existencia del poder obrero. ¿Cómo proyectar en estas condicio-
nes la resurrección de la fábrica? ¿Podía pensarse en ello ahora que las
gentes estaban a media ración y no podían, por su agotamiento, sopor-
tar las jornadas de trabajo? ¿De qué serviría la producción, si la vida
económica de la República estaría paralizada todavía durante algunos
años, y si la tierra moría de hambre y en un abandono salvaje?

La llama reapareció desmelenada, pero ya más distante y más alta. 11

Los matorrales se iluminaron, movedizos, vivientes. Murciélagos infla-mados volaron en la montaña.

Resplandores eléctricos se elevaron en el cielo brumoso, más al[...] de la ciudad.

—Ya te lo decía yo, Sergio. Mira: el infierno vuelve a funcionar. Nunca he visto una iluminación como ésta. Estamos [...] cerrados.

—¡Como en un saco, maldición! ¡Sálvate por arriba, si puedes!

—En estas horas nocturnas pienso en el porvenir, camarada Tchumalov. Nuestros hijos verán en nosotros unos héroes y tejerán leyendas en torno nuestro. Nuestra pequeña vidia diaria, nuestra ociosidad forzosa y hambrienta, nuestros turnos de guardia entre nosotros, todo se[rá] agrandado en proporciones matemáticas, como se suele decir. Todo e[...] se reflejará en las imaginaciones como una época de proezas heroicas y de titánicas victorias. Tú y yo, que no somos más que ínfimas partícu[las] de polvo entre las masas humanas, apareceremos como gigantes. Siempre se engrandece y se generaliza el pasado. Nuestros hijos no se acordarán de nuestros errores, de nuestras crueldades, de nuestros defec[tos], de nuestras debilidades, de nuestros santos sufrimientos humanos ni de nuestras malditas preocupaciones. Dirán: "Esos hombres estaban lle[...]nos de fuerza y no conocían los obstáculos. Estaban destinados a conquistar el mundo." Y vendrán a nuestras tumbas como a ver faros eter[...]nos. Cuando pienso en esto, me siento a la vez alegre y un poco avergonzado de que aparezcamos ante la Humanidad con tales responsabilidades. El porvenir me espanta, Tchumalov: nuestra inmortalidad es un fardo demasiado pesado.

—Nada de eso tiene importancia. Lo que ha de ser, será. La Historia hace su trabajo. De lo que yo me preocupo, ¡maldición!, es de la forma de reanudar el trabajo. Habíamos construido el Broemsberg, y esos cerdos lo han destruido. Hay que rehacer todo. Vamos a poner la fábrica en marcha, me decía a mí mismo, y he aquí que esos bandidos comienzan a danzar... ¡Nos perturban esos cerdos! Esto es lo que me disgusta.

—Tu pensamiento es muy simple, Tchumalov. Tu cerebro tie[ne] el aspecto de estar económicamente construido con ladrillos bien alinea[...]dos. El mío me hace el efecto de estar lleno de pájaros enjaulados.

—¡Bonita cabeza tienes, pequeño! Es fastidioso guardar es[os] animales bajo el cráneo: meten ruido... Y es fastidioso soltarlos, pu[es] meten mucho ruido para nada.

La noche les rodeaba con sus abismos. El mal presagio de los [...]gos continuaba hiriendo las tinieblas. Estos fuegos en la noche, co[n] vuelos inquietos como el vuelo de las lechuzas, las claridades eléctri[cas] en las nubes lejanas, inspiraban una turbación misteriosa. Se apro[xi]maba un grave momento. La fiera agonizante estaba allí, en la mon[ta]ña, metida en estrechas cuevas, entre el vuelo de las antorchas, en llamas incandescentes. La fiera llegaba, invisible, de los poblados co[sa]cos. Los campesinos barbudos se acercaban en hordas a la ciudad, [...]cientes sus dientes de caníbales, con gritos guturales, grandes sables em[...]purpurados por la sangre. Los poblados cosacos iban a satisfacer co[...]

si fueran una nube de langosta; el humo y la sangre iban a pasar sobre los campos, los cañaverales, las cuestas de la montaña y las llanuras.

La montaña y los bosques estaban llenos de hombres-fieras. Se ocultaban por el día en los bosques y en las cuevas, o recorrían la ciudad fingiéndose amigos de la revolución. Estaban por todas partes: en las filas de combatientes, en las oficinas, en las viviendas de los pequeños burgueses inofensivos y pacíficos. ¡Cómo nombrarlos, cómo designarlos, cómo aplastarlos igual que si fueran culebras! Y cuando llegaba la noche, salían de sus agujeros, se escudaban en las tinieblas, haciendo cada uno su pérfida obra. Encendían sus señales, y los fuegos aparecían por encima de los campos, los fuegos de llamada, los fuegos de risa siniestra semejante a la risa de las lechuzas.

El rodar metálico de un carro bajaba de la montaña, por el camino. Se oía claramente el ruido que producían los cascos del caballo. Llegaban voces somnolientas, confusas.

Glieb y Sergio, con el fusil al brazo, siguieron el camino que la obscuridad hundía, tembloroso, bajo sus pies. La tierra y el bosque se obscurecían en las tinieblas; la vista no encontraba ningún apoyo, y las cosas parecían a Sergio irreales, inmateriales, espectrales; el cielo y la tierra igualmente insondables y próximos, como vacíos. El corazón, angustiado, desfallecía a cada paso, como si el hombre, al dar el siguiente paso, fuera a caer en un abismo tenebroso o en una cortadura, en vez de encontrar bajo su pie la tierra mullida.

Vieron claramente al caballo. Su cabeza se distinguía confusamente a la luz de las claridades lejanas y de los fuegos en la montaña. Unas sombras, numerosas, iban tendidas en el carro. Este parecía grande y ancho.

—¡Alto!... ¿Quién va?...

Glieb, en medio del camino, con el fusil preparado, se hallaba ante el caballo.

—Heridos...

—¿La consigna?

—Déjanos en paz con tu consigna... Mira, mejor, cómo tenemos la garganta...

—¿Cómo va eso, allá arriba?

—Ve a verlo, entra en la danza, y lo sabrás... Las ratas se entierran en sus agujeros mientras nosotros nos batimos... y que nos riegan con "shrapnell"... Hace calor allí... Les hemos preparado sólidas ratoneras, a esos hijos de perra... chillan y saltan como cerdos. Los hemos vendimiado una cincuentena de galoneados que han sido aplastados como víboras... Giraban los ojos, como sapos... Dos hermanas han hecho divertirse a los compañeros... ¡cómo nos hemos reído!... Las habían llevado al borde de una roca para tirarlas desde allí... Una gritaba: "Brutos, sucias bestias", y ¡paf! se tira cabeza abajo. La otra chillaba a su vez: "¡Brutos, miserables, hatajo de mendigos!"... y ¡paf! se tira también... ha sido una gran representación... nos hemos reído las tripas...

—¿Y los refuerzos? ¿Los esperáis?...

—¿Para qué?... No tardaremos mucho en ajustarles las cuentas... tenemos pocos muertos... éste es el primer convoy... Los otros están

en las trincheras. Tenemos las alturas cogidas en semicírculo, ...
en la trampa. No puedes moverte ni por delante ni por detrás. Le...
rodeamos...

—¡Es... seguid! ¡En marcha!

I.—EL PRISIONERO DE LA MANGA VACIA

Las montañas florecían como jardines de llamas. Alarmantes relámpagos temblaban por encima del mar, en la niebla.

Sergio y Glieb, con los fusiles en las manos, ascendían, como sombras silenciosas, la cuesta sembrada de matorrales. El fuego se extendía por momentos ante ellos, brincaba por entre las matas esparcidas, estallaba en chispas, se extinguía para reanudar al cabo de un momento su vuelo de pájaro deslumbrante.

Pasaron por delante de los mataderos. El muro del cercado estaba derruido. Las puertas y ventanas no eran más que brechas. ¿Habría allí también enemigos en acecho, prestos a disparar?

—A paso de lobo, Sergio; no te acerques a las brechas; ten bien el fusil... Le cogeremos vivo...

Glieb se ocultaba, echado, luego se erguía todo derecho y avanzaba calladamente con una destreza animal. Una alegría confusa invadía a Sergio. Sonreía sin darse cuenta, con los ojos fijos en el fuego movedizo. Le temblaban las manos y los pies, con la vaga sensación de ser lanzado de golpe en pleno vacío con las alas desplegadas. Los débiles hilos de araña se pegaban a su rostro y se desgarraban suavemente en sus cejas. Destellos nacarados bordeaban sus pestañas. Oleadas de fermento cálido giraban entre las matas; respiración de piedras calientes que se enfriaban, vapor del follaje primaveral de los abedules.

Las distancias engañan en la noche; tan pronto cree uno estar cerca como lejos. Pero el hombre iluminado en la noche era claramente visible. Subía la montaña corriendo, con una carrera sinuosa, volviendo a veces sobre sí mismo, teniendo la mano derecha por encima de su cabeza, con la silueta contrahecha. Su gorro de uniforme y su guerrera aparecían entonces bordeados de fuego, deslumbradores. La manga izquierda de su uniforme flotaba como un pingajo.

Glieb y Sergio se agacharon en un solo movimiento, cambiaron una mirada y se comprendieron.

—Hace falta cogerle vivo, vivo a cualquier precio. Tchumalov, ¿le ves?

—No te amilanes, le cogeremos... Atención, sé todo ojos...

La sangre palpitaba en las sienes de Sergio, como si voltearan una campana. Había muchos mancos. Había muchos ahora. Siempre suscitaban en él una inquietud, creía ver en su manga vacía la amenaza disimulada de un golpe. Su hermano también era manco. Su hermano también vagaba, misterioso, como un fantasma.

El manco se paró, con los oídos atentos, volviendo la cabeza a derecha e izquierda. Les daba la espalda, y su rostro sólo se les aparecía de perfil, en el espacio de un relámpago. Sergio creyó reconocer en él este perfil recortado sobre la llama: un pico de ave rapaz que él conocía muy bien.

La antorcha brincó, serpiente de fuego, y cayó como un cohete entre las matas. Sonaron pasos raros sobre las piedras, las matas sonaron también como movidas por un golpe de viento.

—¡Canalla!... ¡Maldito sea!... Al galope, Sergio... Le tendremos de todas maneras...

Glieb se precipitó por los matorrales, hundiendo las piedras con sus largos pasos y se hundió en las tinieblas. Las anchas piedras y los guijarros se rompían bajo sus pies, sonoros, con ruido de vidrios rotos. Sergio saltó tras Glieb y se sintió de nuevo de una ligereza aérea, alado, pájaro volador al encuentro de las claridades temblorosas y de los fuegos de la montaña.

—¡Alto!... ¡o disparo!... ¡Alto!

Glieb rugió a pocos pasos delante de Sergio y éste no oyó ni ruido retumbante de pasos, ni gritos, ni detonaciones en estas tinieblas infernales. Volaba, con un vuelo ligero, imponderable; no había tierra bajo sus pasos, ni silbidos del viento en sus oídos, ni dolor, aunque las espinas del ramaje azotaban su rostro y entraban en su carne. Jadeaba y gritaba, pero sin entender él mismo lo que decía.

Un corcel alocado se lanzó a su encuentro, con un galope alado, por la montaña, fuera de las tinieblas. Bufó ante Sergio, se encabritó, tropezó con las piedras, relinchó fuertemente, golpeándose las patas con la cola, bufó de nuevo y se desvaneció en las tinieblas. Sergio vió una hendidura al lado mismo en que el animal se había encabritado. Se detuvo, con el oído atento. Los cascos del caballo golpeaban las rocas, ya a lo lejos. Los gritos de Glieb habían cesado.

Inquietantes fulgores eléctricos temblaban en la niebla fosforescente. No se distinguían ni el cielo ni el mar. La ciudad estaba abajo, aplastada como un cementerio, sin fuegos en sus paredes, tumbas enormes sacadas de las canteras. Sergio lanzó una rápida mirada detrás de él: las antorchas vagaban por la montaña. Del otro lado, los montes estaban aún más altos, dentellados, cortados, puntiagudos, y las mismas constelaciones bullían en ellos. Las llamas se encendían, se apagaban, saltaban, serpenteaban, se deshacían en hogueras, después caían en torrente desde las alturas hacia las gargantas y las cuestas rocosas.

Abajo, en la torrentera, unos hombres suspiraban y murmuraban. ¿Hombres? Puede que no fueran más que perros devorando carroña. Las piedras sonaban como si fueran conchas.

Glieb estaba en algún sitio, frente a frente del manco. Y uno de los dos debía sucumbir.

Había muchos mancos. ¿Por qué éste, perdido en las tinieblas, conmovía a Sergio?

Sergio empezó a bajar a saltos. El suelo se fundía bajo él y se convertía en polvo.

Glieb se revolvía en las piedras, con la espalda tensa, rugiendo. Sergio le vió oprimir con su rodilla el pecho de un hombre tendido en el suelo, mientras con las manos le apretaba la garganta.

—¡No, bandido, no te irás!... ¡Estás perdido, canalla!... ¡Ya te tengo!... Échame una mano, Sergio!... Cachea a este granuja.

Sergio, con las manos temblorosas y febriles, registró los bolsillos del pantalón y de la guerrera del hombre. No encontró en ellos más

que una caja de tabaco, cerillas y una corteza de pan. Pero cuando su mano tocó el muñón del prisionero, junto al hombro derecho, se sintió traspasado de parte a parte por un grito que le dejó helado.

—Lo sabía, Glieb... Es mi hermano... Es mi hermano, Glieb... Voy a romperle la cabeza, Glieb... Recoge su fusil que está bajo mis pies. Vamos. Voy a matarle...

—¡No hagas eso!... En pie, Sergio, y el dedo en el gatillo del fusil. Pero mándale, viejo... Si es tu hermano, ¿debo abandonarle a tu gracia?... ¿Eh?... ¿Qué vas a decidir en favor suyo?

Sergio percibió una hostilidad en esta burla. Creyó ver los ojos de Glieb acribillados por puntitos de fuego.

—¡Déjate de chanzas, Glieb!... Llévatele o le mato aquí mismo! No tienes derecho a hablarme en ese tono...

—¡Vaya, no te enfades. ¡Maldición!

Las manos y las piernas de Sergio temblaban vacilantes.

Demetrio se puso de pie y quiso moverse, pero su mano estaba sujeta por los dedos de Glieb como por un torno. Hipaba y tosía.

—Un nuevo encuentro inesperado, pequeño Sergio—dijo—. Es como así, no llegas a la suela del zapato de este tipo. ¡Ah, comandante Glieb Tchmailov! He tenido el honor de encontrarte en el domicilio de mi ciego padre mientras lo desvalijábais. Lamento no haber visto entonces a mi hermano Sergio; le hubiera alojado una bala en la cabeza. Mi mano puede todavía hacer maravillas.

Glieb se inclinó hacia el rostro del manco, pero sin soltarle la mano.

—¡Caramba, es éste un encuentro inesperado, bravo coronel!... He hecho muy bien el imbécil en el huerto del viejo el otro día. Hacía falta encarcelarte y tenía muchos deseos de ellos. ¡En marcha, hijos míos! El camarada Tchibis estará muy contento con este huésped...

Demetrio hubiera querido hablar, pero la risa le cortaba las palabras. Intentó en vano conservar su tranquilidad, la hilaridad le oprimía.

—Estoy encantados de acompañaros, comandante... A ti sobre todo, valeroso... Pero suéltame ya la mano: no soy ni un niño ni una señorita para que me prodiguéis estas atenciones. El enemigo vencido os seguirá con un paso tan seguro y firme como el vuestro de vencedores. Únicamente, comandante, separa un poco a mi hermano, el pequeño Sergio, pues no estoy seguro de que no sufra en este instante una crisis de histerismo femenino bajo su aspecto más penoso... Tranquilízate, pequeño Sergio; verdaderamente te conmueves demasiado, amigo mío...

A Sergio le castañeteaban los dientes. Una insuperable angustia le invadía el pecho. Hacía esfuerzos inmensos para no gritar y para no lanzarse sobre su hermano con un furor brutal.

Demetrio reía con naturalidad.

—¡No es verdad, mi pequeño Sergio, que todavía no habíamos hecho tú y yo un paseo tan agradable? Estos instantes son preciosos, tanto más cuanto que son los últimos de nuestra vida... Pero vas a hacerme reventar de risa con tu aspecto terrible... Vaya, un poco más de desenvoltura... Eres demasiado esclavo de tu partido para disponer de ti mismo en la hora idiota de vuestro éxito.

Salieron de la torrentera y siguieron el camino que ascendía

—Habéis hecho bien: vosotros también estáis cogidos. Vuestros ...os ensuciarán mañana el empedrado. Lástima que yo no lo pueda ver. A ti, mi pequeño Sergio, te hubiera colgado un gran día a la puerta de nuestra casa.

Sergio rompió a reír y se asombró de poder reír en este momento.

—¡Podías esperar, hermano mío, que yo te condujera a la muerte! ¿Lo ves ahora? No te veré fusilar. Pero el solo hecho de que estás... de que he contribuido a ello... es ya una satisfacción para mí... Te conduzco hacia mis propias balas.

Demetrio sonrió amistosamente, alegremente, con gran naturalidad.

—No puedo más, pequeño Sergio... Eres inimitable en el género cómico.

Glieb soltó la mano de Demetrio y se puso el fusil al hombro.

—¿Qué coronel?... ¡Buen paseo para esta maldita noche!... Si las gentes nos vieran se dirían: He aquí gente alegre que sabe vivir.

Demetrio continuaba riendo, pero su voz delataba una turbación interna. A Sergio le pareció que ya no reía, que le invadía la tristeza y el deseo de decir lo que las palabras humanas no alcanzan a expresar.

—Sí, sí, esto es alegre!... Lamento, pequeño Sergio, que no participes en ese divertido juego que se llama una ejecución. Me hubiera gustado, hubiera recordado nuestra infancia... ¿Recuerdas bien nuestros ...dos infantiles?... Querría ver el cañón de tu fusil apuntando a mi pecho... ¿Por qué no lo has hecho inmediatamente?... Vuestras prisiones son peores que las noches en los cementerios que me aterrorizaban en mi infancia... No quiero que me agobien el alma... Acompáñame hasta el final, querido Sergio: será muy hermoso...

XIII

LENTITUD

I.—EN MARCHA

Volvieron los días tranquilos y obstinados de la actividad econó-
mica. Volvió de nuevo el invisible trabajo cotidiano en las oficinas, e
las organizaciones, en la fábrica. Estos días eran idénticamente seme-
jantes a los transcurridos antes de la sublevación de los blancos-verdes y
de los poblados cosacos. Se oía de nuevo en las oficinas el ligero ruid
del papel hojeado. Las sesiones del Comité Ejecutivo, del Consejo d
los Sindicatos y de la Conferencia económica se sucedieron de nuevo co
sus humaredas de tabaco, sus debates infinitos, sus resoluciones y su
planes. Pero ya no se veían, en la noche, moverse las antorchas en l
montaña. Los sábados, los productos del campo—patatas, harina, legum-
bres, huevos, aves y caza—llenaban el mercado del arrabal. Un olo
acre a sudor de caballos, a excrementos y a podredumbre flotaba en e
mercado. Los desfiladeros de la montaña, por los que antes no pasaba
ni peatones ni jinetes, se abrían ahora en caminos tranquilos por los qu
había gente a pie, ruidos de los carros que rodaban, canciones seren
de los hortelanos.

Los habitantes de la ciudad, pequeños burgueses, y gentes enfun-
dadas en uniformes militares, con trajes de cuero, cargados con pesad
carteras o sin ellas, salían de nuevo de los pisos y de los subterráneo
no quedaba ningún recuerdo de la evacuación, del tronar del cañó
en la montaña, de la noches de pánico.

El mar era de un azul celeste, a lo largo de las costas montuos
y los carros y los camiones rodaban por los muelles produciendo un gr
ruido. En la rada, más allá de los muelles, hasta el mismo horizon
las velas blancas de las barcas pesqueras prodigaban su presencia. Veía
se aparecer por la mañana faluchos turcos venidos no se sabía de dónd
que danzaban sobre las olas, se acercaban a los muelles; sus mástiles d
vados dibujaban variados arabescos. Los sindicados en holganza no ar
queaban ya la cejas cuando se encontraban, no murmuraban ya con vo
silbante, en las esquinas y en las calles, sino que hablaban en voz a
ta, con un tono desenfadado, de la nueva política económica, de los cam
bios, de los faluchos turcos y del contrabando.

Por la calle principal, cerca de los almacenes que servían de depósitos y de oficinas a diversas organizaciones económicas, los camiones y los carros pasaban con gran estrépito. Los caballos relinchaban; los cargadores se ahogaban durante el día entero, jurando y maldiciendo, bajo los fardos, las cajas, los sacos y los líos. La gran calle brillaba al sol, perfumada por el cielo primaveral, limpia, llena del presentimiento de nuevas esperanzas. Había conocido anteriormente la belleza de los escaparates, los suaves perfumes, el frufrú de los elegantes trajes de seda, y por la noche la emoción de los anuncios eléctricos. Soñaba con una mañana semejante a los pasados días, con una mañana sin Checa, sin el pan racionado, sin el cierre obligatorio de las viviendas, sin registros de toda clase, sin medidas de rigor, sin bonos de víveres, sin trabajo obligatorio.

Mujeres y muchachas, con las faldas levantadas por encima de las rodillas, en pie sobre los alféizares de las ventanas y sobre escaleras, lavaban, frotaban, limpiaban los cristales, la suciedad de los cuales escurría en aguas rojizas sobre las aceras. Un olor a humedad, un frío de cueva cerrada se escapaba de los almacenes. Las canciones de las niñas, rotas de pronto por risas agudas y por gritos que se contestaban, retumbaban en este vacío. Los papanatas se agrupaban delante de las puertas y de las ventanas abiertas, examinaban largamente, con una curiosidad inquieta, el interior de los almacenes, las ventanas mojadas, las desnudas piernas de las mujeres. Había anuncios en rectángulos o tiras de tela, deslumbrantes al sol, sobre las puertas y en las paredes del almacén, en los escaparates, negros aun en el vacío aunque en ellos se oían ya los martillazos y los chirridos de los cepillos de los carpinteros:

"Próximamente, apertura de una cooperativa".

"Aquí se abrirá próximamente un café".

"Almacenes de la gran cooperativa de consumo".

"Artículos manufacturados, sociedad comercial".

Y veíanse aún en los grises muros del Ayuntamiento (Sección de Administración Comunal), en letras enormes:

"El que no trabaja, no come"

"Construiremos la ciudad comunista sobre las ruinas del mundo capitalista".

"No hemos perdido más que las cadenas, pero ganamos un mundo".

En la plaza del mercado se construían nuevos puestos. Las hachas cortaban la madera haciendo saltar virutas de oro. El olor a alquitrán y a pintura al óleo flotaba en las calles de la ciudad.

Los profesores, con el rostro alargado y violáceo, se reunían desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde ante los locales de la Instrucción pública. Agrupados, en pie o sentados a lo largo de la calle o de las paredes, esperaban con triste resignación, parecida a la de los ciegos. Durante todo el invierno y todo el mes de marzo se habían reunido así todos los días a la puerta de la Instrucción pública. Las administraciones ocupaban las escuelas. Las bibliotecas y los cuartos de estudio habían sido saqueados; los bancos y los pupitres habían servido de leña para la calefacción. La Instrucción pública carecía de papel moneda. ¿Qué podían hacer sino sentarse y esperar, resignados, el sueldo que no les pagaban desde el otoño?

Cuando Sergio salió, después de las sesiones del Colegio de Instrucción pública, esta masa compacta, asfixiante, que se atropellaba, le rodeó en seguida. Sergio no veía ni la calle ni la acera; el aire era pesado, cargado de miasmas, de exhalaciones, del olor de la carne y de los trajes sucios. Rostros violáceos, ojos húmedos le rodeaban con una humildad séptica resignada. Esta multitud reunida en rebaño, se cerraba sobre él en una masa fofa, lacrimosa, miserable y pegajosa, de dientes secos y labios terrosos, cadavéricos. No oía más que un gemir sordo, quizá como un rumor de voces aisladas, quizá de una voz colectiva.

—¡Sergio Ivanovitch!... ¡Querido Sergio Ivanovitch!... Tú también eres un profesor... Sabes lo que esto es... ¡Sergio Ivanovitch!, ¿cómo se puede?

Sergio se abrió camino entre estos miserables, sin ver a nadie, con la vista en el suelo, con una sonrisa confusa. Sonreía, y el confuso sentimiento de su culpabilidad ante estas gentes que se hallaban agotadas, medio muertas, le producía un dolor lacerante.

—Yo no puedo hacer nada, camaradas... Reclamo, exijo, pero ¿qué puedo hacer yo en este asunto?... Lo sé todo, camaradas, y nada puedo hacer... Y no sé cuándo habrá posibilidad de...

Se apresuraba, pero sin poder salir de entre la muchedumbre, sin poder escapar a estas humildes miradas caninas y a estos dientes de cadáveres.

Hubo aún un domingo de trabajo comunista. Millares de obreros, formando una fila parecida a la de un hormiguero, trabajaron de nuevo en el Broemsberg, haciendo resonar pesadamente sus martillos, sus picos y sus palas. El ingeniero Kleist, apoyado gravemente en un bastón, dirigía de nuevo el esfuerzo de estas masas. Y cuando llegó la tarde, el Broemsberg cantó de nuevo, con sus voces aflautadas, y las ruedas de la transmisión eléctrica giraron sus férreos radios en sentidos distintos. Por la noche se encendieron las estrellas eléctricas de la fábrica.

* * *

Los obreros del Servicio de Bosques llenaban la calle, ante el Consejo de Economía. En harapos, con los rostros cubiertos de vieja mugre, con las hachas en la cintura, parecía que acababan de dejar el trabajo. Empujaban suavemente las grandes puertas, enarcaban las cejas y gritaban como en la exaltación de los mítines, sin articular ninguna palabra, con alientos profundos.

Las puertas del Consejo de Economía estaban cerradas. La multitud paseaba en la calzada, en las aceras, se apoyaba en las paredes. Los primeramente llegados a las mismas puertas del Consejo de Economía gritaban con voces cansadas, gritaban al mismo tiempo a las paredes y a la multitud:

—¡Traed el Consejo!... ¡Traednos a los cerdos del Servicio de Bosques! ¡Que nos enseñen esos ladrones e intrigantes, bandidos malditos!... ¡Traed a esos canallas!... ¿Qué hace la Checa? Es con los ojos con lo que se debe mirar y no con el culo... Traed a los comunistas. ¿Qué es lo que hacen detrás de esas puertas?

Unos se sentaban en las aceras, se adosaban a la pared, en líneas

cerradas; otros comían el pan de sus raciones. Estaban sentados al sol, abrumados por el calor, con el que subía el olor del asfalto y del polvo recalentado. Caían por entre las pestañas, sobre la muchedumbre, miradas perezosas y amodorradas. O no miraban nada; charlaban en voz baja, sin cambiar una mirada, divirtiéndose en escupir en la acera, yendo en grupo de vez en cuando a orinar detrás de la esquina de la calle, a la puerta del Consejo de Economía.

Juk surgió sobre los peldaños de la gradería, gesticulando; sus grandes gestos hacían correr sobre los grupos, como una ola, un rumor apagado.

—¡Un momento de atención!

Juk abrió las manos por encima de su cabeza, luego se quitó el gorro y, teniéndole en el aire, lanzó sobre la muchedumbre una mirada bovina, llena de una amenaza silenciosa. Incluso desde las últimas filas se vió la embriaguez en sus húmedos ojos.

—¡Camaradas, conozco bien a esta partida de vagos!... ¡Ah, yo los conozco!... Mirad antes como les he torcido el cuello (hizo el gesto de retorcer y rechinó los dientes). He descubierto todas sus intrigas, los he puesto entre la espada y la pared, los he rapado con el número uno. Están podridos de burocracia... Clase obrera... nosotros sabemos apretarles la corbata... Vosotros no lo habéis visto, pero yo sí lo he visto; llevan tirantes y se suenan en pañuelos... No, pero ¿no es idiota sonarse con cuadrados de tela?... Y tienen dientes de oro... Se han encargado dientes con todo el oro que les quedaba y con el que no les quedaba... Pero los he desenmascarado a todos, yo, en veintidós golpes...

Solamente las primeras filas vieron a Juk rodar los escalones de la gradería, y pegarse, estupefacto, a la pared, en la acera. La muchedumbre vió aparecer en su lugar al presidente del Ejecutivo, a Badyn. Tenía el rostro inmóvil, los ojos sin brillo. Parecía un ídolo de bronce.

Dijo tranquilamente, dulcemente, las primeras palabras; como hablaba en su despacho, y su clara voz era, por tanto, retumbante.

—Camaradas: nuestra ciudad tiene 20,000 proletarios organizados. Vosotros, que de estos veinte mil, sólo sois unos pocos, habéis venido aquí como se viene del mercado, en cuadrillas bulliciosas, y sembráis vergonzosamente la inquietud en las apretadas filas de los obreros revolucionarios. Deberíais enrojecer de vergüenza, camaradas; esto es un crimen. ¿De qué se trata? ¿Qué os hace falta? ¿No tenéis Sindicato? ¿No existen organismos proletarios ante los cuales podéis exponer sin dilación todas las cuestiones que os preocupan en este momento y resolverlas con urgencia?

La muchedumbre se conmovía pesadamente. Estalló un clamor imponente, mezclado con el pataleo de la masa humana.

—¡Tráenos a los ladrones!... Trae a los ladrones del servicio de Bosques!... No volveremos al trabajo... Los trajes..., los víveres... ¡No somos forzados, ladrones, canallas!...

Badyn levantó la mano, sin que su rostro se alterara. Permanecía tan inmóvil y tan cerrado como si fuera de bronce.

—No he venido aquí para disputar y reñir con vosotros, camaradas. Todas las reivindicaciones que presentéis por mediación de vuestros delegados, por vuestros organismos y por el Consejo de los Sindicatos, serán satisfechas. Reanudad el trabajo ordenadamente. Sabed que

cada hora perdida es, en estos días difíciles para la República, un perjuicio considerable en el frente económico y que sólo vosotros seréis responsables. Entonces no podréis lavar ya la infamante mancha que arrojaréis sobre el proletariado. ¡Ha conseguido muchas magníficas victorias en los combates para sufrir ahora este borrón! No sois vosotros quienes os habéis entregado a estas manifestaciones deshonrosas. Son obra de algunas malas cabezas. ¡Conozco a esos intrigantes y perturbadores! Ahí tenéis uno, Juk, que habló antes que yo. Le conozco desde hace mucho tiempo y voy a ordenar que le detengan.

No había acabado aún Badyn, cuando Juk, hirsuto, pálido, con los ojos saliéndose de sus órbitas, saltó junto a él gritando con penetrante voz de perro apaleado:

—¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!... Miente, camaradas. ¡No puedo soportar esto, camaradas!...

Manos y cuerpos se unían confusamente en las primeras filas, ante el presidente del Comité Ejecutivo. Un grito de furor cubrió la voz de Juk. La muchedumbre, aullando, osciló, con los brazos extendidos, y parecía que el segundo siguiente sería, junto a la pared, junto a la puerta, de una duración insoportable y salvaje.

—¡Pégale!... ¡Ahógale!... ¡Cerdo!... ¡Nuestro Juk!... ¡Juk, Juk!... ¡Juk al frente!... ¡Juk!... ¡Juk!...

El presidente del Comité ejecutivo permanecía inmóvil sobre el escalón superior de la gradería, vestido de cuero negro, con su rostro de bronce, haciendo frente a la multitud aulladora, con los ojos vacíos como agujeros negros. Miraba sin pestañear y esperaba; unos instantes más y esta muchedumbre estaría cansada, esta muchedumbre se doblegaría, esta muchedumbre volvería a ser mansa, débil y sumisa.

No tuvo que esperar más. Lukhava llegaba. La llama negra de sus cabellos volaba como sus manos aladas. Su aguda voz, inquieta, con acentos de entusiasmo, mojada por una abundante saliva, cortó en seco el clamor animal de la multitud.

—¡Pido la palabra, camarada! ¡No gritéis más, oíd!

La multitud se estremeció y refluyó hacia la calzada. Luego afluyó maciza, hasta chocar con la gradería.

—¡Lukhava! ¡Habla, Lukhava, camarada!... Va a ajustar las cuentas a todos... ¡Duro, camarada!

Los cabellos de Lukhava estaban en pleno vuelo. Todo su rostro no era más que ángulos huesudos (las mejillas, la nariz, el mentón). Sus ojos respiraban; tan pronto se iluminaban, en su profundidad, como brillaban bajo las pestañas en puntos inflamados.

—¡Por qué, ¡maldición!, hacéis estas cosas, camaradas? El hacha en la cintura, y en marcha; trajes y calzados empujan hacia el bosque. Me chanceo, seguramente; pero he aquí de lo que se trata. Dentro de una hora se ponen en camino: id al Consejo de los Sindicatos. En este momento se están cargando los víveres en los carros. El Comité del partido ha encargado al camarada Juk del avituallamiento. Todo el personal del Servicio de Bosques tendrá lo suyo... ¡En fila y en marcha con armonía!

La muchedumbre se agitó sobre la gradería llena de gritos y murmullos. Lukhava, con los brazos extendidos, saltó a la acera.

La multitud seguía la calle y volvía hacia el muelle. Badyn y Lukhava se miraban, a la puerta del Consejo Económico. El primero dijo:

—He informado ya en tiempo oportuno a las autoridades superiores de tu absurdo modo de apretar los tornillos a los burgueses. Hace falta poner término a esas pillerías, querido camarada. ¿Quién te ha autorizado para echar abajo, sin decisión del Ejecutivo, el Servicio de Bosques? Informaré de ello a los organismos de la región y sabré colocarte en tu sitio.

Lukhava sonreía con los ojos entornados; relámpagos temblorosos y reidores volaban, bajo las pestañas, en el fondo de sus ojos.

—¡Bu-ró-cra-ta!

Sus miradas vibrantes se encontraron aún una vez. Marcharon por distintos caminos.

2.—CON PASO FIRME

Desde las ventanas de la dirección de la fábrica, en lo alto, se veía el Club Internacional Comunista (donde por el día no había más que jóvenes pertenecientes a las Juventudes comunistas, con los brazos y las piernas desnudos, en calzoncillos, haciendo gimnasia). Y más allá, en las lejanías aéreas, en el cráter elevado de la montaña, surgiendo del fondo invisible del embudo, hasta la cima más alta, a 800 metros de altura, el Broemsberg con los rieles tendidos como cuerdas. En alto, en bajo, encontrándose y cruzándose, aproximándose y alejándose, dos vagonetas marchaban dulcemente. Eran pequeñas, vistas desde lejos, parecidas a tortugas, deslizándose suavemente en un vacío sereno, sobre los rieles; cinco minutos para llegar a lo alto, cinco minutos para descender, y las vagonetas se encontraban cada cuarto de hora, la una subiendo vacía, bajando repleta la otra, cargada de madera cortada dispuesta en forma de cubo regular. Veíase a las ruedas de la transmisión eléctrica blandir sus volantes en inclinaciones y cruces variados. Desde la cima a la transmisión eléctrica, por la pendiente del monte, camiones y carros llegaban por un camino recientemente trazado. Más lejos, en las cortas de madera, los obreros del Servicio de Bosques y de la fábrica dirigían el trabajo del Broemsberg.

Glieb, delegado por los obreros, pasaba días enteros en la dirección de la Fábrica. Había allí técnicos enviados por el Consejo de Economía, que no entendían nada de las cosas de la fábrica. Después de un año de estancia en la ciudad, estudiaban todavía el completo mecanismo de la economía local. Eran atildados, con un asco meticuloso que les hacía parecer fríos; usaban corbatas pequeñas, todos iban afeitados a la inglesa, eran rubios e imposibles de distinguir unos de otros. Era difícil darse cuenta de lo que hacían detrás de sus mesas de roble. ¿Por qué hablaban en voz baja? ¿Por qué susurraban murmullos confidenciales? Tenían los rostros fríos, severos. Miraban a Glieb con una vaga interrogación en los ojos (le miraban así en el Consejo económico) y respondían a sus preguntas primero con un asombro mudo, luego en términos generales, a media voz, a través del humo de los cigarrillos y de una ocio-

sidad refinativa. Glieb no comprendía los términos de que se servían; sólo entendía uno que él esperaba desde hacía tiempo: "La Oficina de Industria".

La célula comunista había decidido, en vista del informe de Glieb, exigir que la dirección de la fábrica diera cuenta de sus trabajos a la asamblea general de los obreros. Se decidió no tratarla con miramientos y luego exigir que interviniera la inspección obrera y campesina. Glieb se agotaba estudiando la situación, no entendiendo nada de lo que le decían, infligiéndose la ruda tarea de analizar cifras, informes, libros, papeles, pedidos y planos. En los primeros días, sus manos le obedecían mal; al principio, se magullaba la lengua a fuerza de mojar su dedo arrugado que tocaba todas las páginas. Se embruteció, su trabajo fué perdido sin que hubiera comprendido nada de este cúmulo de cifras y cuadros. Los técnicos rubios y afeitados respondían untuosamente a sus preguntas y siempre tenían para él en sus ojos una interrogación estupefacta que disimulaba la ironía y el desprecio. Glieb era atento con estos técnicos rasurados, tan cuidadosos de su aseo; les hablaba también a media voz, haciendo preguntas idiotas que llamaban a las sonrisas, atormentado él mismo por estas preguntas que inquietaban a los técnicos, les hacían refugiarse en sus últimas trincheras, les hacían contestar invariablemente:

—La Oficina de la Industria... El Consejo de Economía... El Centro del Cemento... El Consejo de Trabajo y de la Defensa...

Glieb seguía desde la ventana el trabajo del Broemsberg, estudiaba los asuntos de la fábrica que los técnicos hubieran debido conocer por sí solos, y calculaba cuánta madera podría transportarse hasta el nuevo año.

Un metro cúbico en media hora. Al día, con dos equipos, 22 metros cúbicos, 600 por mes, 4,800 hasta fin de año. Es poco. Esto no evitará la crisis. El Broemsberg tendrá que trabajar durante el invierno.

Desde el fondo del embudo de las montañas, la madera cortada salía por otro Broemsberg. Las vagonetas, como tortugas, iban de la fábrica a la montaña y de la montaña a la fábrica, cruzándose y pasándose, subiendo vacías para bajar llenas. Las descargaban abajo, cerca de la transmisión eléctrica, del cable de acero, las empujaban sobre una plataforma horadada, aérea. Un ascensor rechinante las llevaba a las profundidades de la fábrica, de donde subían vacías. En el fondo del negro agujero, en el que los rieles seguían en los túneles caminos complicados, las vagonetas eran de nuevo cogidas por los cables y hundidas en las tinieblas, mientras que otras, vacías, emergían de las tinieblas volando hacia la alta luz azul.

Glieb iba allí también y se embriagaba, al paso, del estremecimiento eléctrico de las ruedas, del silbido y del chirrido de las vagonetas, del intenso trabajo de los obreros embebidos en su tarea. Tiraba entonces al suelo los expedientes y los cuadros y se unía a los activos equipos. Veía que ya los obreros tenían otros rostros; que no tenían ya el reflejo violáceo de tifus, sino que estaban quemados, sudorosos, con una expresión atenta en los ojos. Está bien. Resurrección del trabajo. Los torsos desnudos vacilaban bajo la fatiga. Esta sangre no se enfriaría ya. Al llegar la noche no esperaba, como otras veces, a Dacha. No cerraba las puertas y se acostaba temprano. No sabía a qué hora llegaba Dacha

Pero cuando su presencia le despertaba por un instante, la veía sentada a la mesa con la cabeza entre las manos, moviendo suavemente los labios, ante un libro. Y por la mañana, cuando marchaba al trabajo, Dacha le sonreía con un enarcamiento de cejas; y toda su alegría floreciente, llena de savia, estaba en esta sonrisa.

Había noches (y días también) que Polia llegaba detrás de Dacha, a través de Dacha y le rozaba con sus bucles. Llegaba con una fijeza atenta en los ojos, presta a la caricia, y sus grandes ojos llameaban.

3.—ANGUSTIA

Había que darse cuenta personalmente de lo que era la Oficina de la Industria, esa muralla inexpugnable del Consejo de Economía y de la dirección de la fábrica. El macizo obstáculo cerraba el camino de Glieb. Todas sus preguntas chocaban en él sin encontrar eco. Decidió ir personalmente a resolverlas sobre el terreno. Iría, si era necesario, sin rodeos, a Moscú, a ver a Lenin, al Consejo Superior de Economía Nacional, al Consejo de Trabajo y de la Defensa, a decir todo, a aclarar todo, a romper cabezas, a arreglar todo, a conseguir su deseo: poner la fábrica en marcha a cualquier precio.

En la dirección de la fábrica no había más que incuria, abandono, sabotaje. En el Consejo de Economía, sabotaje, burocracia oficial y no sabía qué indescifrable trabajo interno. Las gentes se afanaban, portadoras de gruesas carteras, afeitadas, con un tímido aspecto de comunistas.

El pequeño hotel de tres pisos temblaba diariamente bajo el paso de muchedumbres inquietas, que iban de una puerta a otra; y todos los días, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, veíase agruparse en larga fila a lo largo de las aceras, delante del edificio, gentes extraordinariamente locuaces, acostumbradas antes a empujarse en los cafés y en la Bolsa. Estos grupos eran privilegio del Consejo de Economía. Nada parecido ocurría en la Salud Pública, en la Instrucción Pública, en la Previsión Social. Por el contrario, había gente en el Servicio de Agricultura, en la Administración comunal, en el Comercio exterior.

Antes de partir, Glieb estuvo en el Consejo Ejecutivo del Soviet, en el Consejo de Economía, en el Comité del partido reuniendo documentos, proyectos, planes, decretos. Badyn le dió una carta de presentación para un camarada suyo, miembro de la Oficina regional del Comité central del partido; Jitki le recomendó a un miembro de la Comisión regional de control del partido.

Glieb iba por la calle con paso presuroso. Tenía que hacer aún cuatro leguas largas a lo largo de la curva de la bahía para llegar a la fábrica. Caminaba, y creía ver la calle por primera vez. No era la misma que hacía un mes. Los almacenes estaban entonces cerrados, con sus grandes escaparates vacíos, o servían de depósitos a diversas administraciones. Las ventanas estaban polvorientas y sucias. Los depósitos permanecían, pero en ellos se veían ahora letreros:

"Próxima apertura de un restaurante."

"A los gourmets."

"Café. Gran orquesta."

"Sociedad comercial."

“Camaradas, afirmad la unión entre la ciudad y el campo...”
“Próxima apertura...”
“El que no trabaja, no come.”
Una mano irónica había ocultado bajo una mano de grasa la pri-mera negación de esta frase, y los peatones leían riendo:
“El que trabaja, no come.”
—Las raciones obreras... Los mecheros, la pequeña especulación... Una Sociedad comercial... Savtchuk cubierto por harapos, con los pies descalzos... Los chiquillos hambrientos en nuestras Casas de los Niños... La ruina, el retorno a la vida salvaje... Café, gran orquesta... Los primeros escaparates de los almacenes comienzan a florecer...

Glieb, repentinamente inquieto, se paró, incapaz de precisar la gra- interrogación que se formaba confusamente en su cerebro. Sí, sí, la nue- va política económica... Control y regularización. Mercados. Impues- tos sobre la naturaleza. Cooperación.

Bien. Café. Gran orquesta... ¿Y la ración de media libra de pan? ¿Y el reparto de artículos de primera necesidad: un metro de tela, un sujetabigotes, ligas, todo gracias a los cuidados del Sindicato?... ¿Por qué los escaparates comenzaban a enriquecerse tan de prisa? ¿Y por qué experimentaba él esta turbación, esta angustia?

Percibió a Polia al otro lado de la calle, ante las ventanas de un café. Estaba de espaldas a él. Sus ojos no se apartaban de la ventana. Un hombre con una nueva guerrera de uniforme y llevando una pesa- bizaza (¡pero todo el mundo la lleva ahora!) pasó rápidamente cerca de ella, empujándola por la espalda, separándola de la ventana. Ella pareció no darse cuenta y volvió a su inmovilidad.

Glieb cruzó la calzada. Se puso junto a Polia, pensando que ella se daría cuenta de su presencia. Pero no le miró, inmóvil, con la mi- rada absorta, perdida en las tinieblas de la ventana. Se veía, en una profundidad crepuscular, agrupadas por parejas o por grupos, sombras resucitadas del pasado: Café... Próxima apertura... Pasteles calientes...

Se oía apenas, a través del escaparate, llegar de las tinieblas leja- nas el sonido de violines.

Una voz gangosa dijo rápidamente detrás de ellos, en la acera:
—...Divisas firmes, nada más que divisas firmes... Un viaje a Sukhum... Mercancías extranjeras recientes... Franco... Faluchos... Por ciento de beneficios líquido.

Glieb se volvió y reconoció al abogado Tchirski, acompañado de un importante viticultor de la costa. A este último le había encontrado en el Consejo de Economía. Tchirski estaba también allí. ¿Qué tenía que hacer éste en el Consejo de Economía?

¡Qué se fueran al diablo! La fábrica estaba todavía en plena revo- lución de octubre, las cabezas de los combatientes no estaban aún re- puestas de la fatiga de la guerra civil. Pero cuando se viene a la ciudad parece que se ha llevado a cabo una extraña evolución, parece que la faz del mundo ha cambiado.

Glieb empujó suavemente la cartera que Polia tenía bajo el brazo. La joven le miró asustada. Se vió en sus ojos un grito contenido.
—No vale la pena de mirar esto, camarada Miekhova. Ve...

a pasar ortigas en una fosa, si lo deseas. Vamos a la Sección Femenina.

—Pero, dime, Glieb, ¿estás aquí? Voy por la calle y abro los ojos como una tonta. ¿Qué tengo?... Miro, y me duele la cabeza, me rechinan los dientes, no comprendo nada... No comprendo nada, Glieb.

—Vete a la Sección Femenina. Deja que los verdaderos imbéciles y los canallas enarquen aquí las cejas...

Cogió el brazo de la joven y la condujo. Polia miraba a derecha e izquierda, con ojos asustados, a los escaparates y a las puertas. Sus pupilas temblaban como gotas de agua sacudidas por el viento.

—No iré hoy a la Sección Femenina. Dacha está allí. Tu mujer es como hay pocas. Irá lejos, ya lo verás... Pero, ¿qué se puede decir de las demás cuando una no sabe nada de sí misma? Hoy estoy más débil que ayer.

—¡Veamos, camarada directora de la Sección Femenina! Deberías avergonzarte por sembrar así el pánico. Luchar es lo que hace falta, y no lloriquear. Si estás enferma, no lo dejes ver y no cojas las maletas: eso pasará, se cicatrizará, como entre los animales.

El lenguaje de Glieb era brutal, pero su mano acariciadora oprimía la de la joven.

—¿Qué es lo que me ocurre, Glieb? ¿Será que no sé encontrarme entre todas estas cosas insensatas?... Estoy como aplastada. Siento que el suelo se hunde bajo mis pies. Sin embargo, he estado en el frente, y he visto cosas terribles... Por dos veces he sentido las ansias de la muerte infalible. Me he batido en las calles de Moscú. Pero no he sentido nada comparable a lo que siento ahora. Es como si una muchedumbre horrorosa se burlara de mí, como si me diera vergüenza estar sin defensa. ¿La necesito quizá? ¿Es esto inevitable? ¿Será este el resultado necesario de nuestros sufrimientos y sacrificios? ¿Qué piensas tú, Glieb? ¿Es que tú también estás desorientado? Dímelo francamente. ¿Quizá no eres valiente más que aparentemente y por hábito?...

Llegaron a la Casa de los Soviets. Polia se paró, pero sin abandonar el brazo de Glieb, temiendo visiblemente quedarse sola y temiendo a la vez estar entre gente. Glieb estaba turbado. ¿Lo era por las palabras de Polia, o le atraía, llegando a él, detrás de Dacha, a través de Dacha?

La fábrica había sido concedida. Glieb se asustaba de esta palabra nueva, de mal augurio. Alguien la había lanzado, sin que Glieb consiguiera obtener ninguna explicación. Era un rumor subterráneo, torpemente propalado, y que se desvanecía en seguida. Pero la calle gritaba con sus escaparates y su oleaje presuroso de especuladores y de comerciantes. Esto era otra cosa. Las losas estaban rajadas, un olor fétido salía por ellas, y se veía salir a los gusanos y a las correderas de los rincones negros y de las hendiduras. No se podía aniquilar a estos bichos encogiéndose de hombros; era necesario hacerlos frente, tener carácter y buenas narices.

Polia. Estaba allí, tan próxima, con una amistad tan profunda y tal necesidad de ayuda. Percibió en ella una gran angustia, pero no supo leer en ella dulcemente, afectuosamente. Puede que no pudiera hacerlo, quizá le faltara costumbre. Hubiera querido decirla hermosas palabras

12

protegerla del frío bajo su capote de soldado y abrirle a media voz, con dulce murmullo, su corazón.

—No iré—dijo ella—a la Sección Femenina. Ven a mi cuarto: charlaremos. Me sentiré menos mal estando contigo. Podrás marcharte pronto, con tal de que no tenga la sensación de estar siempre sola. Quizá me digas algo que me desengañe y que me permita mirar las cosas bajo otro aspecto...

La empujó suavemente hacia las puertas vidrieras.

Y hasta llegar a su cuarto—a lo largo de la escalera de mármol y a lo largo del estrecho pasillo—no abandonó la mano de él, repitiendo sin cesar, con cortas pausas:

—¡Es necesario, no es verdad? ... ¡Es necesario?...

La pequeña habitación estaba clara y vacía. Una cama de hierro cubierta con una colcha gris, y con una almohada. Encima, Lenin. Una mesita ante la ventana, y, sobre ella, libros y papeles revueltos. Glieb no sintió más que una cosa: la habitación estaba llena del olor de Polia. Si no hubiera sabido que ella vivía aquí lo hubiera comprendido al aspirar este olor.

Ella arrojó la cartera sobre la mesa y se pegó a la pared, cerca de la mesa. Glieb tampoco se sentó, pero cruzó la habitación y se puso cerca de una puerta, a la izquierda.

—¿Quién vive aquí al lado?

—Es la habitación de Sergio.

Llamó ligeramente en la puerta con el puño. El eco le contestó en el vacío. Se acercó a la puerta de la derecha, cerca de Polia.

—¿Y aquí?

—Me da miedo esa puerta. Vive ahí el presidente del Comité Ejecutivo. No le quiero: hay algo de pesado en él, y tengo siempre el presentimiento de que esa puerta se va a abrir y que... y que... no sé lo que va a pasar.

—Es un mujeriego nuestro presidente.

—¿Por qué? ¿De dónde sacas esa conclusión?

Polia rompió a reír, pero su risa se rompió y desapareció: sus ojos miraban hacia su interior: escuchaba su tormento.

—Es un mujeriego. Tengo que trabajar todavía con él.

—Qué, ¿eres aún esclavo, Glieb? Es necesario que hagamos la revolución en nosotros mismos. Tenemos que sostener dentro de nosotros mismos una guerra civil sin piedad. Nada es más tenaz, nada está más vivo en nosotros que nuestras costumbres, nuestros sentimientos, nuestros prejuicios. Los celos te atormentan, lo sé. Son peores que el despotismo. Es una explotación del hombre por el hombre que no se puede comparar más que al canibalismo. Oye lo que te voy a decir, Glieb: si estás celoso de Dacha, perderás la partida.

—La he perdido ya. ¡Al diablo!

—¿Lo ves? Has hecho bien.

—Es necesario. Hay algo en el fondo del amor que habría que procurar comprender bien.

Polia lanzó nuevamente en torno suyo una mirada inquieta y desorientada. Sus manos se perdieron en sus bucles, la jaqueca parecía acometerla.

—Sí, Glieb... Algo difícil de comprender... Pero que es necesario
comprender... y yo lo siento, hay en el fondo algo de amargo y de vene-
noso. Es preciso... Pues bien, sea, tanto peor, si es preciso... Nos he-
mos envenenado con sangre, pero hemos sabido encontrar un contra-
veneno. ¿Pero donde está el contraveneno de la vida cotidiana que pro-
cede del pasado maldito? Esto es lo terrible... Siempre es más difícil lu-
char consigo mismo, porque el alma está, en la vida diaria, condenada a
la soledad.

Estaba delante de Glieb, tan sencilla, tan franca, perdida en su tur-
bación, tan confiada y tan próxima, que le parecía haberla conocido
hacía mucho tiempo, como si ella hubiera tenido siempre esta inquie-
tud, esta irritación... No tenía más que abrazarla ,cogerla en sus brazos,
para que ella se estrechara contra él como una niña, para que estuviera
completamente próxima, para que no pudiera quitárselo, se calmara bajo
sus caricias y volviera a encontrar su risa anterior.

La estrechó contra su pecho con una gran ternura silenciosa, y su
mejilla la acarició los bucles. Espantada, se replegó sobre sí misma en
los brazos de él. Luego se sobresaltó, pasó un brazo por su cuello y le
miró a través de sus lágrimas.

—¡Glieb!... ¡Querido mío!... ¡Si supieras cómo me gustaría tener
tu valentía y tu fuerza!... Estoy abrumada, Glieb... Compréndeme,
Glieb, y no me desprecies... Eres lo único que está más cercano a mí,
siento por tí un vivo afecto...

Glieb callaba, rozando siempre su mejilla los bucles de la joven.
Pero cuando ella desfallecía en sus brazos cerca del lecho, llamaron lige-
ramente a la puerta:

—¿Se puede, camarada Miekhova? ¿Estás?

La puerta chirrió. Era Dacha. Su pañuelo rojo apareció como
una llama. Tenía su claro rostro de costumbre, con los ojos transparen-
tes como un arroyo, con los dientes jóvenes, relucientes, el rostro ilumi-
nado por el sol.

—¡Toma, toma, Glieb! ¿Se te encuentra hasta aquí?...

Rompió a reír alegremente. Glieb vió lucir, en el espacio de un
relámpago, el espanto en sus ojos y algo como un estremecimiento sobre
sus cejas. Quizá fuera sólo ilusión suya, porque, espantado él mismo, no
pudo rehacerse inmediatamente. Miekhova se separó de él riendo tam-
bién: Dacha no era tonta, y sus ojos sabían ver las cosas más insig-
nificantes.

—¿No estás celosa, Dacha? Quería pedir prestadas sus fuerzas a tu
Glieb... Es muy fuerte, nada le importa.

—¿Por qué Glieb es mío? Pensarás aún que verdaderamente es
fuerte. Hay muchas cosas, como ves, que Glieb no comprende todavía.
Es un hombre, es verdad, y como hay pocos, pero todavía es tonto, ca-
marada Miekhova... todavía es tonto.

Glieb, de pie entre las dos, puso sus manos en los hombros de
ellas.

—¡Que me lleve el diablo!... Acabaré por comprender. Me rom-
peré la cabeza para ello... Todo es claro para Dacha, nada se le oculta.

Dacha se aproximó a la mesa, sonriendo.

—Camarada Miekhova, venía de la Sección Femenina... Estamos

en la víspera de la Conferencia femenina... ¿Lo has olvidado? Ya... El Consejo de los Sindicatos se reúne hoy, a las cinco, y debes hablar en el... Pero será mejor que hables tú en mi lugar; tengo la cabeza aturdida. Encárgate de ello, Dacha; mañana estaré repuesta.

—Lo sé, Dacha... no te pongas sentimental, amiga mía...

—Está bien camarada Mickhova... Debemos dominarnos siempre; hay que tener la cabeza firme y sujetar el corazón con manos fuertes. Encierra bien el alma entre las costillas, camarada Mickhova, y defiende tu salud... Y tú—dijo dirigiéndose a Glieb—, querido camarada, no necesitas comprender... Pero ¿dónde te marchas? Quédate. ¡Estabas aquí secretamente? Y yo, que no lo sabía...

Los ojos de Dacha se humedecieron. Polia miraba a través de la ventana con una sonrisa de enferma.

—¡Malditas mujeres!... Y nada fáciles de entender, verdaderamente. ¡Que las lleve el diablo!

Glieb salió, rojo de asombro y de vergüenza.

* * *

Encontró a Tchibis en el pasillo. Como de costumbre, Tchibis no le tendió la mano, ni le saludó. Marchaba con paso flexible, pero pesado, y le miró sin pestañear, como a un extraño.

—El Servicio de Bosques está alojado, como sabes, en un agujero muy confortable. El polvo lo ha invadido en seguida y se ha posado en remolinos en todas las mesas, de manera que todas parecen las de una casa de locos... Juk se ha revelado como un imbécil, como lo que era ya. No he dormido hoy. No duermo por las noches. Sólo duermo por la mañana y después de almorzar. Voy a echarme media hora. Vuestro manco era verdaderamente un bello ejemplar de la especie humana. Le han saltado los sesos en la cueva. He pasado varias noches hablando con él con verdadero gusto. La burguesía sabía dar a sus hijos una gran cultura, y nosotros tenemos mucho, mucho que aprender. Para dominar la cultura hace falta saber cómo hay que utilizarla, y eso no es sencillo, que no se te olvide.

—¡Alto, camarada Tchibis!... Eres mordaz... Estabas siempre dando vueltas, y he aquí que de un solo golpe recoges todo... Juk ha dejado por una vez de recriminar.

—¡Ah! Es porque está en buenas manos... De dos decenas fusilaremos la mitad de un solo golpe. Haremos con esos figurones una bonita representación; llevo el asunto al Tribunal revolucionario. En cuanto a las requisas, vamos a hacernos zurrar. Exceso de celo. Y durante el Congreso del Partido. Siempre hay cizaña en estos casos. ¿Tú qué crees? ¿Quién será tragado?

—Camarada Tchibis, he aquí lo que pienso: no se coge a Bubo- tan fácilmente; para hacerle saltar, será necesario una buena carga de pólvora.

—Justo. Ya hemos colocado varias excelentes. No lo olvides. Tiquismiquis diarios quieren decir discordia, y la discordia es el heroísmo transformado en costumbres provinciales. Duermo siempre con las ventanas y las puertas abiertas. El sueño diurno es sano y refresca

porque está lleno de hombres y de sol. Pero el buen tiempo para mí es la lucha. Ven a verme, pasaremos buenos ratos. Van allí siempre mejor por la noche que por el día.

—¿Lenin duerme por la noche, camarada Tchibis? He oído decir que vive, como tú, sin sueño, y que ama el fuego.

—No lo sé, pero creo que ama el fuego.

—Otra cosa, camarada Tchibis... Anuncian en la calles cafés con grandes orquestas. ¿Es que vuelve aquello?

—Exacto. ¿Te atemoriza. Dentro de poco yo no estaré aquí. Marcho al ejército: voy a adiestrarme un poco y hacer mi instrucción política. Todo esto no me inquieta nada. Debemos saber mirar lo mismo, sin pestañear, el sol y la sangre.

XIV

EL RETORNO DE LOS ARREPENTIDOS

1.—A CANOSSA POR EL GOLGOTA

Jitki, Glieb, Sergio y Polia tomaron asiento en la canoa automóvil. Tchibis les había precedido.

Tchibis levantó la mano y miró a sus camaradas. Sus dientes relucieron en una gran sonrisa infantil.

—¡En marcha, compañeros! ¡Agarraos bien! ¡Desembraga, capitán!

Su mano dió un fuerte golpe en el hombro del marino, un hombre moreno que tenía el rostro estropeado y lleno de hoyos como un cabo abollado y unas manos enormes, que se hubiera creído de estopa, surcadas por gruesas venas. Se veía a lo lejos un vapor, bloque macizo emergiendo del agua en el espejo brillante de la rada. Era el primer transporte de arrepentidos.

Los malecones se rompían en el oleaje verde, se hundían en los abismos azules, vibraban en cuerdas innumerables, nadaban en charcos grasientos y en olas de nafta. La resaca se quebraba más adelante, bajo un cabo, en sonoras caídas de cristal. A popa de la canoa, detrás de Glieb, una ola que no llegaba a caer, espumeaba, nívea, por encima de las cabezas. A lo lejos, bajo los muelles, dos delfines giraban en las olas uno detrás de otro parecidos a ruedas metálicas. Los reflejos partían en flechas de sus lomos redondos y picaban dolorosamente en los ojos.

Los muelles y los desembarcaderos estaban llenos de gente. El movimiento de esta muchedumbre se coloreaba con las tintas deslumbrantes del arco iris. Las olas reflejaban esta multitud inquieta, florecida, que estallaba en haces de manchas inflamadas. No habían visto barcos desde hacía mucho tiempo. Los buques se habían marchado con los blancos. El deseo de verlos en el mar era semejante al hambre. Llegaba un vapor: era un festejo.

De la proa a la popa, el vapor también estaba lleno de gente en filas y en grupos. Desde lejos parecían cormoranes en reposo, secando sus alas al sol.

Sergio miraba las negras chimeneas del buque y se roía las uñas. Glieb le daba palmadas en la mano sin llegar a arrancarle de su ensimismamiento.

—A Canossa por el Gólgota... Este es el camino de la contrarrevolución.

Jitki miró oblicuamente a Sergio. Las aletas de su nariz se abrieron hasta palidecer.

—Deja al pequeño Sergio. Eso es el delirio intelectual. Únicamente los elegidos tienen en momentos parecidos este lenguaje.

Pero Sergio se hablaba a sí mismo y hablaba a todos:

—Son trescientos sobre ese barco... y catorce oficiales. Cuando se han negado a recibirlos en Tuapsé han dicho: 'El barco no regresará. Que nos lleven aquí o allá. Desembarcaremos y que nos fusilen si quieren.'' Es magnífico. Nos traen ahora una energía prodigiosa. Es preciso acogerla. Acogerla y transformarla.

Jitki rechinó los dientes.

—¿Y cuántos de nosotros han cogido ellos? ¿Cuánta sangre y cuánta fuerza nuestra crees tú que han devorado?... De vértigo.

—¿Y qué? El sufrimiento y la sangre son inextensibles. La propiedad de la sangre es transformarse en sufrimiento; la propiedad del sufrimiento es metamorfosearse en grandes hechos y, a través de las masas, en lucha planetaria.

Polia miró a Sergio y rompió a reír. Una alegría primaveral florecía de nuevo en ella; el sol brillaba otra vez en sus pestañas y en sus pupilas.

—¡Ah, Sergio, bello charlatán!... ¡Cómo te acogerían nuestros delegados si oyeran hablar a tu alta sabiduría!...

Glieb miraba los delfines. Estas dos ruedas de fundición brillante giraban una después de otra, emergían a la luz y desaparecían. Rompían las olas de nafta y de leche con un gran esfuerzo dorsal. Y cuando desaparecían, la onda se detenía, espera, sin ola, sin espuma. Los volantes de los Diesel, en la fábrica, tenían este mismo movimiento alado y potente, en su vuelo de acero, que trastornaba el alma humana con su carga eléctrica. Antes eran numerosos los que se movían, aéreos y ligeros. Ahora sólo eran dos. Su vida se encarnaba allá abajo, en el cráter de la montaña, por la que se veía moverse, como tortugas, una subiendo, otra bajando, dos vagonetas que se aproximaban, se cruzaban, se separaban, seguidas en larga fila, abajo, sobre los rieles, por otras vagonetas innumerables. Pero estas ruedas en las olas, cargadas de sangre animal, despilfarraban en las profundidades submarinas la preciosa energía solar...

Los muelles ya estaban lejos. Las hendiduras de la montaña tenían reflejos cobrizos entre las tinieblas malvas que se balanceaban suavemente, flotantes. La canoa danzaba sobre las olas; el barco se elevaba hacia las nubes cubriendo la mitad del cielo, formidable como un rascacielos, para caer luego. Tchibis, Jitki, Polia, todos parecían pequeños, de claros contornos, como en un espejo convexo. Glieb también se sentía pequeño, pero con un corazón grande, más grande que él mismo.

Sergio no quitaba su húmeda mirada del vapor y se roía las uñas.

Las cadenas chirriaban y caían por los lados del barco. Un gran ruido llenaba el aire.

—¡A la escala!

Se veía por todo el contorno del barco filas de rostros de un color gris ceniciento. Miraban hacia abajo, con los ojos fijos. Se tendían

millares de manos temblorosas en un aullido frenético. Y más alto aún, por encima de los cordajes y de las cabrias, el blanco humo de las chimeneas ascendía en volutas. Por debajo del barco, sobre las olas [illegible], la canoa automóvil se balanceaba con su ametralladora y su bandera roja en la popa, ínfima centella amenazadora de la R. S. F. S. R.

Un inglés galoneado—el capitán, sin duda— inmóvil en el puente de mando, apoyado en el parapeto, miraba impasible la canoa automóvil volando sobre las olas.

El lejano muelle chorreaba y florecía como un campo de adormideras. Se oía ruido de hierros y el chirrido sordo de la carena del barco.

2.—LOBOS DESDENTADOS

Era realmente así. Los pesados calzados de los bolcheviques martilleaban en el puente. Poco les importaba estar en el puente de un barco inglés o en el Comité del partido. Pero estos hombres no se parecían a aquellos cuyos pasos habían borrado del puente varias manos de pintura. Aquellos del pasado estaban olvidados. En cuanto a éstos—pueblo agonizante de un país angustiado—no se les olvidaría nunca.

Una muchedumbre gris, sudorosa y maloliente, callaba en el puente. Muertos salidos de sus tumbas, tíficos cubiertos de miseria. Rostros hinchados y violáceos, ojos de dementes. Miserables, huéspedes de abarracamientos. No había modo de distinguir a los oficiales entre el rebaño gris de soldados. Esta multitud de condenados callaba pesadamente.

Jitki habló con el inglés galoneado; él mismo parecía un inglés.

Tchibis, vestido de cuero del color del metal, decía con voz impasible y clara:

—Que avancen los oficiales. Los otros, atrás.

La muchedumbre recu'ó en un pateo confuso, dejando libre un gran sitio. Parecía el lugar de una ejecución.

Hombres con andrajos, de aspecto marcial, cuyos rostros, cuidados otras veces, estaban ahora demacrados e hinchados, se abrían por los lados un camino entre la multitud. No podía decirse si los poseía algún frenesí, si estaban ebrios de desesperación y de alegría o locamente resignados ante la vida.

Polia sonreía, alegre. Mientras Tchibis hablaba dijo a Glieb: "Mira, Glieb, estos son ahorcados. Besaban la mano a las damas. Están podridos como cangrejos muertos..."

La voz de Tchibis era igual y triste, como la demacración que cubría su rostro.

—Sois nuestros enemigos. Nos execráis, nos habéis exterminado a obreros y campesinos, por millares. Os habéis embarcado creyendo encontrar aquí la vida y no la muerte. ¿Por qué venís a la Rusia de los Soviets?

Un anciano con los pómulos cubiertos por la blanca barba salió de la fila. Pero ¿sería quizá, no un anciano, sino un hombre con el rostro cubierto por tal porquería?

—No tememos tener que responderos... No... No somos más que hombres horriblemente fatigados... El enemigo vencido no es un enemigo...

go. ¡Hemos sufrido nosotros menos que vosotros! No tenemos más que una patria y no somos ya nada sin ella. Estamos malditos, pero nuestra redención está en esta maldición. Que la patria nos inflija el sufrimiento o la muerte.... Estamos dispuestos a ello, estamos resignados a todo. Esperamos que no nos rehusaréis esta alegría.

Había hablado sin mirar a Tchibis, con la cabeza fieramente elevada al sol.

Tchibis le miró fijamente, callado, a través de sus pestañas.

Hubo un silencio. Este silencio fué roto por un suspiro unánime. Parecía que una especie de telaraña iba a romperse en un tumulto de convulsiones y clamores.

Un oficial muy joven empezó a gritar convulsivamente:

—He sido engañado. Estaba ciego... Soy un asesino, sí... Dejadme justificar mi vida... Matadme, pero dejadme justificarme...

El hálito de una inquietud contenida vibró en la muchedumbre. Tchibis escuchó con indiferencia los gritos del joven oficial.

—Muy bien. Pero ¿cómo comprobarás tu sinceridad?

—¡Fusiladme en seguida..., fusiladme!

—Vuelve a la fila. Podéis volveros sin desembarcar. ¿Estáis seguros de que no os fusilaremos?

El oficial levantó las dos manos. Las mangas de la camisa cayeron sobre sus hombros. Tenía extraños puntos rojos.

—No podéis matarme.... no podéis.... ¡Quiero vivir!.... ¡Vivir!....

Le cogieron por los brazos y se lo llevaron. Continuaba gritando con voz cansada:

—¡Vivir!..... ¡Vivir!....

Polia frunció las cejas, alegre, con los ojos muy grandes, abiertos por la alegría.

—¡Qué delicados tienen los nervios estos cangrejos!... ¿Por qué diablos vuelven, Glieb?.... Pregúntales, Sergio... Ellos no me comprenderían...

Sergio oprimió con fuerza el hombro de Tchibis y le dijo, con la voz agitada por un temblor interior:

—Ten el valor, camarada Tchibis, de hablarles de otra forma, con palabras que sean dignas de nosotros... Nada es más fácil que insultar a esta gente... Adopta una actitud más penosa... Habla a los enemigos como hombres que son...

Tchibis le miró distraídamente, casi como un ciego, y dijo entre dientes:

—Voy a mandar que te lleven a tierra inmediatamente, camarada Ivaguin. ¿Qué quieres?

La multitud se apretujaba y se inclinaba febrilmente en silencio. Sucios hombres trepaban sobre los ventiladores, sobre los hombros unos de otros, se abrazaban al palo, subían lentamente por las cuerdas como si fueran babosas, con las estúpidas miradas fijas en estos otros hombres, en los que no se sabía si había más angustia que juego cruel, o más de juego que de angustia. Esperaban algo terrible, alguna repentina desgracia múltiple cayendo en pavesas. Y todo llegaría a ser sencillo y claro: haría bueno, quedaría en libertad.

Glieb miraba esta maloliente masa humana, estos rostros húmedos

por el sudor, y no experimentaba ninguna piedad, sino únicamente curiosidad con deseos de reír...

Los lobos. He aquí a los lobos. Los lobos que han corrido por todas las tierras de la República, con los ojos sanguinolentos. Tres años de fuego y de inmensos sufrimientos. Combatiendo, Glieb había aprendido a odiarlos por haber vivido sin cesar afrontando la muerte entre los fuegos y las intemperies, en las noches de guerra enrojecidas por los incendios, en los días envenenados por la sangre y el humo. Y ahora estos lobos estaban aquí... con los ojos apagados, las encías desdentadas.

Escuchaba alegre a Tchibis: bien hablado... pero no con suficiente energía; debiera haberlos gritado más... Sus mandíbulas se cerraban hasta hacer crujir los dientes. Tenía un furioso deseo de romper en una risa de trueno y de desahogarse en juramentos.

Del grupo de los oficiales salió un hombre, musculoso, todo lleno de cicatrices. Se acercó a Tchibis hasta casi tocarle en el hombro.

—Habéis hablado de burlas y de crueldades... ¿Creéis quizá amedrentarnos (levantó la cabeza) y sobrepujarnos?... No sois más que niños, y los niños no tienen pesadillas. Vuestro veneno... Pero hace ya mucho. Y estamos envenenados... Y lo suficiente para tener la garganta quemada. Vuestros golpes no hacen daño...... Si rehusárais hacernos daño, entonces sí que nos asombraríais...... He dicho.

Se volvió indolentemente.

Una sonrisa rompió la demacración que cubría el rostro de Tchibis.

—Tenéis razón. Pero no la tenéis en afectar esa valentía. ¿Sabéis bien el daño que podemos haceros, no es verdad? No se nos puede reprochar ni ligereza de espíritu ni injusticia.

El hombre se marchó sin volverse.

El joven oficial, repuesto de su crisis, acudió de nuevo:

—No podemos menos de vengarnos... Vengarnos más despiadadamente que vosotros... De todo... De toda la Europa... Del universo... Yo sabré justificarme...

Tchibis entornó los ojos. Su rostro se encogió y se afiló extraordinariamente.

—Sabed que nosotros no nos vengamos. Luchamos por los grandes ideales de la Humanidad, por el comunismo. A los vengadores los anatematizamos como si fueran criminales. Nuestra escuela es excelente; ya lo veréis.

Los oficiales callaban; sus rostros empalidecían.

Tchibis miraba al sol; sus ojos se llenaron de puntos luminosos; la palidez desapareció de su rostro.

—En nombre de los trabajadores... Os abrimos las puertas... Os perdonamos. Dad vuestras fuerzas a la República de los Soviets.

Ya no se oyó nada. Barullo. Agolpamiento. Algazara de insensatos. Rostros con los ojos desorbitados, bocas abiertas se dirigían a Tchibis. Tchibis gritaba, Miekhova gritaba, Sergio gritaba. Glieb gritaba también, pero no recordó más tarde ninguna de las palabras que había dicho. Un soldado cubierto de harapos sollozaba tumbado boca abajo. Una voz ronca, ahogada por la alegría, juraba de un modo abominable.

A Sergio le temblaban las piernas y los brazos. Se separó para rehacerse.

Los palos del buque oscilaban en pleno cielo, parecidos a troncos de árboles. Una antena, tendida de uno a otro palo, vibraba como un arpa. Las cabrias giraban, carruseles primaverales. El aire y el mar, abrazados, temblaban. Sergio creyó en la inmortalidad y que una bandada de pájaros iba a florecer de repente en el aire con las alas desplegadas.

Jitki hablaba con el inglés galoneado. La pipa temblaba, inquieta, en el ángulo de la boca del capitán, cuyos grandes ojos, asombrados, verdeaban como los ojos de los mochuelos. Pero a fuerza de voluntad, mantuvo su aire digno y severo. Saludó militarmente con un rápido gesto de autómata y fué hacia la camareta con un paso muelle que sacudía su gruesa parte posterior. Jitki, sonriendo, le seguía con la vista. Y encontrando los ojos de Sergio, le hizo un guiño. Sus narices de asiático se ensancharon enormemente.

3.—LA BANDERA ROJA

La muchedumbre absorbió a Glieb. No había más que la multitud: Glieb desapareció.

Frente a Glieb había un cosaco vestido con un traje como el que usan los tártaros, desgarrado, con los pies descalzos, la barba enmarañada, en mechones. Tenía entre las manos un trozo de tela enrojecida. Los cosacos y los soldados se confundían; llevaban todos camisas iguales de tela gruesa. Había uno que llevaba un fez. No se veía su rostro, sólo se veía el fez.

—Este trapo rojo... Esto quizá no es más que un pingajo para tí, camarada, que estás habituado al cielo rojo... Pero no mires con tus ojos de todos los días, mira con tu corazón... Hablo con todo lo que tengo: he aquí nuestra suerte, nuestra sangre, este trapo... Yo soy un verdadero cosaco... Y todos estos son verdaderos cosacos, guerreros del Kuban y del Don... Todos hemos seguido el mismo camino del sufrimiento... ¿No es verdad, muchachos?... ¿No digo la verdad, amigos?

Un suspiro unánime conmovió a la multitud.

—Cosacos... verdad... ¡bien dicho!...

El cosaco frotó el trapo rojo y lo desplegó de nuevo ante Glieb. Roto y arrugado, enseñaba al sol sus costras y sus coágulos. Manchas oleaginosas lo ensangrentaban con marcas nefastas.

Glieb cogió el trapo y lo encerró en su puño.

—¡Ah, ah! ¿Esto es una camisa? ¿Es de un muerto, quizá? ¿Por qué está llena de sangre?

—Seguro... sangre de las entrañas... Viene con su sangre.

Un profundo suspiro se escapó de nuevo de la multitud. Una húmeda embriaguez pasó por los ojos del cosaco. ¿Por qué le hacía parecer rojo?

—Nos dijimos en Gallípoli: ¡Al diablo! Entremos, muchachos... Nos revolvimos como un rebaño... Goubaty, buen cosaco, iba a la cabeza... Nos llevaron al matadero como bestias... Le cogieron con nosotros...

[illegible]... y fuimos azotados con látigos de cuero... Nosotros, hasta [illegible] en cierta vez, a él, Gombary, hasta dejarle en los huesos... Él nos había dicho: «¡Levantad [illegible]!» Yo la levanté... «Cerrad»... [illegible] bandera hasta el final, muchachos... Yo me muero... Tomad la bandera de mi [illegible]... vuestro camino hacia la libertad... Es mi sangre y la vuestra... está vuestra bandera, [illegible] hermanos bolcheviques». Esto dijo el cosaco Gombary, [illegible] nuestro camino hasta la muerte. La he [illegible] nuestro jefe. Esta bandera está [illegible], la he ocultado en mi alma para que nadie la [illegible] sobre mi pecho, [illegible] querido camarada. Está tan alegremente que [illegible] y se puede mirarla... hay daño.

El cosaco agitaba nerviosamente el trapo rojo, que flotaba como un pájaro por encima de las cabezas.

Glieb se quitó el gorro, y sin él se parecía a los otros.

—Bandera: poco banal, ciertamente... Bella bandera... Yo he mandado en el ejército, pero soy obrero. ¿No habéis olvidado todavía aquellos días de infierno?... Mirad ahora cómo las chimeneas de la fábrica desgarran las nubes... Yo estoy allí como cerrajero y como mandatario de los obreros... Hemos zurrado a Denikin y a Wrangel... Nosotros mismos, con estas manos... Nuestra sangre ha quemado a nuestros enemigos... ¿Qué bandera tenemos?... Ahí la tenéis, mirad la fábrica... Aun está fría... La hemos hecho salir del punto muerto, pero aún está ciega... ¿Quién la encenderá con su sangre?... Nosotros somos invencibles... La fábrica [illegible] ya... Son nuestras manos y nuestra sangre... Mirad bien: el trabajo en la montaña, las vagonetas... Cuando llegue la noche, veréis por todas partes la electricidad... Conjuntos de estrellas...

—Está bien... Nosotros estamos dispuestos a trabajar... pero al otro lado del mar, allá abajo, en el extranjero, la sangre de los trabajadores es un veneno... Es la suerte.

Cinco marineros de la tripulación, unos al lado de otros, mordisqueaban sus pipas. Sus párpados de rumiantes se abrían y cerraban. Escuchaban y parecían comprender. Glieb les miraba; hablaba y les miraba. Les invitó con un gesto, con el gorro en la mano, a aproximarse y sacudió la cabeza.

—Eh, ingleses, acercaos... Hablemos un rato... ¿Queréis?

Los marineros echaron una ojeada por detrás de ellos. ¿No estarían vigilados?

Se aproximaron, saludaron, llevando la mano a su gorro.

—Procura comprender, hermano, no las palabras, sino el movimiento de mis labios... Mira: soy bolchevique (Glieb se dió un golpe con el gorro en el pecho), la ciudad es bolchevique (su casco en alto señaló la ciudad). ¿Dónde están los bolcheviques en vuestro país?

Los marineros movieron sus pipas.

—Bolcheviques... Proletarios...

—¿Ves? El trabajador huele en todas partes igual. ¿No es verdad, inglés? ¿Qué palabra tenéis para llegar al fondo de vuestra alma? ¿Cuál es vuestra palabra de mayor significación?... Grandes como grandes palabras... Así, camaradas, hay que plantear la cuestión...

bestias... y fuimos azotados con látigos de cuero... Nosotros, hasta quedar en carne viva; a él, Goubary, hasta dejarle en los huesos... Él se pudrió, pero nosotros escapamos... Él nos había dicho: "¡Levantad la camisa!". La levantamos... Yo la levanté... "Cortad". Cortamos. 'Bien; que sea ésa vuestra bandera hasta el final, muchachos... Es mi sangre y la vuestra... Yo me muero... Tomad la bandera de mi sangre... será vuestra bandera, será vuestro camino hacia la libertad, hacia nuestros hermanos bolcheviques". Esto dijo el cosaco Goubary, nuestro jefe. Esta bandera será nuestra camisa hasta la muerte. La he llevado sobre mi pecho, la he ocultado en mi alma para que nadie la vea... y tú puedes mirarla, querido camarada... Flota tan alegremente que hace daño...

El cosaco agitaba nerviosamente el trapo rojo, que flotaba como un pájaro por encima de las cabezas.

Glieb se quitó el gorro, y sin él se parecía a los otros.

—Bandera poco banal, ciertamente... Bella bandera... Yo he mandado en el ejército, pero soy obrero. ¿No habéis olvidado todavía aquellos días de infierno?... Mirad ahora cómo las chimeneas de la fábrica desgarran las nubes... Yo estoy allí como cerrajero y como mandatario de los obreros... Hemos zurrado a Denikin y a Wrangel... Nosotros mismos, con estas manos... Nuestra sangre ha quemado a nuestros enemigos... ¿Qué bandera tenemos?... Ahí la tenéis, mirad la fábrica... Aún está fría... La hemos hecho salir del punto muerto, pero aún está ciega... ¿Quién la encenderá con su sangre?... Nosotros somos invencibles... La fábrica entornada ya... Son nuestras manos y nuestra sangre... Mirad bien: el trabajo en la montaña, las vagonetas... Cuando llegue la noche, veréis por todas partes la electricidad... Conjuntos de estrellas...

—Está bien... Nosotros estamos dispuestos a trabajar... pero al otro lado del mar, allá abajo, en el extranjero, la sangre de los trabajadores es un veneno... Es la muerte.

Cinco marineros de la tripulación unos al lado de otros, mordisqueaban sus pipas. Sus párpados de rumiantes se abrían y cerraban. Escuchaban y parecían comprender. Glieb les miraba; hablaba y les miraba. Les invitó con un gesto, con el gorro en la mano, a aproximarse y sacudió la cabeza.

—Eh, ingleses, acercaos... Hablemos un rato... ¿Queréis?

Los marineros echaron una ojeada por detrás de ellos. ¿No estarían vigilados?

Se aproximaron, saludaron, llevando la mano a su gorro.

—Procura comprender, hermano, no las palabras, sino el movimiento de mis labios... Mira; soy bolchevique (Glieb se dió un golpe con el gorro en el pecho), la ciudad es bolchevique (su casco en alto señaló la ciudad). ¿Dónde están los bolcheviques en vuestro país?

Los marineros movieron sus pipas.

—Bolcheviques... Proletarios...

—¿Ves? El trabajador huele en todas partes igual. ¿No es verdad, inglés? ¿Qué palabra tenéis para llegar al fondo de vuestra alma? ¿Cuál es vuestra palabra de mayor significación?... Grandes cosas, grandes palabras... Así, camaradas, hay que plantear la cuestión...

Un marinero se destacó del grupo y se puso al lado de Glieb. Rojo de rostro, las manos rojas, los cabellos rojos. Cogió su pipa, la levantó por encima de su cabeza y dijo gravemente, solemnemente, con voz sonora:

—¡Kom-in-tern! (1).

Los otros mugieron detrás de él:

—¡Kom-in-tern!... All right...

Glieb entusiasmado, golpeó el suelo con el pie.

—¡Ah!, los puercos, lo que nos guardaban, ¿eh?... Pero se les comprende sin ningún esfuerzo... Sólo han tenido que decir una palabra para conmovernos las entrañas. ¡malditos bribones!...

Cogió la mano de uno de los marinos y la estrechó riendo.

El cosaco dió un paso hacia adelante con su bandera.

—Quiero hablarles, camaradas... Dejadme decirles tres palabras bien sentidas... Escucha, inglés... vente con nosotros... y tú también... en casa de los bolcheviques... Envía al diablo a tus jefes... como nosotros... Los jefes, a la verga grande, y el barco para los trabajadores de Rusia...

Los marinos sonrieron y cambiaron algunas palabras.

Hacía falta golpearles, hasta hacerles daño, pues tenía el corazón oprimido. Que supieran un poco lo que es este sufrimiento que tiene algo de infernal.

Glieb puso sus manos sobre los hombros de ellos y les dijo severamente, frente a ellos:

—¡Ingleses, imbéciles, camaradas! ¡Qué canallas sois, ingleses! Mirad la fábrica allá abajo; ¡era poderosa! Las montañas temblaban y se hundían bajo ella. Ahora no es más que piedras muertas, con un poco de humo encima, y esto hace daño, camaradas ingleses. Falta el carbón, faltan máquinas, faltan transportes, es preciso construir... ¡Y vosotros nos hacéis la intervención... bribones, pícaros... y cuando se os habla, sois como niñas: "Yo querría, pero no puedo, la burguesía no me permite..." Y luego el Komintern.... Nosotros somos indigentes, comemos la carne humana, para no morirnos de hambre, pero tenemos a Lenin. A Lenin, inglés.... ¿Dónde está vuestro Lenin?

Los marineros se apretujaban ahora, hablando todos a la vez y blandiendo sus pipas. Sus rostros se ensancharon, aplaudieron.

—All right... Lenin... Lenin...

Glieb no reía, pero la muchedumbre compacta, la muchedumbre sonorosa, reía.

—¡Ah, ah! ¡Inglés!.... ¿Quién puede tratarnos de esclavos? Nosotros gritamos al mundo entero: ¡Komintern!.... Pero la Rusia de los Soviets, hermanos ingleses, proletaria....

Jitki se acercó, penetró entre la multitud y fué a ponerse junto a los marineros. Comenzó a hablarles en inglés y se pusieron repentinamente serios, atentos.

Glieb no reconocía a Polía: era otra, enfebrecida, desbordando de violencia; todo en ella eran gestos imposibles de contener; sus pupilas desbordaban alegría entre las pestañas.

---

(1) Abreviatura alemana y rusa que designa a la Internacional Comunista.

—¡All right, camaradas! ... Quiero ver a vuestros marineros. Llevadnos a ellos... Sé que los han encerrado en alguna parte de la ciudad para preservarlos del contagio del bolchevismo... No importa, llegaremos hasta ellos... Acompañadnos... Exígelo, Jirki, grita, grita más fuerte, como es posible.

Los marineros apretaban los dientes y les dirigían miradas de animales hambrientos. Un papanatas alto llevó galantemente la mano a su rostro, que parecía un pedazo. Los músculos de sus mejillas se distendieron como cuerdas. Polia, estupefacta, levantó las cejas y gritó:

—¡Tonto!

La multitud rompió a reír fuertemente. Dos soldados se arrastraban a gatas por el puente, lanzando gritos convulsivos:

—¡Ay! No puedo más ... reviento ... me ca... ¡ay!...

Polia cogió por el brazo al gran papanatas y a Jirki y los arrastró hacia atrás. La muchedumbre los siguió irresistiblemente.

4.—UNA MUCHACHA EN EL PUENTE

Una muchacha permanecía en el puente y miraba a la ciudad. Vista por la espalda, se la hubiera creído una adolescente. Tenía negros cabellos lustrosos.

Sergio recordó haberla visto entre la muchedumbre, o, mejor dicho, haber visto sólo sus ojos. Adivinó, con sólo verle los ojos, que era ella. Sus ojos ardían por la fiebre y el llanto. Luego desaparecieron; sus ojos se perdieron entre la multitud. La buscó atentamente, sin pesarlo, en su tristeza y en su laxitud.

Cuando la encontró en la batayola, se aproximó a ella, silenciosamente, y miró la ciudad con ella. Hay, a veces, en el silencio, minutos de comunión inolvidable.

El campo de adormideras palidecía en el muelle. Las adormideras no soportan el viento. El viento acaricia y mueve sus pétalos, que teme tocarlo. Se separan sin dolor, y, moribundos, ríen con el viento. El muelle, empavesado de colores, se decolora y se vacía. La ciudad, al pie de la montaña, proyecta hacia el mar el calor de sus piedras. Sus calles de un azul ceniciento, suben entre olas de verdura transparente, hacia las montañas, entre las chimeneas de las fábricas lanzadas en un solo impulso aéreo.

Las olas verdes del mar están llenas de vida animal, absorben los cielos azulados cruzados por nubes de fuego. Los palacios incandescentes y las montañas hendidas parecen correr en el abismo, a lo lejos, en espesos torrentes de lava. Las montañas, la ciudad y el mar tiemblan y chorrean como un espejo en la adversidad y el humo, entre las esterías brillantes del día.

¿Veía esto la muchacha que se hallaba en el puente?

Sergio lo veía, y su mirada interrogaba a la joven. ¿Dónde la había visto antes? En ninguna parte. Puede que hubiera sido un sueño.

Ella le dirigió una mirada furtiva, pero penetrante. En el fondo de sus ojos había una pregunta inquieta: ¿Era éste, o no era? Sergio la vió sonreír.

Dijo sin mirarle, como si hablara consigo.

—Esto era lo que yo esperaba... Como todos nosotros... Andaba y esperaba... Aquí está... He vivido todos estos momentos... ¡Cómo sabéis torturaros!... Torturar y también caminar con alegría... Juntamente las dos cosas a la vez... En un solo movimiento, en un solo golpe... Sois terribles, comunistas... ¿Sois el resultado de una pesadilla, o sólo hemos vivido en sueños?

Sergio dió un paso hacia ella. Puso la mano en la batayola.

—¿Por qué de pesadilla? La verdad es más sencilla y más profunda. Somos los hombres de la acción despiadada, y nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, lo que se llama necesidad, la incontestable verdad histórica... No somos más que hombres demasiado sencillos y demasiado sinceros. Por esto nos odiáis.

La joven le dirigió una mirada asustada; una gran interrogación abía en sus ojos.

—¡Oh, no!... Veo una fuerza formidable y la grandeza de la obra creadora, unida... ¿Por qué?... Hay entre vosotros tantos héroes y tantos malhechores, y también tantos caníbales.

—Sea. Pero marchamos hacia los siglos. Los malhechores que están entre nosotros serán olvidados, pero se recordará a los creadores, a los héroes. La inmortalidad es el sufrimiento y la sangre.

Callaron. La joven miraba a las olas. Después dijo dulcemente:

—He sufrido mucho. Vosotros lo sabéis... He aprendido a perdonar y aun a justificar...

—Nosotros perdonamos también. Vosotros también habéis hecho la experiencia... Perdonamos como luchamos, despiadadamente.

La confusión, el temor, la admiración vibraban en el fondo de sus ojos. Ella tendió la mano a Sergio. Esta mano era pequeña y temblaba.

—Permitidme comprenderos y amaros. ¿No me negaréis vivir en correspondencia con vosotros? ¿Me lo rehusaréis?

Sergio se separó de ella y quedó frío y distante.

—No puedo ayudaros en nada; sólo un trabajo intenso podrá ayudaros. Hace falta absorber en cada uno nuevas corrientes de energía, es preciso crear con el universo nuevos rendimientos. Vais a desembarcar, y quizá nazcáis a una nueva vida...

Ella se apretó contra el andarivel, espantada por estas palabras.

—¡Ah! Renacer es tan terrible como morir.

El no contestó; dió media vuelta y se dirigió hacia la multitud.

5.—INCAUTACION DEL BARCO DE SU MAJESTAD BRITANICA

Polia, radiante, precedía a la muchedumbre. Los marineros la seguían en grupos, seguidos a su vez por cosacos y soldados. Era un gran clamor y un ruido de pasos innumerables. Calor de estufa, sudor agrio, asfixiante. El puente arde y siente el fuego.

¡No se convertirá también el sol en llamas y humo? Barullo de motín. ...ki y Glib, lanzados por encima de la muchedumbre por manos entusiastas, caen en la espesa floración de los puños. Y cuando se les ve ele... de la cala sale un suspiro, acompañado de un gran ruido

¡...rra-ah! ¡...rra-ah!

El inglés galoneado gritaba algo ante Tchibis. La pipa danzaba en

su mano y quería romperse. Tchibis, con traje de cuero amarillo y adornos de metal, miraba impasible al inglés a través de la máscara de su rostro. Luego se quitó su gorra de cuero y la levantó ante el capitán. Permaneció inmóvil, pero sus labios se movían como si fueran láminas de cuero. El capitán se estremeció y quedó como helado, cadavérico.

Los bolcheviques eran los jefes del barco de Su Majestad Británica. Ese rebaño de vagabundos piojosos y hambrientos era una fuerza formidable capaz de hacer saltar en pocos segundos su barco y de romper con su voluntad el orden inquebrantable. No era más que un pasajero, una miserable partícula de polvo arrastrada por ese torbellino ardiente y loco.

Polia se puso de un salto sobre una caja. El rojo pañuelo, arrancado de su cabeza, dejó correr sus cabellos rubios. Extendió los brazos como si fueran alas. Su rostro parecía el de una posesa.

—¡Hurra-ah! ¡Hurra-ah!

Un joven oficial gritaba, se desgañitaba, aplaudía. El capitán se estremecía, dando fuertes chupadas a su apagada pipa.

Tchibis agitó su gorro y se dirigió hacia la batayola.

La multitud se calló de repente, desmayada, replegada en sí misma, angustiada. Pero el harapo rojo, lleno de coágulos de sangre negra, continuó flotando sobre las cabezas. La muchacha miraba a Gleb a través de una sonrisa humedecida por las lágrimas. Ante la muchedumbre y los marinos, Gleb agitaba su gorro y Polia su pañuelo rojo.

Fuertes ruidos producidos por hierros subían del interior del barco. El puente parecía incendiado.

XV

LA ESPUMA

I.—LA VIDA DIARIA

El verano había transcurrido sin lluvias; el cielo estaba rojo por encima de la bahía; el mar se evaporaba más allá de los muelles en espejos deslumbrantes. Las velas, los faluchos y los bancos de arena lejanos se hundían en ellos, brillaban en remolinos y en arroyos relucientes. A lo largo de la costa, el mar era verde y transparente con cielo azulado, con franjas muaré de petróleo nacarado, con flores de medusa, con algas llenas de sangre. Dulces brisas de olores sulfurosos o marinos flotaban sobre la ciudad y sobre las pendientes de las montañas. No había ya horizonte. El mar y el cielo, fundidos, se confundían en un solo océano aéreo. El calor subía en oleadas por encima de las montañas o se cernía en los desfiladeros, en las masas crasas y verdes de los bosques inclinados. Las pendientes y las cuestas tenían reflejos de hierro y de azufre en las tinieblas malvas y ya no se reflejaban en las olas. Días enteros, a lo largo de la costa, por toda la bahía, densos grupos jugaban en las olas y se arrastraban sobre las rocas, sobre los guijarros, sobre las conchas.

Las piedras y el hierro de la ciudad, las calles y el polvo de las plazas ardían de un modo intolerable. La gente se ahogaba bajo este sol, sobre las piedras ardientes, se cegaba por la reverberación de las aceras, de los muros y del aire, que ardía. A la sombra, en los paseos, una brisa seca quemaba el rostro, secaba la garganta; las hojas de las acacias experimentaban también el calor y se agostaban bajo el sol. Las calles, desiertas, tenían destellos lejanos. Los hombres parecían haber huido de este crisol infernal; la vida se había detenido tanto en la actividad como en la ociosidad. No se veía pasar, aquí y allá, más que sombras medio desnudas, con pesadas carteras repletas de papeles, y borrachos con ojos turbios, el rostro frío, luchando penosamente con la pesadez de sus piernas.

Los elegantes escaparates de los almacenes alegraban la vista; un rumor de innumerables voces salía por las puertas de los cafés, mezclado con el ruido de las tabas en las mesas de los jugadores, la dulce sesión de los violines misteriosos y los suspiros de los pianos

El restaurante de la alimentación popular, en la Casa de los Soviets 18

vieja conoció por primera vez en estos días el olor del borchtch (1), sazonado con tomates y legumbres frescas. Pero el olor rancio de las judías—la metralla, decían—flotaba aún, soso y nauseabundo, sobre las mesas, a lo largo de los muros, en la vajilla, envenenando el aroma de la carne y de las patatas rociadas con cebolla.

Todos los militantes responsables, todos los directores de la ciudad se encontraban a la hora del almuerzo en el comedor de la Casa de los Soviets. Se sentaban por grupos, por parejas, incluso por asambleas y habría en total un centenar en el local. Las voces se mezclaban con los vapores de la comida y con el tintineo de los platos y de los cuchillos. El sol entraba por las abiertas ventanas; la atmósfera grisácea se azulaba con el polvo y el humo del tabaco.

Badyn se sentaba invariablemente con Shramm y el director de la Salud pública, el grueso doctor Sukmin (al que se llamaba en voz baja, por un molesto juego de palabras, el hijo del perro), siempre silencioso, siempre tímido, siempre sudoroso, distraído, un poco sordo, obeso, jamás afeitado, con la cabeza cubierta por un cepillo de crin. El doctor fijaba una mirada vaga en los ojos de Badyn, sin comprender jamás lo que decía el presidente del Comité Ejecutivo, ni lo que decían sus interlocutores, pero aprobando todo con sus "sí, sí", dichos, no con la garganta, sino con lo más profundo de su pecho.

Le era penoso hablar, pues tenía la lengua desmesuradamente grande; no cabía en su boca, y, cuando hablaba, salía como si fuera un molusco. Sukmin no conseguía dominar sus palabras. Se ensamblaban en su boca, se movían en la saliva con la lengua, sufriendo en su impotencia de salir.

El comisario del Avituallamiento, Khapko, parecido a un pequeño campesino rico, abollado, ágil como un mono, con la mirada atenta y aguda, se sentaba a menudo con ellos. Tardaba mucho en comer, mucho más que cualquiera—falta de tiempo—, vigilando todo, severo y suspicaz, viendo la manera de comer de cada uno, saltando a menudo de la mesa para precipitarse a la cocina, hacia las fregadoras, hacia los vecinos de mesa que dejaban ésta sucia o hacia las señoritas soviéticas que tiraban a sus amigos bolitas de pan.

Tenía la voz cascada, chirriante, como la hoja de un cuchillo al pasar por la muela.

Surgía en la cocina:

—¿Quién es el jefe aquí?... ¿Dónde está el jefe? ¿Por qué las raciones son tan pequeñas?... ¡Robáis, pícaros!... Yo, yo voy a enseñaros a vivir... Llamaré mañana a la Inspección Obrera... Ya veréis...

O en el comedor, junto a las mesas:

—¡Decid, camaradas!... ¿Creéis que es necesario un Comité de Avituallamiento para que tiréis el pan por la mesa o debajo de la mesa?... Cuidado, os voy a enseñar a vivir. No estamos aquí en un café cantante, señoritas, no hay reservados... Apresuraos a recoger esas bolitas de pan que habéis tirado a esos bribones. ¡Vaya un modo de flirtear!... ¿Qué? ¿Qué?... ¿De Dónde?... ¿De qué oficina? Bien, yo ha-

(1) Comida nacional: sopa con remolacha, salchicha y leche agria.

...y que se lo agradezcan... Procurad evitar esas tácticas intelectuales, camaradas; que nos las vean; eso no os llevará lejos, bajo la dictadura del proletariado.

Las disputas y los ruidosos altercados comenzaban en el comedor en cuanto él aparecía.

Estos tres hombres no reaparecían a la hora de cenar, pero se reunían en el cuarto de Shramm (cuya habitación estaba tapizada y tenía sillas y muebles forrados de cuero). Permanecían a veces hasta la madrugada en el cuarto de Shramm, sin que nadie supiese lo que hacían allí. Pero las encargadas de limpiar en la Casa de los Soviets descubrían en seguida bajo las mesas botellas vacías y barrían peladuras de salchichón y botes de conservas. La habitación estaba llena de olores agrios.

Y he aquí que un hombre de aspecto asiático, con una gran nariz curvada y el blanco de los ojos enrojecidos, comenzó varias tardes a montar la guardia a la puerta de Shramm. Este hombre se llamaba Tskheladze.

Había sido un verde, guerrillero valeroso durante dos años; era ahora un empleadillo perdido entre el personal del Comité de Avituallamiento. Con los pies descalzos, cubierto por una vieja guerrera del tiempo en que luchaba, pasaba, paciente y silencioso, horas enteras ante esta puerta, mirando obstinadamente, con mirada fija, por las rendijas de la puerta, escuchando horas enteras las voces que salían del interior. Cuando sonaban pasos detrás de la pared, Tskheladze giraba y se separaba. Y cuando uno de los cuatro huéspedes de la habitación salía para dirigirse al lavabo, Tskheladze, con ojos hundidos, echaba una ojeada a la habitación por la puerta entreabierta. Sus pupilas hambrientas descubrían el secreto del confortable cuarto de Shramm. Nadie se daba cuenta de él; pasaban cerca de él, sin sospechar por qué este georgiano encorvado, de fuertes espaldas, estaba allí todas las tardes. ¡Había tanta gente por los pasillos de la Casa de los Soviets! ¿En qué se diferenciaba Tskheladze de todos los que se empujaban sin cesar en la Casa de los Soviets?

Fué Khapko, el comisario del Avituallamiento, quien le sorprendió cerca de la puerta.

Tskheladze no había tenido tiempo de separarse (Khapko era rapido como un gorrión). Se encontró frente a frente de Khapko, quien lanzó su interjección favorita, con un tono interrogante:

—¿Mayna?...

Khapko examinó al georgiano de pies a cabeza.

—¡Eh!... ¿Qué haces aquí, bocón del diablo? ¿Espías?... A ver su carnet del partido... ¿Mayna?

Tskheladze se puso rojo, se irguió, con los ojos desorbitados. Su espalda se dobló en seguida, sus labios descubrieron sus dientes.

—¿Mayna? ¿qué? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué haces?... Es esta una política... un poco...

Khapko, parecido a un gallo levantado sobre sus espolones, le agarraba la guerrera con sus manos activas e inquietas. Tskheladze, movido por sus largos pantalones, dió una brusca media vuelta, saltó de lado y fué a chocar en la pared con el pecho y la cabeza.

—¡Vaya!... ¡No estamos bajo el zarismo, puerco!... ¡Eso se ha

acabado!... ¡Haré que te azoten mañana, por tus manejos, delante de la puerta del Partido, hijo de perra!... No te consentiré que espíes la revolución bajo la dictadura del proletariado... ¡Mayna!

Tskheladze, pegado a la pared, con las manos abiertas, aturdido, furioso y desamparado, miraba a Khapko, con la respiración ronca; sus ojos inyectados de sangre, no podían permanecer quietos; parecían saltar entre la nariz y los pómulos, inflados como burbujas de aire en el agua.

Badyn salió de la habitación y se aproximó con su paso pesado, las manos en los bolsillos.

—¿Qué sucede?

—Un espía, ¡hijo de perra!... ¡Vira!... No estamos en la Georgia menchevique... Hay que arrestarlo ahora mismo y enviarlo a la Cheka. Hay un poder de los Soviets para que tú no espíes a nuestros militantes responsables, que no duermen por la noche... Pídele su carnet del partido, presidente, y dale con el puño en los hocicos. ¡Vira!

—Te conozco bastante, Tskheladze; Khapko miente. Ha bebido. No sabe lo que dice.

Khapko, estupefacto, lanzó un grito de pájaro; se ahogaba, y se dió un manotazo en la cabeza.

—¡Mayna!... Presidente... ¡Alyr!...

—Habla, Tskheladze. Sé de antemano lo que quieres decir. Dilo francamente, honradamente, con firmeza...

Los labios de Tskheladze comenzaron a temblar, y una dolorosa tensión interna cubrió su rostro de sudor. Dijo con su habla original de acento georgiano:

—Sí, os espiaba... ¡Os espiaba y escuchaba, sí!... Os espiaba, miraba cómo hacíais la política obrera... ¿Qué es lo que haces?... ¿Por qué estás siempre con los canallas? ¿Sabes lo que sucede en la casa del obrero?... ¿Qué sabes de esto?... ¿Sabes cómo es la sangre?... ¿Cómo es la miseria?... ¿Cómo no te da vergüenza?... ¡Ah, camarada!

Badyn permanecía ante Tskheladze inmóvil como un ídolo, atento y severo. Khapko reía con una risa de pájaro, ebria y silbante. Badyn puso la mano en el hombro de Tskheladze y dijo (la voz ascendía de lo más profundo de su sér):

—Vuélvete a casa, camarada Tskheladze; mañana recibirás una orden de ingreso en una Casa de Reposo. Necesitas reponerte un poco. Ya lo ves: mis actos no tienen nada de secreto, y no tienes necesidad de vigilar a los camaradas. En este punto, nuestros servicios están perfectamente organizados, y tu iniciativa improvisada es completamente superflua. ¡Vete!

Se volvió y entró en la habitación de Shramm. Khapko miró otra vez severamente, como un jefe, al georgiano, de los pies a la cabeza. Luego, imitando a Badyn, metió las manos en el bolsillo de su traje, lo que le hizo aparecer todavía más pequeño y más redondo.

—¡Vira!... Esto no es nada, ya te atraparé otra vez... ¡Mayna!

Encorvado, agobiado, Tskheladze marchó por el pasillo, con su paso incierto de enfermo, rozando las paredes con los hombros.

Se paró ante la puerta de Jitki. No supo si había abierto él mismo la puerta o si ésta estaba ya abierta antes; sintió solamente que se

...le cogía por el brazo y le metía en el cuarto. Se detuvo en el um... y vió extinguirse en una sombra confusa la lamparilla ...sobre la mesa. La sombra pasó y la lámpara volvió a lucir, aclarando el vacío obscuro de un pequeño cuarto de hotel con las paredes man...chadas por el moho y la humedad.

—Vamos, ven, siéntate un momento. Cuenta lo que te sucede. ¿Qué malos vientos te traen por aquí a media noche?

Jitki volvió a coger el brazo del georgiano, le condujo hasta la me...sa, le hizo sentarse en un taburete y él permaneció en pie, ante él, ...mente asombrado, con las aletas de la nariz pálidas, los ojos estira...dos por una sonrisa burlona. Tskheladze le dirigió una mirada car...gada de ruego y de burla, suspiró y sus ojos se llenaron de lágrimas. A la débil luz eléctrica, sus mejillas se hundían en sombras obscuras como las de un cráneo. Se dió furiosamente un puñetazo en las rodi...llas, se levantó y miró fijamente a Jitki a través de sus lágrimas; vol...vió a caer agobiado por una furiosa desesperación.

—Camarada Jitki... (siempre con su acento georgiano) es necesa...rio fusilar... fusilar... camarada Jitki... Fusilarme... fusilarme... dime, ¿qué sesgo toma ahora la vida?... Dime, ¿qué debemos hacer en favor del obrero?... He vertido mi sangre, tengo diez heridas... ¿dónde es...tá mi sangre?... ¿dónde está el hambre? ¿Dónde está la ruina, el par...tido, camarada Jitki?... ¿Qué hacen?... No, pero ¿qué es lo que ha...cen ahí?... Es una vergüenza, los puercos... Mátame, en seguida, cama...rada Jitki... No puedo vivir entre tanta suciedad y tantas villanías... No puedo soportar esto...

Jitki, repentinamente turbado, con el rostro ensombrecido, los ojos un poco fatigados por el pensamiento cruzó en silencio por delante de Tskheladze. Dos o tres veces se rascó nerviosamente la nuca. Acabó por acercarse a Tskheladze y le puso la mano en el hombro; hubiera que...rido tranquilizarle sin palabras, afectuosamente, pero no supo. Este sen...timiento desacostumbrado—la ternura—hizo asomar a sus labios una sonrisa atormentada.

—¡Eres chusco, Tskheladze!... ¿Por qué lloras por tonterías? ¡Que se los lleve el diablo!... Haz tu trabajo y sabe que haces más por la República que todos ellos juntos. Escupe alto, y si no puedes cogerles tú mismo por la garganta, dirígete al partido y marcha de frente...

Tskheladze le dirigió nuevamente una mirada suplicante y desespe...rada, hizo un gesto vago con la mano y dejó caer su cabeza entre las manos.

Jitki se paseaba por la habitación sin mirar al georgiano. Reflexio...naba mientras se roía las uñas, tan pronto las de una mano como las de otra.

—Se trata de otra cosa, Tskheladze, y no de lo que piensas. Lo que piensas es demasiado mezquino... ¡Estamos en un torbellino, y te...rrible! Marchamos hacia sufrimientos más espantosos aún que la guerra civil, la ruina, el hambre, el bloqueo... Estamos en presencia de un ene...migo oculto que no va a dispararnos balas, sino a extender ante noso...tros todas las seducciones, todas las bellezas de los pequeños negocios capitalistas. Todo el sistema económico está en nuestras manos. Esto es todo. Pero el pequeño burgués sale arrastrándose de su agujero. Comien...zan a engordar y se reencarnan de muchas maneras. Se instalan ya entre

nuestros sólidamente atrincherados detrás de frases revolucionarias, detrás de todos los atributos del heroísmo bolchevique. Bazares, cafés, escaparates, buenos alimentos, comodidad, alcohol... Después de la guerra, la gente está cansada... Hay razón para estremecerse... Hay pánico, canas... no; es una sana protesta revolucionaria... Y esto no es fatiga, no: es un instinto de clase muy desarrollado, de una camarilla que se cierra de un instinto de clase... Pero precisamente los viejos métodos de combate, romanticismo de combate... El enemigo es vil, astuto, inhallable. Debemos forjar ya nuevas armas para una nueva estrategia. La indignación y la rebeldía no son ya buenas... no son ya más que histerismo y reacción. Hay que volverlo todo a hacer; no son ya más que histerismo y reacción. Hay que volverse a templar, tiene que volverse a forjar el bolchevique para un largo estado de sitio. Ha muerto el romanticismo de los frentes del huracán pasado. Ya no hace falta el romanticismo; sólo nos hacen falta ahora hombres de negocios tranquilos, fríos y hábiles, trabajadores tenaces de fuertes dientes, de músculos de acero, de sólidos nervios. Hay que ser bolchevique hasta el final, Tskheladze. Tranquilízate, camarada, y pensemos juntos en las cuestiones que debe abordar el cerebro...

Tskheladze le miraba con sus grandes ojos rojos; escuchaba, con todo su cuerpo en tensión, con la frente baja húmeda y arrugada, bajo su fuerte cabellera. Hubiera querido comprender y absorber las palabras de Jitki, triturarlas, asimilarlas a su sangre.

Pero se cogió desesperadamente de los cabellos moviendo la cabeza.

—No comprendo nada, nada... ¿Qué es lo que dices? Mi alma es sencilla y mi palabra también... Dime: ¿Por qué me metes en la cabeza esas cosas? ¿Qué me cuentas? He sufrido ¿no? He sido un guerrillero verde ¿no? Me he batido con los blancos ¿no? Tengo sangre y palabra de obrero ¿no? Pero ¿dónde está mi sangre, ¿eh?... Los perros se la han comido... ¿o esto no es verdad, di?... El hombre se ha convertido en un canalla... ¿Comprendes?... No hay más... ¡Todo se ha perdido!

Se levantó y salió rápidamente. Jitki oyó correr las lágrimas en su garganta.

Jitki escuchó atentamente cómo se alejaban los pasos de Tskheladze y se puso a pasear por el cuarto, royéndose siempre las uñas tan pronto las de una mano como las de la otra...

No acertaba a razonar. Lo que había sucedido se parecía a lo que antes ocurría. Sucedía antes que los camaradas de la Oficina regional del Comité central llegasen de improviso y se dedicaran a una severa crítica de la actividad del Comité del Partido. Esto era natural y necesario. Invariablemente, como antes, los militantes responsables rodeaban de un silencio concentrado y de una vigilancia respetuosa al camarada oficial y frío del Centro regional; y, como antes, la sesión de ritual comenzaba con palabras sin alma:

—¡Queridos camaradas!...

Pero lo que acababa de ocurrir, bajo la forma banal de las conveniencias y del trabajo cotidiano, había sido verdaderamente imprevisto y doloroso.

Había sido el famoso asunto de las requisas... Antes no se hablaba de ello.

En cada reunión celebrada en presencia de un rubio intelectual venido del Centro regional, las disputas estallaban entre Jitki, Lukhava y Badyn. El rubio camarada había hecho una crítica despiadada de la actividad del Comité del Partido... Había hablado de la Comisión de Control... Había hecho alusiones a la retrogradación de determinados militantes.

¿Sólo se trataba de desavenencias entre unos y otros o era una lucha de fuerzas diferentes? El camarada de la Oficina regional había, como todos, hablado de querellas. Esto era sencillo. Y se esperaba en los rincones el término de esta lucha. Se propalaban habladurías. Se dividían en campos enemigos.

Salir vencido en esta lucha y saber que se tiene razón, hubiera sido demasiado penoso; esto no era admisible porque sería el fin. El que ceda será aplastado. Era necesaria la lucha a fondo, incansable, tenaz, hacia un solo fin; la lucha con todas las armas, aprovechando todas las debilidades y todos los errores del adversario. Badyn se defendía bien: manejaba perfectamente el aparato burocrático, la experiencia administrativa y su propia listeza. Había que cogerle por otro lado. No siempre se puede ser fuerte apoyándose en las masas. Las masas humanas son un arma de doble filo: se puede ser su jefe, pero también se puede llegar a ser su víctima, el esclavo, el demagogo. El, Jitki, estaba cerca de las masas, y Badyn estaba encima de ellas, destacado de ellas. Pero el camarada de la Oficina Regional del Comité central presentaba a Badyn como ejemplo a Jitki. Nunca olvidaría sus palabras:

—Eres todavía un miembro del partido relativamente joven. No tienes la habilidad necesaria, la clara comprensión del momento, la forma reflexiva de abordar los asuntos, y por eso caes en exageraciones abusivas. El camarada Badyn tiene una gran experiencia del trabajo del partido y de los Soviets y puedes aprender mucho de él: ¿por qué no habéis sabido coordinar vuestros actos, analizar con precisión la situación objetiva? ¿Por qué habéis forzado acontecimientos que debían revestir otras formas y desarrollarse en otro sentido? Te digo todo esto porque la Oficina del Comité central te estima, sin embargo, como un militante capaz y conoce tu adhesión al partido.

"Sin embargo". Este rubio intelectual presumía demasiado, arrogándose en nombre del partido este papel de mentor. Todas estas aguas eran en realidad mucho menos importantes y menos terribles que lo que parecían en las provincias.

Pero una cosa estaba clara: nada de romanticismo... El romanticismo estaba muerto, había terminado. La acción revolucionaria triunfante pertenecía en lo sucesivo a la historia, los himnos agitadores estaban callados. Nada de ideas, la acción. En lo sucesivo, había que absorber otras energías, a fin de saber realizar hechos de armas seguros y dóciles en la lucha cotidiana.

Jitki sabía lo que sucedía en la habitación de Shramm, por qué este cuarto estaba lleno de tapices y de muebles forrados de cuero; sabía que Shramm no había visto las trampas del Servicio de Bosques; lo sabía, pero se callaba para no desorganizar el trabajo del partido. Esperaba que se presentara una circunstancia favorable con objeto de dar un golpe seguro y rápido. Nada de romanticismos: el romanticismo era

cosa de ayer. El presente pertenecía al cálculo impasible. ¿Por qué no descubrir hoy mismo el lodo de las mezquinas existencias que se ocultaban detrás de la puerta del cuarto de Shramm? ¿Por qué no desenterrar todos los bonos de salchichón, de jamón, de conservas y los bonos de alcohol, presentados al Servicio de la Salud? Salió al pasillo, cortándose las uñas y se dirigió en la profundidad nocturna hacia el pálido reflejo proyectado en una pared por la abierta puerta del cuarto de Tchibis.

1.—TRANSICION DIFICIL

Glieb consiguió que se pusiera en el orden del día de una sesión de la Conferencia económica un informe sobre la necesidad de poner en actividad, por lo menos parcialmente, la fábrica. Los almacenes estaban vacíos. Había clavos remachados para 100.000 toneles. Podía comenzarse inmediatamente a remover el bizcocho y a recoger el cemento en uno de los hornos. Millones de metros cúbicos de piedras preparadas amontonadas en las canteras. Era necesario solamente poner en marcha otra línea del Bremsberg. El primero continuará prestando servicio en el transporte de madera.

Glieb mismo presentó su informe, asistido por el ingeniero Kleist en calidad de perito. Shramm hizo con tono frío numerosas objeciones. Habló de nuevo de hallarse detenido firmemente un plan de producción, de un aparato asfixiado, de la Oficina de Industria, del Centro del Cemento. Badyn estaba sentado con su actitud habitual, el negro cuero de su traje apoyado en la mesa, silencioso, mirando a Glieb, a Shramm, al ingeniero Kleist, sin que nadie pudiera darse cuenta de su opinión sobre este asunto. Jitki y Lukhava hablaron en términos fríos y resueltos en favor del informe y propusieron una solución concebida en estos términos: "Empezar inmediatamente, sin discusión, los trabajos preparatorios para reanudar la producción".

Badyn se revolvió en su butaca y por primera vez dirigió a Glieb una rápida mirada amistosa.

—No hay otra proposición. La resolución del camarada Lukhava no necesita ponerse a votación; ¿no hay nadie que tenga que hacer alguna objeción?

Shramm, con su aspecto sobrehumano de figura de cera, gruñó con voz de ventrílocuo:

—Me opongo categórica e inflexiblemente.

—La resolución está adoptada y el camarada Shramm no hace objeción en cuanto al fondo del asunto.

—Sí.

Badyn no miró a Shramm. Sus ojos sonrieron a Glieb.

—El camarada Shramm no hace ninguna objeción. Las fuerzas productoras de la República hablan, dentro de las condiciones de la nueva política económica, de su renacimiento y de su crecimiento. La puesta en marcha de la fábrica es un asunto actual. Abordamos una obra económica que requiere todas nuestras fuerzas. La producción de la fábrica dará, aun teniendo en cuenta el rendimiento bajo del trabajo, la posibilidad de satisfacer las necesidades de las grandes ciudades y de las

[illegible] industriales. La cuestión está resuelta. Exige solamente un estudio minucioso. Pero el camarada Tchibis tiene algo que decir.

Tchibis, con los párpados medio cerrados, miraba a Shramm desde su sombrío rincón, detrás de la mesa, abrumado, parecía, por el fastidio y la somnolencia.

—Así es. Yo también digo que Shramm no hace ninguna objeción. Shramm no puede hacer objeciones, y si parece hacerlas no creáis en vuestros oídos. Shramm no existe ya: Shramm es un anacronismo.

Y Tchibis volvió a su fastidio y a su fatiga ciega.

Glieb vió estremecerse y envejecer suavemente el rostro de may-sencilla de Shramm, y sus ojos llenarse repentinamente de bruma y de terror.

El comisario del Avituallamiento, Khipho, le dirigió una ojeada severa—la mirada del jefe—y con la palma de la mano dió un golpe sobre la mesa.

—¡Vira! ... ¡Toma, Comité de Avituallamiento! Van a arrancarte tu último calzón. Y dentro de un mes iremos con la garrota en la mano a hacer la unión con los campesinos: Pagad el impuesto sobre los productos naturales... No estamos en 1918, esto es ¡mayna! la unión y los buenos billetes.

Nadie le escuchaba porque todos estaban habituados a no escucharle. Decía para todos sus chanzas acompañadas de severas miradas, pero sólo él las escuchaba y sólo él pensaba en ellas.

Lukhava se abrió camino nerviosamente hacia la mesa y propuso con voz fuerte:

—Delegad al camarada Tchumalov en la Oficina de Industria con objeto de obtener una pronta aplicación de las decisiones de la Conferencia económica y del avituallamiento de la fábrica.

Luego, con paso nervioso y rápido, volvió a su sitio. Se acurrucó en su silla, con el mentón en las rodillas.

Glieb se acercó al ingeniero Kleist, le cogió por el brazo y rompió a reír.

—Heme aquí partido, como dos y dos son cuatro... ¡Lo que voy a decirles a los de la Oficina de la Industria!... Vayamos, camarada técnico... Y vosotros, camaradas, ya sabéis que nuestro camarada técnico vale en oro lo que pesa... Es uno de los especialistas más notables de la República socialista de los Soviets... ¡Hay que conocer a los nuestros!...

Glieb partió al día siguiente, prometiendo estar de regreso al cabo de una semana.

En la fábrica se trabajaba en la reparación de los edificios, de las vías férreas, de las máquinas y de los mecanismos de los diversos servicios. Desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde, el aire ardiente que flotaba entre la montaña y la fábrica, el aire en el que vibraban los espejos, cargado de polvo y de verdura, temblaba con el ruido de los metales, con el zumbido de las torres y de las vagonetas, y con la vibración de las cuerdas, bajo las ventanas de la estación electromecánica.

El Broemsberg destinado al transporte de la madera no interrumpía su actividad, vibrando diariamente con el estrépito de las vagonetas

agentes industriales. La cuestión está resuelta. Exige solamente un estudio minucioso. Pero el camarada Tchibis tiene algo que decir.

Tchibis, con los párpados medio cerrados, miraba a Shramm desde su sombrío rincón, detrás de la mesa, abrumado, parecía, por el fastidio y la somnolencia.

—Así es. Yo también digo que Shramm no hace ninguna objeción. Shramm no puede hacer objeciones, y si parece hacerlas no [illegible] en vuestros oídos. Shramm no existe ya: Shramm es un anacronismo.

Y Tchibis volvió a su fastidio y a su fatiga ciega.

Glieb vió estremecerse y envejecer suavemente el rostro de [illegible] de Shramm, y sus ojos llenarse repentinamente de bruma y de terror.

El comisario del Avituallamiento, Khopko, le dirigió una ojeada severa—la mirada del jefe—y con la palma de la mano dió un golpe sobre la mesa.

—¡Vira! ... ¡Toma, Comité de Avituallamiento! Van a arrancarte tu último calzón. Y dentro de un mes iremos con la garrota en la mano a hacer la unión con los campesinos: Pagad el impuesto sobre los productos naturales... No estamos en 1918, esto es ¡mayna! la unión y los buenos billetes...

Nadie le escuchaba porque todos estaban habituados a no escucharle. Decía para todos sus chanzas acompañadas de severas miradas, pero sólo él las escuchaba y sólo él pensaba en ellas.

Lukhava se abrió camino nerviosamente hacia la mesa y propuso con voz fuerte:

—Delegad al camarada Tchumalov en la Oficina de Industria con objeto de obtener una pronta aplicación de las decisiones de la Conferencia económica y del avituallamiento de la fábrica.

Luego, con paso nervioso y rápido, volvió a su sitio. Se acurrucó en su silla, con el mentón en las rodillas.

Glieb se acercó al ingeniero Kleist, le cogió por el brazo y rompió a reír.

—Heme aquí partido, como dos y dos son cuatro... ¡Lo que voy a decirles a los de la Oficina de la Industria!... Vayamos, camarada técnico... Y vosotros, camaradas, ya sabéis que nuestro camarada técnico vale en oro lo que pesa... Es uno de los especialistas más notables de la República socialista de los Soviets... ¡Hay que conocer a los nuestros!...

Glieb partió al día siguiente, prometiendo estar de regreso al cabo de una semana.

En la fábrica se trabajaba en la reparación de los edificios, de las vías férreas, de las máquinas y de los mecanismos de los diversos servicios. Desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde, el aire ardiente que flotaba entre la montaña y la fábrica, el aire en el que vibraban los espejos, cargado de polvo y de verdura, temblaba con el ruido de los metales, con el zumbido de las torres y de las vagonetas, y con la vibración de las cuerdas, bajo las ventanas de la estación electromecánica.

El Broemsberg destinado al transporte de la madera no interrumpía su actividad, vibrando diariamente con el estrépito de las vagonetas

lanzados y el dulce silbido de los cables bajo las ruedas. Los vagones ruidosos rodaban por los muelles, se oía gritar a los cucos, se oía el ruido de los leños al caer en los cestos vacíos. Los barcos tristes y solitarios esperaban incomprensiblemente en el azul deslumbrante de la bahía.

* * *

Dacha desaparecía de la Sección femenina, en las reuniones, para cumplir encargos. Lisaveta reunía todas las semanas a las mujeres en la sala de espectáculos del Club, y su ruidosa cháchara se escapaba por las ventanas abiertas turbando hasta media noche el silencio de los desfiladeros de la montaña y de las albas meditabundas.

Y al volver a sus casas, en las tinieblas, continuaban hablando con gritos parecidos a los de sus riñas antiguas por las gallinas, por los huevos, por los asuntos de la casa. Pero, prestando atención, se escuchaba que no disputaban sino que proseguían en la calle, en el silencio nocturno, con grandes voces, sus discusiones del Club.

—Lisaveta está equivocada... Te digo que está equivocada... No digas más, Malachka, tiene razón Lisaveta, tiene razón... Nosotras, las mujeres, no somos más que canallas...

—Si todas son canallas, yo no quiero serlo... Oíd, voy a hacerme cortar el pelo... Las trenzas de las mujeres, camaradas, son como un yugo; una es cogida por el hombre, es una desgracia para la mujer.

—Nada de eso... Que el diablo me lleve si yo me dejo dirigir por una andorrera... Yo no haré desaparecer mis iconos e iré a la iglesia nada más que por hacerla rabiar... Lisaveta está en su casa en el lecho de los demás, está como en la iglesia con su banda comunista...

—¡Seguro! Mirad en lo que paran las muchachas y los chicos komsomols (1). Antes se temía a las gentes y al pecado y hoy a los komsomols.

—Cuidado que sois tontas vosotras... Vuestros barbudos no os hacen ver bastante todavía.

—Es por tontería... Es fácil hacer tonterías por inadvertencia en dos movimientos... Te equivocarías mucho si abandonaras a los hijos, a tu marido y a tu hogar...

—Seguro... Es porque ya no se piensa en el obrero. Por todas partes hay almacenes, cafés, la mujer va donde el viento la empuja... Tú haz lo que quieras...

Sucedía esto todas las semanas, lo mismo cuando Lisaveta y Lemakha estaban al frente de las reuniones, que cuando Dacha acudía en su ayuda.

Habían formado, gracias al departamento comunista y al club, dos grupos de "liquidación del analfabetismo" y cuando comenzaron sus trabajos no hubo más que mujeres sentadas teniendo libros ante ellas. El discurso de Dacha fué derecho a su corazón:

---

(1) Abreviatura corriente de "jóvenes comunistas".

—Aprended, mujeres; vosotras que habéis mostrado a los hombres todo lo que valéis, demostrad con energía vuestra conciencia proletaria.

Las mujeres aplaudían y su alegría juvenil les hacía semejantes a pajarillos en fiesta.

* * *

Todos los días, por la mañana y por la tarde, Dacha visitaba la Casa de los Niños, que llevaba el nombre de Krupskaia, con objeto de llevar a Niurka unas caricias. Veía a la niña enflaquecer de día en día y extinguirse como una bujía encendida. La niña no tenía más que huesos; su rostro estaba amarillento, arrugado, como el de una anciana. Niurka miraba a su madre con sus ojitos negros, insondables, invadidos por la tristeza, y Dacha comprendía que estos ojitos se habían encogido, alejado del cielo y del sol por haber visto alguna cosa inmensa e inexplicable. Niurka callaba ahora casi siempre, con el rostro y la mirada pensativos, indiferente aun cuando Dacha la dejaba.

Por primera vez, Dacha sufrió este año indeciblemente, guardando profundamente su sufrimiento en sí misma. Nadie se dió cuenta de ellos, excepto la camarada Mirkhova, que levantando un día los ojos hacia ella, por encima de la mesa, la observó con inquieta atención.

—¿Qué tienes, Dacha? Parece que no estás buena.

—¿De dónde sacas esas fantasías, camarada Mirkhova?

Polia se calló examinando fijamente a Dacha con sus fatigados ojos por entre sus largas pestañas. Y en estos ojos había algo que recordaba a Dacha la mirada llena de tristeza de Niurka.

—Yo no sabía, Dacha, que eras capaz de fingir y de mentir.

—Pues bien, camarada Mirkhova, me sucede algo. ¿Por qué quieres saber lo que me ocurre? No le interesa a nadie.

—¡Precisamente, Dacha! Estamos fuertemente organizadas, fuertemente unidas unas a otras, pero permanecemos terriblemente extrañas unas a otras en nuestras existencias, indiferentes a la manera de vivir y de respirar cada una de nosotras. Esto es precisamente lo terrible. Pero a tí no te gusta que se te hable de ello.

Se callaron, distantes, reconcentradas.

Niurka se extinguía como una bujía encendida. Niurka, la única niña querida. Y nadie podía decir por qué se extinguía así. ¿De qué servían los médicos si no podían decir una palabra concreta, si no eran capaces de arrancar a la niña al mal que la consumía? ¡Hubiera sido suficiente una ayuda tan pequeña! Era verdad: los médicos no podían hacer nada. Dacha sabía mejor que ellos por qué se consumía Niurka, lo mismo que una estrella palidece por la mañana. La niña no vió más alimento que la leche materna: la niña se alimentó también de ternura materna. Los niños se marchitan y se secan si se les rehusa el aliento de la madre, si la madre no les calienta con su sangre, si no les perfuma el pequeño lecho con su olor y con su alma. Los niños son flores de primavera. Niurka era una flor arrancada de la rama y arrojada al camino.

La única culpable era Dacha y esta culpabilidad nunca podría hacerla desaparecer. Esta culpabilidad no era producida por su voluntad: ve-

nia de fuera de la vida, de la fuerza bajo el poder de la cual se encontraba ella misma y que no sabía designar con palabra exacta. Las palabras revolución, lucha, trabajo, partido, tenían resonancias de todo el vacío, pero lo esencial de ellas, lo que contenían de inmenso y de inevitable, ella lo llevaba en sí misma; esto era todo, y la muerte no tenía lugar en esta inmensidad en la que ella no era más que una partícula invisible.

Pero Niurka se consumía. Niurka se desvanecía como un destello. Niurka era. Niurka dejaría de ser. Sus piececitos habían jugado antes entre los brazos maternos, contra el seno de la madre; luego la chiquitina se había arrastrado por el suelo aprendiendo a andar con el deger balbuceo de sus primeras palabras. Anduvo, jugó. Creció. Y cuando la muerte rechinó los dientes en los oídos de Dacha, Dacha no supo olvidar a la niña. Luego Niurka desapareció, hundida en su sangre como todo su pasado; y cuando Dacha fué un día hacia el nudo corredizo, lo hizo sin pensar en Niurka, que sólo era en aquellos momentos un lejano fantasma.

Dacha veía ahora a Niurka viva con un rostro ajado como una vieja y con los ojos insondables, entristecidos por la muerte. Dacha la volvía a ver como antes y su sufrimiento no conseguía saltar sobre este pequeño cadáver. Ella lo veía: Niurka era el sacrificio de su vida y esto era un sacrificio intolerable.

He aquí la conversación que tuvo con Niurka un día por la mañana.

—Niurochka, niña mía, estás enferma ¿no es verdad?

Niurka movió la cabeza: —No.

—¿Qué quieres? Dímelo.

—No necesito nada.

—¿Quieres ver a papá?

—Quiero uvas, mamaíta.

—Es aún demasiado pronto, paloma; las uvas no están aún maduras.

—Quiero quedarme contigo, para que tú no te vayas nunca y para estar cerca de tí... y de las uvas... cerca de tí y de las uvas...

La niña estaba sobre las rodillas de Dacha, tibia y menuda, hundida en el calor materno.

Cuando Dacha la llevó a su camita, Niurka fijó en ella largamente sus ojos profundos, concentrados en ellos mismos y dijo solamente, respondiendo a una mirada silenciosa y húmeda de Dacha:

—¡Mamaíta!... ¡Mamaíta!...

—¡Qué, mi nenita!...

—Nada... mamaíta... mamaíta...

Dacha salió de la Casa de los Niños y no bajó, como acostumbraba, por la calle, hacia la Sección Femenina, sino que se arrojó entre los matorrales, y en un rincón perdido, silencioso, perfumado de tierra y verdura, en donde el sol lloraba en pequeñas manchas de luz, se tendió sobre la hierba y lloró largamente. Sus dedos desgarraban el humus.

Una noche, en ausencia de Glieb, Badyn llegó a casa de ella en automóvil. El zumbido del motor bajo la ventana la hizo salir de su

cuarto. Los pechos de los dos se encontraron en la gradería. Badyn quiso abrazarla, pero ella lo rechazó, severa.

—Aquello no volverá nunca, camarada Badyn.

Badyn se hundió en sí mismo, con los brazos caídos, repentinamente pesado y débil.

—Dacha, quería pasar un momento contigo... Esperaba mejor acogida.

—Vete en seguida, camarada Badyn, y no hables en vano.

Entró, cerró con violencia la puerta y echó el pestillo.

3.—LA PESADILLA

Polia, cuando iba por la mañana a la Sección Femenina o marchaba hacia su casa después de las cuatro de la tarde, caminaba por las calles con paso presuroso. Seguía las calles, la calzada, el muelle, a grandes zancadas, sin mirar a su alrededor, sin distinguir a nadie.

La gente marchaba frente a ella, pasaba a sus lados, la seguían, la adelantaban, se reflejaban en sus ojos en sombras deslavadas; pero ella no veía los rostros, no veía más que los pies descalzos, desnudos o cubiertos por harapos, los pantalones, las faldas, las calzas caídas de las mujeres, la multitud de pies que se movían, incansables y polvorientos. No miraba a su alrededor, marchaba con los ojos fijos en el suelo. No podía levantar la cabeza para ver con mirada tranquila y segura los escaparates, las puertas abiertas, las gentes que tenían otro aspecto distinto. No miraba, pero veía lo mismo. Las mujeres no eran ya como antes, en la primavera: sus trajes habían florecido: sombreros cubiertos de flores, batistas transparentes, altos tacones franceses a la moda. Los hombres también eran distintos: puños y corbatas, botines sobre sus botas de cabritilla. Los perfumes flotaban de nuevo, las voces eran sonoras y alegres como los pitidos de los pájaros. Por las puertas abiertas de los cafés se percibía muchedumbre fantasmales bañadas por la humareda azul del tabaco; murmullo de voces, tintineo de vajilla, el sonido seco de las tabas en las mesas de los jugadores; los acordes apenas perceptibles de los violines llegaban de lo profundo de los locales llenos de humo de tabaco.

¿De dónde venían estas cosas? ¿Por qué venían tan pronto y con tanta arrogancia? ¿Por qué habían pasado sobre ella, Polia, inflingiéndola esta tristeza dolorosa y esta turbación en sus ideas?

Era como si extraviada en un país extraño hubiera perdido alguna cosa preciosa, alguna cosa irreemplazable, faltando la cual la vida no sería ya posible. Experimentaba un sentimiento de vergüenza, de deshonor, y un temor inconsciente. Temía que un obrero o alguno de los miserables corroídos por el hambre y con los ojos supurantes que encontraba, se aproximara a ella y la gritara:

—¡Hola! He aquí a lo que habéis llegado. ¿Esto era lo que queríais? ¡Muerte para los pícaros y para los embusteros!

Y este temor constante le hacía sufrir alucinaciones.

Vió un día, a principios de agosto, aparecer sobre el muelle, sobre los rieles, entre el polvo de carbón de los desembarcaderos una muchedumbre cubierta por andrajos. Los hombres hirsutos y peludos pa-

recían salir de las cavernas. Se arrastraban en montón, se acurrucaban, se movían los unos sobre los otros. Hombres, mujeres, niños. Los recién nacidos chillaban, se ahogaban, enronquecían gritando. Alguno gemía sordamente. Las mujeres se despiojaban unas a otras el pelo. Los hombres despiojaban sus camisas y los pliegues de sus pantalones. Todos los rostros estaban abotargados.

Los peatones se detenían, curiosos, con extrañeza, olfateando el aire:

—¿Qué es eso? ¡Hambrientos!

Voces gruñonas se elevaban de un montón de seres que hedían, demacrados, sórdidos.

—¡Bi-ada! Dios nos envía para que suframos juntos... Puede que sea mejor... Somos del Volga... De las tierras hambrientas... ¡Bi-ada!

Polia oyó hasta en el Comité del Partido esta voz ronca y temblorosa, terriblemente dolorosa, perdida en un estertor, esta voz de cuerpos malolientes mezclada con los gritos lamentables de un recién nacido.

—¡Bi-ada!

Se vió en lo sucesivo vagar diariamente por las calles de la ciudad, aislados o por familias, a estos mujiks hambrientos, de rostros entumecidos, calzados con laptis (1), que arrastraban a los niños de la mano, los llevaban en brazos y canturreaban débilmente, hiposamente:

—¡Hermanitos, tened piedad de los hambrientos!... ¡Bi-ada!

Las noches de Polia estaban atormentadas por pesadillas. Continuaba oyendo en ellas lo que oía, claramente, tenazmente, por el día: los violines vibraban atractivos y lejanos, las tabas sonaban sobre las mesas de los jugadores, mientras voces quejumbrosas se lamentaban tristemente, en la calle, bajo las ventanas del café:

—Tened piedad... hermanitos... ¡Bi-ada!

Saltó de la cama precipitándose, con los pies desnudos, hacia la ventana y se acodó a ella con el corazón palpitante, golpeándole el dolor en la frente, mirando en la noche. Silencio; tinieblas vacías; desierto. Escuchó un momento antes de volverse al lecho caliente. Golpes extraños y poco claros la despertaron de nuevo. Oyó aún los violines lejanos, las tabas arrojadas sobre las mesas, las risas, y el lamento de los mendigos que dominaba el agudo grito de los niños de pecho.

Y fué en una de estas cálidas noches de insomnio cuando sucedió lo inevitable, lo que temía desde hacía mucho tiempo.

En alguna parte del corredor se abrió una puerta, dejando escapar una mezcla de ruidos y de risas... Las voces rodaron por el pasillo y se perdieron a lo lejos, confundidas en réplicas confusas.

La lejana puerta se volvió a abrir repentinamente, las voces y los pasos se hundieron en el silencio nocturno. Se oía caer en alguna parte gotas sonoras; los violines fantásticos sonaban dulcemente en las tinieblas. Polia comprendió que esto no era, en realidad, más que la triste vibración de los hilos telefónicos detrás de la ventana.

—...Hermanos... tened piedad... ¡Bi-ada!

(1) Especie de calzado, hecho de corteza de abedul, que usan los campesinos rusos.

No había medio de dormir.

El canto de las masas obreras, las muchedumbres en torrente en torbellinos, los rostros ardientes, las banderas rojas, la guardia roja, erizada de bayonetas ardientes... Lenin en la Plaza Roja... Sus dientes relucen, su barbilla se encrespa, su mano, con los dedos abiertos, se proyectada en un gesto de llamada, sus mejillas se pliegan bajo la gorra de piel. Parece reír. Nada ha quedado en la memoria más que este gesto de llamada, el brillo de sus blancos dientes, las mejillas plegadas del tribuno... ¡Cuánto tiempo hacía!... ¿No era esto un sueño? Se diría que eran recuerdos de la infancia. El viento del noroeste levanta el polvo de las calles, ceniza y polvo... ¿Por qué no había ahora polvo sino sólo calor asfixiante en estos días y en estas noches brillantes?

El mismo silencio reinaba en la habitación de Sergio, apenas turbado por el roce de los papeles. Pasos tranquilos resonaban a veces dulcemente. Sergio también dormía. Pero medía su insomnio por las páginas brillantes.

Llamaron discretamente a la puerta sin que Polia distinguiera en cuál de ellas.

—¿Quién es?

Era la voz de Badyn, y esta voz le revelaba sonriente.

—Polia, pequeña Polia, ¿duermes? Vístete y ven un momento, tenemos que hacer.

—No puedo, Badyn. Déjalo para mañana.

—Es preciso, Polia; levántate y ven.

La voz débil se elevó en un temblor metálico. El picaporte sonó, se abrió la puerta. Una luz turbia cayó en el vacío corredor. ¿Cómo? ¿Cómo había olvidado esta noche cerrar la puerta? Badyn se le apareció en el espacio de un relámpago, mitad blanco, mitad negro.

—¡Vaya, es mejor así! Verdaderamente no eres complaciente.

Cerró la puerta y echó la llave. Las paredes desaparecieron de nuevo en las tinieblas, que volvían a ser insondables. Y el hombre que debía llegar inevitablemente fué sobre ella con las tinieblas, hecho él mismo de tinieblas, macizo, pesado, intolerable.

Con las manos tendidas por el terror, ahogándose, murmuraba sin comprender por qué.

—¿Qué quieres, Badyn?

No tuvo tiempo de bajar las manos: el peso espantoso del hombre se hundió sobre su cama y la aplastaba.

—¡Cállate, Polia... cállate, cállate!

Se ahogaba bajo el peso intolerable de esta carne sudorosa y con el aliento embriagado que olía a alcohol. No resistió, aplastada por las tinieblas, no pudo resistir. ¿Para qué hubiera resistido? ¿No era lo inevitable, lo ineludible?

No se dió cuenta de la marcha de Badyn. Las tinieblas insondables giraban a su alrededor, gimientes, llenas de destellos. Una densa muchedumbre gritaba en alguna parte, a lo lejos, bajo los grandes ruidos del trueno. Era el viento del noroeste, sí. No eran ni la lluvia ni el trueno: era el viento del noroeste. Ahora el cielo estaba seco y transparente, sembrado de estrellas deslumbrantes y claras como deslumbrantes trozos de arco iris.

¿Había venido Badyn? ¿No había venido? ¿No sería más que u[na] pesadilla de costumbre? Las pesadillas son tan punzantes como la realidad. ¿No es por esto por lo que son tan espantosas, tan turbadoras? ¿Había venido? ¿No había venido?

Se revolcaba en el lecho, desnuda, aplastada. La camisa mojada y levantada por encima de los senos olía a sudor y a otro olor nauseabundo que aún no conocía la joven. Estuvo largo tiempo sin tener la sensación de su cuerpo: no era más que cabeza, cabeza sin cuerpo, rodeada de un vacío infinito. Abismo negro. Ella no estaba, no había más que su cabeza, la cabeza que flotaba en este abismo sin fondo. Y más allá de las tinieblas, el trueno formidable y el clamor del huracán. Esto era hermoso, tranquilo y no había en ello nada del tiempo extinguido...

Los pasos de Sergio sonaron cerca de la puerta y se detuvieron. ¿Por qué estaba Sergio tan cerca de esta puerta? Polia le oyó andar y su corazón se sobresaltó. Su cuerpo se llenó repentinamente de sangre y experimentó en las piernas, bajo el vientre, un esfuerzo convulsivo, un dolor sordo. Badyn... Sí, su puerta estaba próxima, a la cabecera de su cama. Había venido y se había marchado. No sintió ningún terror; ya no había nadie. Sólo en el fondo de su alma, en algún sitio cercano al corazón, una cálida tristeza vibraba, temblaba, recogiéndose y extendiéndose como un arroyo trémulo; una cálida tristeza que le subía hasta la garganta.

—¡Ay!... ¡Ay!...

Se retorció sobre el lecho, cayó al suelo y quedó quieta repentinamente, aterrorizada. Las tinieblas caían sobre ella, espesas, enormes. Iban hacia ella, macizas, iban a clavarle sus garras aceradas en la carne.

Polia, perdida la conciencia, se precipitó en camisa, con los pies desnudos, en el pasillo, agarró el picaporte de la puerta del cuarto de Sergio y se pegó a esta puerta, cegada por el terror, sin poder separar sus ojos de la abierta puerta de su cuarto.

—¡Sergio! ¡Sergio! ¡De prisa!... ¡Te lo ruego!... ¡Sergio!...

Arañaba esta puerta, se pegaba a esta puerta, sintiendo, como en sueños, que esta puerta respiraba bajo ella, pero no podía abrirse.

Y cuando se abrió completamente, Polia, echando un brazo al cuello de Sergio, estalló en sollozos; no era más que una chiquilla impotente en la que las costillas arqueaban la carne pueril.

Sergio tenía los miembros temblorosos, el corazón turbado. Condujo a la joven a su cama, echó sobre ella la ropa y la ofreció un vaso de agua. Bebió, chocando los dientes contra el vaso, dejando caer un hilo de agua por su barbilla.

—Esto es abominable, Sergio... Es terrible... No sé lo que ha sucedido, pero es algo irreparable, Sergio...

Se sentó junto a ella, en una silla, y tímidamente, con gestos suaves, la arregló la almohada, la arropó, la acarició levemente las manos, los cabellos, las mejillas...

—Vamos, vamos... Tranquilízate, Polia... Lo sé... Te hubiera bastado dar un grito y yo hubiera hundido la puerta y le hubiera estrangulado...

—No sabes, Sergio... No sabes... No se lucha con él, no se puede escapar de él...

—No hablemos, Polia. Bebe otro poco y duerme. Permaneceré
...no a ti, pero duerme; debes dormirte. Es el viento del noroeste
...cía mucho tiempo que no soplaba. Mañana hará fresco.

—Sergio, pequeño Sergio, tan próximo a mí, tan bueno... Yo sa-
...ía que esto sucedería, Sergio... y yo no podía... Yo no sé lo que ocu-
...rre ahora, Sergio.

Estaba sentado cerca de ella, agitado por un terrible temblor inte-
rior. Le había invadido desde que oyó la voz de Badyn. En este ins-
tante el suelo se había deslizado bajo él, las losas habían comenzado a
girar en torno suyo con el primer clamor del viento noroeste.

—Yo sabía, Sergio, que pagaríamos eso... ¿Has visto esos rostros,
has oído esas voces? ¡Tened piedad hermanos... Bi-ada!... Y los juegos
y los violines en los cafés... Y los escaparates. La revolución conver-
tida en feria... Y esto... Todo esto se hace, Sergio...

—Sí, Polia; todo eso se hace... Hace falta franquear este mal
paso... Sobrevivir... Debemos sobrevivir a toda costa...

Ella se durmió con la mano de él en su mano y él permaneció
junto a ella, hasta el alba, inmóvil, mirándola fijamente, con tristeza,
con amor.

4.—OBSTACULOS

La fábrica, después de la marcha de Glieb, fué presa de una fiebre
de reparaciones. Los cristales rotos no habían sido aún reemplazados en
las ventanas ni en los tejados; los muros de mampostería continuaban
agujereados; los alambres seguían rotos en las brechas, y ya los marti-
llos y los tornos comenzaban a golpear, a mascar, a raer, a hacer tin-
tinear el metal en la media luz de los talleres, bajo las pequeñas estrellas
eléctricas.

Toda la mano de obra útil estaba trabajando: alrededor de dos-
cientos hombres. La reparación del horno giratorio exigía una atención
particular. Era necesario reemplazar el revestimiento exterior de acero y
el revestimiento interior a prueba de fuego. Hacía falta fundir espe-
cialmente pequeñas piezas metálicas y trabajarlas en complicados meca-
nismos de transmisión. Los receptáculos de la pasta estaban muy de-
teriorados y había que proveerlos de nuevas mazas giratorias; hacía falta
cambiar por completo el sistema de tuberías; reponer extrañas rejillas
cilíndricas y gran cantidad de aparatos de madera y de metal, de una
apariencia ligera, que se mezclaban y se entrecruzaban.

La estación electromecánica y la sección de máquinas tenían menos
trabajo. Brynza vivía en ellas y las máquinas vivían también.

Los hombres se afanaban, grises por el polvo, arrastrándose alre-
dedor de los hornos, subiendo a los andamiajes, corriendo por las escale-
ras, los parapetos, las balaustradas, parecidos a arañas; rascaban, seme-
jantes a ratas, en los agujeros y en los fosos, la grasa endurecida; taladra-
ban, cortaban, aserraban el hierro y el cobre; se enredaban en los alam-
bres, gritaban, juraban, rechinaban los dientes, movían la grasa, se aho-
gaban en el polvo y en el calor, víctimas de la repentina potencia del
trabajo.

El trabajo se realizaba con mayor tranquilidad y silencio en la

14

segunda vía. Se cambiaban los rieles, se separaban los viaductos, se quitaban las piedras y las hierbas.

La fábrica estaba todavía abandonada bajo el polvo, pero ya se sentía por todas partes su respiración y la primera vibración de las máquinas. Los Diesel zumbaban ya, sin detenerse, noche y día, en las salas de máquinas.

El ingeniero Kleist, grave y severo, vestido completamente de blanco, inspeccionaba todos los días los trabajos. La emoción de una sonrisa contenida se dibujaba por primera vez en su rostro. Los antiguos técnicos y los contramaestres, atentos, le acompañaban, como otras veces, y, como otras veces, él les daba órdenes, subrayando cada palabra con un movimiento de cabeza. Permanecía frente a frente de los obreros, seco y silencioso como en el pasado, y pasaba sin verlos, extraño, indiferente.

Gleb, que había marchado por una semana, no volvió hasta pasado un mes. A partir de la segunda semana, y en su ausencia, se produjeron varias interrupciones en el trabajo. Hacia la cuarta semana los trabajos cesaron por completo. La dirección de la fábrica dejó de adaptarse a los planes aprobados y de proporcionar materiales. No se pudo conseguir nada del Consejo de Economía. Ya no era cuestión más que de la Oficina de Industria, del Centro del Cemento, de la Comisión del Plan del Estado.

En la dirección de la fábrica, los especialistas elegantes tuvieron con el ingeniero Kleist un lenguaje franco:

—Deje usted, Herman Hermanovitch, todas esas fantasías. ¡Como si no supiera usted que la fábrica no puede ponerse en marcha! Además, ¿qué necesidad tienen de ella? Es ridículo, Herman Hermanovitch. Admitamos que una fábrica funcione y llene sus depósitos. ¿Y después? ¿Y en el mercado? No hay mercado. Antes, nuestro cemento era destinado, sobre todo, al extranjero. ¿Y ahora? ¿La edificación? ¡Si no se construye, si no se puede construir, puesto que no hay capital ni fuerzas productoras! Han trabajado bien, hay que hacerles esta justicia. Pero, precisamente, para construir no tienen ni fuerzas, ni experiencia, ni medios. Y no pueden tenerlos sin capital privado, sin la iniciativa privada. No irán muy lejos con su nacionalización. Que quieran o no, no tendrán más remedio que llamar a los varegos (1).

Grave y frío, el ingeniero Kleist escuchó a los especialistas fumando su cigarrillo, y, absteniéndose de discutir, se limitó a decir brevemente unas enérgicas palabras:

—No he venido aquí para tratar cuestiones de economía política o problemas concernientes a la vida económica de Rusia. Mi actitud es más modesta: exijo de la dirección de la fábrica la ejecución del plan de producción, suspendido ahora. Los trabajos de reparación se han interrumpido por culpa de la dirección.

---

(1) Llamar a los extranjeros para reinar sobre Rusia y organizarla. La leyenda dice que en el año 862 los rusos llamaron a los varegos (normandos de Escandinavia) para que los gobernaran.

segunda vía. Se cambiaban los rieles, se reparaban los viaductos, se quitaban las piedras y las hierbas.

La fábrica estaba todavía abandonada bajo el polvo, pero ya se sentía por todas partes su respiración y la primera vibración de las máquinas. Los Diesel zumbaban ya, sin detenerse, noche y día, en las salas de máquinas.

El ingeniero Kleist, grave y severo, vestido completamente de blanco, inspeccionaba todos los días los trabajos. La emoción de una sonrisa contenida se dibujaba por primera vez en su rostro. Los antiguos técnicos y los contramaestres, atentos, le acompañaban, como otras veces, y, como otras veces, él les daba órdenes, subrayando cada palabra con un movimiento de cabeza. Permanecía frente a frente de los obreros, seco y silencioso como en el pasado, y pasaba sin verlos, extraño, indiferente.

Gleb, que había marchado por una semana, no volvió hasta pasado un mes. A partir de la segunda semana, y en su ausencia, se produjeron varias interrupciones en el trabajo. Hacia la cuarta semana los trabajos cesaron por completo. La dirección de la fábrica dejó de adaptarse a los planes aprobados y de proporcionar materiales. No se pudo conseguir nada del Consejo de Economía. Ya no era cuestión más que de la Oficina de Industria, del Centro del Cemento, de la Comisión del Plan del Estado.

En la dirección de la fábrica, los especialistas elegantes tuvieron con el ingeniero Kleist un lenguaje franco:

—Deje usted, Herman Hermanovitch, todas esas fantasías. ¡Como si no supiera usted que la fábrica no puede ponerse en marcha! Además, ¿qué necesidad tienen de ella? Es ridículo, Herman Hermanovitch... Admitamos que una fábrica funcione y llene sus depósitos. ¿Y después? ¿Y en el mercado? No hay mercado. Antes, nuestro cemento era destinado, sobre todo, al extranjero. ¿Y ahora? ¿La edificación? ¡Si no se construye, si no se puede construir, puesto que no hay capital ni fuerzas productoras! Han trabajado bien, hay que hacerles esta justicia. Pero, precisamente, para construir no tienen ni fuerzas, ni experiencia, ni medios. Y no pueden tenerlos sin capital privado, sin la iniciativa privada. No irán muy lejos con su nacionalización. Que quieran o no, no tendrán más remedio que llamar a los varegos (1).

Grave y frío, el ingeniero Kleist escuchó a los especialistas fumando su cigarrillo, y, absteniéndose de discutir, se limitó a decir brevemente unas enérgicas palabras:

—No he venido aquí para tratar cuestiones de economía política o problemas concernientes a la vida económica de Rusia. Mi actitud es más modesta: exijo de la dirección de la fábrica la ejecución del plan de producción, suspendido ahora. Los trabajos de reparación se han interrumpido por culpa de la dirección.

---

(1) Llamar a los extranjeros para reinar sobre Rusia y organizarla. La leyenda dice que en el año 862 los rusos llamaron a los varegos (normandos de Escandinavia) para que los gobernaran.

Los especialistas se miraban las manos con sonrisas disimuladas y contestaban con gran cortesía:

—La dirección no tiene nada que ver, Herman Hermanovitch. Recibe instrucciones del Consejo de Economía. Diríjase usted inmediatamente a esta administración.

Recién llegados, enviados por el Consejo de Economía, llevaban cómodamente el pasado al abrigo de su lealtad. Kleist llevaba también el pasado, pero un pasado muerto y lejano, devorado por el fuego del presente, y del que no quedaban más que cenizas. No había ya lenguaje común entre él y estas gentes. Veía sus ojos ocultarse bajo estas palabras insospechadas, y sus sonrisas disimular la ironía, la desconfianza, el temor. "Este viejo original, debían pensar, es demasiado astuto o el terror de los bolcheviques le vuelve chocho..." El ingeniero Kleist iba al Consejo de Economía. Le recibían con tanto respeto como simpatía y le hacían sentir que estaba entre los suyos, pero con las mismas sonrisas enigmáticas, significativas. Los dientes orificados se descubrían, las miradas tenían alusiones tenaces.

Grave y frío, el ingeniero Kleist exponía brevemente, en términos claros, el objeto de su visita, y escuchaba, lo mismo que en la dirección, respuestas oficiales y corteses, tintadas de una secreta ironía.

—Sí, la ejecución de vuestros diseños se ha retrasado. Probablemente será necesario verlos de nuevo. Vea usted, no podemos ponernos enfrente de las Directivas de la Oficina de la Industria y del Centro del Cemento... No existen aún las condiciones necesarias. El presidente del Consejo de Economía, que es un hombre competente y circunspecto (había una risa empalagosa en los ojos del interlocutor), es de nuestro parecer... Se ha ido demasiado de prisa en el trabajo... ¿Qué dirá el Centro del Cemento? Tenemos razones para pensar que toda esta iniciativa fantástica no será vista con buenos ojos en la Oficina de Industria, y, sobre todo, en el Centro del Cemento... Esperamos que hablen voces autorizadas...

El ingeniero Kleist vagaba, ahora solo, abandonado por los técnicos y los contramaestres, a través de las dependencias de la fábrica, a lo largo de las vías, examinando atentamente las plataformas desiertas y las construcciones, los mecanismos desmontados, los montones de escombros de los trabajos interrumpidos. Golpeaba con su bastón, pensativo y triste los restos y los materiales abandonados. Sólo encontró un hombre en sus paseos silenciosos: el guarda Klepka, cuyas cejas y barba parecían pellas de cemento.

* * *

Glieb llegó, con el gorro sobre la nuca, sucio y desgarrado, pero con los ojos transparentes, como si los hubiera lavado. No fué a su casa; marchó directamente a la fábrica. No estuvo allí más que un momento. Y pálido de emoción, cegado por la cólera, se dirigió a grandes zancadas, con la boca llena de juramentos, hacia el Broemsberg. Sólo encontró por todas partes silencio, abandono, residuos: lo mismo que cuando regresó del Ejército.

Corrió, congestionado de furor, a la dirección de la fábrica

Los atildados especialistas, con smokings y corbatas, aturdidos de pronto por esta voz tonante que escupía juramentos, quedaron fijos en sus sitios, estupefactos y desorientados. Uno que estaba andando, se paró; otro que estaba sentado, se levantó; un tercero, que escribía, no levantó siquiera la cabeza y quedó con el portaplumas inmóvil bajo la nariz.

Desde el umbral de la puerta Glieb gritó, con voz estentórea, en la que lanzaba todo el aliento de su pecho:

—¿Queréis decirme quién es el canalla que ha hecho esta cochinada? ¡Os voy a cortar el pescuezo a todos por esta endiablada traición!... ¿Dónde está el director?... Voy a enviar a la Checa a todos los cerdos por sabotaje y contrarrevolución... ¿Habéis creído que podíais volver a vuestras marrullerías porque yo no estaba aquí?... ¿Habéis creído que vuestra idiota combinación iba a prosperar sin mí?... ¡Vais a ver, hatajo de bribones!...

Recorría las habitaciones con el rostro congestionado, buscando a alguien, sin ver a nadie, derribando las sillas, revolviendo los papeles que había entre las mesas, atropellando cuanto encontraba en su camino. Las delicadas mecanógrafas, con rostros de muñecas, se encogían con terror en sus sillas e inclinaban sus cuidadas cabezas sobre los teclados de las máquinas de escribir.

La gente que había sentada o de pie estaba estupefacta, muda por el terror, y cuando Glieb los abandonó corriendo cambiaron, llevando sus manos o sus papeles a la boca, miradas espantadas.

Cuando su furor se hubo desahogado un poco en gritos, Glieb, que había dejado su capote de soldado y su morral en una de las habitaciones, se precipitó en el despacho del director. El subdirector Muller, con la cabeza cubierta de cabellos plateados, con el bigote plateado y cuidadosamente recortado, lentes de oro, le acogió con una estupefacción inquieta, pero con serena tranquilidad. Se levantó, descubrió sus dientes orificados y le tendió la mano por encima de la mesa.

—¡Hola, camarada Tchumalov! ¿Por qué armas este escándalo? Gritas hasta romper los cristales.

Glieb no se sentó ni vió la mano extendida. Pero, poniéndose de perfil ante él, le dirigió su rostro quemado y arrugado.

—¿Quién ha ordenado suspender los trabajos en la fábrica?

Muller enseñó de nuevo los dientes y separó las manos en un gesto de sumisión impotente.

—Dilo, no pongas cara de imbécil, y dime francamente quién es el bestia que ha parado los trabajos.

Muller, con el rostro repentinamente nublado, levantó la cabeza y un destello cruzó por los cristales de sus lentes.

—Te ruego, ante todo, camarada Tchumalov, más circunspección al hablar. La dirección no tiene nada que ver en este asunto. Hemos parado los trabajos porque el Consejo de Economía ha considerado imposible proseguirlos por falta de recursos y no tener autorización de los organismos económicos superiores.

—Enséñame la orden del Consejo Económico. Vaya, ¿os habéis entendido, cerdos, con la pandilla del Consejo Económico? ¿Y creéis que vais a arrollarme? ¡Creéis que me van a echar una peluca en el Conse-

de Economía y que la suerte os va a sonreír? ¡Es. infelices yo os ense
ñaré a vivir!
—Pero, ¿qué razones tienes, camarada Tchumalov, para hacer con
tra nosotros tan graves acusaciones? Protesto contra eso de la manera
más categórica; haces, sin reflexionar, suposiciones ofensivas. No so
mos niños; no podemos salir de los límites marcados por las instruc
ciones de las Directivas de los organismos superiores. Incluso nos han
quitado toda participación en estos asuntos; todos los almacenes han sido
sellados por el Consejo de Economía y todos los documentos se los ha
llevado el delegado del Consejo. Ten la bondad de ir a armar el escán
dalo al Consejo de Economía.
Glieb dió media vuelta hacia Muller y golpeó la mesa con el puño.
—Y yo te ruego que no me cuentes tonterías. Conozco perfec
tamente todos vuestros manejos. No voy a abandonar el asunto por
vuestra linda cara. Habéis olvidado, amigos míos, la historia del Servi
cio de Bosques. Aprenderéis a vuestra costa cómo se castiga a los cana
llas. Me habéis tomado por un imbécil y habéis hecho intervenir a la
Oficina de Industria, pero os romperé la cabeza y las costillas. Sabe
que los obreros volverán al trabajo desde mañana. Las reparaciones de
ben estar terminadas dentro de dos meses. La fábrica debe trabajar a
pleno rendimiento desde el otoño: ¿Comprendes?
Muller alzó los hombros, sonrió de un modo confuso y quiso decir
algo, pero su lengua estaba seca y muerta.
Los obreros se agrupaban en la pequeña plaza, delante del Comité
de la Fábrica, en pequeños grupos, agobiados, ociosos, ganados por el
tedio; otros se sentaban a la sombra, a lo largo de la pared. Otros en
traban y salían. Fumaban. Voces sueltas se elevaban con gran barullo
cortado por explosiones de risas. Gromada, de pie en el peldaño más
alto, en el marco de la abierta puerta de la oficina, agitaba sus pesados
puños y se desgañitaba, en su sobreexcitación de tísico.
—Así, camaradas, debemos, en una temporada, clase obrera, dar
prueba de nuestra conciencia, etcétera. La célula y la asamblea adop
tarán una resolución común, y como el Consejo de los Sindicatos y el
Sindicato de la Construcción son nuestras propias organizaciones, sabre
mos defender nuestros intereses, sabremos enviar al Tribunal revolucio
nario... a todos los canallas...
La multitud estalló en gritos, en risas, en aplausos.
Savtchuk solo, con la camisa en jirones, empujando a la gente, con
su aspecto bovino y los brazos extendidos, gritaba:
—¡Hace falta apretarles la garganta, hatajo de...! ¡Echarlos al
agua, a los cerdos!... ¿Por qué os hacéis los remolones? No puedo tole
rar esto.
Glieb bajó corriendo la gran escalera de cemento y cayó de un salto
entre la multitud, que no era más que rostros sudorosos, gritos, empu
jones, manos húmedas.
—¡Aquí está, canalla!... ¡Perros, hijos de perra!... ¡Ahora va a
meterlos en cintura!... Va a colgarlos a todos... ¡Oh, oh, el mismo
diablo es el que te trae en este mal momento!...
Estas alegres exclamaciones se mezclaban con otras voces tranqui
las, como estas:

—¿Qué es lo que sucede, camarada Tchumalov? ¿De qué se tra-
ta?... Más valdría pegar un puntapié al diablo que trabajar así.... ¡Mo-
se trata de una charga pesada? Ya sabemos quién hace todos estos ma-
nejos. Todos esos viejos arribistas no sueñan más que en el antiguo
régimen. Esperan a los antiguos jefes. ¡Malditos cerdos!.... Hay que
hacerles que marchen derechos. No se puede esperar nada bueno de
ellos.

Se olía a sudor y a tabaco fuerte. Estos cuerpos apretados y estos alientos daban una sensación de asfixia y de embriaguez. Glieb distribuía fuertes palmadas a derecha e izquierda.

—Camaradas, los trabajos se van a reanudar intensamente. Mañana, al oír la sirena, ¡que cada uno vuelva a su tarea. Yo desembro-[?] llaré todos estos enredos y pondré a algunos donde hace falta. Voy al Consejo de Economía. Exigiremos, camaradas, el castigo despiadado de la contrarrevolución. Enviaremos hombres a buscar los clavos. De momento, pondremos en marcha la trituradora y la muela del bizcocho.

Glieb, separando a la multitud, se lanzó hacia delante, pero no pudo salir. Alrededor de él no había más que gritos. La muchedumbre le seguía por la plaza, gesticulando y pisando fuertemente.

—¡Hurrah!... ¡ra-ah!... ¡Tchumalov!

Svatchok, con los puños en alto, le empujaba gritando, con los ojos húmedos:

—¡Glieb, viejo verdo!... Deja golpear al tonelero... No puedo más... ¡Voy a azotarlos, a esos canallas!...

Glieb agitó su gorra por encima de las cabezas.

—Gromada. ¿Dónde está Gromada? Traedle aquí, compañeros... Bien... ¡En marcha, Gromada!

Pero Glieb no fué al Consejo de Economía. Se paró a la puerta del Ejecutivo.

En la escalera, subiendo al segundo piso, cogió a Gromada por el brazo. Gromada, cansado, resoplaba, jadeaba, gruñía.

—¡Eres una gallina mojada! Verdaderamente, eres tan bueno para trajinar como un zapato agujereado. Vaya, haz fuerzas para la lucha.

—Lo sabes bien, camarada Tchumalov: me ahogo en seguida; pero todavía soy capaz de dar una buena lección a cualquier especialista...

—¡Vamos a remover las montañas, maldición!.... ¡Verdaderamente!... Eres endeble, pero golpeas como una ametralladora.

En cuanto el viejo ordenanza de la oficina, con la cabellera revuelta, distinguió de lejos a Glieb, abrió la puerta y se separó con su silla.

Badyn no estaba solo: Shramm, Tchibis y Dacha estaban sentados en la habitación.

Dacha acogió a Glieb con un estremecimiento de espanto en el fondo de sus ojos, por los que pasaron en grandes oleadas la inquietud y la alegría. Pero no fué la alegría lo que Glieb vió en estos ojos, fué otra cosa, desconocida antes, profunda como un suspiro: sintió en el corazón una ardiente quemadura.

Badyn le miró distraído, con la vista baja, y se puso a examinar sobre la mesa los papeles, que hojeaban sus dedos velludos. Escuchaba a Shramm.

Tchibis, con su rostro siempre igual, parecía reposar, aburrido...

seguir sus propios pensamientos: pensamientos que no podían ser dichos a nadie en alta voz.

¿Qué hacía Dacha aquí? ¿Dacha en la habitación de Badyn? ¿H... había algo de verdad en sus preguntas enigmáticas y en sus burlas acerca del hecho común a ambos en Stanitza? (1). ¿Era cierto? ¿No lo era? ¿Por qué había estas tinieblas en sus ojos, y por qué había nuevas nubes en estas tinieblas? Ella tenía los ojos secos, redondos, ardientes, como sometidos por la fiebre. Su alma era de nuevo un pozo profundo, inaccesible y distante como el agua de un profundo pozo. Gleb oyó resonar en su corazón las palabras olvidadas de Motia: "No tendréis vida y alma comunes, no tendréis hogar, no tendréis tibio lecho".

No se le acercó, y ella quedó separada, sin mirarle, como extraña.

Shramm, sentado delante de Badyn, extraordinariamente tranquilo, hablaba con voz sorda de gramófono:

—...No es culpa mía si ha habido abusos en el Servicio de Bosques. Me he ajustado puntualmente a las instrucciones de los organismos directivos. ¿Por qué la Inspección Obrera y Campesina, que ahora acumula en sus actos tantos agravios, no observó entonces nada anormal? Los servicios de nuestro Consejo de Economía son ejemplares y funcionan maravillosamente. Y se dan cuenta de pronto que su funcionamiento no es de trabajo, sino algo como un crimen de derecho común del principio del fin. No lo comprendo, y exijo una revisión minuciosa.

Badyn le miró fríamente, con toda la pesadez de sus ojos, empañados bajo una ancha frente.

—No comprendes... Está claro que no comprendes. ¿Y por qué? Los servicios del Consejo de Economía son ejemplares, el esbozo se ha ejecutado a maravilla. Y precisamente porque esos servicios son ejemplares, han ofrecido a los crímenes una admirable protección. Has entregado todo el trabajo a manos que nos son extrañas y hostiles. Tus oficinas ejemplares no te permitían ver el pillaje continuo del Servicio de Bosques. No veías que los obreros vivían sin pan, sin trajes, sin herramientas, ni que los agentes del Servicio se dedicaban descaradamente a especular en perjuicio del Estado. No comprendes por qué pandillas de rateros, desvalijando los bienes de la nación, se persiguen bajo tu nariz, como ha sucedido recientemente, por ejemplo, con la tenería concedida a su antiguo propietario. No comprendes que una de tus oficinas ha elaborado todo un plan de concesiones con el único objeto de arrancar al Estado la fábrica de cemento y devolverla a sus antiguos accionistas. Tú no lo comprendes, y yo veo en ello la más criminal contrarrevolución económica.

Shramm permanecía en su tensión extraordinaria, pero una humedad llenaba sus ojos y la fatiga agotaba por momentos su voz.

—Sobre este último punto no puedo por menos de compartir la opinión de personas competentes que, con cifras a la vista, han demostrado la imposibilidad de explotar la fábrica durante los diez años próximos. Todo el informe obtenido en este asunto ha sido enviado al Centro. Yo no tenía derecho a dejar que decidiera la Conferencia económica.

---

(1) Stanitza: ciudad cosaca.

mica. En cuanto a la tenería, el Comité Ejecutivo del Soviet se ha pronunciado afirmativamente por la concesión.

Una sonrisa descubrió los grandes dientes de Badyn, que cambió una mirada con Tchibis.

—Sé que esta concesión ha sido autorizada por el Comité Ejecutivo. Tu informe no nos había aclarado que todo se hundía en cifras falsas y en muñecos. Hablaremos hoy de ello en la sesión de la Oficina.

Cogió una hoja de papel de la mesa y la ojeó rápidamente.

—Toma, camarada Tchumalova, ve en seguida a la Administración Comunal: que ordene hoy mismo la evacuación de estas tres casas y las haga amueblar para casas-cunas y maternidades.

Dasha se acercó a la mesa sin mirar a Badyn ni a Glieb, pero éste vió iluminarse los ojos de Badyn. Glieb apretó dolorosamente los dientes y los oídos le zumbaron.

—Camarada Badyn...

—¡Ah, estás aquí por fin! ¿Dónde te has metido hasta ahora? Es... cuenta, cuenta, si gustas... Pero tienes un aspecto... Te has debido de arreglar bien...

Badyn sonrió amistosamente.

Glieb se plantó ante él, junto a Gromada, y con una voz tiesa, severamente distante, dijo su informe de una vez. Fué como si no hubiera hablado, como si hubiera leído un escrito ya redactado.

—Camarada Badyn: venimos Gromada, miembro del Comité de la fábrica y yo, para saber inmediatamente quién ha dado orden de que cesen los trabajos en la fábrica y por qué razones. La fábrica está en plena desorganización, en pleno desastre. No se pueden tolerar semejantes enormidades. Querría saber también qué canalla ha dejado camino libre para el sabotaje y la contrarrevolución. Los obreros están alarmados. Esta incuria consciente es peor que una agresión de los bandidos. El camarada Shramm está presente; que nos diga cómo el Consejo de Economía ha podido tolerar este crimen.

Los dientes de Badyn relucieron de nuevo, en una amistosa sonrisa extrañamente alegre.

—Estoy informado. El Consejo de Economía ha recibido del Centro del Cemento la orden de parar los trabajos mientras no sea planteada la cuestión de la oportunidad de poner en marcha la fábrica.

—Camarada Badyn, sé quién ha hecho eso. Pero el Consejo de Economía ha recibido de la Oficina de Industria un telegrama dirigido al presidente del Consejo prescribiendo todas las medidas necesarias para organizar los trabajos. El asunto ha sido tratado: estoy en posesión de documentos.

Shramm dijo con voz extraña y ronca:

—Están la Oficina de Industria y el Centro del Cemento.

Glieb, fuera de sí, dió algunos pasos rápidos ante la mesa. Un tic nervioso atirantaba irresistiblemente su mejilla.

—Camarada presidente del Ejecutivo, expongo claramente la cuestión. El camarada Shramm ha enfurruñado quizá al diablo en su calidad de comunista, ¡poco me importa! Merece ser atormentado por estas historias. No es cosa de risa, camaradas. Volveremos a hablar de este bandidaje. El camarada Shramm no entra para nada en los intereses de

los obreros. Esto es claro como dos y dos son cuatro. El Comité del Partido será informado de ello. Camaradas, toda nuestra política económica está amenazada. El camarada Badyn ha dicho bien: la contrarrevolución económica... ¡Eso es! Hace falta ponerle fin. El asunto del Servicio de Bosques no es más que un pequeño negocio. Este es mayor. Hace falta moverse, camaradas, hay que remangarse y hacer una limpieza despiadada. Hay que remover el polvo de todas las oficinas por completo. Basta ya de ser melindrosos con esta banda de blancos. Ya es tiempo de hacerles sentir nuestros puños. Debo decirte, camarada Badyn que todas las demandas de la Conferencia económica han sido concedidas: nos serán facilitados todos los materiales. Los obreros reanudan el trabajo mañana; el Comité de la Fábrica levanta los sellos de los depósitos y redacta los inventarios. Y te declaro aún otra cosa, camarada Badyn: exigimos en absoluto el cambio de dirección de la fábrica. Plantearemos la cuestión en Moscú, si es preciso.

Desabrochó enérgicamente su guerrera, sacó un lío de papeles y lo arrojó sobre la mesa.

—Aquí está todo. Nos objetaban con la Oficina de Industria: hacemos dar la Oficina de Industria.

Shramm, mortalmente pálido, tenía los ojos tiernos y sucios como los de un cadáver.

Tchibis se levantó rápidamente y salió con las piernas aligeradas repentinamente.

Badyn miró con la vista baja a Shramm y sonrió de nuevo; en sus ojos jugueteaba una extraña alegría.

—¿Y bien, Shramm? ¿Se sentará el Consejo de Economía en el mismo banquillo de los acusados que el Servicio de Bosques? El espectáculo va a ser muy interesante...

Glieb encontró a Dacha en el pasillo. Le aguardaba, sin duda. Ella le miró de nuevo con sus ojos profundos, relampagueantes, que parecían no ser más que pupilas sin párpados, quemadas por una ardiente fiebre, en la que había un grito doloroso. Se paró tranquilamente ante él como de costumbre, y dijo dulcemente, calladamente, como si estuviera pensando en alguna otra cosa más importante:

—Glieb, Niurotchka ha muerto... Ya la han enterrado, llegas muy tarde... Ya no está Niurotchka, Glieb... Niurotchka se ha apagado y tú no estabas aquí...

Glieb sintió un fuerte golpe en su pecho; luego volvió el silencio, pero su corazón se hinchó, se hinchó, y una angustia le oprimió las entrañas, sus piernas se hundieron bajo él como cuando se cae de una gran altura. Miró fijamente, ávidamense, a Dacha, que tenía cortada la respiración.

—¡Cómo!... ¡Pero eso no es porible!... ¿Qué dices?... ¡Niurotchka! ¡No es posible!

Dacha se pegó a la pared, y Glieb vió también otros ojos torturados que temblaban y se llenaban de lágrimas.

Gromada se retorcía junto a ellos, presa de una tos ronca.

XVI

LA CIZAÑA

I.—"¡QUE NUESTRO CORAZON SEA DE PIEDRA! ..."

La depuración del departamento de la fábrica estaba fijada para el día 16 de octubre, para una semana después. Sergio esperaba con su sonrisa pensativa, sin emoción, sin inquietud, sin plantearse las cuestiones que habitualmente le atormentaban por la noche. No experimentaba más que un extraño asombro ante sí mismo. ¿Por qué no olvidaba en ningún instante esta fecha del 16 de octubre (la recordaba aun en sueños) si sabía que marcaría en su vida un límite formidable, y por qué su alma permanecía sorda ante este acontecimiento que iba a pasar sobre él para sobrepujarle? ¿Sería excluído del Partido? ¿Le mantendrían en él? Esta pregunta atravesaba su conciencia como una nube extrañamente ligera absorbida por la inconciencia. La nube lavaba las neuronas del cerebro, que proseguía, con calma, tranquilamente, su trabajo acostumbrado, agitando en la noche las imágenes diurnas y extraños grupos de reminiscencias. Estos instantes eran luminosos y confusos. Verdura soleada, niños soleados, montaña y mar soleados, gritos cantarines de los niños, tintineo de campanillas parecido al canto de los grillos ...

El sol jugaba, como de costumbre, en la calva y en los cabellos de Sergio cuando iba al Comité del Partido o al mitin. Iba, como siempre, con una cartera repleta, llena de papeles; con un paso indeciso de hombre reconcentrado, siempre ocupado, cumpliendo siempre puntualmente la tarea cotidiana y no olvidando un instante la fecha del 16 de octubre.

Mientras escuchaban el informe de la Oficina del Comité del Partido, acerca del trabajo del Centro provincial de Educación política, Jitki le miró con una burla cariñosa en los ojos (sus ojos parecían girar en las órbitas), y puso su mano en la de él:

—¿Tienes miedo Sergio? No faltará quien te eche una peluca

—¿Por qué? ¿Por qué? No siento nada que pueda compararse al miedo. Como si esto ocurriera fuera de mí y no me incumbiera ...

—Ea, no temas nada, te defenderemos. El diablo no es tan terrible como parece.

Lukhava, acurrucado en una silla, según costumbre, con la barbilla en las rodillas, dijo, con los ojos y los cabellos brillantes:

—No es cierto Jitki: la depuración te causa miedo, y a mí tam-
bién. Yo no tengo miedo a nada, pero esto me atemoriza. Sergio será
excluído. ¿Tienes tú fuerza para impedirlo? Antiguo menchevique
y Lenin ha recomendado separar a los antiguos mencheviques.
Jitki dió un puñetazo en la mesa. Sus narices se hincharon.
—No será excluído. ¿Por qué lo será él, cuando no lo seremos
tú ni yo? ¿Que indicios hay para juzgarle? ¿Menchevique? ¿Intelec-
tual?.... Tonterías: esos no son motivos.... Y si fuera así, tendríamos
la posibilidad de protestar. Los trabajos de la Comisión no son más
que escándalo: las exclusiones son adoptadas por motivos dudosos siem-
pre, cuando no imaginarios. En esta semana han excluído a más del cua-
renta por ciento de militantes responsables y a otros tantos miembros
del montón. Como Juk, un obrero.... Motivo, polemista y sin clasi-
ficar....

—¿Juk?.... ¿Excluído?....

Sergió se inclinó hacia Jitki, estupefacto, pero lo hizo sin esfuerzo;
sus palabras no le sonaron, en realidad, más que como sonidos lejanos de
poca importancia.

Lukhava le interrumpió, extraordinariamente tranquilo y sereno,
con un tono de negligencia oficial:

—La Comisión no ha creído necesario poner los hechos en tu
conocimiento, y no tienes derecho ni a intervenir en sus trabajos ni a
criticar sus métodos. Los excluídos no pueden hacer más que una cosa:
apelar.

—Sea. Pero yo actuaré, y no me detendrá nada. Armaré el albo-
roto hasta en el C. C. Los que proceden a la depuración no com-
prenden nada. Esto no conduce más que a la destrucción de la organiza-
ción. Tenemos toda la razón para protestar. No abandonaré este
asunto....

Jitki pegó otro puñetazo en la mesa acompañado ahora de un sono-
ro juramento.

Lukhava volvió bruscamente la cabeza, con una sonrisa burlona, y
metió la naríz entre las rodillas.
—¡Estúpido!.... Te harás excluir o retrasar en el trabajo.
—Poco me importa.... Nada temo....
Sergio observó que Jitki y Lukhava se miraban y le miraban con
ojos febriles, llenos de un presentimiento de pánico.
En la Sección femenina, Polia, más delgada, con los ojos atormen-
tados, no podía contener el temblor convulsivo de sus manos y de su
rostro. Dacha estaba sentada un poco separada, escribiendo, con su
letra torpe de semianalfabeta, un informe. No vió a Sergio ni a Miek-
hova. ¿Qué le importaban sus conversaciones ni sus inquietudes?
Polia llamó a Sergio con un gesto y le señaló una silla que había
junto a ella. Le miró, miró a Dacha, echó una ojeada a la ventana y
no consiguió vencer el temblor nervioso de sus manos y de su rostro.
—Sergio, ¿no me ayudarás a comprender lo que me sucede? Es-
toy perdida del todo.... Dacha no me comprende tampoco: es grosera
para mí, no me habla como antes.... Sergio, presiento que voy a ser
excluída del Partido.
Dacha callaba. Dacha no oía.

Sergio también guardó silencio, no sabiendo qué responder. Hubiera querido desflorar dulcemente su alma, pero las palabras que necesitaba, las palabras de afecto, no acudían a sus labios. Hubiera querido decir algo de sí mismo, algo muy sencillo y muy grave, pero las palabras necesarias y graves tampoco acudían.

—Yo les diré lo que veo y lo que siento, ¿comprendes?... Y así excluída... lo que pasa, lo que sucede... lo que me mortifica, lo que mata a la revolución... No puedo mentir...

La pluma de Dacha trabajaba sobre el papel. Dacha separó con esfuerzo su mano derecha sobre la mesa y levantó la cabeza. Sobre su frente testaruda y abombada, ceñida por el pañuelo rojo, las cejas se fruncían.

—¿Qué hay, camarada Miekhova? Quizá esté yo tonta para darme cuenta de algo... La actividad de la Sección Femenina mejora; mujeres, hemos aprendido a hacer uso de la palabra y también a hacer frente a los hombres. ¿Qué ha sucedido de desagradable, camarada Miekhova?

La voz de Dacha sobresaltó a Polia, que dió un brinco.

—¿Cómo te atreves a preguntarlo? ¿No sabes lo que ha sucedido?... ¿No sabes que la sangre de los obreros y de los soldados rojos... las olas de sangre... ¿comprendes, Dacha?... Las olas de sangre... ¿que la sangre que ha corrido por el empedrado, aún rojo, de las plazas ha sido entregada a los mercados y a los cafés cantantes... para que todo se mezcle en un solo montón de inmundicia? No lo sabes, ¿eh?

Sergio no había visto nunca a Polia tan agitada. Tenía el rostro convulso, inyectado en sangre; la frente, cubierta de una rojez húmeda; el labio superior, seco; los ojos, secos; las pupilas, tiernas.

Dacha se inclinó de nuevo sobre su escritura, pero con una sonrisa de indulgente comprensión.

—¡Y yo que pensaba que era otra cosa!... Vamos, camarada Miekhova, ¿te imaginas que no hay nadie más que tú y que todos los demás son imbéciles y charlatanes?

—¡Sí, sí!... ¡Imbéciles!... ¡Traidores!... ¡Viles!

Polia, calmada repentinamente, tuvo para Sergio una sonrisa que sólo fué una triste mueca; llevó rápidamente las dos manos a sus ojos y limpió sus lágrimas.

—¿Por qué no me mataron entonces?... ¿Muerta en las calles de Moscú?... ¿O en el Ejército?... ¿Por qué debía conocer estos días torturadores y deshonrosos? ¡Ah... camaradas!

Una sonrisa irresistible se dibujó en los labios de Sergio, que no pudo exhalar el aire que tenía en los pulmones. Sus labios temblaban. Polia, la ventana, las paredes, se deformaban y se fundían a sus ojos. Estaban fatigados, sin duda. No podían, quizá, soportar las lágrimas de los demás. Sin duda Polia le había quitado sus últimas fuerzas cuando entró en su cuarto por la noche, aterrorizada, rota, por la fuerza bestial del presidente del Ejecutivo.

Dacha, de pie cerca de Miekhova, con los ojos nublados, le apretaba fuertemente el hombro.

—Debería darte vergüenza, camarada Miekhova. Esas lágrimas, esos gritos ¿demuestran tu fortaleza? No eres una señorita, eres una cama-

nista. Que nuestro corazón sea de piedra, camarada Miekhova... que se rompa como un guijarro, pero que no derrame lágrimas... No necesitamos corazones llenos de lágrimas. Estás agitada, camarada Miekhova, vete a tu casa y tranquilízate... Puedes contar conmigo, tengo fuerzas para mucho tiempo.

Volvió a su sitio con los músculos duros, cogió de nuevo su portaplumas y siguió escribiendo con su torpe letra de semianalfabeta.

Polia, desamparada, la miró largamente, miró a Sergio y se volvió a sentar. Luego contestó entre dientes, con voz extraordinariamente fría y tranquila, mientras una arruga surcaba su frente:

—No iré a ninguna parte. He venido a trabajar; trabajaré hasta el fin.

—Está bien... Te conozco, camarada Miekhova; no hemos empezado ayer a trabajar juntas.

Dacha escribía sonriente, sin levantar la cabeza.

2.—LA DEPURACION

Miekhova debía asistir con Sergio a la depuración en la célula de la fábrica; Sergio, en calidad de agregado; Polia, porque no se había presentado en su propia célula a causa de su enfermedad.

La sesión se abrió en la sala de espectáculos con numerosa asistencia. Los "sin partido" habían acudido en gran cantidad. Los comunistas se agrupaban en las dos primeras filas; los "sin partido" se apretujaban detrás de ellos. Los espejos reflejaban esta muchedumbre y el propio reflejo de la muchedumbre en indefinidas perspectivas superpuestas que daban la impresión de la presencia de millares de hombres cuando en la sala sólo había unos ciento cincuenta.

Glieb, tercer miembro de la Comisión de Depuración, estaba sentado dando frente a la sala. Los adornos de cristal de una lámpara de cincuenta bombillas resplandecían.

Los miembros de la Comisión eran extraños en la ciudad. Los dos con capotes y kepis de soldados, pero distintos. Uno, con grandes mejillas, de color mate hasta parecer negro, tenía la nariz, la frente y la barbilla violáceas. Nunca se sabía si se burlaba o si sonreía. El otro, huesudo, con el rostro ceniciento, la barba rala, de la que no dejaba de tirarse con tres dedos. Estando sentado, se encogía sin cesar, con los ojos inmóviles; y cuando miraba, sus ojos se confundían con los párpados. Cuando interrogaba a un comunista llamado ante él lo hacía sin mirarle, como si hubiera hablado con cualquier otro.

Parecía no ver los carnets del partido que refregaba con sus dedos afilados y tiesos.

Sergio oía murmurar detrás de él:

—¡Vaya un juez!... nos va a registrar... nos va a desnudar... Y el otro, ¿le has visto? Ronca tranquilamente, el muy cerdo...

Cuando el hombre huesudo llamó a Gromada, no supo Sergio cuál de sus dos vecinos era el que había llamado. Luego volvió a oír murmurar detrás de él:

—¡Canastos!... ¡Vaya un ventrílocuo... Nos va a desollar vivos a todos... ¡Vaya un especialista!...

El rumor terminó en una risotada.

Gromada surgió ante la mesa con un saltito cómico y tendió su nariz de pájaro hacia el hombre huesudo.

Una risa contenida sonó de nuevo detrás de Sergio. Uno no pudo contenerse y dijo con voz cordial:

—Suénate, Gromada, camarada... Aprovéchate antes de que flaquees.

Gromada sintió necesidad de hacerlo; creyó sentir esta necesidad; el hecho es que se volvió, resopló y se sonó estruendosamente.

Hubo una explosión de risa en la sala. La atmósfera vibraba detrás de Sergio, animado por una risa aguda.

Glich contenía a duras penas la risa, que atirantaba sus mejillas. El primer miembro de la Comisión hacía esfuerzos para mantenerse serio; la risa contenida hinchaba sus mejillas. Glich agitó la campanilla y levantó la mano.

—¡Orden, camaradas! Este trabajo necesita la atención de todos; esto es una cosa seria, camaradas.

El hombre huesudo permanecía inmóvil y sordo. Tiraba de su barba con tres dedos.

—Camarada Gromada... ¿Cuál es tu autobiografía?

—Mi autobiografía, camarada, es ésta... Obrero proletario, pero desde mi primera infancia; y como los capitalistas nos explotan admirablemente, no hay nada más. Tú mismo ves que la tisis me silba en el arca; y ya está todo.

Alguien murmuraba detrás de ellos:

—¡Ah, caramba!... ¡Qué duro es!... ¡Cómo pregunta el muy cerdo!...

—¿Cuándo has entrado en el partido?

—Bajo el nuevo régimen soviético; hace un año.

—¿Por qué no entraste antes?

—¿Quién es el mocoso que se declara maestro antes de tiempo? Di, camarada, ¿no has sido aprendiz en la fábrica? El aprendiz hace tres grados y nada más; así se forma...

—Te pregunto por qué te has adherido al partido tan tarde.

—Ya te lo he dicho. He danzado en esta guerra civil como lo que era, como un aprendiz. Entonces nadie sabía dónde tenía la cabeza...

—Bien dicho, Gromada... Todos hemos sido perros y hemos batido el parche...

—¿Has estado con los rojos-verdes?

—No he estado con ellos, camarada, pero he ido todos los días a la montaña, y nada más... No he pasado de la montaña, pero en la montaña hacía lo que podía por los compañeros y los desertores... Todos apretábamos los mismos tornillos, en grupo, con Dacha...

—De modo que no has estado con los rojos-verdes. Has preferido estar en tu casa y aguardar el buen tiempo. ¿Es así?

Gromada adivinó un peligro en las preguntas del hombre huesudo. Se descubría en ellas la perfidia de un lazo. El hombre tieso le envolvía con sus preguntas tristes y ciegas; cada una de sus palabras ocultaba una víbora que producía al interrogado una picadura invisible, pero dolorosa. El rostro de Gromada se alargó y un destello de odio brilló

en sus ojos. Quizá percibió esto el hombre buscado; es posible también que tuviera suficiente con lo dicho por Gromada. Su lápiz rascó en el papel.

—Puedes marcharte—dijo—. ¿Hay alguno que tenga que decir algo acerca del camarada Gromada?

—¿Gromada?... ¡Ah, Gromada es un as!... Buscará las vueltas a cualquiera...

—El siguiente... ¡Camarada Savtchuk!

La multitud se agitó llena de murmullos cortados por risas. Savtchuk avanzaba con una blusa de tela azul, sin cinturón, hirsuto, con el pantalón desgarrado, los desnudos pies sonando en las baldosas, empujando con las manos y los hombros a la gente, que, sorprendida, le seguía con la vista o le tiraba de la blusa.

—¡Eh, tonel con calzones!... ¡Ahí va!... ¡Que el diablo te lleve!

Savtchuk se presentó, tranquilo, ante la mesa de la Comisión, con los puños caídos, moviendo la cabeza velluda.

—No vale la pena, camarada depurador, de preguntarme la biografía de mi vida...

—¿Por qué? Es necesario. Toda la depuración se funda, en realidad, en estos detalles.

—No toques a mi perra vida. No te debe interesar, puesto que yo mismo la he dejado entre los dientes del diablo... ¡Basta!... Soy tonelero y hago toneles... Ahora no hago nada, porque la tonelería de la fábrica no es todavía más que un barullo del diablo... Glieb, ese cerdo, chilla cuanto puede, y si las sierras comienzan a cantar, habrá sitio para los toneles nuevos...

—Has escrito aquí que has roto la cara a diversas personas y que esperas todavía zurrar a algunos otros. ¿Qué rostros has roto y de qué personas hablas?

El rostro de Savtchuk pareció inflarse; las venas de su frente y de su cuello se distendieron como cuerdas. Tenía las manos abiertas; la alegría y la picardía llenaron sus ojos. Los oídos de la gente que llenaba la sala prestaban atención. Se esperaba que Savtchuk estallaría sin medir su fuerza, que esto provocaría un incidente, que se pasaría un buen rato. Savtchuk estalló por fin, en palabras violentas como la dinamita, saliendo del fondo de su alma, rectas, francas, sin medir las consecuencias. La risa gruñó en su garganta, pero sin extenderse a su rostro hirsuto. El flujo de sangre sacudía rítmicamente su cabeza.

—He golpeado a esos canallas de cerdos, y aun golpearé... Se trata de nuevos señores y burgueses, obstaculizadores y vagos... También los ha habido en los bancos de los cerrajeros; también he golpeado allí... Me conocen bien los fabricantes de mecheros... No hay más que un diablo, y hay que darle en la frente... Bajo el antiguo régimen, ponían obstáculos con sus autos y aun los ponen hoy; son los mismos autos y seguimos siendo nosotros los arrollados.

—¿Arrollados por quien? ¿Por los camaradas del Partido y de los Soviets? Habla en términos concretos.

Alguien gritó alegremente en el fondo de la sala, no ocultando la alegría de sus palabras:

—¡Eh, Savtchuk!... Pon los puntos sobre las íes, Savtchuk. Dales lo suyo a esos mocosos, a esos postineros... Ya conocemos a los tranquilizadores perpetuos...

La sala entera crujió de nuevo bajo un rumor que decayó bruscamente. Era el silencio y la esperanza de un estallido.

Una voz bovina, corroída por la tos, mugió en las primeras filas:

—¡Echad a la calle a ese animal!... ¡Nos molesta la canalla!

La sala suspiró; un murmullo la hizo sobresaltarse.

—Habla con precisión, camarada Savtchuk. Hay personas y personas. Hay a quienes hace falta golpear y hay otros a quienes se debe guardar mejor que a uno mismo. ¿Qué piensas, por ejemplo, de nosotros? ¿Somos de esos a los que hace falta golpear?

—¿Y yo qué sé lo que hay detrás? Habéis venido a la gresca y echáis sombras sobre la claridad... No necesitamos de vosotros... Jefes hay demasiados; comandantes hay tantos, que podría empedrarse con ellos la calle...

El hombre barbudo permanecía sordo y ciego. Ni una sola vez había mirado a Savtchuk, y parecía no entender ni oír.

Glieb se levantó, con el rostro duro.

—Vamos, Savtchuk, no te hagas el pillo. ¿No conoces el reglamento?

Savtchuk se apoyó con el vientre en la mesa; los músculos se movían bajo su blusa, las venas de su cuello se hinchaban hasta parecer próximas a romperse.

—¡Cállate, so cerdo!... No soy el último de los mendigos, esos hijos de perra. ¿Por qué te sobresaltas?

Estas exclamaciones encontraron eco en la sala.

—No le cierres la boca, camarada Tchumalov. Tiene derecho a hablar y dice la verdad...

Una mujer, agitándose en el pasillo, libre entre los bancos, gritó:

—Pero no dice cómo bebía el **samogone** (1) ni cómo cascaba a todas horas a Motia, su mujer... ¡Es tan malo para su mujer, que yo le estrangularía con mis propias manos!

—Todos los hombres son lo mismo: las mujeres aquí, las mujeres allá, las mujeres en la cocina, en el mercado, en la cama, bajo el puño, para alimentarlos, para callarse, para cuidar de los chicos, mientras ellos parecen señores... Todos valen lo mismo...

Las mujeres se revolvían y gritaban.

Savtchuk, perseguido por estos gritos, se volvió hacia la multitud. Entre la maleza que cubría su rostro, sus ojos parecían los de un lobo.

—¡Imbéciles! ¡Si oléis mal con los faldones de las camisas mojados, pingos!

Risas. Las paredes temblaban, la araña de la luz parecía guiñar y resonar.

Motia corrió hacia el pasillo libre entre los bancos y se dirigió a la multitud:

---

(1) Aguardiente de mala calidad destilado por los propios campesinos.

—No es verdad, no es verdad, no es verdad... Si Savtchuk me ha pegado, yo también le he pegado a él... (Risas). Ninguno de vosotros, tantos como sois, valéis lo que la suela del zapato de Savtchuk. Hay que pegarnos a todas por lo buenas que somos... Hemos perdido a nuestros hijos, hemos destruído nuestros hogares, porque somos tontas. Os habéis convertido en comadres y en andorreras... Todos, tantos como sois, no valéis para calzar a Savtchuk.

Las gentes callaban ahora, confusas y desorientadas... Aturdidos por los gritos de Motia, los hombres y las mujeres fijaban oblicuamente en ella sus ojos agrandados, hinchados, encima de las mejillas, como bolas.

—Pero di, Motia, ¿dónde están las suelas de Savtchuk? Va con los pies desnudos...

Motia se revolvió, rabiosa, gritando:

—Tocad solamente a Savtchuk... Sí, sí... Es el mejor... No se deja tocar. Savtchuk... Savtchuk es el mejor y el más fuerte.

* * *

Polia, estremecida por la fiebre, se replegaba sobre sí misma. Sentada al lado de Sergio, no levantaba los ojos de la mesa. Miraba con admiración al hombre huesudo, miembro de la Comisión; sonreía, pero sólo con los labios; había en el marmóreo rostro manchas oscuras y parecía el de una enferma.

Una confusa alegría turbaba a Sergio. ¿Nacía en él esta alegría o le llegaba de esta muchedumbre inundada de luz? La alegría cantaba, se desgranaba en risas infantiles en cada célula de su ser y todo—estas gentes cubiertas de sudor, estos murmullos reidores detrás de él, esta lámpara con adornos de cristal que se abrazaban,— todo era para él extraordinariamente nuevo, lleno de una profunda significación. Todo estaba desnudo, vivo en un grado de simple reflejo, sencillo hasta parecer primitivo. La risa, los murmullos, la curiosidad, este extraño tribunal que parecía, por juego, tender lazos, todo era humanamente sencillo, todo se reducía a una serie de movimientos sin complejidad. No sorprendía más que sonidos y gestos dispersos, a veces la oleada de un suspiro unánime, ¡y todo era tan claro, tan divertido! Instantes rasgados, llenos de un juego animal. Pero ¿por qué este juego constituía, al entroncarse esos instantes, un proceso inmenso y complicado? Y este proceso, ¿por qué era el destino humano, este destino que ya era en sí una tragedia? Su padre hablaba de otra forma. ¿Hay, tal vez, instantes que contienen todo un ciclo de la Historia? ¿Quizá lo más importante no es el tiempo, sino el instante; el hombre, y no la Humanidad?

¿Por qué las orejas de Polia parecían superfluas? Florecían como hojas abiertas. Temblaban y palidecían cuando respiraba la joven. Estos aflujos de sangre, en gotitas rojas acarreadas por las venas, son la pena y el sufrimiento. Estas gotitas de sangre encierran todo el enigma, todo el sentido de la vida humana, toda su alegría, toda su simplicidad.

—Camarada Sergio Ivaguin...

Se levantó. Uno, dos, tres, cuatro... Se detuvo. Todo esto era tan sencillo y tan absurdamente inútil.

Habló sin el menor esfuerzo. Oía su propia voz, veía su nariz dura como un pico. Nada de carne, sino arcilla cubierta por gotitas.

—¿Era tu hermano ese coronel fusilado recientemente? ¿Os encontrabais a menudo?

—Le he encontrado dos veces: una vez, a la cabecera de nuestra madre moribunda, y la otra, con el camarada Tchumalov, cuando le capturamos mientras hacía señales.

—¿Por qué no procediste a arrestarle cuando vuestro primer encuentro?

—Sin duda porque nadie me incitó a ello.

—¿Por qué no abandonaste la ciudad con el ejército rojo en mil novecientos dieciocho? ¿Por qué preferiste quedarte entre los blancos? ¿Estabas seguro de no ser fusilado?

—No. ¿Cómo podía estarlo? No tenía ninguna razón para huir. También se podía trabajar en la ciudad.

—Bien. No eras aún comunista en aquella época, ¿no es cierto? Bueno, ya te comprendo.

—¿Qué comprendes? ¿Qué significa ese "ya te comprendo"?

—Camarada, no tengo por qué contestar a tus preguntas. Aquí no discutimos. Quedas en libertad.

Sergio no volvió a su sitio, sino que atravesó por entre las filas de los obreros, dirigiéndose al fondo de la sala. Varios hombres, parecidos a él, iban a sus lados, venían a encontrarle, le miraban fijamente, con sus ojos desorbitados, con los pesados párpados enrojecidos e hinchados. Le parecía no caminar sobre el suelo, sino descender a algún sitio, cada vez más bajo, por una estrecha plancha vibrante... No podía contener su paso, como si sus pies no estuvieran en movimiento, como si les costara seguir el movimiento de esta plancha deslizante y ligera bajo él. Rostros innumerables, cabezas hirsutas flotaban a su alrededor en una neblina humosa, agujereada por llamas, amontonándose por todas partes, empujándose, oprimiendo, ahogando.

Luego todo desapareció repentinamente, como una visión se desvanece. Todo se extinguió, todo se disipó en el marco de la puerta completamente abierta. Aparecía la escalera de mármol, bordeada por un pasamano adornado y macizo; dos obeliscos de roble coronados por faroles nacarados proyectaban una luz mate. El pasillo estaba vacío, pero lleno de un silencio sonoro... En alguna parte lejana, detrás de las puertas cerradas, voces jóvenes tenían sonoridades de cascabeles. Las juventudes comunistas.

La Comisión de Depuración. El hombre huesudo, de rostro cie-go, impenetrable en sus pensamientos, sin sonrisa ni sufrimiento (su rostro no estaba arrugado, parecía). Gromada y Savtchuk estaban en su poder, y Polia y Glieb y Dacha lo estarían como todos... Ellos le miraban con un terror contenido. Todos debían experimentar esta tristeza mezclada de angustia que roía ahora como un gusano en torno de su corazón.

Las preguntas, ¿descubren alguna vez el alma de un hombre? Las respuestas, ¿son siempre convincentes y verdaderas? No hay pregun-

concreta: no hay respuesta concreta. La verdad no está en las pr...
...guntas y corta las respuestas en otros planos.

Las voces tintineaban detrás de una puerta como si fueran cas...
...pelos. Las neuronas del cerebro tintineaban como si fueran cascabeles

En el instante en que Sergio abrió la puerta, le cegaron las man...
...chas rojas de las banderas y de las colgaduras; los muros llameaban
...cubiertos de inscripciones volantes parecidas a pájaros blancos. Por todas
...partes, en las ventanas, en los rincones, ascendían pavesas encendidas de
...las flores de la montaña.

Había jóvenes, tan numerosos como las flores, con taparrabos, los
...brazos desnudos, las piernas desnudas, muchachos, muchachas. Estas no
...se diferenciaban más que por sus senos y sus pañuelos rojos. Alinea-
...miento, rostros, movimientos rítmicos.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Las formas humanas se entrecruzaban en anillos complicados.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Sergió consideró esta euritmia de movimientos y sintió que la san-
...gre afluía a su corazón.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Las figuras se confundieron, chocaron, estallaron en gritos y [illegible]

* * *

Sergio se detuvo cerca de la puerta, junto al umbral, incapaz de
...ir más lejos; la mesita que había tras estas numerosas cabezas y todos
...esos hombros; la mesita, de la que sobresalían tres cabezas, le parecía le-
...jana. Esta multitud, reflejada por los espejos y las lámparas, tenía
...un fulgor intolerable que daba vértigo.

Polia estaba de pie ante la mesa, menudita. Se hubiera dicho
...que era una muchacha, sin su pañuelo habitual, nada más que con
...sus dorados cabellos. Su voz oprimida se desgarraba, temblaba, gritaba de
...dolor:

— ... No puedo admitirlo, porque no puedo comprenderlo, porque
...no veo en ello ninguna justificación... Hemos destruído, hemos sufrido...
...la sangre ha corrido en ríos, ha habido hambre. Y he aquí que el pasado
...resucita con gritos de alegría... No sé dónde está la pesadilla. ¿Está en
...esos años de lucha, de sufrimiento, de sangre derramada, de sacrificio, o
...en esta fiesta de escaparates lujosos y de cafés embriagadores?... ¿Para
...qué, pues, hemos acumulado montones de cadáveres? ¡No era para que los
...verdugos de los obreros, la miseria y la muerte de los pobres fueran
...peores aún!... ¡No era para que los reptiles y los pillos volviesen a
...encontrar los días alegres de la vida, se regodeasen, robando y gozando!
...No, no puedo admitirlo, no puedo vivir con este pensamiento... ¿Habría-
...mos luchado, habríamos sufrido, nos habríamos hecho matar para cruci-
...ficarnos vergonzamente nosotros mismos? ¿Por qué?

—¿No encuentras, camarada, que tu lirismo se parece a ese infan-
...tilismo de izquierda del que recientemente hablaba Lenin?

La voz del hombre era tranquila, severa, desprovista de entona-
...ción; el contraste hacía que las exclamaciones de Miekhova semejaran

sudorosas. La multitud, con las espaldas encorvadas y las nucas violáceas hacia delante, se movía, se turbaba.

—Diriges la organización femenina y tienes aquí, ante los obreros y las mujeres de tu organización, un lenguaje irreflexivo. Es enojoso, camarada.

De lejos se veían temblar los labios de Mickhova, y sus ojos, en los que brillaban las lágrimas, ocultarse bajo las pestañas.

Cuando pasó por entre las filas, con un paso de ebria, sin verlo, sin darse cuenta de su camino, la miraron tristemente, largas miradas la acompañaron. Se inclinaban hacia ella, voces asmáticas le decían:

—Exactamente, camarada... Lo esencial... Es para nada el obrero, y eso también... Sí, para el obrero... Esta canalla, hay que pegar... pegar...

—¿Hay alguien que tenga que decir algo acerca de la camarada Mickhova?

Un suspiro unánime y voces entrecortadas salieron de la multitud. Varias manos se agitaron hacia la mesa y unas hacia otras.

—¡Hablemos!... ¡Ese es el obstáculo!... ¡Tiene razón!...

—Camaradas de la Comisión: a los camaradas de esta clase hay que ponerles a la puerta... Es lo que hace falta... A causa de la nueva política económica... Pero hay que tratar a los obreros con igualdad... Hay que decirlo en absoluto.

—Más bajo... No estamos en una cuadra.

—¡Camaradas!... Es exacto... La pequeña compañera ha dicho bien lo que hay que decir...

—Y yo subrayaré, camaradas de la Comisión, que esta rubia ha venido al mundo antes de tiempo... Como no estamos todavía a la altura del comunismo... Y a esas mujeres hay que ponerlas a la puerta... Y a las señoritas también...

Cuando cesó la ola de gritos y volvieron a sus sitios las espaldas y las nucas, Sergio vió a Glieb sentado a la mesa de la Comisión mirando al hombre huesudo con ojos extraviados de animal asustado. Se inclinó hacia él, quiso decirle algo, movió los labios y las mandíbulas; pero el miembro de la Comisión, con su inmovilidad cadavérica, no levantó la cabeza.

Dacha estaba de pie ante la mesa; sus ojos, llenos de dolor y de emoción, seguían atentamente a Mickhova.

Sergio salió al corredor detrás de Polia. Se dirigió rápidamente, con paso desigual, hacia la salida. Su cabeza, echada hacia atrás, bailaba sobre sus hombros como una cabeza destornillada, ciega. Sergio la llamó dulcemente. Su voz resonó sordamente en el vacío nocturno del pasillo. Ella no se volvió y desapareció, desplomada con todo su peso, en el vano de la puerta.

Sergio volvió a la entrada de la sala para escuchar por primera vez la voz fuerte, la voz juvenil del hombre huesudo y tieso.

—¡Esto, lo comprendo!... ¡He aquí por fin un miembro del partido!... Una verdadera militante, una verdadera combatiente... Nuestro partido no puede menos de estar orgulloso de tener militantes de ese temple... Ve, camarada Tchumalova... buena suerte...

Sergio vió al hombre huesudo levantarse y estrechar la mano de Glieb

3.—EL ELEMENTO ÍNFIMO DEL GRAN TODO

Sergio, en su pequeña habitación de la Casa de los Soviets, leyó hasta el alba, bajo la lámpara, el "Materialismo y Empiriocriticismo" de Lenin. Su lápiz subrayaba con cuidado líneas enteras y trazaba en los márgenes, en líneas inclinadas, notas indescifrables. Se levantaba a veces para recorrer la habitación diagonalmente, desde el ángulo de la mesa al ...mbo, siempre por el mismo camino hollado y polvoriento. Pensativo, pasaba la mano por su calva reluciente. Pensaba sin poder precisar su pensamiento. Una tristeza difusa, tan dolorosa que hacía nacer un deseo de sollozar, le conmovía. O sus mismas palabras, claras y entonadas, llenaban el silencio:

—El principio de la energética no contradice en absoluto el materialismo dialéctico, porque la materia y la energía no son más que formas diferentes de un sólo y único porvenir cósmico... Todo está en el método y no en las palabras. Dialéctica, energética... Las relaciones de los elementos de la substancia universal son infinitas en sus formas y regidas por leyes. La sola conjunción y suscita discusiones en derredor de la fórmula energía y materia. Esta conjunción estática exige una interpretación dialéctica. Hace falta, pues, pensar en ello... procurar encontrarse.

Se volvía a sentar, cogía de nuevo el libro, subrayaba otras líneas y trazaba notas marginales casi indescifrables.

La habitación vecina, separada de ésta solamente por una puerta, la habitación de Polia, estaba silenciosa. La joven estaba en ella. La electricidad escarchaba en el interior del vidrio esmerilado de la puerta que daba al pasillo. Sergio había visto pasar, aparecer en este vidrio la sombra difusa de una cabeza con bucles. Estuvo tentado de entrar y puso la mano en el picaporte; pero la sombra desapareció. Sergio decidió no entrar. Si ella tenía necesidad de él, llamaría a la puerta que separaba sus habitaciones o vendría a ésta, como de costumbre.

Con el libro en la mano se acercó a paso de lobo a la puerta interior, prestando atención a lo que sucedía en la habitación vecina. El silencio reinaba en la de Polia. Ni pasos, ni ruidos. Quizá estaría tendida en la cama, con los mismos ojos que él la había visto al salir de la célula de la fábrica; quizá dormía, fatigada por las emociones de los últimos días. Si dormía, mejor; al día siguiente la vería tranquila. No estaba más que cansada (como otras muchas personas en estos instantes): no necesitaba más que un poco de reposo. Dichosa en la guerra, había aprendido a reír ruidosamente. Pero en esta nueva fase de la acción, en este retroceso, se bamboleaba súbitamente bajo el golpe. Tenía necesidad de un poco de reposo y de volverse a encontrar. El no debía dormir: quizá le llamaría o vendría a su cuarto, como de costumbre.

La depuración... El rostro óseo y la voz de gramófono del miembro de la Comisión. Esto estaba ya perdido en el tiempo. Esto era realmente insignificante: una cosa tan ínfima ¿podía tener alguna significación en el porvenir? No era él el que era ínfimo: todos eran ínfimos como él: ínfimos elementos del todo.

Mariposas doradas y plateadas con manchas obscuras entraban por la ventana, giraban alrededor de la bombilla eléctrica, se alejaban hasta el

fondo de la habitación, expandiendo un ligero murmullo de cuerdas vibrantes que hacía parecer la habitación inmensa, que invitaba a ideas de soledad y a la espera de innumerables cambios futuros. Sergio se aproximó a la ventana y miró en las tinieblas. Era en octubre, pero hacía calor. Los dulces olores de las cosas muertas por el otoño flotaban ya en esta noche cálida y negra. Las piedras tenebrosas de la ciudad (no había aún faroles en las calles) estaban también profundamente silenciosas; solamente se oía a lo lejos, en la estación, los tristes sonidos de las sirenas y el ruido sonoro de los vagones. Al otro lado de la bahía, en la falda de la montaña, brillaban las guirnaldas entrelazadas de las estrellas eléctricas. La fábrica resucitaba. Raras gotitas de fuego temblaban en el puerto, sobre los muelles y los barcos; arroyos que se abrazaban, corrían en la bahía bajo estas estrellas parpadeantes.

Sergio se amodorró un momento. Su padre se le apareció con el pantalón desgarrado, andando con pasos menudos, con los pies desnudos, con una sencilla risa alegre.

Su padre estaba ante él, tenía una silla entre las manos y murmuraba con voz atropellada, oprimida, frases ininteligibles. Y porque esta charla ridícula del padre era ininteligible, el pavor acometió a Sergio. Permaneció sentado, privado de movimiento, quiso levantarse y no pudo, quiso golpear a su padre y no pudo. El padre le amenazaba con el dedo, se tiraba de la barba y reía alegremente.

Un sueño. El corazón del hombre palpitaba fuertemente, portador del despertar. La voz de bajo del presidente del Ejecutivo murmuraba calladamente, detrás de la puerta, en la habitación de Polia. Gemía el lecho de hierro. Polia tenía la voz desgarrada, una voz de pajarillo que lloraba o reía.

Cayó de nuevo el silencio.

El corazón del hombre palpitaba fuertemente. La sangre le quemaba. Agobiado, con las venas de la frente y de las sienes hinchadas se acercó a la puerta. Escuchó. Levantó el puño dispuesto a llamar. Un estremecimiento sacudió su rostro; el puño levantado cayó lentamente y se abrió, débil. El hombre, estremecido, con el rostro congestionado, el hombre ensordecido y abrumado, fué con paso cansado hacia su cama. Escuchó aún un instante de pie, se acostó. Se levantó y volvió a escuchar. Luego se desnudó lentamente, cuidadosamente, apagó la lámpara, se cubrió y se calló.

4.—VEHEMENCIAS INUTILES

Sergio se despertó instantáneamente por la mañana, a la hora de costumbre, y se puso en pie de un salto. Fué en seguida al lavabo y se lavó rápidamente en gran cantidad de agua. Con la toalla en las manos fué a la ventana (que había quedado abierta toda la noche). La habitación estaba fría y un escalofrío tonificador y vivificante recorría la carne del hombre.

El azul del cielo era intenso, como en verano; la atmósfera, transparente y dorada en las lejanías. Las casas de la parte baja llameaban al sol; el rocío brillaba en los tejados, que la refracción del azul del cielo tintaba de azul. En la cumbre de las montañas, por encima de la fábrica

las rocas brillaban, cegadoras. Por el fondo de la torrentera un tren de mercancías subía la cuesta a través de las piedras [illegible], y el joven descendía de las alturas. Se distinguían claramente los pequeños rectángulos de los vagones, las manivelas de las puertas y las ruedas. El vapor escapaba de la chimenea en bocanadas inflamadas y flotaba largo rato en jirones rosados. Por la ventana entraba el olor fino y melancólico, se hubiera dicho, del otoño; desabrido olor dulzón de descomposición. El aire era tónico, ligero, transparente y soleado.

La depuración. Los espejos que reflejaban la multitud, y las lámparas, sus respuestas confusas e ingenuas. ¡Qué lejos estaba todo esto! ¡Y qué insignificante era todo! El cuerpo del hombre lleno de sangre y de salud hubiera querido satisfacer sus músculos con algún pesado trabajo físico. Hizo algunas flexiones de brazos cerca de la ventana: uno, dos, tres, cuatro

Polia... Un dolor confuso le atravesó el corazón como una sombra. No había ido a su cuarto, no quería su amistad. Lo sucedido esta noche, había querido ella esta vez ocultarlo, guardarlo para sí sola. El dolor de Sergio no era más que para él solo. El dolor de Polia se hacía más próxima, más familiar para él. No le decía lo que había sufrido, nunca sabría nada. Ella era fuerte, sabía reír, le sonreía con una sonrisa amable, amistosa. ¡Querida Polia!

Cogió su cartera y salió al pasillo. La habitación de Polia estaba bien cerrada. Reinaba en ella el silencio. Sin duda dormía la joven. Que duerma: necesita reposo y tranquilidad para que su sonrisa termine en una risa clara.

En el Comité del Partido. Sergio entró en la Comisión de Depuración.

A pesar de la hora matinal, la obscura habitación con la ventana enrejada, que olía a tabaco fuerte y a humedad, estaba ya llena de humo. Había varios hombres de pie, junto a la mesa, con rostros ajados de convalecientes recién abandonados por una enfermedad grave. Dos hombres, dos empleados de Instrucción pública empujaron a Sergio, sin verle y como ciegos, pasaron delante de él en silencio. Tenían una sonrisa de vencidos, se tropezaron los dos a la entrada. Sergio no oyó más que los gritos de Juk.

—Hay que golpearlos, queridos camaradas, hay que darles de culatazos... A ellos mismos es a quien hay que echar del P. C. R.... ¡canallas de generales! ¡Qué es lo que entendéis por obreros? No hacéis más que cuidaros vosotros, sin hacer caso de la clase obrera... ¿Cómo quieres depurarme, morros sucios, si mis hocicos no te dicen nada?... ¿En qué gamella hemos comido juntos?... ¿Por qué vienes a ponerte ante mis ojos si tú mismo eres un pingajo?

El hombre huesudo estaba sentado a su mesa, reconcentrado, mudo, hojeando impasible las hojas completamente escritas de un informe voluminoso. Levantó la vista hacia Juk, cuando éste terminó de gritar, y le miró fijamente. Tenía los ojos vidriosos, desprovistos de ideas, como ojos con nubes.

—Camarada: ¿te crees comunista porque no te has reservado nada? Ya te he dicho que

convulso, se abalanzó hacia él y dió un puñetazo
Juk, con el rostro
en la mesa.

—Si me haces marranadas, diablo hinchado, ¿debo darte las gracias? Yo ya os conozco, arribistas y aprovechados. ¡Eso es lo que queréis! Yo ya voy a enseñaros a vivir. Yo, yo os desenmascararé.

El hombre permanecía impasible, como momificado, como si los gritos de Juk le fueran completamente indiferentes. Pero dijo con sorda voz a otro camarada que estaba junto a la pared:

—Camarada Natchkasov, toma el informe de Juk y ponlo a un lado, para que lo revisemos en la sesión de la Comisión de hoy...

Los ojos tiernos se volvieron hacia Juk y una voz extraña le flageló:

—Acabas de destruir para siempre las últimas esperanzas que habías de ser readmitido en el partido, camarada Juk. Has demostrado suficientemente que eres un elemento nocivo, un elemento de descomposición. Propongo tu exclusión definitiva. Y si continúas gritando, llamaré al camarada que está de guardia y haré que te echen a la fuerza. Vete.

El hombre volvió, impasible, a hojear sus papeles.

Ciego, con el rostro rojo, Juk, apretó las mandíbulas. Vió a Sergio abrumado, y fué hacia él, como si buscara protección.

—He aquí lo que sucede, Sergio, querido camarada. Esperemos, observemos, aprendamos.

Hizo con la mano un gesto de desaliento y salió.

Tskheladze estaba en pie cerca de la pared, ante la mesa. Sus grandes ojos blancos, inyectados de sangre, miraban, sin pestañear, algo entre los papeles. Sus mandíbulas se movían constantemente; en la comisura de sus labios, fuertemente cerrados, había unas gotitas de blanca saliva. Sergio estaba acostumbrado a verle silencioso. En el trabajo no se le observaba. Pero anteriormente había pasado dos años en la montaña con los verdes; y mandando un grupo había entrado el primero, combatiendo, en la ciudad.

Pareció que los ojos de Tskheladze tropezaron con algo puntiagudo, se estremeció y dió un paso hacia el hombre momificado. Separó los dedos e hizo un gesto.

—Ca-ma-ra-da... ¿Por qué te burlas? Déjame ver por mis propios ojos... No digas nada, déjame el informe.

La estupefacción encendió una llama en los ojos del hombre momificado.

—Ya te lo he dicho, camarada; has sido excluído del partido por cizañador. No tengo tiempo que perder contigo. Apela.

Tskheladze permaneció en su sitio: volvieron a moverse sus mandíbulas.

—¡Mira cómo trabajan, Sergio, querido camarada! Mira y aprende.

Sergió se acercó a la mesa y se informó. No sabía por qué, no hubiera sabido responder si le hubieran preguntado por qué, pero estaba convencido de su exclusión.

—Sí, estás excluído.

—¿Por qué motivo?

—No puedo, en este momento, darte lectura del proceso verbal. En tiempo oportuno recibirás un extracto que te lo aclarará. Si no estás conforme, puede apelar.

Apenas había oído Sergio estas palabras sintió que algo se había ...o en él y que una angustia le bajaba de la garganta al pecho y al ...zón. Y no fué él, fué otro dentro de él quien dijo con voz ronca ...o un hipo:

—Pero eso significa para mí la muerte política. ¿Te das cuenta, ...marada?

—Me doy cuenta de ello. Es la muerte política.

—¿Pero, por qué?

—Ha habido motivos serios.

Sergio quiso marcharse, pero se sentó, roto, en su sitio. Sus pies, ...epentinamente pesados, no le obedecían. La ventana no estaba ya so...leada, sino llena de un rojo resplandor de incendio. Sergio pensó que el sol quemaba así por la canícula. Vió de pronto el cielo azul y, abajo, las masas azuladas de los almacenes de la estación. No supo cómo se había separado de la mesa, ni en qué rincón de la estancia se encontraba.

Juk le estrechó la mano y rió con risa estremecida.

—Esta es, Sergio, excelente tarea... El presidente del Ejecutivo es ...mantenido en el partido; Shramm, también, y también Khapko y toda ...su pequeña reunión de borrachos... ¡Puedes alegrarte, burocracia!... Pe...ro en tu célula, Savtchuk es echado, Mishkova es excluída, tú eres echa...do... Ya están en su casa, ahora; esto se va a armar... Pero yo voy a enseñarles, yo, cómo cogen los pescadores a los peces, sabré sacudirles bien como a un peral.

Tskheladze pareció haberse pinchado de nuevo. Se estremeció, sus dedos se abrieron en abanico.

—Ca-ma-ra-da... ¿Por qué te burlas? ¿Por qué te chanceas? Déjame ver lo que escribes.

La estupefacción encendió de nuevo una llama en los ojos del hom...bre momificado. Se inclinó, miope, sobre los papeles, y dijo entre dien...tes con voz cascada:

—Camarada Natchkassov, enseña a Tskheladze la decisión que le concierne.

Tskheladze se encaminó con pesado paso hacia la otra mesa en que el miembro de la Comisión de redondo rostro le tendió una hoja com...pletamente escrita.

Toma. Lee. ¿Sabes leer el ruso?

El hombre indicaba con el dedo hacia la mitad de la hoja. Tskhe...ladze gritó:

—¡Fuera de aquí canallas, hijos de perra!

Con los ojos locos, desmesuradamente abiertos, miraba fijamente al camarada Natchkassov y sus dientes entrechocaban violentamente.

No miraba ya el papel. Se dió un fuerte puñetazo en la cara y gritó con estridente voz, llena de dolor y de angustia:

—Tú me has purificado... Vosotros me habéis purificado... ¡Yo también os purifico a vosotros, tened!

Una detonación estalló en la habitación y la llenó de humo.

Tskheladze yacía en el suelo. Viscosidades sangrientas se escapaban de su cráneo hundido.

El hombre momificado permanecía sentado a la mesa con el rostro

completamente blanco. Sus ojos redondos, cubiertos por una especie de nube, parecían los de un ciego.

Sergio no recordaba cómo había salido de la habitación. Cuando se recobró, Jitki le apoyaba en los dientes un vaso con agua. Jitki gritaba, aspirando el aire con las narices abiertas.

—¡Bebe, camarada!... No llores como una mujer... procura comprender. No es aquí donde se deciden las cosas... Hay hombres más arriba. El Comité del partido no tolerará esto... Que me echen a mí también, pero no les perdonaré sus abominaciones...

Sergio, en el diván, sollozaba lastimosamente.

XVII

UN AVANCE HACIA EL PORVENIR

I.—NOSOTROS CONTINUAREMOS

La vuelta de la fábrica a la actividad, se había fijado para la fecha del aniversario de la revolución de octubre. En el Club de la Internacional Comunista se había celebrado una sesión solemne con objeto de unir la histórica fecha a la primera gran victoria obtenida en el frente de trabajo.

La depuración del partido se había terminado, pero los pasillos del Palacio de Trabajo estaban llenos de gente sudorosa, demacrada, de humo azul, de esperas ansiosas y sumisas.

En el Consejo de Economía y en la dirección de la fábrica, la inspección obrera y campesina, invisible y tranquila, se dedicaba, desde hacía varios días, a la revisión de documentos.

Shramm permanecía, como antes, en su habitación, detrás de las puertas bien cerradas. Recibía de once de la mañana a dos de la tarde. La tranquilidad y la serenidad reinaban detrás de estas puertas. Los servicios se efectuaban con tanto personal como anteriormente, con los mismos engranajes tan complicados, potentemente y tranquilamente. Unicamente los elegantes técnicos estaban un poco más pálidos, con los ojos fijos, llenos de inquietud. En la muchedumbre afanada de los empleados inclinados sobre los libros y los papeles no se observaba ni emoción ni temor, como si no existiera la inspección obrera y campesina ni supiera lo que era una revisión.

Glieb dividía su trabajo entre la fábrica y la dirección. Corría de departamento en departamento, de taller en taller, perdido entre el polvo, entre los montones de materiales, en el ruido del trabajo, conteniendo a duras penas su deseo de coger las herramientas y ponerse también a trabajar.

En el taller de cerrajería tuvo una discusión con el cerrajero Saveliev. Era uno de los antiguos obreros, una especie de buey triste, solitario y silencioso. Saveliev, sacudido por una fuerte tos que le revolvía las entrañas y le hacía escupir espesos esputos negros, interrumpía frecuentemente su trabajo.

Habiéndole sorprendido Glieb en un ataque de tos, le arrancó las herramientas, y de un golpe en la espalda, le separó del banco.

—¿Qué haces aquí, camarada, como un gusano en el estercolero?—gruñó el cerrajero.— ¿Por qué trabajas?

Saveliev, turbado, sacudido por la tos, miraba a Glieb con ojos sanguinolentos.

—No debo escupir, no debo pestañear, no debo sonarme, debo morirme. Cada minuto vale para nosotros más que la vida.

Blandiendo las pinzas, Saveliev gritaba, removiendo los metales, agitado todo él por la fiebre. Empujó a Glieb por la espalda y sacudió su barba.

—¿Qué es de lo que tú entiendes, cara afeitada? Hace muchos años que estoy en el banco como tornero y cerrajero, compadre del diablo, y tú eres todavía impotente como un piojo blanco. ¡No mamabas aún y ya llevaba yo montones de virutas y héte convertido en comandante, embarullador!

—¡Yo te digo que me tiene sin cuidado tu barba! Hay muchos como tú que no hacen más que inventar historias hablando de su pasado de obrero. No cuidas más que de tu piel; no entiendes nada de la causa obrera ni de la producción...

Saveliev, con los puños en alto, gritaba hasta desgañitarse. Hirsuto y sucio, hacía pensar en un viejo perro de guarda dispuesto al ataque.

—Cerdo, vago...

Los obreros, sin interrumpir su trabajo, se divertían y reían.

—¡Hazle conocer tus puños, Tchumalov, dale!...

—Dale fuerte, Tchumalov; somete al viejo a la religión.

Glieb se recobró, arrojó las herramientas sobre el banco y estalló en una risa que resonó hasta en el fondo del taller.

—¡Qué bestia y qué charlatán soy!, ¡que el diablo me lleve! No te enfades, viejo... Las manos me pican, estoy rabioso.

Corrió a otro taller.

Las reparaciones del horno y de la trituradora tocaban a su fin. El Broemsberg funcionaba ya. Las ruedas de la transmisión eléctrica giraban varias veces al día alegremente en las inclinaciones y los diversos cruces, el ruido de las vagonetas resonaba en la montaña como lejanos martillos de fragua. Sólo el camino aéreo de los cables permanecía silencioso, con sus vagonetas quietas en pleno vuelo y su enrejado protector corroído por el moho ardiente y mate. El reloj de la torre, con su gran esfera blanca, parado desde hacía tres años, revivía, moviendo de nuevo sus grandes manillas que, iluminadas en la noche por grandes lámparas, permitían ver la hora desde un kilómetro de distancia.

La tonelería también se preparaba para el trabajo. Se reparaban los bancos, se quitaban los residuos y la grasa, las vagonetas llegaban de los almacenes llevando clavos. Savtchuk, cubierto de sudor y de polvo, chillando y jurando fuertemente (ya es sabido que los toneleros se llevan en esto la palma), se agitaba entre los montones de escombros, de virutas podridas, de clavos y de duelas.

Glieb iba todos los días a la sección de máquinas. Allí se transformaba instantáneamente. La luz celeste, intensa y serena, la limpieza deslumbrante de los vidrios, de los metales y de la pizarra negra de los Diesel con sus aparatos plateados y dorados, el suave chillido de las palancas, de los pequeños martillos y de los vidrios... Esta música joven

y aroma, este resplandor igual y sedante, el cálido olor del aceite y del petróleo, serenaban dulce y fuertemente el alma. Estas dulces canciones parecían resonar en el corazón mismo del hombre. Y todo lo que había más allá de estas paredes era insignificante, ínfimo, como los escombros que no había más que retirar. Lo esencial, la cosa verdaderamente significativa, sólo estaba aquí en estos chillidos deslumbrantes bañados de luz, en los suspiros de los altares negros, firmemente colocados en zócalos compactos. Glieb examinaba atentamente, detrás de la defensa de latón, los inmensos volantes tan ligeros en su vuelo, las grandes ruedas rojas que corrían y gemían detrás de los volantes, como si estuvieran vivas. Glieb se sentaba aquí, cerca de los volantes invisibles en su marcha, turbado por su silencio, como si cálidas olas vinieran a chocar en su rostro, sus manos y su pecho y sacudirle con su soplo profundo. Absorto en esta contemplación, perdía la conciencia, se desvanecía en este vuelo de los bronces alados, en estas olas de calor aéreo. Permanecía allí fuera del tiempo y del pensamiento, fuera del espacio, sin apoyo.

Brynza le volvía siempre a la realidad. Brynza le cogía por el brazo y le llevaba en silencio hacia el mirador, desde el que se veían azulear como en el fondo de un abismo, las crestas lejanas de las montañas cubiertas de bruma y el espacio aéreo.

Ya no era el Brynza que él había encontrado en la primavera. Eran, sí, la misma gorra plana metida hasta la nariz, la misma nariz como continuación de la gorra, las mismas mandíbulas negras y puntiagudas, la misma barbilla, el mismo bigote oscuro con guías de hilos húmedos. Pero los ojos eran ya fríos, seguros, estriados de plata y oro como los Diesel. El obrero no gritaba, no se irritaba: escuchaba, atento, el murmullo y el chirrido de las máquinas.

La conversación se deslizaba siempre igual:

—Qué hay, comandante?

—¿Qué hay, Brynza?

—¿Y luego?

—Continuaremos, Brynza.

—¿Y no nos romperemos el cuello?

—¿Por qué? ¡Estás loco! Deberías entrar en el partido, eso te templaría.

—Comandante, vete al diablo con tu partido siempre en la boca. ¿Qué quieres que yo haga del partido si para mí no hay más que las máquinas? Existe el partido, existen las máquinas. Yo no sé qué es el partido, pero sé cómo viven las máquinas. Si hay máquinas deben trabajar. No me gusta la charla. ¡Sigue tu camino, comandante!

Brynza terminaba con esto y se marchaba con paso suave, igual, sin volverse, un poco encorvado: desaparecía entre los Diesel y ya no reaparecía.

Cuando recorría Glieb las naves llenas de polvo de cemento, de estrépito, de gritos y de obreros afanados que trabajaban en las reparaciones, encontró al ingeniero Kleist. La mirada extraordinariamente fija de este último le había asombrado ya más de una vez. Una emoción y una angustia interrogantes ardían en el fondo de estos ojos. El ingeniero Kleist cogió dulcemente el brazo de Glieb y salieron los dos sobre el viaducto. Pasaron hombro con hombro, por la pasarela en la

cúspide de las superestructuras horadadas, la misma en la que se habían encontrado una tarde memorable.

El Diesel zumbaba abajo, a la derecha; las dinamos, ocultas en alguna parte, cantaban dulcemente como cuerdas vibrantes. Las siluetas encorvadas de los obreros, figuras minúsculas, pasaban sobre los tejados. Las hojas de hierro tenían resonancias parecidas a los gritos de los pájaros; los martillos batían sordamente como si fueran tambores. Las ventanas de los edificios no estaban ya cortadas por negros agujeros abiertos, entre los cristales rotos; reflejaban suavemente el azul del cielo con fulgores mates y humedades de espejo.

La atmósfera era de una transparencia y de una sonoridad estáticas, saturada, como en verano, de sol y de verdor; las gaviotas, blancuras deslumbrantes, revoloteaban sobre la bahía. Se oía por todas partes, en el aire, como bajo los pies, como en la piedra misma, temblar, flojo, lejano, un indistinto rumor subterráneo. Aquí mismo, muy cerca, no se sabe dónde, resonaba el grito agudo y penetrante de una polea enmohecida.

Las chimeneas se elevaban hacia el cielo, a ochenta metros, en un solo impulso, enormes cilindros azules. Sus bocas frías ¿no preguntaban qué fuego ardía en las entrañas del suelo?

Glieb dió unas palmadas suaves en el hombro del ingeniero Kleist y rompió a reír.

—¡Qué hay, camarada técnico! Constatamos que el imbécil que dijo: "Yo soy la fuerza", no es ya más que la mitad de un imbécil. Y si ataca a fondo es ya un imbécil inteligente. Nosotros los comunistas deliramos, quizá, como los imbéciles, pero esto no está tan mal, camarada técnico. Vamos, tú y nosotros, a poner toda esta máquina en marcha, llena de fuego y de humo, para el aniversario de octubre.

El ingeniero Kleist contuvo con una sonrisa la crispadura de su rostro. Pero, sin abandonar su gravedad, estrechó fuertemente la mano de Glieb.

—Te ruego, Tchumalov, que olvides el crimen del que me he hecho culpable ante tí y otros obreros. El remordimiento de que anteriormente he entregado hombres a la tortura y a la muerte, no me deja descansar.

El ingeniero Kleist miró a Glieb con esperanza y con pavor; no podía vencer el temblor de sus manos; no podía mantener tranquilo su rostro.

Glieb le dirigió una brusca mirada, taladrante. Su rostro, repentinamente serio y terrible, se fijó con una inmovilidad cadavérica. Pero no fué más que un segundo; después, sus dientes brillaron.

—Camarada técnico: el pasado es el pasado. En aquella época los hombres se agarraban de la garganta. Acuérdate mejor de otra cosa: si tú no hubieras salvado a mi compañera, hace mucho tiempo que tus huesos habrían desaparecido. Eres ahora uno de nuestros trabajadores, gran cabeza y manos de oro. Nosotros no hubiéramos hecho nada sin tí... ¡Mira qué hermoso trabajo hemos realizado bajo tu dirección!

—Tchumalov, querido Tchumalov, yo daré todos mis conocimientos, toda mi experiencia, mi vida entera, para nuestro país. "No puedo ya tener otra vida más que la vida con vosotros; no puedo conocer otro trabajo nuevo más que nuestra lucha por una nueva cultura

Y Glieb vió, por primera vez, humedecerse los ojos del ingeniero llenos, mientras que olas nuevas, desconocidas, se levantaban en el fondo de las pupilas. Y estas olas eran más grandes que el mismo hombre.

Glieb estrechó, riendo, la mano del ingeniero.

—¡Ea, Herman Hermanovitch, seamos amigos!

—Sí, Tchumalov, seamos amigos...

El ingeniero se marchó con paso firme, apoyado en su bastón.

2.—CENIZAS

En los días que siguieron a la depuración, Dacha dejó de ir a dormir a su casa y se instaló en la de Miekhova. Había recibido de ésta un billete que decía:

"Me siento muy enferma, Dacha, aunque ando, como y hablo y aunque nada me haya sucedido en apariencia. Pero no veo nada, no siento nada. Estoy, por el día, como una bestia perseguida; las pesadillas me atormentan por la noche. Veinticuatro horas más y creo que todo acabará. Estoy mala ciertamente; únicamente tú podrías sostenerme y ayudarme. Te suplico como amiga que vengas a vivir una temporada conmigo y me ayudes a recoger mis propios despojos y a ponerme de pie. Estoy en este momento en la habitación de Sergio (es media noche), como todas las noches. Está muy cansado, pero valiente como de costumbre, amable, cariñoso; me cuida como si fuera una niña. Está dispuesto a velar toda la noche junto a mí. Cuando me marcho, me acompaña, no por el pasillo, sino por la puerta que comunica con mi cuarto. Temo que abuse de sí mismo y caiga por fin. Un cambio comienza a operarse en mí, no sé cuál, pero sé que bastaría que pasases a mi lado algunos días para que todo marche bien de nuevo, para que todo vuelva a su lugar."

Y esta tarde, Dacha, con un pequeño paquete debajo del brazo, fué a la ciudad, con su paso ligero, como cuando marchaba a la Sección Femenina. Sólo había ido a su casa para coger alguna ropa, y no tomó con Glieb el té de la tarde.

—Glieb, aquí te queda esto, y quédate solo, porque yo cojo mis trastos y me mudo.

Glieb, que estaba sentado en un taburete, abrió asombrado los ojos y se levantó.

—Todavía estamos a veinticinco... Pero espera... Nada me has dicho. ¿Adónde llevas tus trastos? ¿Adónde te vas?

—Cuando tengas un momento libre, pasa por casa de la camarada Miekhova. Vamos a vivir juntas. Está destrozada; hay que reanimarla.

—¿Cuántos días vas a consagrar a esa obra?

—No lo sé. Henos aquí juntas otra vez las dos. Hay que hacer de manera que no abandone las filas del partido.

—Eso está bien. Han hecho muchas barbaridades con esta depuración.

—¡Bueno, me marcho! No me esperes demasiado pronto. No sé cómo marchará esto.

Se estrecharon la mano y callaron, confusos... Palabras entrecor-

tadas temblaban en sus sonrisas; sus ojos se esquivaban, anublados por una pregunta no disimulada. Permanecieron silenciosos un momento, sonrientes, con las manos unidas, anhelando decir las palabras que no se atrevían a salir de sus corazones.

—¡Bueno!... Me marcho...

—¡Está bien!... Marcha si es preciso...

La acompañó hasta la puerta del cercado, y, franqueada la puerta, la cogió nuevamente la mano. Los dos continuaban riendo en silencio. Glieb sintió que Dacha no partía sencillamente, como cuando marchaba diariamente a su trabajo o salía a asuntos de servicio; esta vez, Dacha se llevaba para siempre con ella los pasados años. Quizá no volvería ya. Ante la pequeña puerta de la cerca había tal vez en la última mirada de la joven un pesar por lo pasado, una alegría ante la nueva ruta. No podía ya hablarle con autoridad, no podía decirle:

—Dacha, no te permito que te vayas; tengo yo más necesidad de ti que la camarada Miekhova. Ya no tendré, sin ti, un hogar atrayente y dulce; sin ti, mi lecho estará frío y sucio.

No tenía ya autoridad para decir estas palabras. Dacha le había quitado su autoridad y la había reducido a cenizas. No era una mujer lo que tenía ante él en este instante, sino un ser humano de fuerza igual a la suya, que había llevado sobre sus hombros el fardo pesado de los años transcurridos. Dacha no era más que una compañera, una mujer de vigorosas manos, alejada del hogar, que no estaba ya ligada como antes al marido y a la casa. Se iría dentro de un momento, quizá para no volver, para ser para él tan extraña como las otras mujeres. Después de todo, ¿qué? Habían vivido hasta en una misma habitación, separados primero, juntos después, sin que Glieb olvidara jamás el punto esencial: la mujer de antes no estaba ya. Era otra, una mujer nueva que podría marcharse al día siguiente para no volver.

El último vínculo de su vida común se había roto a la muerte de Niurka. Cuando la niña murió, el dolor selló fuertemente sus almas con un sello común, y estos días fueron semejantes a los primeros días de su amor. Vino en seguida la depuración, todo un período de inquietudes en la fábrica para él, en la Sección Femenina para ella. Cuando caía la noche y se encontraron en su pequeña casa, veían bien que la muerte de Niurka había conmovido por última vez su vida común. En adelante había que construir los destinos de otro modo; no quedaban ya horas que consagrar al ensueño de una felicidad personal. Este ensueño hubiera sido mezquino, pobre, contrario a los intereses de la causa. Habiendo caído enferma Miekhova después de la depuración, Dacha fué encargada interinamente de dirigir la Sección Femenina. Se decía en el Comité del partido:

—Dacha está en su puesto... como si nunca hubiera hecho otra cosa...

Ella se daba cuenta, como todo el mundo, que pronto cambiaría su interinidad por el cargo de directora en propiedad.

En el instante de abandonarla, Glieb hubiera querido decir algo grande, salido del fondo del alma. Pero ¿qué decir? Era necesario hablar en este preciso minuto. Lo que no fuera dicho ahora, ya no sería dicho nunca. Y él tenía miedo de hablar. Dacha sabía escucharle con

una atención intuitiva y sagaz, pero siempre le contestaba en su propio lenguaje, y no era este lenguaje el que él anhelaba: este lenguaje tenía golpes demasiado dolorosos.

—¡Está bien! Ve, Dacha... No comprendo nada de nuestra vida común... El diablo sabe lo que es... Hay que creer que todo hay que rehacerlo...

Dacha retiró su mano de las de Glieb, y, con la frente repentinamente arrugada, le dirigió una mirada interrogante.

—¿Qué es lo que no comprendes, Glieb? No volveré lo mismo que he sido hasta ahora. No soy ya una mujer de cama. Puedes, si quieres, arreglarte a tu agrado; seguramente encontrarás una mujer a tu gusto y medida... No faltan tontas en este bajo mundo...

—¡Bien servido estoy, que el diablo me lleve! Di mejor que ya no me quieres y que esto se ha acabado...

La frente de Dacha continuaba arrugada y en sus ojos se descubría una inquietud.

—¿Y si yo te dijera, Glieb, que eso es cierto, que ya no te quiero?

Glieb sonrió melancólicamente. Su lengua seca le quemaba los labios.

—Yo diría: "Basta, se ha terminado. Nadie puede hacer ya nada, ni por la fuerza ni por cariño". Sufriría solo. Pero que ya no me quieras, es una broma...

—No sé, Glieb; puede que no quiera a ningún hombre, puede que quiera a... A ti te quiero, Glieb, es verdad... Pero es posible también que quiera a otros... No sé, Glieb... Todos los vínculos se han roto y se han mezclado... En lo sucesivo, es necesario comprender el amor de otra forma, de un modo nuevo. ¿Pero cómo?... Me marcho, Glieb...

Glieb notaba que su boca se secaba y que se oprimía su corazón. No quedaba detrás de él más que una habitación vacía, llena de telas de araña; delante, no había más que el camino por el que Dacha marchaba.

—¡Está bien! Vete, Dacha, porque si no, voy a armar un escándalo...

Apenas se había alejado Dacha unos pasos, Motia salió de su cercado. Se acercó con un paso pesado de grueso ánade, con el vientre enorme, los senos llenos y tensos, con el rostro amoratado, con los ojos ojerosos, sumisos, abiertos al interior, llenos de una triste laxitud. Hizo un gesto con la mano y una sonrisa descubrió sus dientes.

—Bien, bien... Mírala correteando, ya está soltera... Tienes el mejor de los maridos, y no eres buena para hacer una promesa... ¡Ya te arreglaré yo!... La mujer debe hacer hijos, pero tú te paseas como una diablesa que eres... Mírala cómo corre con su ajuar, abandonando a su marido... A todas tus buenas mujeres yo las ataría al pie de la cama de sus maridos y las ordenaría: "¡Haced muchachos, canallas!..." No te hace falta nada más: acuéstate con tu marido y haz hijos... Sé una buena madre... Mira mi vientre: aun los llevará todos los años, podéis saberlo... Yo seré una mujer, y vosotras no seréis más que frutos secos...

Dacha se acercó a ella, la enlazó con su brazo libre y comenzó a reír.

16

—¡Uf! ¡Tú eres una charlatana de mal genio, Motia... No hay más que mirarte para envidiarte: no eres una mujer, no tienes más que vientre.

Y Dacha la dió en él suavemente.

—Ya iré a tu maldita Sección Femenina; me pondré en pelota y gritaré: "¡Adoradme, muchachas, besadme el ombligo! ¡Yo soy la madre de Dios!"

Reían las dos. Glieb reía también.

Dacha, con su paquete bajo el brazo, seguía el sendero bordeado de plantas, hacia la brecha del muro. Glieb esperaba que se volviera para decirle adiós con la mano. Dacha no se volvió. Su pañuelo rojo se mostró una o dos veces en la brecha; luego, se perdió detrás del muro.

Dacha se marchaba lo mismo cada día y no volvía hasta por la noche. La enviaban a menudo fuera de la ciudad. Por el día y por la noche cumplía comisiones. Los stanitzas cosacos estaban ahora inquietos: los bandidos vagaban por la montaña; se ocultaban en los cañaverales, junto a las corrientes de agua. Todos estos viajes de Dacha hacían nacer una inquietud tenaz. Y he aquí que todo se acababa: todo era triste y enojoso: la habitación, la callejuela bordeada por las cercas, el muro que acababa de separarle de Dacha. Todo se convertía a su alrededor en los muros de una prisión. ¿Para qué serviría ahora la casa vacía y sucia? ¿Para qué servirían la cerca y el pequeño patio? Dacha se había marchado, con su pequeño paquete de ropa bajo el brazo, sin volverse, después de haberle hablado con un extraño lenguaje. Dacha se había ido quizá para no volver. Ya no estaba Dacha, estaba solo. Niurka había muerto. Nada de Dacha, nada de Niurka, viviría solo. ¡Qué vida! La vida es como una trituradora: rompía todo, destinos, costumbres, amor.

Motia le miraba de reojo, como una gallina, y sus ojos, renovados por la maternidad, desbordando una profunda alegría, se llenaban de lágrimas, temblorosas como llamitas.

—¡Oh, Glieb!... ¡Qué lástima me dais los dos!... ¡Sois muy desgraciados!... ¡Dacha se ha perdido para la casa!... Ya no hay nada, Glieb... Vuestra niñita ha muerto, Niurotchka ha muerto... Y tú estás aquí como un buho, sin familia, sin un cálido rincón en qué reposar la cabeza... Pero no te quejes, Glieb... Los que juegan con fuego acaban por quemarse... Niurotchka ha ardido entre vosotros como una pajita... ¡Ah, qué pena me dais, Glieb!...

El se volvió y se puso a llenar su pipa.

—Esto no es nada, Motia... El fuego es buena cosa... Cuando se sabe bien adónde se va, cuando está uno seguro de sus ojos y de sus pies, ¿debe temer quemarse poco o mucho? Luchamos y construimos la nueva vida. Todo va bien, Motia, no llores. ¡Haremos todo, caramba! y puede que un día nos asombremos nosotros mismos de haber llevado a cabo una hermosa obra!...

—¡Ah, Glieb, Glieb!... Has destruído tu propio hogar...

—¡Bah! Edificaremos uno nuevo, Motia... Si el viejo se ha derrumbado, es porque no valía gran cosa... ¿Y tú cómo vas? ¿Cuándo das a luz?

La mujer rió con los ojos: la dicha hacía temblar su rostro:

—Dentro de un mes, Glieb. Tú serás padrino, ya lo sabes.

—¡Magnífico! Está bien. Pero con una condición: si veo al pope, le meto en una vagoneta y le hago descender por el Broemsberg hasta el depósito de la leña. Voy a hacer una fiesta del bautizo. Y a tu nuevo hijo le haremos un obrero de honor.

Motia reía, feliz. Glieb no entró en su casa: descendió por la callejuela, hasta los edificios de la fábrica.

3.—VIENTOS DEL NOROESTE

Los últimos días de octubre estuvieron llenos de súbitos acontecimientos.

Sbramm fué detenido en la noche del 28 y trasladado inmediatamente al centro regional. Otros varios arrestos fueron hechos entre los técnicos del Consejo de Economía y de la dirección de la fábrica. El día 30, los militantes del partido fueron conmovidos por grandes noticias. Jitki había sido llamado y puesto a disposición de la Oficina Regional del Comité Central. Badyn había sido nombrado presidente del Consejo Regional de Economía. El presidente de la Cheka, Tchibis, había sido enviado a un lugar muy lejano, en Siberia.

Estos acontecimientos eran esperados desde hacía mucho tiempo; se hablaba de ellos en voz baja, circulaban rumores, había inquietud. Se sabía que sucederían estas cosas; los días estaban llenos de una espera confusa. Pero la gente se asombró, no por lo repentino de los acontecimientos, sino por su realidad.

Todas las mañanas, a la hora de costumbre, Sergio iba a la Comisión del Partido, con su vieja carpeta abultada, la cabeza desnuda, encorvado, reconcentrado, con paso muelle y una continua interrogación en los ojos. Hacía cada día puntualmente los trabajos que le encargaba el partido, trabajando en el servicio de agitación y de propaganda y en la Instrucción política, acudiendo a todas las sesiones, aun a aquellas en que su presencia no era obligatoria, no hablando nunca más que de sí propio, de la depuración, de su exclusión, de los trabajos necesarios para conseguir su reintegración en el partido, como si todas estas cosas hubieran estado desprovistas de importancia, siendo la única cosa urgente el trabajo del día asignado por el plan de trabajo adoptado. No había vuelto a la Comisión de Depuración, no había solicitado el concurso de ningún militante responsable, no se había quejado. Pero su cabeza, de roja calva y largos cabellos, parecía más larga y más pesada; sus ojos, llenos de una humedad rosácea, brillaban con una fiebre de sufrimiento.

Recibió un lacónico extracto del proceso verbal de la Comisión de Depuración, y lo leyó con la concentrada atención con que leía todos los papeles:

ASUNTO	DECISION
IVAGUIN, Sergio Ivanovitch, miembro del partido comunista revolucionario (b) desde 1920, carnet del partido número XXX, antiguo menchevique, intelectual,	Intelectual y menchevique típico, ejerciendo una influencia desmoralizadora en la organización del partido. Excluido.

Dacha había llevado este papel. Sergio, en su mesa de la Sección de Agitación y de Propaganda, trabajaba en la redacción de tesis, destinadas a los conferenciantes, acerca de la cooperación obrera. Dacha le miró fijamente, queriendo leer en él, con las cejas arqueadas. Se asombró por primera vez de verle tan indiferente como tranquilo. ¿Por qué callaba? ¿Por qué pensaba en otras cosas?

—Camarada Ivaguin, hay que apelar en seguida. El encogerse de hombros no está bien. Hay que pegar sin dilación y a la cabeza.

El sonrió con los ojos humedecidos y sacó de su cartera un pequeño rectángulo de papel cubierto por una letra minúscula.

—Ya he apelado, camarada Tchemalova. Aquí tienes la copia de mi carta. La he transmitido a Jitki. El Comité del Partido interviene por su parte.

—Si necesitas un dictamen fundamentado, lo escribiré en seguida, camarada Ivaguin. Esto es un abuso intolerable. No te pueden excluir, ni a ti ni a la camarada Mirkhova.

—Si crees, camarada Tchemalova, que un informe fundamentado es necesario, hazlo y transmíteselo a Jitki.

Se levantó, y, con una sonrisa avergonzada, dió la mano a Dacha.

—Pero no olvido un momento que soy comunista, un miembro del partido que debe cumplir su trabajo normalmente.

—Exacto, camarada Ivaguin; pero debes moverte, zarandear a la gente, y no estarte sentado en tu silla.

—Todavía no veo esa necesidad. Si es preciso, me levantaré e iré adonde sea necesario.

Dacha le miró de nuevo fijamente, con las cejas todavía tendidas por el asombro. Sonrió y salió con paso rápido.

Polia había sido enviada recientemente a un sanatorio. Sergio no la visitaba desde que Dacha se había instalado junto a ella. Polia no le llamaba ya ni abría la puerta de comunicación entre sus dos cuartos. Le había olvidado, sus noches insomnes se habían extinguido en la memoria de la joven. Oía a menudo su antigua risa y su sonora voz, mezclada ahora con la de Dacha. El paseaba solitario en su cuarto, moviendo sus pesadas botas, triste de estar solo sin corazón, pero dichoso por oír resonar otra vez en el cuarto de Polia sus risas.

Ahora no había más que una cosa: el partido y el trabajo del partido. La vida personal no existía ya. ¿Qué significaba su amor, oculto en profundidades insondables? ¿Qué significaban sus preguntas y sus pensamientos lacerantes en su cabeza? Supervivencias de un pasado maldito. Esto venía de su padre, de la adolescencia, del romanticismo de los intelectuales. Había que extirpar este pasado hasta su raíz. Había que matar todas estas células enfermas del cerebro. Sólo existía el partido, y todo, todo, hasta la fuerza más pequeña, debía serle consagrado. Que fuera reintegrado o no, nada cambiaría: Sergio Ivaguin no existía ya más que como individuo de aquél. Sólo existía el partido, gran organismo del que él no era más que una ínfima partícula.

Este día revivió, una vez más, sus antiguos sufrimientos.

La habitación de Jitki estaba extraordinariamente calurosa y silenciosa, aunque estaban en ella Badyn, Glieb, Dacha, Lukhava y Tchibis. Y porque todos estaban sentados, hombro contra hombro, Sergio

se sintió invadido de inquietud y de un presentimiento de escándalo. Todos estaban preocupados, serios y fríos. Los asuntos se decidían sin debate. No se oía más que la voz contenida de Jitki:

—¿No hay ninguna objeción al proyecto? Aprobado. De modo que el proyecto de las fiestas queda definitivamente en esta forma: los manifestantes se reúnen por la mañana, por barrios...

Lukhava extendió el brazo e interrumpió brutalmente a Jitki:

—Basta. Sabemos eso de memoria.

Glieb se levantó y también tendió la mano hacia Jitki.

—Deja eso, Tchumalov, el asunto está arreglado. No vale la pena de hablar de ello.

—Protesto contra la fiesta de los héroes del trabajo. Debe ser suprimida. ¿Qué héroes del trabajo tenemos? ¿Qué han hecho de grande para convertirse en héroes? Realmente ello no vale gran cosa, camaradas... No hablo solamente de mí mismo... Pido que mis reservas sean inscritas en el proceso verbal.

—No hay reservas que valgan, Tchumalov... Dices tonterías... No nos molestes.

Tchibis estaba sentado como de costumbre, y parecía dormir o reposar, soñar o pensar en algo que no diría nunca a nadie.

Badyn apoyaba su pecho en el borde de la mesa, silencioso, sordo y pesado. Se le hubiera creído insensible y macizo hasta el punto de no conmoverse bajo una presión, de no sentir un golpe. Dacha sonreía, con las mejillas sonrosadas, como si hubiera querido gritar, como si la espera la hubiera hecho temblar: la espera de la palabra que promovería el escándalo.

Badyn, con su piel áspera, movió su cabeza de piedra y miró a Glieb con una neblina negra en los ojos. Se echó sobre el respaldo de su silla y puso la mano sobre el pecho de Glieb.

—¿Y esto qué es?

Los dedos de Badyn tocaban la insignia de la bandera roja.

—Esto...

—Vaya, no te hagas el espartano. Si fueras, por ejemplo, Sergio Ivaguin, intelectual púdico, tu modestia sería comprensible y verosímil. Pero a ti no te sienta bien.

La sangre afluyó al rostro de Glieb y sus ojos se humedecieron. Dió pesadamente un paso atrás.

—Te ruego, camarada presidente del Ejecutivo, que no me des consejos. Quiero subrayar una cosa. Tu obligación es extirpar a fuego el cariño a los títulos y a los grados. Si construimos todo sobre bagatelas y palabras huecas, habremos hecho una bonita obra. He combatido y combatiré la proposición del camarada Badyn y del camarada Lukhava. Si el camarada Badyn lo necesita, concededle el título de héroe del trabajo en su carnet del partido, y que se vaya a mandar más lejos con su nuevo galón.

Jitki tecleaba en la mesa con su lapicero, y ensanchaba sus narices como si contuviera una gran risa próxima a estallar en su pecho.

—El debate se ha terminado, camaradas. ¡Se ha cerrado el debate! ¡Orden!

La mirada aguda y brillante de Lukhava iba de Glieb a Badyn. Lukhava reía alegremente con una aguda risa de muchacho.

Glieb vió en este momento por primera vez en los ojos de Badyn un odio inquebrantable. La misma ola pesada vió en sus ojos en la primavera, pero entonces no era más que de acecho, de hostilidad, dificultad de comprensión. No era entonces más que curiosidad hacia la fuerza del recién llegado, algo pesado e inhumano que existía en la sangre. Y ahora, como la primera vez que se encontró con Badyn, en la primavera, Glieb fué víctima de un golpe sordo.

—¡Glieb!... ¡Vuélvete a sentar!... ¡Vamos, no vas a marcharte por eso!

Dacha le miraba severamente, con los párpados temblorosos y un grito en sus pupilas. Y al ver sus ojos y su pálido rostro, él sintió en el corazón la doble quemadura del antiguo dolor y del furor. Dacha... Badyn... Dacha, su mujer... Ella estaba entonces con el otro en Stanitza... Los bandidos en el desfiladero... La noche pasada en una habitación, en un mismo lecho... Lo que Dacha había dicho no era broma... Dacha y Badyn. Y él, él, impotente con toda su fuerza.

Jitki descubrió sus dientes y golpeó de nuevo la mesa con el lapicero.

—¡Orden, caray!... Tranquilízate, Tchumalov... Se ha terminado la cuestión.

Tchibis entornó los ojos, mirando por entre sus párpados semicerrados, con una sonrisa turbia.

—Siéntate, Tchumalov. Eres un militante serio, no hagas tonterías.

Badyn, inmóvil, como vaciado en metal, los ojos turbios, continuaba mirando a Glieb.

—¿De qué se trata, camarada Tchumalov?

Glieb, jadeante, metió las manos en los bolsillos. No podía contener su corazón. El corazón le llenaba el pecho, estallaba, desfallecía, quemado por la sangre. Un temblor irresistible conmovió sus brazos y sus piernas. Por la ventana, el mar, inundado de sol, llameaba, brillaba como una pompa de jabón. La atmósfera ardía, sembrada de destellos; el cielo ardía, las nubes ardían también. Era necesario que todo estallara, hacía falta el trueno, una repentina pulverización. Glieb, no pudiendo contenerse más, levantó el puño y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Perseguidor de mujeres!... ¡Cabrón, hijo de perro!

Dacha, con las manos crispadas en los hombros de Glieb, tenía los ojos verdes como los de una lechuza.

—¡Glieb, estás enfermo, estás loco, Glieb! ¡Qué vergüenza, Glieb!

Todos se sintieron repentinamente empequeñecidos, desamparados, ensordecidos. Unicamente Tchibis permanecía inmóvil, con los ojos entornados, disimulando una sonrisa bajo sus pestañas, como si estuviera cansado y adormilado.

Badyn se incorporó de nuevo perezosamente hasta tocar en la mesa, y dijo tranquilamente, fríamente, como hablaba en su despacho:

—¡Bah, bah! ¿Y eso es todo? Has hecho mal en no hacerme espiar como Tskheladze; sabrías más cosas. El mismo Sergio Ivaguin sabe más que tú. Está aquí, Sergio Ivaguin, y podría contar cosas intere-

santes. Pero, siempre avergonzado, no se decide a armar un escándalo. Ya lo ves, los celos son siempre miopes.

Dacha, agitada, estaba entre Glieb y Badyn; ya no había en sus ojos ni temblor ni angustia.

—Glieb debe contenerse. El camarada Badyn es un trabajador excepcional, como hay pocos. Glieb está un poco fatigado por el trabajo. Poner en marcha una endiablada maquinaria como nuestra fábrica no es cualquier cosa, y valía la pena de fatigarse un poco... ¡Malditos hombres! ¡Siempre están dispuestos a enzarzarse por bagatelas, pero en el trabajo no hay medio de distraerlos un rato!

Jitki se levantó, y su mirada fatigada, ciega, pasó en silencio por el grupo. Sergio, que no quitaba la vista a Jitki, fué a su encuentro, agobiado, roto, queriendo decir algo, pero no pudiendo proferir una palabra. Y en lugar de gritar a Jitki lo que le desgarraba el alma, hizo un gesto evasivo y salió.

Hacía frío. El viento del noroeste soplaba de las montañas. La atmósfera era de una gran transparencia entre la montaña y el mar, impregnada de azul y de sol. Por encima de la bahía, garras invisibles rasgaban en jirones enormes las nubes, que se desgarraban en harapos sobre la ciudad y flotaban, dispersas, hacia las lejanas cimas obscuras. A lo lejos, más allá de la ciudad, las brumas otoñales se condensaban, temblorosas, sobre las alturas; las cimas de las montañas se velaban con nubes que cubrían los desfiladeros y las rocas. Manchas de fuego inundaban los pliegues de la montaña, volando sobre las pendientes y las cuestas, extinguiéndose en las torrenteras, encendiéndose en los cantiles gredosos. Aquí, entre las montañas y la ciudad, por encima de la bahía, el azul brillaba transparente, las montañas eran cristalinas, los contornos claros, bordeados de topacio, los cubos enormes de la fábrica azuleaban, las flechas de las chimeneas sin humo se tendían hacia el cielo como las alturas horadadas y los arcos de la vía férea con los cables tensos. Espesos copos de nubes de una blancura deslumbrante rodaban a través de los desfiladeros, rodeando las pendientes de las montañas, y se fundían en las torrenteras, en las canteras, el sol. El mar bufaba: hubiérase dicho una tormenta de nieve sobre este río sin orillas, sin olas, de espumas murmuradoras que caían sin cesar. Entre el muelle y los malecones, cerca de los desembarcaderos de la ciudad, la atmósfera tenía coloraciones de arco iris. Las olas se encabritaban, bajo los macizos de cemento de los muelles, en altas guedejas de espuma, y azotaban con grises aguaceros las casas, la ciudad, las pendientes confundidas con la bruma rojiza del otoño.

Sergio seguía, como siempre, la acera del muelle, con la cabeza descubierta. Sus cabellos flotantes le azotaban el rostro y la cabeza. El viento, que aullaba y silbaba (clamor de muchedumbres innumerables), la llevaba hacia la ciudad, e iba alegremente, sin esfuerzo, con los pies ligeros. Personas aisladas se encontraban con él, curvadas por la fuerza del viento. No veía sus rostros, no distinguía más que los gorros, aplastados como blandas galletas, y las cabezas de las mujeres, con los pañuelos fuertemente sujetos.

Los faluchos turcos danzaban en el agua, cerca de los desembar-

caderos; grandes barcas de pesca elevaban sus arboladuras, semejantes a tornos de hilar.

Jitki había esperado a que él hablara, pero nada había dicho. ¿Por qué había ido al Comité del Partido, cuando hubiera debido asistir, en el servicio de Enseñanza Política, a una sesión de la Comisión de bibliotecas? Sí, se acordaba... El padre ya no estaba en la biblioteca. No sabía dónde vivía su padre. Verotchka había venido últimamente a encontrar a Sergio y le había hablado temblorosa, con sus grandes ojos radiantes y húmedos fijos en los suyos:

—¡Sergio Ivanovitch! Se siente bien... Iván Arsenievitch... Es un hombre asombroso... Pero me ha echado... Está enfermo, Sergio Ivanovitch, y ha dicho que tú no debes.

No quitaba de él sus ojos de niña, y Sergio no sabía bien si sonreía o lloraba.

—¡Sergio Ivanovitch!... Si supieras... Se va a morir, Sergio Ivanovitch.

Sonriente, sumida en lágrimas, ella se había ido sin volverse a su llamamiento.

¿Qué importaba la suerte de su padre? La vida cumple una selección infalible e inevitable. ¿Dónde estaba en estos vastos trabajos de la Historia el lugar de Sergio? ¿Habría sido, quizá, aplastado? Su alma, ¿llegaría tal vez a ser de hierro, como la del presidente del Ejecutivo, Badyn? Los golpes de estos años habían sido tan fuertes, tan cruelmente despiadados, que las viejas heridas sangraban aún y cada hora nueva acumulaba en ellas sus magulladuras. ¿Qué importaba el destino de Sergio, si cada instante exigía que se entregara todo entero? Era necesario trabajar, trabajar. Que la vida cotidiana sea gris, poco importa. El esfuerzo diario, ¿no es el sueño transformado en trabajo obligatorio y tenaz?

¿Sería o no reintegrado al partido? No tenía importancia, no modificaría su destino. Debía trabajar, trabajar. Si era eliminado como un despojo, era, sin duda, que estaba condenado para la Historia como una fuerza, como un elemento del gran proceso. ¿No estaba ligado por lazos indisolubles al universo entero, a la Humanidad?

La muchacha acodada en la barandilla del navío le había atravesado el alma como una ola y viviría para siempre en su corazón. ¿Dónde estaba? Pero ¿no era esto indiferente? Ella le miraba, serena, con una mirada significativa, y jamás moriría, disuelta en las células de su cerebro. Tenía allí a Polia Miekhova, que había entrado allí, a través de su risa, la vigorosa valentía de la sangre, las noches sin sueño pasadas a la cabecera de la joven, entrada en él para siempre por el amor, como un dolor, como un alegría secreta, como una llama inextinguible. ¡Sea! No sentiría ya junto a él a Jitki, Tchibis, Badyn... Ni a Lukhava ni a Dacha. Glieb se iría con su paso de hombre de piedra, llevando a través de la República el fardo del trabajo. Nada cambiaría su predestinación, su predestinación de fuerza, de víctima, de anillo necesario en la cadena de los grandes acontecimientos.

Las olas saltaban y caían bajo la alta muralla inclinada de las rocas, las olas brincaban y caían en magníficas cascadas verdes. Bajo la alta muralla había una plataforma destinada al atraque de los vapores

Las olas lavaban y roían el cemento. Muy cerca del muro, bajo la plataforma, se hacinaban algas, despojos, conchas y medusas. Pasando la estacada, el viento agitaba torbellinos de polvo. Sergio miró hacia abajo y se detuvo.

Yacía allí, muy cerca del muro, el cadáver de un recién nacido, rodeado de algas y despojos, con un pañuelo rojo anudado alrededor de la cabeza, con calcetines; las manitas invisibles, el cuerpo envuelto cuidadosamente en un trapo blanco. El cadáver estaba frío, y su rostro era de una blancura de leche, tranquilo, viviente aún, como dormido. Hacía calma aquí, entre los desembarcaderos; las olas chocaban dulcemente, libres de las tempestades. ¿Por qué habían depositado tan cuidadosamente este cadáver infantil entre las algas? ¿De dónde procedía este niño de suave rostro de cera? El cariño de una mano materna estaba aún en él, en este pañuelo anudado, en estos brazos arropados, en estos calcetines minúsculos tan estirados en regordetes tobillos.

Sergio miraba al niño muerto y le parecía que iba a abrir los ojos, a contestarle con una fija mirada y a sonreírle. ¿De dónde venía este niño tan inhumanamente sacrificado, que producía en su alma una inmensa piedad? ¿De un barco naufragado? ¿De los brazos de una madre enloquecida? Sergio no podía separar de él los ojos. Pasaban curiosos, miraban un momento el pequeño cadáver y se alejaban en seguida. Murmuraban, preguntaban algo a Sergio, pero Sergio no les oía ni les veía. Miraba sin pensar, dolorido, con los ojos llenos de asombro y de pena, y sentía que oprimía su cuerpo una tristeza indescifrable. Murmuraba en alta voz, inconscientemente, sin oír su propia voz:

—Pero sí... Es preciso... Eso es, eso es.

4.—LOS TORRENTES

Jitki, Badyn, los miembros del Comité de la Fábrica y el ingeniero Kleist estaban con Glieb en la fiesta. Pero Glieb está solo en realidad, porque esas muchedumbres numerosas se movían, gritaban, florecían por todas partes hasta donde la vista alcanzaba. Ellas estaban allá y él estaba aquí.

Aquí, en la misma cumbre, las banderas rojas flameaban como hogueras alineadas a derecha e izquierda. La fiesta misma estallaba en telas rojas fijas en hierros: la bandera de la Comuna comunista flotaba en la barandilla, muy cerca de Glieb, y sus pliegues caían pesadamente sobre otras banderas, en la muchedumbre; al otro lado, donde estaban Badyn y Jitki, se desplegaba otra bandera, la del Sindicato de la Construcción. Una larga cinta purpúrea caía bajo el parapeto, iluminado por letras blancas semejantes a enormes flores primaverales:

Hemos vencido en el frente de la guerra civil.
Venceremos en el frente económico.

Hacinamiento de cabezas y hombros, movimiento de torrentes humanos en el que se encendían pañuelos rojos, en el que sobresalían rostros de color mate y de tonos lechosos, hacinamiento de gorros, despliegue de alas—banderolas—por todas partes, acá y allá. No se veía nada detrás de ellas, pero la muchedumbre reaparecía por encima de ellas, inquieta, vibrante. Sobre la roca que dominaba la torrentera, ha-

[illegible] multitud, banderas, banderolas. Estos torrentes humanos también una multitud [illegible] por lugares, luego subían, cada vez más altos, nos parecían agolparse por lugares de la montaña, haciendo flotar cada vez las gradas y las pendientes de la montaña, haciendo flotar cada vez más alto las banderas y las banderolas, como si fuera un campo de [illegible]. Y aun se veía llegar por abajo, saliendo de los desfiladeros adormecidos. Allá abajo estaba una [illegible], pero aquí muchedumbres innumerables. Un rumor animal se mezcla con el ruido de los Diesel y con los chasquidos de los metales. Los rumores y el clamor de la muchedumbre no se pueden separar del estrépito de las máquinas. Bryanza tiene razón: las máquinas viven una vida distinta de la del individuo: tienen continuamente el mismo movimiento tenso y están siempre dispuestas a estallar.

El día era transparente, ambarino, de una frescura otoñal, con las lejanías como si estuvieran cercanas, rojizas, intensas, como sólo son en otoño.

Glieb miraba la montaña y el cielo; bordoneaba el motor de un avión invisible; los hilos de seda de las telas de araña flotaban en el azul cubiertas de polvo brillante.

Glieb, apretando con todas sus fuerzas, hasta hacerse daño en los músculos, la barandilla de hierro de la gradería, no llegaba a dominar el temblor de sus piernas. Su corazón, lleno de sangre, se hinchaba en su pecho. ¡De dónde venía esta multitud? Seguramente había ya 20.000 personas, y nuevas columnas llegaban sin descanso. Cubrían más de un kilómetro por las pendientes cercanas, a través de las rocas y de los matorrales, y se derramaban sobre esta masa humana, subiendo cada vez más alto. El torrente humano podría llegar a cubrir la montaña hasta su cima.

Detrás de la cumbre, un poco a la derecha, había un regimiento rojo. Glieb se parecía antes a estos hombres. ¡Antes! Ahora estaba aquí, convertido en obrero de la fábrica, y siendo, además, una de las cabezas del equipo del partido. ¡La fábrica! ... ¡Qué de fuerza absorbida, qué de lucha! Pero la fábrica está magnífica y potente. Antes no era más que un cadáver, un despojo, una ruina, un nido de ratas. Ahora los Diesel zumbaban, vibraban las transmisiones, cargadas de electricidad, cantaban las ruedecillas de los Broemsberg, las vagonetas tintineaban al pasar... Mañana mugiría y funcionaría, evolucionando sobre sus soportes, la primera cisterna gigante del horno giratorio, y la potente chimenea se empenacharía con copos grises—vapor y polvo.

¡No merecía esta obra que estas muchedumbres innumerables vinieran a festejar la victoria común? ... ¡Qué era él, Glieb, en este mar humano? ... ¡Mar? No; montaña viva, de piedras resucitadas... carne... ¡Ah, qué fuerza prodigiosa! ... Con sus picos, sus palas y sus martillos, estos hombres han roto la montaña para que pasara el Broemsberg. Fué un día de primavera transparente y soleado, como el de hoy. Fué entonces cuando corrió la primera sangre. Ahora la ciudad tenía leña, todo estaba dispuesto para la puesta en marcha de la fábrica. ¡Cuánta sangre en este gran ejército del trabajo! Esta sangre sería suficiente para mucho tiempo. Los transportes funcionaban ya. Los talleres de construcciones marítimas y las fábricas de acero iban a reanudar el trabajo. Los molinos de vapor, también. ¿Faltaban corrientes para instalar las turbinas?

Habían pasado los días y las noches mortales del frente. Entonces había llegado a temblar por su propia vida. Pensaba en Dacha. ¡Qué lejos estaba esto, qué lejos y qué insignificante era! Dacha... Ya no estaba. Se había perdido entre la muchedumbre y no volvería a encontrarla. Poco importaba. Había estado, ya no estaba. Estos recuerdos eran lejanos y superfluos. Glieb no existía tampoco, no había más que un entusiasmo intolerable que hinchaba un corazón humano lleno de sangre, próximo a estallar. La clase obrera, la República, la grandeza de la vida que se concluye... ¡Ah! ¡Sabemos sufrir, pero conocemos también la alegría y la dicha de ser fuertes!

Un estrépito de máquinas y un clamor lejano de viento en las montañas ascendía de lo profundo de esta multitud. Pero no era más que el pateo de la muchedumbre y sus canciones, que se mezclaban y se respondían sin refrán, sin palabras.

—¡Tchumalov!...

El ingeniero Kleist estaba cerca de Glieb, pálido, severo, con su calva frente de anciano y sus ojos secos profundamente hundidos bajo las cejas.

—No he sentido nada parecido en mi vida, Tchumalov. Hace falta ser fuerte para soportar estas cosas...

Glieb pasó su brazo por debajo del del ingeniero, y no supo cuál de los dos brazos era el que temblaba.

—¡Somos invencibles! Herman Hermanovitch... Mira... Esto es inolvidable... Vamos a saludar en ti a un héroe del trabajo...

El ingeniero Kleist se volvió y se dirigió al otro extremo de la plataforma. El sombrero bailaba en su cabeza.

La multitud se movía con dificultad, corría en torrentes sinuosos, se unía en masas compactas. Banderas y banderolas chasqueaban al viento. Grandes risotadas, parecidas a rugidos, pasaban sobre la multitud. El piso temblaba bajo los pies de Glieb. Las miríadas de cabezas humanas se hundían en fosas polvorientas; los gorros y los pañuelos rojos saltaban en una embriaguez de alegría. Los recitados dichos a gritos, y el batir de palmas ritmaban las danzas. Veían deslizarse los guijarros a lo largo de las hendiduras de la roca.

Lochak y Gromada también estaban en la altura. Lochak, todo como de antracita, con su joroba negra, su rostro negro, su gorro mugriento por los años, tenía el mismo gesto que en el Comité de la Fábrica, triste, obtuso, con los ojos hinchados e inyectados de sangre. Gromada, encogido, parecía temblar; sus omoplatos giraban bajo su traje como si fueran trozos de madera, con el rostro amarillo, enfebrecido, con los músculos puntiagudos. La espalda y los hombros le subían hasta las orejas, una tos cascada le sacudía. ¡Maldito Gromada! ¿Cómo podía resistir, cuando Glieb se sentía como una pavesa llevada por estas avalanchas? En cuanto a Lochak, el mismo diablo no podía con él: su más duro trabajo era llevar sus dos jorobas, una delante, otra detrás, como fardos malditos.

—¡Qué hay, compañeros?... ¡Comienza la danza, hatajo de canallas!

Lochak volvió hacia Glieb sus ojos bovinos, casi ocultos por la visera de la gorra.

—¡Exacto!... Hemos contado con el pope y golpeado en el vacío... Esto es lo que hay que decir.

Gromada gesticulaba, moviendo todos sus huesos.

—Justo, camaradas... No vale la pena discutir... Hemos obtenido un resultado magnífico y verdaderamente no puedo estar en pie cuando estas masas obreras atestiguan su conciencia proletaria y todo el terremoto... Camarada Tchumalov... ¡Ah, si solamente...! ¡Pero bah!... Camaradas... Aquí y por todas partes... ¡Y todo el terremoto!

Glieb no podía estar quieto. Hubiera querido arrojarse desde lo alto, entre estas masas humanas, o gritar a pleno pulmón, sin palabras, hasta quedarse sin aliento... Era igual. ¿Cómo vivir estos instantes? ¿Cuántos meses había vivido para llegar a este momento, para esta realidad potente, concentrada en una fuerza única?...

Glieb, con el rostro convulso por el entusiasmo, dió un paso hacia Badyn y Jitki.

Badyn le miró fríamente. Había en esta mirada una sombra, silenciosa como una nube.

—Ya es hora de empezar, camarada Tchumalov. Hablaré durante un cuarto de hora de la situación actual: los preparo así, y tú les apuntas largo al corazón. Y en seguida haces la señal. Los mensajes vendrán después de que suenen las sirenas.

Jitki cogió a Glieb por los hombros y le sacudió como un ebrio.

—Eh, viejo Tchumalov!... ¡Cochina bestia!... Esto me apena tanto como si te abandonara.

Badyn, frío y reconcentrado, se separó de ellos y se dirigió hacia el parapeto. Glieb sintió de nuevo una honda hostilidad en su rigidez de piedra y en el destello vítreo de sus ojos. Sintió de nuevo como un golpe sordo en el corazón.

Se alejó. Abajo, por el camino, compactas columnas de manifestantes, con banderas desplegadas, llegaban aún: las músicas, los cánticos, el ruidoso paso tras ellos entre los edificios grises.

Este era el hombre junto al cual no podía seguir en la tierra. Badyn aparecía solo, con las manos sobre la barandilla, los hombros más elevados que la nuca. Miraba hacia abajo, a la muchedumbre, a la montaña viva bajo estas masas humanas; y los ágiles movimientos de sus músculos rebosantes de salud, el atento movimiento de su cabeza, aun lo que había de negligente en su aspecto particular, denotaban la conciencia de su fuerza y de su importancia; una seguridad de jefe.

—¡Arribista!

Glieb apretó los dientes hasta hacerse daño; sus músculos crujieron.

Estaba aún turbado por la escena de la Casa de los Soviets.

Había vuelto algunos momentos después de la salida de Dacha con objeto de verla instalada con Polia. El pasillo estaba desierto, sumido en la penumbra adormilada y sonora (el reloj de la escalera, encima de una puerta, daba las once de la noche). Voces bajas, íntimas sonaban detrás de las puertas. A lo lejos se oía tintinear los vasos de té y resoplar una estufa. En el fondo del corredor un rectángulo está iluminado por una luz mate. Era la puerta abierta de la habitación de Tchibis.

El silencio reinaba detrás de la puerta del cuarto de Polia. Glieb

no tuvo tiempo de llamar; pasos ligeros, pasos de miedo corrieron hacia la puerta (Polia estaba descalza, sin duda). Una voz cansada y rota preguntó dulcemente:

—¿Quién es?

La puerta se abrió bruscamente y vino a dar a Glieb en el hombro.

—¡Que el diablo te lleve! ¿Se puede lisiar a un hombre de esta manera?... No hay nada peor que las mujeres...

Miekhova, pálida, ciega por el espanto, con la boca abierta en un grito mudo, le cerraba el umbral de la habitación.

—¡Glieb!

—¿Qué hay, pequeña?... ¿Tengo aspecto de bandido?... Pareces una gatita muerta... ¿Qué, cómo estás? Hace tiempo que no te he visto. ¿Dónde está Dacha?

Dió un paso hacia ella y levantó la mano para separarla dulcemente del umbral. Ella se turbó repentinamente y se adosó al marco de la puerta con una lastimosa sonrisa.

—¡Ah, Glieb... cómo me he asustado!... Dacha vendrá en seguida... Después de lo que he vivido, Glieb, he creído morirme. Habrías hecho mejor no viniendo... ¿Por qué me alentaste antes?... Estoy enferma, Glieb... No vengas más a verme, me hace daño... Es como si después de un accidente, me encontrara abrumada por los escombros.

Glieb, confuso, la miraba, no sabiendo qué decir, no experimentando por ella la antigua simpatía, la antigua ternura: era ella demasiado lastimosa, demasiado impotente. Había desaparecido la alegría de vivir que tenía la joven de los bucles dorados. Una loca ola había atravesado el corazón del hombre arrebatando a Polia en su reflujo.

—Debo marcharme, Glieb... Debo reponerme y recobrar fuerzas... Los hombres tienen algo de terrible, Glieb. Me parece ahora que Badyn está en cada uno de vosotros... No me mires así: creo tener ante mí los ojos de Badyn... Vete, Glieb, te lo ruego... No ahora, un poco más tarde... En otras circunstancias... ¿Por qué no me diste entonces lo que yo quería?... Puede que no hubiera sucedido esto...

Rompió a reír con una risa que sonaba alegremente, y Glieb comprendió que en ella había lágrimas contenidas que se mezclaban con una tierna alegría de demente.

—Mira, aquí está Dacha... ¡Ahí la tienes!... Llévatele, Dacha, te lo ruego... Y dile que no vuelva.

Dacha cogió a Glieb por los hombros y le separó de la puerta, que cerró prudentemente, con firmeza, ante Polia.

—Vete de aquí... media vuelta a la izquierda y vete a tu casa: nada tienes que hacer aquí.

Tenía una hermosa risa, su mano extraña no denotaba ninguna caricia. Glieb se sintió herido en el fondo del alma; no había en él más que vacío y polvo como en su tugurio de obrero de la fábrica.

—Ya lo veo, no hay nada que hacer con vosotras... ¿Qué vas a hacer? ¿Te quedas aquí para siempre? ¿Y mis asuntos? ¿Mal, no? Está bien arreglado, pequeña Dacha... Pero ¿cuándo te encuentras a tí misma?

Ella tuvo un estremecimiento interior —que traicionaron su rostro y sus ojos—; su frente se arrugó dolorosamente. No respondió inmedia-

camente y Glieb vió, en esta corta pausa, que dos fuerzas enemigas se extendían furiosamente en ella.

Levantó la cabeza y su rostro parecía una blanca máscara. El pañuelo rojo le ceñía desde la frente hasta la nuca, sus ojos se endurecieron. Y aunque no hubiera hablado, Glieb habría sabido lo que iba a decir.

—Sí, me he instalado aquí... Es mejor para tí y para mí... No podemos vivir juntos, Glieb... Debemos construirnos otros destinos.

La sangre hervía en el corazón del hombre, la furia le cortó el aliento y le impidió escuchar nada más.

—Está bien... Lo presentía. No hacemos más que roncear como imbéciles. Ese Badyn es un canalla y un bandido. Ya le arreglaré las cuentas cuando llegue la ocasión... Te ha devorado a tí, ha devorado a Mickhova... No podemos vivir uno y otro al mismo tiempo... Esto es claro.

—Glieb, eres tonto y furioso como un buey... No sabes lo que dices... Vuélvete a casa y escapa hasta... Procura pensar con el cerebro y no con las entrañas... El camarada Badyn es tan responsable como tú. Ya lo sabes... Y vosotros no tenéis nada que ver en este asunto; ni tú ni él...

Giró él bruscamente sobre sus talones y se dirigió a la entrada del pasillo. Pero apenas había dado unos pasos recordó que no había dicho lo esencial.

—Procura comprender esto: ahora soy un perro vagabundo. He puesto toda mi alma en la fábrica. Tú y la fábrica os habéis llevado toda mi sangre... Todos vivimos, pero no somos más que la mitad de nosotros mismos... Voy a marchar al ejército.

Dacha, inquieta, se acercó a él con una sonrisa; las viejas lágrimas de la joven aparecieron en los bordes de los ojos. Le puso dulcemente la mano en el hombro y suspiró.

—No es culpa nuestra, Glieb... El pasado está bien muerto. Construiremos la vida nueva. Llegará un día en que construiremos otros hogares... El amor seguirá siendo el amor, Glieb, pero ahora exige otros vínculos... Todo arderá, todo pasará, y nosotros sabremos, quizá, cómo anudar nuevos vínculos...

El giró de nuevo sobre sus talones y marchó por el pasillo, con círculos rojos en sus ojos y un dolor lacerante en el pecho. Pero repentinamente quedó quieto. Estaba frente a frente de Badyn. Este, de pie en el umbral de su cuarto, bien erguido entre el cuero reluciente de su negra chaqueta, las manos profundamente hundidas en los bolsillos, le miraba con sonrisa maliciosa.

—Entra. Aun no has estado en mi cuarto. Querría hablarte francamente.

Glieb, paralizado, no podía apartar sus ojos del rostro de su enemigo. Un hilillo de hielo temblaba en alguna parte de su cuerpo y le recorría los miembros. Sus dedos inconscientes buscaban convulsamente sin detenerse, algo a lo largo del cinturón, de la cadera, en la funda del revólver.

—Estás torpe—dijo Badyn—. El revólver está en su sitio, no te inquietes. La funda está bien cerrada.

Glieb percibió en la mirada del otro, más allá de las brumas que nublaban sus pupilas, la corta llama de un odio inextinguible. Badyn se vol-

vió lentamente con tranquilidad, y entró con paso pesado en su cuarto. Los músculos corrían por su nuca a cada uno de sus movimientos. Dacha cogió a Glieb suavemente por el brazo y le hizo andar.

—Está bien... Ya vendré a verte... Vendré sin falta. Vete y tranquilízate... ¿Crees que la cuestión está resuelta? No, Glieb, volveremos a encontrarnos... Pero ligados por otros vínculos, Glieb.

La rechazó y ganó rápidamente la escalera.

Veía aún la nuca afeitada de Badyn bajo el pequeño gorro del Kuban, la nuca violácea y musculosa, toda llena de hoyos y de cicatrices. ¡Esta nuca estaba pidiendo una bala!

—Jitki, conteniendo el deseo de reír, con la nariz arrugada, apareció ante Glieb.

—¡Eh! ¡Estás sordo?

Jitki le condujo hacia el parapeto.

Las muchedumbres fueron agrupándose, poco a poco fueron extinguiéndose los rumores y los clamores, sus cánticos y sus músicas. Luego, las masas humanas descendieron las pendientes lejanas, con las cabezas inclinadas y las banderas desplegadas, en tormentas vertiginosas.

Badyn habló largo rato, con toda la fuerza de su pecho, con todo su ser.

Decía las palabras necesarias en este día de fiesta. Se encontraba todo lo que hacía falta: el poder de los Soviets, la nueva política económica, la edificación, la producción, Lenin, el partido comunista y la clase obrera... Y cuando abordó el punto esencial, sus palabras quedaron grabadas en el cerebro de Glieb:

— Una de esas victorias llevadas al *frente* económico, gran victoria sobrehumana, es la puesta en marcha de nuestra fábrica, una de las fábricas gigantes de la República. Sabéis, camaradas, cómo empezó nuestra lucha. En la primavera, nuestras fuerzas organizadas daban los primeros golpes de pico y de martillo en las rocas de la montaña. Nuestro primer golpe nos dió el Broemsberg y el combustible. Los obreros de la fábrica no abandonaron sus herramientas y forjaron, golpe tras golpe, máquinas con vida, llevando a cabo el mecanismo complicado de una maquinaria formidable. La fábrica está en marcha. La fábrica está dispuesta a rendir la plenitud de su fuerza. Festejamos hoy, cuarto aniversario de octubre, una nueva gran victoria del frente de la revolución proletaria. El proletariado forma en su lucha organizadores y héroes. Nuestras masas obreras ¿podrán olvidar jamás el nombre de un soldado rojo, del hombre que ha entregado su vida a la gran causa de la revolución, podrán olvidar el nombre del camarada Tchumalov?... Vemos aquí en él, en el frente de trabajo, el héroe que fué en los campos de batalla.

Glieb ya no oyó nada, como si la montaña hubiera caído sobre él y sobre los edificios de la fábrica, en avalancha, con un estrépito espantoso. No había más que clamores, gritos, estrépito. La alta plataforma temblaba y trepidaba como si fuera de alambre. Parecía a punto de hundirse o de saltar como un juguete por encima de las cabezas numerosas y de las banderas, en este mar humano que estallaba en clamores. Los cobres de las bandas sonaban abajo, a lo lejos.

Glieb, pálido y turbado, murmuraba palabras que no comprendía

él mismo; se abogaba, gesticulaba, reía, pero no desde el fondo de sí-
ma; era sólo convulsiones de su rostro.

—¡Habla, te toca aquí!... ¡Anda!

¡Para qué hablar cuando todo se entendía sin palabras?... No tenía necesidad de nada. ¿Qué significaba su vida, ínfima partícula, en este océano de vidas humanas? ¿Para qué hablar si su voz y su lengua eran superfluas, insignificantes y vanas? No existen palabras, no existen otra vida que la de estas masas vibrantes de clamores...

Sus mandíbulas temblaban, sus dientes se separaban. No vió nada más que la multitud arrastrada por un huracán de fuego.

—¡Pero habla!... ¡Vamos!

No se acordaba más tarde de sus palabras. Le pareció que no hablaba, sino que murmuraba palabras mezquinas, sin sentido. Su voz llegaba, sin embargo, hasta la lejanía de las pendientes.

—...no es decir bellas palabras lo que hace falta, camaradas, no es necesario charlar... Lo que hace falta es guardar bien la cabeza sobre los hombros, tener la cabeza firme y coger los asuntos con mano segura... Así es como hay que plantear la cuestión... No es ningún mérito trabajar conscientemente para mejorar nuestra producción proletaria... Todos nosotros... ¡Unánimes!... Y si yo soy un héroe, todos somos héroes... Si no sabemos conservar nuestras fuerzas hasta llegar al heroísmo, no servimos para nada y puede llevarnos el diablo... Pero voy a deciros una cosa, camaradas: haremos todo, crearemos todo y daremos ciento y raya a cualquiera... Si solamente tuviéramos más técnicos como nuestro ingeniero Kleist y un poco más de determinadas cosas, podríamos en seguida recobrar nuestro puesto en Europa... ¡Pero llegaremos a ello, camaradas!... ¡Debemos llegar! Nuestra sangre ha sido la señal, nuestra sangre ha incendiado el universo... Templados al fuego, hacemos ahora del trabajo nuestra enseña... Nuestros cerebros y nuestros músculos vibran... Pero no es de laxitud, es que exigen nuevos trabajos... Construiremos el socialismo, camaradas, y nuestra cultura proletaria... ¡Marchamos hacia la victoria, camaradas!...

La montaña estalló de nuevo, estremecida por los clamores y la voz de los cobres.

Glieb recordó, como en un sueño, haber cogido una bandera roja y haberla tremolado tres veces sobre la multitud. Las montañas retemblaron; la atmósfera, atravesada por un silbido metálico, retumbó súbitamente. Las sirenas aullaban una, dos, tres... a la vez, con voces discordantes que agujereaban los tímpanos. Y sus gritos parecían venir de las montañas, de las rocas, de los edificios, de las chimeneas. Las muchedumbres innumerables clamaban con las sirenas. Danzaban aquí, bajo la alta plataforma, allá abajo, sobre las rocas y sobre las pendientes, las banderas rojas desplegadas como llamadas de fuego y las bandas atronaban como un repique general de campanas.